
ACARICIA MÍ CORAZÓN
CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

ACARICIA MÍ CORAZÓN

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

1

Alondra miró boquiabierta la casa. Había esperado algo exclusivo cuando en la agencia le dijeron que la oferta de empleo era en la zona alta de la ciudad, pero la casa superaba sus especulaciones, era fastuosa. Una pequeña mansión de la época dorada de la ciudad. Seguramente diseñada por alguno de los discípulos de Gaudí. Aunque lo que más le gustó fue el jardín; a pesar de la ausencia de flores porque acababan de entrar en la primavera. Pero lo imaginó en su esplendor. Un oasis en medio de la ciudad. Bueno, más bien en el extremo. Un poco más allá quedaba la montaña y el parque de atracciones.

Cruzó la verja y caminó por la senda de ladrillos rojos hasta alcanzar el porche. Se ajustó la camisa y repasó el cabello en el espejito que siempre llevaba en el bolso. Debía estar impecable y dar muy buena impresión. Era vital. Necesitaba con urgencia ese trabajo. Estaba harta de dar tumbos y de conseguir empleos que no la ayudaban a que su vida fuese hacia adelante.

Nerviosa pulsó el timbre. Al instante, la puerta se abrió.

—¿Si? —dijo el hombre altísimo, de complexión delgada, pero que bajo el traje impecable se adivinaba atlética. Si bien, lo más impresionante de ese hombre, que consideró increíblemente guapo, a pesar de que nunca le gustaron los hombres barbudos, fueron sus ojos negros. Nunca vio tanta oscuridad en una mirada.

—Buenos días. Soy Alondra Rovira. Tengo una entrevista con el señor Jan Balaguer dentro de un minuto por el empleo de niñera.

—Pase.

El recibidor era espectacular. Molduras antiguas en paredes y techos con formas florares, escalera impresionante de la misma época. Madera rojiza combinada con una barandilla de hierro forjado simulando enredaderas; todo ello mezclado con mobiliario muy moderno. Y aún así, el resultado era elegantísimo.

El hombre le indicó que lo siguiese. Alondra no pudo evitar sentirse impactada ante sus movimientos casi felinos, como si durante toda su vida hubiese transitado por una pasarela de moda. Se detuvo ante un salón también impecable y de una decoración de coste astronómico. Allí imperaba la calidad más exquisita y mucho, mucho dinero.

—Por favor, tome asiento —le dijo él mostrándole una butaca. Se acomodó tras la mesita y cogió unos papeles.

Alondra supuso que era el mayordomo o tal vez el secretario del señor Balaguer.

—Soy Jan Balaguer. Señora Rovira, por sus informes veo que ha trabajado en guarderías. Nunca en una casa como niñera —dijo él sin

apartar la mirada de los informes.

Ella, nerviosa por ser entrevistada por su posible jefe, se aclaró la garganta.

—Así es. Aunque, le aseguro que no existirá ningún problema. Soy una persona que se adapta con facilidad.

—Eso está bien. Veo que su estado civil es de soltera.

—En realidad, estuve casada durante ocho años.

El señor Balaguer levantó la mirada y por primera vez se fijó en la mujer con atención. No aparentaba los treinta años. Su aspecto era agradable, se veía pulcra y refinada. Era la primera candidata que no acudió con traje formal. Vestía con sencillez. Blusa blanca, pantalón negro y chaqueta de punto. Y lo más sorprendente la ausencia de maquillaje. Llevaba años sin que una mujer se mostrase ante él con la cara lavada. La única pega era su cabello. Pelirroja. Nunca tuvo especial atracción por ese estilo de mujer. Le parecía demasiado agresivo. Él prefería un aire más delicado, más dulce. Cabello dorado, ojos azules, boca menos voluptuosa. Apartó la imagen y se centró de nuevo en lo primordial.

—¿Divorciada?

—No. Viuda. Mi marido murió hace dos años. Lo pone en el expediente, señor Balaguer.

Él pasó página y paseó la mirada por el texto. Contrajo matrimonio diez años atrás.

—Lo siento. No he leído el informe al completo. Soy un hombre muy ocupado. Ha sido mi secretaria la que ha hecho la selección previa acorde a mis requisitos.

—Comprendo.

—¿Hijos? —se interesó él rascándose la media barba con el dedo índice.

—No. No he tenido esa suerte —dijo Alondra en apenas un susurro, sin poder evitar un rictus de tristeza.

Él carraspeó incómodo.

—¿Sabe que deberá hacerse cargo de un niño de cinco años y un bebé de seis meses?

—Por supuesto. La señora Velázquez me puso al tanto de las condiciones.

Jan se concentró de nuevo en los documentos. Habilidades como cocinera y conocimiento de varios idiomas. La mejor alumna de su promoción. En realidad, consiguió la puntuación máxima. Aún así…

—¡Papi!

Alondra miró al niño. Era como un muñequito. Cabello rizado y tan negro como el de su padre. En realidad, era el calco del señor Balaguer en miniatura.

Él, por unos segundos, mantuvo un brillo en sus ojos profundos

como un pozo. Pero recuperaron con una rapidez espectacular de nuevo la frialdad.

—Manel. ¿Cuántas veces he dicho que no debes entrar en una habitación sin llamar antes? ¿No ves que ahora estoy ocupado? Ve a jugar a tú cuarto. ¿De acuerdo?

Su hijo miró a Alondra. Esbozó una gran sonrisa y caminó hacia ella.

—Hola. ¿Eres amiga de papá? ¿Has venido a jugar con él? ¿Cómo te llamas?

—Alondra.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Eres un pájaro? No lo pareces. ¿Dónde tienes las alas? ¿A ver? —dijo colocándose tras ella.

Ella rió con suavidad y le revolvió el cabello.

—A veces me gustaría serlo para salir volando.

—¿Adónde?

—Pues, no se… Muy lejos.

Manel apoyó las manos en la falda de Alondra y la miró con mucho interés.

—¿Más lejos que al final del mar?

—¡Uy! Sí. Pero para ello hay que ir en barco o volando.

—Pero no veo que tengas alas.

Ella rió de nuevo.

—Por eso utilizo a los aviones.

—Yo nunca he ido en avión.

El señor Balaguer endureció aún más la mirada. ¿Acaso no se daba cuenta la señora Rovira que estaban en medio de una conversación de negocios? Era como si no le importase su futuro laboral. Y al paso que iba, ese trabajo no sería suyo.

—Manel. Te he ordenado ir a tú cuarto —los interrumpió su padre con tono gélido.

Su hijo suspiró. Se puso de puntillas y dijo:

—Papi ya se ha enfadado. Se enfada mucho. ¿Sabes?

—Es que debes hacerle caso.

—¿Puedo darte un beso?

Alondra inclinó el torso y le ofreció la mejilla. Él le dio un sonoro beso y la abrazó.

El señor Balaguer parpadeó turbado. Pero como la vez anterior, se repuso de inmediato.

—Manel…

El niño miró a su padre, bajó la cabeza y se marchó.

—No debería hablarle así. Los niños necesitan disciplina, pero también cariño. Al fin y al cabo, considero que no ha hecho nada reprochable. Y…

Él alzó la mano ordenándola callar.

—Suficiente. Continuemos. Veo que domina el inglés, italiano y francés.

Alondra carraspeó incómoda. La cosa no iba nada bien.

—Sí, señor. Me gustan los idiomas. Ahora estoy estudiando el alemán.

—¿Alguna carga familiar o relación de pareja? Lo digo porque deberá residir en esta casa. Pido dedicación completa. Por ello este trabajo está tan bien renumerado —dijo el señor Balaguer rascándose de nuevo la barba bien rasurada. Alondra dedujo que era un tic recurrente.

—Ninguna, señor. Los únicos familiares que tengo están en Berlín. Dispongo de mí tiempo a voluntad. Por lo que considero que es una ventaja para este puesto.

—Su jornada terminaría tras acostar a los niños. Claro que, si en la noche mis hijos necesitan atención, deberá cuidarlos.

—Si están a mí cargo, es lógico.

—En cuanto a su tiempo libre será limitado. Solamente librará el domingo.

—Me parece bien —aceptó Alondra.

—Otra cosa. Exijo que se apliquen sin rechistar mis órdenes y por supuesto, cualquier desobediencia se paga con el despido inmediato —dijo él mirándola con esos ojos tan glaciales.

—Es razonable. Usted es el que pone las normas en su casa.

El señor Balaguer se levantó. Le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Bien. Eso es todo. Ya se pondrán en contacto con usted en breve para comunicándole nuestra decisión. Muchas gracias por haber venido señora Rovira. Buenos días.

—A usted por dedicarme su tiempo, señor Balaguer. Buenos días.

Él no dejó de mirarla hasta que cruzó la puerta. Era muy importante la forma de caminar para él. Solía augurar como era una persona. La señora Rovira era una posible candidata a persona enérgica, determinada y firme. Aunque, no estaba segura para el puesto. Precisaba a una mujer discreta, eficiente y que acatara las normas. No soportaba que nadie lo contradijese ni que alterase su rutina. Era hombre de hábitos. Una interina podría complicarlos. A pesar de ello, no le quedaba otra opción. No podía depender siempre de la familia para que le echasen una mano. Era hora de tomar las riendas de su vida.

Miró la carpeta. Cinco candidatas más. Estudió las fotografías. No le gustaron. Un hecho un tanto frívolo, pero la asistenta debería estar a todas horas y prefería alguien agradable a la vista. Y por otro lado, ya estaba cansado de entrevistas. Optaría por elegir entre las ya

examinadas.

Cerró el dossier. Decidiría mañana.

2

Alondra cerró la maleta. Miró a su alrededor, pero sin el menor síntoma de tristeza. Por el contrario, estaba encantada de abandonar aquella casa. No es que la propietaria fue antipática o exigente; por el contrario, la señora Lola era generosa y sensible, pero no estaba acostumbrada a compartir su vida con gente extraña. Las circunstancias la obligaron. Buscó durante meses un buen empleo para poder costearse un alquiler y no lo logró, y ahora que lo obtuvo, continuaba sin poder hacerlo por las condiciones de su cargo.

A pesar de ello, no le importaba. Se sentía recompensada con otros alicientes mucho más primordiales. Después de casi dos años dando tumbos de un trabajo a otro sin aportar la menor satisfacción, llegó el momento de contribuir con sus aptitudes; en especial con los niños. Eran su debilidad. Ella no pudo tenerlos y… Sacudió la cabeza apartando los malos recuerdos. Era hora de comenzar una nueva etapa. Agarró la maleta, salió del cuarto y cerró la puerta, esperando que fuese para siempre.

—Me entristece que te marches. Pero me alegro de qué por fin las cosas te vayan mejor. ¡Ya era hora, querida! —le dijo su casera.

—He tenido mucha suerte al ser aceptada. Me dijeron que hubo cincuenta candidatas. ¡Y me han contratado a mí! Aún no me lo puedo creer —se emocionó Alondra.

—La suerte se la trabaja uno, preciosa. Y tú has luchado mucho. Que te vaya muy bien —le deseó la mujer dándole un fuerte abrazo.

—Gracias, Lola. Me has cuidado en los peores momentos. Gracias por todo.

Alondra se despidió de los otros compañeros de piso que compartió durante la peor época de su vida y se marchó hacia su nuevo destino.

Al llegar ante la casona tomó aire. No podía fastidiarla. Necesitaba ese trabajo. Ya era hora de recomponer su existencia. El pasado debía quedar atrás, en ese rincón donde se guardan los objetos preciosos. Ahora comenzaba una nueva etapa y tocaba mirar hacia adelante.

Llamó al timbre. Una mujer de unos sesenta años, más bien bajita y con cara de pocos amigos, abrió. Durante unos segundos la escrutó de arriba hacia abajo. Alondra esperó su dictamen. No llegó. Sus ojos castaños permanecieron impasibles al igual que su boca, como debía ser en una empleada modelo y leal.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días. Supongo que es la señora Rovira.

—Así es.

—Yo soy Agustina. Llevo las tareas domésticas de la casa. Por favor, pase. La acompañaré primero a su cuarto para que deje la

maleta.

Subieron al piso de arriba. Un corredor con ocho puertas. La llevó hasta el final. Le mostró la habitación de los niños. Un cuarto delicioso. Papel pintado con estrellas y lunas en la parte del cabezal de las camitas y el resto de un verde clarísimo. Muebles blancos y muchos peluches. Un lugar luminoso y alegre.

—La suya es justo la de al lado. La dejo que se instale. En cuanto termine, la espero en la cocina para tomar un café —le dijo Agustina, abriendo la puerta que comunicaba con la otra habitación.

Era un cuarto muy bonito. También los ventanales dejaban entrar mucha luz. El papel pintado con motivos florales. La cama era de matrimonio, el armario también amplio; lo cual evidenciaba las pocas pertenencias que tenía en cuando las colocó. El baño, pequeño, pero contenía lo esencial. Aunque, lo que más llamó su atención fue el microondas y el frigorífico. Lo abrió. Leche, agua y potes de papillas. Muy práctico para no tener que bajar a la cocina.

—Por ahora, todo es perfecto —musitó suspirando hondamente.

Se aseó y bajó a la cocina.

Agustina le sirvió café y se sentó ante ella.

—¿Le gusta su habitación?

—Sí. Es confortable y muy acogedora. En realidad, me siento afortunada de poder servir aquí.

—Desde luego. Muchas matarían por conseguir su puesto. Ha recalado en una casa de prestigio. El señor es un hombre muy importante.

—Imagino. No todo el mundo puede tener una vivienda como esta; tan enorme y preciosa.

—¿Lo imagina? —se extrañó Agustina.

—Bueno… Lo cierto es que no conozco al señor y tampoco tengo la menor idea a qué se dedica; y no se me ha ocurrido investigar sobre él. Debería haberlo hecho si iba a trabajar para él, ¿cierto? ¡Ay! Pues claro que sí. Me habría ido de perlas saber a quién me enfrento. La verdad, a veces soy muy simple.

La sirvienta parpadeó perpleja. ¿Lo decía de verdad o estaba intentando que pensase que no era una arpía cómo todas las que iban tras su señor?

—No puedo creerla. ¡Si sale día si día no en las revistas del corazón!

Alondra alzó los hombros con indolencia.

—No suelo leerlas. La vida privada de los demás no es de mí incumbencia y menos la de los famosos. No me aportan nada interesante. ¿Es artista? De cine no creo. Suelo ir todas las semanas, pues eso si me gusta y no lo ubico como actor.

—¡Uy, no! El señor es un hombre serio. Se dedica a los negocios.

Posee varios hoteles de gran lujo. ¿Le suena la cadena Konforto?

—¡Ah! Sí. Pero no comprendo. Por regla general, creo que la prensa rosa no se interesa en personajes como el señor Balaguer.

Agustina sonrió con aire orgulloso.

—Debido a su trabajo se relaciona con gente importante de la alta sociedad y del mundo del famoseo. Por otro lado, es evidente que es un hombre muy atractivo. Si a eso le une su riqueza y que es viudo, el cóctel es explosivo. El detonante para que las mujeres acudan a él como abejas a la miel y los medios a perseguirlo.

Era un argumento del todo acertado, pensó Alondra. Su jefe, en efecto, poseía todas esas cualidades imprescindibles para ser un seductor.

—Debió casarse muy joven. En realidad, aún lo es. Calculo que no debe de tener los treinta.

—Que no le engañe su cara de niño. El señor cumplirá treinta y cinco este invierno.

—¿De veras? Debe cuidarse mucho —se asombró Alondra.

—El deporte y la alimentación sana mantiene en forma ese cuerpo tan perfecto. Es cuestión de no ser débil y caer en la tentación. Mucha fuerza de voluntad y ese es el resultado.

—Tendría mejor aspecto si no fuese digamos… tan frío. Me da la sensación que nunca sonríe.

—En eso debo darle la razón. No es la alegría de la huerta. No obstante, es educado y jamás haría nada que perjudique a los demás. Es un hombre muy honrado, generoso y con un sentido de la ética muy agudizado. Eso sí. A estricto no le gana nadie. Hay que seguir sus órdenes a rajatabla. Tome buena nota de ello si quiere conservar el empleo.

—¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Dónde están los niños? Conocí a Manel, pero no a la pequeña.

—Con sus abuelos maternos. Los padres del señor fallecieron cuando él tenía diez años. Un accidente de avioneta. Creció con sus abuelos, pero también murieron. Ya no le quedan familiares.

Alondra ahogó un gemido.

—¡Santo Dios! Este hombre va de tragedia en tragedia. No me extraña que sea tan raro. ¿Y qué pasó con la otra asistenta? ¿No soportó la presión de sus exigencias?

—Usted es la primera institutriz, señora Rovira.

—¿La primera? —musitó ella.

—El señor no quiso hasta ahora que nadie extraño se ocupase de los niños. Pero ha considerado que no puede implicar a sus suegros siempre. Y hablando de juventud. El señor me dijo que la niñera era joven, pero con un currículum impresionante. Con franqueza, le diré que esperaba a una cuarentona, no a una muchachita.

Alondra sonrió.

—En unos meses cumplo los treinta y uno, señora Agustina. ¡Umm! El café está delicioso. Y por favor, no sea tan formal. Llámeme Alondra y tráteme de tú. Me sentiré mucho más cómoda.

—Por supuesto, querida.

—¿Podría ponerme al tanto de como funciona la casa? Me refiero a costumbres, algunas manías del señor. Ya sabe. Los detalles que no se indican en el contrato y que de igual modo son importantes. A veces, incluso más. Ya sabe, por no meter la pata. Verá. Le seré sincera. Necesito este empleo como agua de mayo; tanto por el dinero como por ejercer de lo que en verdad me gusta. Siempre he adorado a los niños y sé que puedo ser de gran ayuda para esta familia

Agustina podría librarse de esa intrusa en un santiamén si la información que le diese fuese tergiversada. Lo hizo con todas aquellas que le parecieron nada adecuadas para el buen funcionamiento de la casa. Sin embargo, aquella joven le caía bien. Era educada, sencilla y bien bonita. Y si no mentía, en absoluto ambiciosa. Otra en su lugar habría investigado a un hombre como su señor para poder conseguir engatusarlo. Era justo que le diese una oportunidad.

—Tienes una lista en tú cuarto, en le cajón de la mesita. De todos modos, estás en lo cierto, hay aspectos que no han sido enumerados. Me refiero a hábitos personales del señor y que debes conocer para no enojarlo. Verás. Todas las mañanas que puede sale a correr y en verano toma un baño en la piscina. Lo digo por si te apeteciese a ti, aguardes a que él se marche. Es muy estricto en lo referente a su privacidad. No soporta a las personas curiosas. Nunca preguntes nada que no concierna al mundo laboral. Y por supuesto, jamás intentes relacionarte con su círculo de amistades.

—¿Tiene prometida? Lo digo porque podría sentirse incómoda ante mí presencia. No digo que el señor sea mujeriego e intentase algo... Bueno. En realidad, dudo que aunque lo fuese quisiera engatusarme. No soy precisamente el paradigma de mujer deseable. No. No debería sentirse celosa. Claro que no. ¿No le parece?

Agustina levantó las cejas con aire incrédulo. ¿De verdad pensaba esa mujer que no poseía atractivo? ¡Si era preciosa! Un rostro de facciones perfectas. Piel de porcelana, mejillas sonrosadas sin necesidad de colorete, labios sugerentes y con una figura envidiable. No como esas modelos secas como un junco. Alondra lucía unas curvas suaves como una mujer de verdad debía tener. Aunque, para ella, lo más maravilloso era su cabello. Puro fuego destellante.

—¡Ay! No me haga caso. Suelo decir estupideces cuando estoy nerviosa o siento que estoy haciendo el ridículo.

—Tranquila, muchacha. El señor es riguroso, pero no es el demonio; y mucho menos un libertino. De joven y lo digo porque lo

he visto crecer, era tan prudente que nadie le creía capaz de cometer una locura. Y si la hizo, nadie lo supo. Además, se casó muy joven. Recién cumplidos los veinticinco. Y pondría la mano en el fuego que fue incapaz de ser infiel a su esposa. El señor es la ética personificada. Por otro lado, tiene la muerte de su esposa demasiado presente. Apenas hace seis meses, querida. No piensa en mujeres. Aún no.

—¿De qué murió?

—Al parecer no tenía el corazón sano y nadie lo sabía, ni ella tampoco. Dos días después de dar a luz sufrió un infarto y nada pudo hacerse.

—¡Dios mío! ¡Qué terrible! —se horrorizó Alondra.

—Sí. Fue espantoso. El señor se hundió de tal forma que estuvo dos semanas desaparecido. Cuando volvió era la sombra de lo que fue. Delgado hasta los huesos, ojeroso y sin ganas de vivir.

—¿Y cómo se recuperó?

—El señor siempre ha poseído una voluntad de hierro. Un día, de repente, se levantó y apareció ante todos como el hombre atractivo y exitoso de siempre. Por eso muchas lagartonas pensaron que ya estaba de nuevo en el mercado. Me refiero al sentimental. Pero no. El matrimonio fue muy feliz. Aunque, supongo que llegará un día que encontrará a una mujer para compartir la vida. De todos modos, será difícil que vuelva a enamorarse del mismo modo. El amor verdadero sólo se encuentra una vez. ¡En fin! La vida es así de injusta.

—Lo es. Sí —susurró Alondra.

Agustina se percató de su mirada llena de tristeza. Era evidente que esa muchacha había sufrido, y mucho. Era una pena.

—Pero volvamos a lo principal. Lo más importante para el señor son sus hijos. Haz todo lo que te ordene sobre ellos. No admitirá una desobediencia ni un error. Tenlo muy presente, querida.

—Parece que es un hombre más intransigente y severo de lo que imaginé.

—Cierto. A pesar de ello, justo.

Alondra inspiró hondo.

—Tal como me lo ha puesto, señora Agustina, me da hasta miedo.

La mujer sonrió.

—No debes preocuparte. Estoy segura de que lo harás de maravilla. Lo único que debes tener en cuenta es no meterte en su vida privada; y por supuesto, respetar su espacio en esta casa. Jamás y lo digo en serio, se te ocurra curiosear en su habitación o estudio.

—Le juro que en la vida podría hacer algo semejante, señora Agustina. Soy muy reverente con la intimidad de los otros —aseguró Alondra.

—En ese caso, te irá bien en esta casa.

—Dios la escuche —susurró Alondra.

3

Alondra se ajustó los puños y se dio un último vistazo en el espejo. Consiguió el empleo por elección del más interesado, pero sabía que los abuelos siempre eran muy influyentes en las decisiones. Debía dar la mejor impresión o de lo contrario estaría acabada, y necesitaba ese empleo para avanzar hacia el futuro.

Agustina entró en la cocina.

—Ya te reclaman. ¿Estás lista?

—No. Pero tengo que ir ahora, ¿verdad?

—Vamos, mujer. Hay que ser valiente para conseguir los objetivos.

—¿Cómo estoy?

—No eres la imagen de la perfecta institutriz.

Alondra la miró espantada.

—¿No? ¡Ay, Dios! ¿Por qué? ¡Ah! Ya veo. Debería ir con un traje chaqueta. ¿Verdad? Pero no tengo. No pensé que sería necesario… ¿Y qué me pongo? ¡Ayúdeme, por la Virgen Santa!

Agustina sonrió.

—No me has comprendido, querida. Si los señores viesen a una estricta niñera, te aseguro que te despedirían de inmediato. Ellos no son como el señor. Creen que sus nietos deben crecer sin tanta rectitud. Les gustarás. Anda. Ve. No los hagas esperar. Esta familia es fanática de la puntualidad.

Alondra se aclaró la garganta, alzó el cuello y entró en el salón. No podía mostrar debilidad. Tenía que ser esa mujer confiada y sin miedo a la vida. Podía hacerlo. Había sobrevivido a experiencias mucho más temibles.

El señor Balaguer estaba charlando con sus suegros. Los imaginó mucho más mayores. Pero eran de esas parejas que se casaron jóvenes, fueron padres de inmediato y abuelos apenas cumplidos los cincuenta.

—Por favor, pase. Ellos son los señores Vidal, Mayte y Ramón, mis suegros. Ya les he hablado de usted.

Ramón le tendió la mano.

—Es un placer conocerla, señora Rovira. Espero que se sienta cómoda trabajando con nosotros.

—Yo también lo espero, señor —sonrió ella.

—Alondra, ¿verdad? Un nombre muy peculiar, querida, Siento curiosidad por saber a qué se debe —dijo la suegra de Jan.

—Mayte, por favor. Es algo personal —la reprendió su marido.

—No importa, señor. Estaré encantada de contárselo. Verá. Mi madre adoraba las aves y cuando nací dijo que me gustaba llamar tanto la atención con mis sollozos como las alondras lo hacían con su canto. Y como era un espíritu libre, pues no le importó la rareza. Y mí

padre, que no le negaba ningún capricho, no se opuso. Claro que, legalmente la obligaron a anteponer el nombre de María. Ya saben como era este país hace unos años. Pero, por supuesto, nunca lo he usado. Teniendo un nombre tan original, pues para que ir a lo vulgar. ¿No les parece? Y…—Dejó de hablar al percatarse de que los nervios le volvían a traicionar.— Perdón. Siempre hablo más de la cuenta. Ya me callo. Perdón.

—Hay que ser siempre original, querida —comentó la señora Vidal, estudiándola con descaro. Lo cierto era que cuando su yerno le dijo que contrataría a una niñera la imaginó mayor. Una señorona estricta y nada agradable para que sus hijos no adquiriesen emociones que en el futuro pudiesen apartarlos de sus objetivos. Y para su sorpresa, Jan contrató a una joven encantadora y muy guapa; y por su verborrea incontrolable, un tanto alocada. Justo lo que necesitaban sus pequeños. Aire fresco.

—¡Hola! Has vuelto. ¡Qué bien! ¿Has venido volando o en avión?

Alondra sonrió al ver al crío. Se agachó y le revolvió el cabello. Le gustaba introducir la mano entre esos rizos suaves. Acercó la boca al oído de Manel y le susurró unas palabras. Cuando ella se apartó, él se puso la mano en el pecho.

—¡Claro! Te guardo el secreto. Prometido.

—Señora Rovira. No se que le habrá dicho, aunque lo supongo. No debe llenar la cabeza de cosas absurdas al niño. No son beneficiosas para su educación —la regañó Jan.

Ella borró la sonrisa. En apenas unos minutos ya había metido la pata hasta el fondo.

—Lo siento, señor. No volverá a ocurrir.

—¡Por Dios, Jan! ¿Por qué eres tan inflexible? Los niños deben tener imaginación. En realidad, la llevan en su naturaleza —se quejo Mayte.

Su nieto cogió la mano de Alondra y tiró de ella.

—Carla no duerme y llora mucho. Nadie la hace callar. A ver si puedes tú. Ven.

Ella miró a Jan.

—Vaya, vaya —la autorizó él, indicándole con la mano que saliese del salón.

Su abuela asintió con la cabeza mientras observaba como marchaba con el niño. Ofrecían una imagen llena de armonía.

—Me gusta —murmuró.

—¿Cómo dices?

—Nada, Jan.

—¿Os quedáis a cenar?

—Lo sentimos. Tenemos un compromiso. Pero nos vemos mañana.

—¿Mañana? —inquirió el desconcertado.

—Jan, querido… La comida con los Puig.

Su yerno aseveró.

—Lo olvidé.

Ella alzó una ceja.

—¿Tú olvidando una reunión?

—El asunto de la institutriz me ha tenido bastante preocupado. He tenido que tomar una decisión trascendental. Y aún dudo de que hiciese lo correcto. No se… ¿No os ha parecido demasiado informal? Y eso que ha contado de su madre me indica que no ha tenido precisamente una educación muy convencional.

—¡Ay, Jan! Siempre desmenuzando las cosas al milímetro. A mí me ha parecido una joven encantadora y al parecer, a mi nieto le gusta también. Eso es lo importante. ¿No te parece? —dijo su suegra.

—Ya veremos.

—Cierto. El tiempo dirá. Mayte. Nos vamos —dijo su marido.

—Gracias por todo —dijo Jan.

—Es lo menos que podemos hacer por nuestros nietos —dijo su suegra.

Su yerno cerró la puerta y subió al piso superior. La niñera estaba inclinada ante la cuna de su hija. Se apoyó en el quicio de la puerta para observarla.

—Eres preciosa —dijo ella. Y era cierto. La niña parecía de anuncio de colonia. Rubia, ojos azules y cara perfecta. Había heredado los rasgos de su madre y de su abuela.

—Es fea —protestó su hermano.

—No le escuches. Eres una muñequita de porcelana. Una niña muy bonita. La más bonita del mundo. Y no deberías llorar, cariño. Ven.

La tomó en brazos y al instante la niña se calmó.

—¡Menos mal! No me gusta nada mi hermana. No puede jugar conmigo y siempre llora —se quejó el crío.

Alondra se sentó en el balancín y le pidió a Manel que se acercase.

—No debes hablar así de ella. Es tu hermana y debes quererla mucho; y también protegerla. ¿No ves que es muy pequeñita? Tú eres el hermano mayor. Ella debe confiar en ti y saber que siempre estarás a su lado pase lo que pase. Serás su héroe.

Él entrecerró la frente, un gesto que también observó en su padre cuando la estaba entrevistando.

—Sí. Soy mayor. Muy mayor. ¿Puedo entonces ir a coger el tranvía?

—¿Para qué quieres subirte?

—Va al parque.

Ella le acarició la mejilla.

—Ya veo. Te gusta montarte en el carrusel.

—No lo se. Nunca he ido nunca a un parque.

El cuello de Alondra efectuó un movimiento parecido a un respingo.

—¿Nunca? ¡Por Dios! ¿Cómo es posible que un niño de cinco años no conozca las atracciones? —dijo en apenas un susurro.

—Dime. ¿Podré ir?

—Algún día subiremos y te llevaré para que te montes donde tú quieras.

—¿De verdad? ¡Sí! Gracias —exclamó él dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Ahora, mientras doy de comer a Carla, juega con el tren.

—Me iré a China.

—¿A China? Muy lejos me parece para ir en tren. Aunque, podrías ir más cerca. Puede que a Venecia.

—¿Por qué? ¿Es divertida?

—No lo sé. No pude ir. Pero dicen que es una ciudad mágica —respondió ella dejando ir la mirada muy lejos de allí.

—¿Hay duendes y brujas?

—Es posible.

Jan permaneció inmóvil. La estampa podía parecer de lo más familiar. Una madre con sus dos hijos. Pero no lo era. Era un espejismo. Algo que jamás volvería a ser real.

—¿Puedo hablar con usted?

Alondra respingó. Él carraspeó.

—Siento haberla asustado.

—No se preocupe. ¿Ha de ser ahora mismo? Su hija debe comer.

—Bien. Cuando termine la espero abajo. En el salón.

—Sí, señor.

Alondra abrió la pequeña nevera, sacó la leche y preparó el biberón en el microondas. Tras el tiempo preciso, echó unas gotas sobre el dorso de la mano, las lamió y sonrió satisfecha.

Jan, que continuaba observando, parpadeó desconcertado al notar un pequeño temblor en el estómago. Era absurdo. Esa mujer no le atraía. Pero hacia demasiado que no se relacionaba íntimamente con ninguna. Sacudió la cabeza y bajó. Se sirvió una copa de oporto. Lo paladeó lento, meditando sobre su decisión de contratar con tanta premura a la señora Rovira. Debería haber consultado a más candidatas. Pero la reacción tan entusiasta de su hijo hacia ella, lo decantó. Ahora ya estaba hecho. Aunque, tendría que darse prisa en comprobar si era adecuada para el puesto. No deseaba que su hijo se encariñase y después debiera prescindir de ella. Ya lo pasó muy mal cuando su madre murió. Manel lloró durante una semana reclamando la presencia de Luisa.

—¿De qué deseaba hablarme, señor?

Él se giró. Por unos instantes pensó que el fuego se había extendido

hasta sus cabellos. Rojo pasión. Ese era su color. El mismo que el tapizado de los sofás del último hotel que inauguró. Lo escogió el mismo; cosa extraña. Por regla general era fanático de los colores pasteles.

—Yo… —Calló, dio el último sorbo y dejó la copa sobre la mesita —. Me gustaría comentar algunas pautas de conducta que espero de usted.

—Por supuesto, señor.

Jan colocó las manos tras la espalda y miró a Alondra con esos ojos cargados de frialdad. Ella no pudo evitar estremecerse. Si el diablo tomase forma física sería el señor Balaguer. Si no fuese por las referencias de quien era, le daría miedo.

—Hoy he escuchado que piensa llevar al niño al parque. Le ruego que no vaya a ninguna parte sin avisarme el día anterior. Seré yo quien le de el consentimiento de sus paseos o acciones.

—Sí, señor.

—En cuanto a los horarios de mis hijos son inalterables. La rutina es esencial para su crecimiento y educación. Lo inesperado no es beneficioso. Hay que adquirir responsabilidades desde temprana edad. En cuanto a la alimentación descartados los dulces y comida basura. Sólo comida sana. Agustina le indicará las tiendas que nos proveen. Con referencia a los juegos siempre los elijo educativos. El resto me parecen inútiles.

—Sí, señor.

—También verá que en el contrato hay acuerdo de confidencialidad. Lo que sepa de esta casa y de nuestra familia, nunca saldrá de su boca. Si incumple será motivo de despido inmediato y la demandaré. Imagino que sería complicado para usted verse inmiscuida en un juicio y mucho más enfrentándose a alguien con el poder que ostento. No le quepa la menor duda de que perdería.

—Sí, señor.

Él inspiró con gesto impaciente.

—Deje de decir sí señor a cada momento, por favor. Me pone nervioso.

Alondra tragó saliva. No podía fastidiarla.

—Sí… ¿Y qué digo?

Él ladeó la cabeza y la observó indeciso. Tal vez estuvo demasiado riguroso. Se la veía como asustada. No era una buena señal. Necesitaba a alguien que pudiese controlar las situaciones. Claro que, era muy pronto para catalogarla. Él no lo hacia nunca. Era consciente de que todo el mundo necesitaba un tiempo de adaptación. Tenía que ser paciente y aguardar la semana de prueba. Después ya decidiría.

—No se… De acuerdo, perfecto, como usted diga, está bien… Hay mil formas de hacerlo, señora Rovira. ¡En fin! Eso es todo. Lo demás

está en el contrato. No hace falta que lo firme hoy mismo. Tiene una semana para ver si está usted satisfecha con las tareas y por supuesto, si se adapta.

—Y también usted por si le parezco adecuada para el puesto. ¿Verdad?

—Así es. Puede retirarse.

—Sí… Digo… Gracias —farfulló Alondra.

Salió con esa sensación de estar ante un ser calculador, sin sentimientos o si alguno le quedaba, lo mantenía bien oculto. Estaba bajo las órdenes de un jefe duro de roer. Debería ser fuerte y no dejarse amedrentar. Había llegado hasta allí y no perdería el empleo. Sería la niñera de los hijos del estupendo señor Balaguer por muchos años.

4

Alondra colocó la chaqueta a Carla y repasó su cabello ondulado y suave como la seda. Era una niña preciosa. Un calco de su madre. La mujer del señor Balaguer fue muy hermosa. Delicada como una ninfa. El complemento perfecto para un hombre de éxito como él. No le extrañaba que hubiese sufrido tanto con su pérdida. Aunque, la belleza no significaba que el padecimiento tuviese que ser mayor. Su marido no fue precisamente un paradigma de beldad. Ella nunca se fijó en las apariencias. Él poseía sentimientos nobles, bondad y adoración por ella. Por eso se enamoró. Y él también la amó sin condiciones y ahora guardaba ese amor como el tesoro más inestimable que poseía.

Apartó esos recuerdos y se concentró en la tarea.

—Cariño, ya estás lista. Ahora iremos a dar un paseo. Hace un día maravilloso de primavera. Sol suavecito. El buen tiempo se acerca. Siempre me gustó el verano. Está lleno de vida y emociones.

—¿Y yo podré jugar a la pelota? —quiso saber Manel.

—Hoy no. Hoy caminaremos.

—¡Eso es muy aburrido! —se quejó el niño.

—¿Aburrido? Yo te demostraré que no. Hay infinidad de cosas en la que apenas nos fijamos. Jugaremos a descubrirlas. ¿Te parece? Vamos.

Alondra investigó el barrio y el parque quedaba a bastante distancia de la casa. En realidad, no mucha, pero la suficiente para que el señor Balaguer considerara que debía pedir permiso y no pudo hacerlo porque hacia dos días que se fue de viaje. Al parecer lo hacia con frecuencia. Era el precio que se pagaba por ser un hombre de negocios. Ella durante los ocho años que duró su matrimonio no se separó de su marido. Y eso le gustaba. Compartir la vida con el hombre que una amaba era lo más maravilloso del mundo.

—¿Salís? —le preguntó Agustina.

—Los niños necesitan tomar el sol y dar un paseo.

La puerta se abrió.

—Buenas tardes, señor Balaguer. No lo esperaba para cenar. ¿Se quedará? —dijo Agustina.

—Sí.

—¡Papi! —gritó el niño echando a correr hacia él.

—¿Qué te he dicho siempre? No corras.

El niño se detuvo de inmediato.

—Señora Rovira. Acordamos que… —Enmudeció al verla con su hija en los brazos. Era una imagen que debía corresponder a Luisa. Una punzada le traspasó el estómago. Un síntoma de debilidad y no

podía permitírselo. Aquello era pasado y no debía perturbar el presente. Ya no podía haber lugar para la tristeza — Que no saldría con los niños si no obtenía mi permiso.

—¿Para ir calle arriba y hacia abajo necesito una autorización? ¡No me fastidie, por el amor de Dios! —se exasperó Alondra.

Él parpadeó atónito. ¿Se había atrevido a contradecirle? ¿Y encima con tono alterado? Hacia años que nadie osaba hacerlo. Por regla general se echaban a temblar cuando les amonestaba y esa mujer estaba allí plantada sin mostrar el menor síntoma de temor ni tan siquiera nerviosismo; por el contrario, serena y desafiante. Era evidente que no lo conocía.

—¿Qué no la fastidie? —siseó.

—Si lo prefiere, diré que no sea absurdo. ¡Ay Señor! —contestó ella dejando a Carla en el cochecito.

Él levantó una ceja. Hizo oscilar la cabeza de un lado a otro mirándola con esos ojos tan glaciales. Pero ahora lanzaban chispas y daban verdadero miedo, pensó ella. Sin embargo, no se intimidó. Ese hombre sabría lo que realmente pensaba de él; de sus normas absurdas y desproporcionadas.

—¿Y por qué no dice que soy un maniático?

Alondra cruzó los brazos y lo miró con la cabeza inclinada.

—Podría decirlo porque lo es. Es un hombre lleno de manías. Mire. La vida ya es lo suficiente dura como para que imponga patrones militares a sus hijos.

Él resopló.

—¿Militares? ¡Esta si que es buena! Son patrones del todo lógicos. La gente necesita orden. Pautas que les ayuden a comprender que es lo correcto o no.

—Pero no un orden tan estricto para un niño. ¡Por San Pedro! —refutó ella.

—¿Quiere hace el favor de dejar de invocar a santos? Me está crispando.

—El otro día le molestaba que contestase sí señor. ¿Ahora mis exclamaciones también le molestan? Es un tanto susceptible, señor Balaguer. Pensaba que un hombre de negocios como usted estaba más curtido con referencia a las relaciones humanas.

Él se pasó la mano por la cabeza con gesto tenso. Aquella mujer lo estaba sacando de quicio. Tendría que calmarse o aquello acabaría en drama.

—Lo que soy es paciente. Demasiado, diría yo. ¿No le parece?

—Eso aún no puedo confirmarlo —objetó ella con sarcasmo.

—Yo sí que puedo afirmar sin equivocarme que usted es una impertinente.

Alondra puso los brazos en jarras y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Cómo dice? Mire. Lo único que hago es exponer mis opiniones; a lo cuál tengo todo el derecho. Pero claro, usted no debe estar acostumbrado a escuchar a los demás. Su palabra es sacrosanta. No admite otra que pueda rebatirla. Siempre tiene razón. ¿No es así?

—Señora…

—¡No me interrumpa! Aún no he terminado. Es usted tan insensible que no se da cuenta que Manel es un niño y los niños comen caramelos de vez en cuando. ¿Se imagina cómo se siente cuando los demás son recompensados con un dulce y él no? No claro. ¿Cómo va a saberlo? Seguro que nunca ha ido al parque con él. ¿Verdad?

—Señora…

—¡He dicho que no he terminado! Me escuchará quiera o no.

—¡Esto es ya el colmo! ¡Maldita sea! No me puedo creer lo que está pasando —explotó él golpeándose las caderas con las manos.

Ella levantó los brazos y los hizo revolotear sobre la cabeza. El movimiento hizo que un mechón escapase del moño deslizándose por la mejilla. Él siguió la ondulación de ese rayo rojo y el trueno se desató en el estómago. Entrecerró la frente. Esa mujer no le gustaba, se dijo de nuevo. Era una reacción de animosidad.

—Ya veo. Yo no puedo nombrar a santos, pero usted si pude maldecir. No es un buen ejemplo para sus hijos. ¿No le parece? ¡Y va y me da lecciones a mí! Esto es inaudito. El colmo de los colmos.

—Lo esperpéntico es esta situación. Estoy discutiendo con alguien del todo incoherente. ¡Si me lo cuentan, no doy crédito! —explotó Jan.

Agustina, petrificada, presenciaba la escena. Nunca vio al señor mover ni una pestaña cuando discutía con alguien. Por el contrario, siempre se mostró sosegado con el rostro impasible. Ahora derrochaba furia.

—Será que no ha encontrado a nadie que sepa ponerlo en su sitio.

—En mi sitio —jadeó él. Miró a la sirvienta y masculló: Agustina. Saque de aquí a los niños. ¡Ya!

Ella, nerviosa, puso a la niña en el capazo y agarró la mano de Manel.

—Por supuesto, señor. Me los llevo ahora miso. Vamos, precioso.

Alondra se preparó para la tempestad que se avecinaba. Su carácter atolondrado le jugó una mala pasada. El despido era inminente. Así que, si tenía que cantarle algunas verdades más, no se mordería la lengua. Ya no tenía nada que perder y se daría el gusto de soltar todo lo que pensaba de ese hombre insufrible. Se iría con la cabeza bien alta, con el orgullo de aquél que no se ha dejado someter por un tirano. Por primera vez en la vida, el señor Balaguer se las vería con alguien que no se amedrentaba ante su poder.

—Señora Rovira, se ha extralimitado en sus funciones. Y eso no me

gusta nada —dijo él.

—¡Ah! En absoluto, señor Balaguer. He efectuado mis funciones a la perfección. Porque sepa una cosa, soy muy profesional.

Él dejó escapar una carcajada profunda.

—¿Profesional? ¡Venga ya!

—Sí, profesional. Algo que nada tiene que ver con expresar opiniones. No se confunda.

El aseveró con exageración.

—¡Ya! Opiniones. Cierto, cierto. Aunque, a mí más bien me han parecido reproches. ¿No le parece?

—Verdades —dijo Alondra colocándose el mechón tras la oreja.

El siguió ese sencillo gesto y de nuevo el chispazo se expandió por sus entrañas. Tendría que poner remedio. Llevaba demasiado tiempo sin una mujer y el cuerpo comenzaba a exigir sus apetencias; tantas que incluso esa mujer insoportable lo provocaba. Carraspeó y dijo:

—La verdad es relativa.

—¿Ahora nos encaminamos hacia la filosofía? ¡Pues bien! Aportaré mí granito de arena. Como dijo Machado: La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se piense al revés.

—¿Le gusta la poesía? —inquirió él.

—No tengo porqué darle explicación alguna, porque está usted entrando en terreno personal. Y al igual que usted, yo también protejo mi intimidad —se negó ella a contestar.

—¿Preguntar si le gusta a alguien la poesía es personal? ¡No he escuchado estupidez semejante!

—Usted si que es... Irracional. Los gustos no entran en el currículum de un profesional. Eso sería exigir demasiado e incluso podría entrar en la ilegalidad.

—Depende del trabajo. Usted tiene que cuidar de mis hijos. Tengo la obligación de saber si hay algo pernicioso en usted. ¡Y no me venga con tonterías! No hay nada de ilegal en preguntar si a uno le agrada la poesía.

Alondra apretó los dientes.

—¿Ahora está diciendo que soy malvada? ¡Madre mía! Además de ser un insolente, saca conclusiones de la nada. Pensé que era usted más juicioso.

—¡¿Qué?! ¡Maldita sea! ¿Cuándo he afirmado yo que sea usted maligna? ¡Usted lo está tergiversando todo! —voceó Jan.

—Es usted el que está sacando las cosas de quicio —protestó Alondra.

El bufó sonoramente.

—Sabe que le digo, que ya me he hartado. Incluso me ha quitado las ganas de comer.

—Pues, fíjese usted, a mi esta discusión me ha dado más hambre —

dijo ella dándole la espalda.

—¡Pare! No le he dado permiso para que se vaya —bramó Jan.

Ella se ladeó.

—¿Puedo retirarme, señor? —preguntó Alondra simulando sumisión.

Jan la despidió con un gesto brusco de la mano. Ella, alzando la espalda, abandonó el salón.

Él la observó y el movimiento de sus caderas volvió a desencadenar esa exhalación eléctrica. Decididamente pondría solución. Como también a aquella situación tan absurda, pero al mismo tiempo, tan estimulante. Asombrado, acababa de averiguar que discutir le gustaba un poquito.

5

Alondra entró en la cocina maldiciendo por lo bajo. Ese hombre era odioso y además, arrogante. Un perfecto idiota.

—¡Por la Virgen Santa! ¿Qué has hecho? ¿Acaso te has vuelto loca? —jadeó Agustina.

Alondra se dejó caer en la silla.

—¿Si, verdad? ¡Ay Dios! Me echará. Sí. Ya no firmaré el contrato. Me echará. Ahora vendrá y me dirá que haga la maleta. ¡Con el buen empleo que había conseguido! La he fastidiado por no cerrar la boca a tiempo. Siempre hago lo mismo. A ver ahora donde iré a parar. No tengo casa, ni dinero. ¡Eres idiota, Alondra! —dijo arrepentida, al darse cuenta de lo que había hecho.

—Seguro que te dará la liquidación, muchacha. ¿Cómo has podido hablarle así al señor? Jamás presencié nada igual. Y con franqueza, no comprendo el aguante que ha tenido. Bueno, si. Es por su extremada educación.

Alondra apoyó los codos en la mesa y hundió las mejillas en la palma de las manos.

—Cierto. No he sido nada respetuosa. Pero es que a veces no puedo controlar mis impulsos. En especial cuando me provocan sin motivo.

—¿Sin motivo? Cuando aceptaste el empleo, también aceptaste las condiciones. ¿No es así? —dijo Agustina ofreciéndole un café.

—Sí. Pero… ¡Son crueles! Son unos niños, no soldados de un cuartel. ¿Qué malo hay en que de vez en cuando tomen un dulce o vayan a divertirse al parque? ¡Es un tirano! —se lamentó Alondra.

—Se preocupa por su educación; como es natural. Es su padre.

—Una educación errónea. Los niños también necesitan cariño, que sientan que les acaricias el corazón.

—¿Acariciar el corazón? ¡Qué cosas dices! —sonrió Agustina.

—El amor es lo principal. Sin él, el corazón se va secando y llega un día que se desintegra y te abandona. Un ser sin corazón es el más desgraciado. Y el señor Balaguer está propiciando que sus hijos acaben como él.

—Te equivocas. El señor quiere mucho a sus hijos. Nunca los perjudicaría. Y te aseguro que tiene corazón. Es generoso y compasivo.

—Pues lo hace inconscientemente y alguien debería hacerle recapacitar.

—Es posible, pero no del modo que lo has hecho tú. Hay maneras más civilizadas y menos agresivas.

—¡Agustina! ¡¿Dónde está mí cena?! —bramó Jan.

La mujer dio un respingo y corrió hacia la encimera.

—¡Ay, Señor! En la vida lo he visto así. Es la primera vez que lo

oigo vociferar. Alondra. Haz el favor de quedarte aquí. No vayas a liarla más. ¿Entendido? —dijo poniendo la comida en el plato.

—Me quedaré quietecita. Lo prometo.

—Bien.

Agustina salió de la cocina y entró en el comedor. El señor Balaguer estaba muy circunspecto. Mucho más que de costumbre.

—Permiso, señor —dijo ella dejando el plato ante él.

Jan, con gesto pensativo, revolvió la sopa con la cuchara.

—¿Debo despedirla?

Agustina permaneció unos segundos callada. Aquella pregunta también era inusual. Nunca consultaba sus asuntos laborales.

—Pues… No se que decir, señor.

—¿No crees que ha sido muy grosera?

—Bueno, grosera no creo. Más bien audaz.

Él levantó la cabeza.

—¿A qué te refieres con audaz?

—No tengo la menor idea de cómo será en sus negocios. Sin embargo, me atrevo a asegurar que nadie ha osado contradecirlo como lo ha hecho Alondra.

—¿Tan terrible me ven? —dijo ceñudo.

—¡No, por Dios! Usted es un hombre educado y justo. Más bien diría que por ser riguroso.

—Un negocio no puede llevarse a cabo si uno no lo es o nada funciona. Es la principal regla que uno debe seguir —aseguró él llevándose la cuchara a la boca.

—A pesar de ello, también hay que ser tolerante en algunas ocasiones. No todo es luz y oscuridad, existe el atardecer.

—¿Estás diciendo que soy extremista? —preguntó él con hosquedad.

—No, por favor. Sólo digo que hay varias versiones y hay que escucharlas todas, para poder tomar una decisión.

—Ya. No has contestado a mí pregunta. ¿He de despedirla?

Ella chasqueó la lengua.

—Alondra no pertenece al servicio doméstico. Lleva asuntos personales. Eso debe decidirlo usted. De todos modos, si quiere mi sincera opinión, debería darle una oportunidad. A pesar de lo sucedido, considero que es muy buena chica; y aunque le parezca mentira, eficiente.

—¿En serio? Me ha desobedecido. Le dije que no debía salir sin mi consentimiento.

Agustina sonrió.

—¿Me está diciendo que piensa echarla porque pensaba llevar a los niños a pasear por la calle?

Él soltó aire por la nariz.

—Es el hecho, Agustina. El hecho. Además, una cosa es expresar tú opinión y otra muy distinta hacerlo de esa manera tan impertinente. Ha logrado que me altere y pierda la compostura. Es inaceptable.

—Ya ha salido la intransigencia —murmuró ella.

—¿Cómo dices?

—Que… Que a veces ignoramos si una persona ha tenido un mal día o hay algo que le roe el corazón. Hay que ser comprensivos.

—Un verdadero profesional sabe diferenciar lo privado de lo laboral. No se deben mezclar sentimientos personales —refutó él con acidez.

—Por supuesto. De todos modos, a veces es imposible dominar las emociones; en especial cuando duelen.

Él se rascó la barba.

—¿Crees que le duelen a la señora Rovira?

Agustina levantó los hombros.

—Pues, no tengo la menor idea, señor. Pero… sus ojos… No se… Hay demasiada profundidad. Son como un pozo sin fondo. Esconden algo…

—No entiendo nada. ¿Puedes decirme de una vez qué le ocurre a sus ojos? —se impacientó él.

—No brillan.

—Agustina, me estás liando. ¿Por qué de repente estamos hablando de los ojos de la señora Rovira? ¿Qué rayos tiene que ver con el asunto que estamos tratando? —bufó él.

—Usted me ha preguntado si ella tenía algún motivo por haberse alterado y le he dado mi conjetura.

Él volvió a resoplar.

—Vale. En ese caso, ¿me dirás por qué no brilla su mirada?

—Porque cuando uno está triste la luz de apaga. Y ella carece de esa luz que proporciona la felicidad.

—La felicidad está sobrevalorada —afirmó Jan.

—¿De verdad lo piensa? Es una visión descorazonadora, señor.

—La gente se empeña en perseguir la felicidad total. No existe, Agustina. Lo único que tenemos son instantes, momentos únicos que nos hacen creer que hemos alcanzado el nirvana. Pero después la vida nos hace caer.

—Y más tarde nos levantamos de nuevo; porque si no lo hacemos todo termina y en el fondo somos animales que luchan por su supervivencia. ¡Ay! Ha terminado. Voy a por la carne, señor.

Agustina regresó a la cocina.

—¿Está muy enojado? —quiso saber Alondra.

—Por el momento mantiene la calma.

—Que bien.

Agustina terminó de asar la carne.

—No confíes demasiado. Ya sabes que la calma precede a la tormenta —dijo.

—Según me has dicho, nunca pierde los papeles. Dudo mucho que lo haga hoy.

—Lo he visto golpearse las caderas, querida. Eso es todo un arrebato —dijo Agustina y regresó al comedor.

El señor Balaguer se sirvió un poco más de vino. Dio un sorbo y aseveró al ver el plato. No existía nadie en el mundo como su cocinera para preparar un buen trozo de ternera. Cortó un trozo y se lo llevó a la boca.

—Exquisita. Tienes unas manos de oro.

—Es usted muy considerado. Debería agradecerle al carnicero que venda tanta calidad. Claro que, a un precio desorbitado.

—No hago más que evidenciar una realidad. No todos pueden dejarla en su punto correcto. Y volviendo al asunto principal, ¿qué hago con la señora Rovira?

—¿Sigue pensando en despedirla?

El masticó despacio.

—Debería. Su actitud fue del todo inapropiada. Esa mujer es demasiado visceral. Puede ser una mala influencia para mis hijos.

—Recuerde que sus suegros están de crucero. Regresarán dentro de un mes y con el carácter que tiene Alondra, como le diga que está despedida, es capaz de coger la puerta y largarse ahora mismo. ¿Quién cuidará de sus hijos? Una sustituta puede quebrantar su estado emocional. Alondra le ha tomado mucho cariño a sus hijos y los niños a ella. Por otro lado, no creo que malogre a los pequeños. Piénselo bien, señor. No se precipite.

Él, reflexivo, juntó las cejas.

—Cierto. Me es imposible atenderlos en este momento. Tengo mucho trabajo y no puedo permitirme escoger una nueva institutriz.

—Además, puede que Alondra durante este tiempo aprenda a serenarse —opinó Agustina.

—Y por supuesto lo esencial, que es respetar mis normas —añadió él.

—Estoy segura de ello, señor. Es una mujer inteligente. Sabe lo que le conviene. Si firma el contrato será consciente de que para conservar el puesto ha de seguir las normas. Pero no se preocupe, hablaré con ella.

—Hazlo. Me harás un favor.

—¿Postre, señor?

—No, gracias.

—¿Vendrá a comer mañana?

—Tengo un asunto de negocios —dijo levantándose. Se colocó la americana, se ajustó los puños y sin alzar la mirada, añadió: Dile a la

señora Rovira que mañana puede ir a pasear por los alrededores.

Agustina, perpleja, lo miró alejarse. ¿El estricto señor Balaguer acaba de ceder? ¡Inaudito!

6

Jan dejó la copa sobre el posavasos, justo en el centro.

—Siempre tan correcto, tan perfeccionista. ¡Eres insufrible, amigo mío!

Jan apoyó la espalda en el sofá.

—No se hacer las cosas de otro modo, Andrés.

—Pues deberías desmelenarte de una puñetera vez. ¡Joder, Jan! Ni de adolescente te saliste de la raya. ¿No te cansas de ser tan aburrido?

—La diversión no casa con la responsabilidad que debo mantener.

—Creo que yo soy la confirmación que estás equivocado. Me divierto y al mismo tiempo mis negocios son productivos. Más bien diría que exitosos. Así que no me vengas con excusas. ¡Está decidido! Vamos a pasarlo bien. El viernes nos iremos de viaje.

—¿De qué demonios hablas?

—Lorena ha invitado a varios amigos a su casa de la playa.

—Yo no he recibido esa invitación. No es educado presentarse donde no te esperan.

—Porque sabe que eres un muermo. Pero a partir de ahora te regeneraré. Dejarás atrás la prudencia y cometerás alguna que otra locura.

—Andrés, eso no sucederá —sonrió Jan.

—Te lanzaré a ello.

—No sucederá —insistió Jan.

La puerta se abrió. Alondra y los niños entraron.

—¡Tío Andrés! —gritó Manel echando a correr.

Su padre lo miró ceñudo. Abrió la boca para reprenderlo, pero se quedó sin palabras. La señora Rovira ofrecía un aspecto lamentable. El cabello revuelto como si se hubiese peleado con un montón de gatos. El desaliño no podía ser peor. Debería recordarle que era una empleada suya y tenía que mostrar la máxima pulcritud, y buena presencia.

—¡Por Dios! ¿Se puede saber qué ha pasado? —logró decir.

—Una ráfaga de viento inesperada. Ha sido como un pequeño tornado. ¡Hasta ha levantado las sillas de la cafetería de abajo! La gente ha comenzado a correr de un lado hacia otro sin saber que hacer. ¡Es la primera vez que veo algo parecido! Por una parte ha sido tremendo, pero por otro, emocionante. Ha sido como un mini tornado. Es una lástima que no pudiese filmarlo —respondió ella moviendo los brazos intentando representar lo ocurrido.

Andrés sentó al niño en sus rodillas y observó a la recién llegada. ¿Acaso su amigo estaba comenzado a recuperar las ganas de vivir? Probablemente. Esa mujer era la candidata perfecta para resolver su

abstinencia sexual.

—¿Quién es esa preciosidad? —musitó sin poder apartar la vista de Alondra. Era la mujer más bella que había visto. No por su espectacularidad. En realidad, las conoció mucho más guapas. Pero ella irradiaba un no sé qué que te atraía como un imán. Una belleza exótica y llena de vitalidad. Pura sensualidad. Una mujer espontánea, real.

—Es Alondra, tío Andrés. Me cuida y juega conmigo. Y es la única que hace callar a Carla.

Él miró a su amigo y alzó las cejas con gesto interrogante.

—Señora Rovira. Le presento al señor Andrés Alquezar. Mi mejor amigo.

—Mucho gusto —dijo Alondra extendiendo la mano.

—El gusto es mío —dijo Andrés. Se la estrechó y le dedicó una enorme sonrisa.

Jan carraspeó incómodo ante la mirada de admiración de su amigo.

—Debería ir a acicalarse. ¿No le parece?

—¿Le ocurre algo a mí pelo?— inquirió ella pasándose la mano por la cabeza. —¡Oh! ¡Qué desastre! Sí, por supuesto. Vamos, Manel. Hora de merendar.

—No quiero jamón. No me gusta —dijo el crío, dándole la mano.

—Pues merendaremos queso. ¿Te parece?

Los dos hombres observaron como ella abandonaba el salón.

—¿Podrías explicármelo? ¿O es demasiado íntimo? —se interesó Andrés.

Jan chasqueó la lengua.

—Siempre pensando mal. No hay nada escabroso ni personal. Se trata de la niñera.

—¿Escabroso? ¿En serio? ¡Dios Santo, Jan! Con franqueza, no entiendo tu moral. Tener una ventura con una mujer preciosa es lo más natural del mundo, no una maldad. Más bien diría que incluso necesario.

—Ella no es una mujer… Quiero decir que es una empleada.

—Ya. ¿De dónde demonios la has sacado? —inquirió Andrés clavando los ojos en sus nalgas.

—Del departamento de empleo. De dónde sino. Y deja de mirarla así. No es apropiado —contestó Jan molesto.

—Lo siento, pero no puedo resistirme. Deberé acudir a tu empresa cuando quiera rodearme de belleza.

—¿Belleza? La señora Rovira está aquí por sus aptitudes. Además, no es ninguna beldad.

Su amigo sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Me tomas el pelo? Es preciosa. Ese cabello, esos labios rosáceos, ese cuerpo de escándalo, esos movimientos tan sensuales. Es una

verdadera tentación. ¿Cómo puedes mantenerte tan frío? Yo estaría metido en el infierno teniéndola a mí alrededor. En pleno enero debería poner la refrigeración o me quemaría.

Jan, intranquilo, se rascó la barba.

—Es una asalariada. Nunca y lo sabes, traspaso la línea de la ética. Considero inmoral acosar a alguien con el ostentas el poder.

Andrés alzó las manos en señal de rendición.

—¡Eh! Soy bastante golfo, pero nadie puede acusarme de aprovechado. Sería incapaz de hostigar a una mujer. Además, tengo el suficiente carisma como para no necesitar presionar. Mis encantos me bastan.

Jan sonrió. Era cierto. Andrés era uno de esos tipos a los que las mujeres consideraban guapísimos. Alto, musculoso, rubio como el oro y ojos grises como los de un gato. Rico, famoso y con título nobiliario; nada menos que marqués. Y si a eso se le añadía un gran sentido del humor y una gran pasión por divertirse, el cóctel era explosivo.

—Eres todo un Don Juan. Pero llegará un día que una mujer te atrapará y dejarás las diversiones atrás.

Andrés golpeó la mesa con dos dedos.

—¡Dios no lo quiera! No estoy hecho para el amor ni para guardar fidelidad, amigo. ¿Una sola mujer? ¡Ni hablar! Y volviendo al tema principal…

—¿Pero teníamos uno? —bromeó Jan.

—Por supuesto, la señora Rovira. Cuéntame. Me interesa todo de ella. Todo.

—No hay nada que contar.

—¿Cómo qué no? Esa divinidad tendrá un pasado, digo yo. Una historia, amigos, amantes. Una chica como ella no debe de estar sola. No me creo que alguien como tú la hayas contratado sin haber investigado. ¡Venga ya!

Jan, por supuesto, indagó. No era hombre de meter en su vida a alguien que pudiese reportarle sorpresas desagradables y menos para cuidar a sus pequeños.

—Es de lo más normal, amigo. Aunque, inteligente. Licenciada con las mejores notas. Por eso la contraté. En cuanto a su vida personal, es viuda y sin hijos. Y por lo que sé, sin pareja. Eso es todo.

—Pero… ¿A qué edad se casó? ¿A los quince?

—Que no te engañe su apariencia juvenil. Ha cumplido los treinta.

—Una mujer que sabe cuidarse y muy bien.

—No creo. Es de esas personas que creen que los niños deben comer dulces y otras comidas del todo insanas. No me extrañaría que llevase a Manel a una hamburguesería a escondidas. Y me juego el pellejo que no practica deporte alguno. Su aspecto saludable es pura genética.

Su amigo se echó a reír.

—Por supuesto, no como tú que hace años que no pruebas el chocolate, ni un triste cruasán, ni fritos; y encima te matas en el gimnasio. ¡Joder, Jan! ¿No te aburres de tanta prudencia? Te morirás igual y no habrás gozado de placeres deliciosos. ¿No ves que es una estupidez morirse sano? Y ahora, hablando de este fin de semana, te vendrás a casa de Lorena. Ha reunido un buen grupo de amigos. Nos lo pasaremos muy bien. Chicas, música y buena comida, y anuncian buen tiempo. El fin de semana perfecto.

—¿También irá Roser?

—¡Bah! Ya es historia.

—Andrés, si has salido con ella un par de semanas. No entiendo lo que te ocurre con las relaciones.

Él se sirvió otra copa y paladeó el sorbo.

—Pues, que al poco tiempo me aburro. El misterio deja de serlo y pierdo interés.

—Será porque no eliges bien, amigo mío.

—Desde luego, no como tú —dijo Andrés mirando hacia el jardín. Alondra se había sentado bajo el limonero con Carla sobre su falda. Una estampa del todo familiar muy ajena a su ideal de la mujer, pero que a él le pareció fascinante.

—¿Qué es eso que te ha dejado absorto?

Jan también desvió la mirada. Era la primera vez que veía sonreír a su niñera y reír a carcajadas a su pequeño desde la muerte de su madre. Un panorama que le aportó una brisa a la angustia de su alma. Pero nada en su rostro la mostró. Continuó impasible.

—Andrés, no.

Su amigo lo miró.

—¿A qué te refieres?

—Me has entendido a la perfección. Así que, no se te ocurra. Es terreno prohibido.

Andrés sonrió.

—Comprendo. La quieres solamente para ti.

Jan inspiró con fuerza.

—No bromeo. Terreno prohibido para los dos. ¿Ha quedado claro?

Su amigo se llevó la mano a la frente y efectuó un saludo militar.

—A sus órdenes, mi general.

—En esta ocasión no lo toleraré. No me gustaría perder tú amistad por romper las normas que tenemos marcadas. Por otro lado, esa mujer debe cuidar de mis hijos. Nada debe interferir.

Andrés miró a su amigo. Su semblante no mostraba burla alguna. Hablaba muy en serio.

7

Alondra cogió el bolso y bajó la escalera canturreando. A pesar del encontronazo con su jefe se sentía satisfecha con el trabajo. Los niños eran un amor y lo mejor de todo era que su padre apenas hacía notar su presencia. Eso le aportaba una sensación de libertad que la reconfortaba.

—¿Sale?

Alondra respingó sobresaltada.

Jan dejó que sus ojos se perdieran en el oleaje de fuego de la cola de caballo. Era la primera vez que la veía sin el moño y sin su vestuario tan formal. Ataviada con esa camiseta y los vaqueros aún parecía mucho más joven.

—Perdone. No quería asustarla.

—¿Asustarme? En absoluto. Sorprendida, sí. No pensé que en domingo se levantase tan pronto.

—Soy madrugador. Al parecer, como usted. ¿O es por algún asunto especial?

Ella sonrió.

—Por si se le ha olvidado, hoy es mí primer día libre.

Él carraspeó.

—Cierto.

—Los niños aún duermen. Pero Carla se despertará en media hora y berreará exigiendo el biberón.

—Sé cómo ocuparme de ellos. Soy su padre. No lo olvide —masculló Jan.

Alondra se tensó.

—No estoy recriminándole nada, señor. Solo digo que… ¡En fin! No quiero comenzar el domingo con una discusión absurda. Me marcho.

—Me parece una buena decisión. Que pase un buen día —dijo Jan.

—Lo mismo le deseo —respondió Alondra. Abrió la puerta, salió a la calle y cerró. El taxi ya estaba aguardándola. Le indicó la dirección y se acomodó dispuesta a recomponer una parte más de su vida rota.

El auto, tras cruzar la ciudad, se detuvo ante un edificio sin la menor solera. Era una de esos bloques construidos en los años sesenta para albergar a los emigrantes que llegaban a la ciudad en busca de una nueva vida. La familia de su marido fue una de ellos.

Pulsó el timbre y tras escuchar el clic empujó. Cruzó el portal y se metió en el ascensor. Los escasos minutos hasta alcanzar el piso décimo le parecieron eternos.

Cuando abrió la puerta, Rafael, su cuñado ya la estaba aguardando.

—Ha pasado mucho tiempo. Casi medio año.

—No me sentía con fuerzas. Siento haberte dejado de lado. En

ocasiones es necesario esconderse dentro del caparazón para poder huir de la influencia exterior y encontrar la paz que uno busca.

—Te perdono, pues te veo muy bien. Me da la sensación que has podido serenarte.

—Lo mismo digo —dijo ella besándolo en la mejilla.

—Pasa. Te he preparado el desayuno que te gusta.

—Gracias. No debiste molestarte —dijo Alondra sentándose ante la mesa. Una mesa repleta de manjares. Chocolate a la taza, churros, bollos y un sinfín de galletas variadas. La comida menos saludable del mundo, pero que de vez en cuando disfrutaba. En especial cuando la familia se reunía en jornadas especiales.

—Mi cuñada nunca molesta. Anda, no te reprimas. Disfruta. Ganar unos kilos de más no te sentarían mal. Estás demasiado delgada, cariño.

Alondra se sirvió chocolate, mojó el churro y lo saboreó con verdadero placer.

—¡Delicioso! No lo probaba desde…

Rafael la cogió de la mano.

—¿Cómo estás? Me refiero a de verdad.

—Mejor. De veras. Poco a poco voy asimilando mi nueva situación. ¿Y tú?

—Estoy en ello. Pero cuesta pasar página. ¿Qué voy a contarte a ti, verdad?

Ella aseveró con tristeza.

—Cuando me llamaste dijiste que tenías novedades que contar. Y por tu tono me dio la sensación de que eran buenas. Venga, soy todo oídos. Alégrame el día.

Alondra tomó un gajo de naranja y lo empapó en chocolate.

—Tengo un nuevo empleo. Esta vez acorde a mis aptitudes.

—¡Fantástico! No eres mujer para ir limpiando la mierda de los demás. Me dolía lo desaprovechada que estabas. Toda una experta en educación infantil con el mocho y el trapo a cuestas. ¿Estás en una guardería?

—No. Trabajo para un empresario viudo como niñera de sus dos hijos.

Rafael alzó una ceja y sonrió burlón.

—¿Ahora eres Mary Poppins?

Alondra resopló.

—¡Qué más quisiera! Mi jefe es el tipo más aburrido y estricto de este mundo. A veces, he de confesar que da hasta miedo. Seguro que a Mary la echaría a patadas en el primer minuto.

Rafael mordisqueó el cuerno del cruasán.

—Y encima será feo. ¡Pobre Alondra!

—No, feo no es. Todo lo contrario. Es un hombre impresionante.

Puede incluso que lo conozcas, pues es famoso. Se trata de Jan Balaguer.

Su cuñado detuvo el avance del cruasán y la miró boquiabierto.

—¿Bromeas? ¿El famoso empresario? ¡Joder! ¿Cómo lo conseguiste?

—Aunque no lo creas, tengo un buen currículum —se ofendió ella.

—No lo digo por eso. Sé que estás muy bien cualificada. No obstante, ya sabes como son esos tipos. Se aprovechan de los más débiles. Tal vez sabía de tú situación y pensó que le resultarías más barata que las otras institutrices más elitistas. Nadie llega a millonario sin explotar a sus semejantes o jugando sucio.

—Te aseguro que me paga un buen suelo. En realidad, muy generoso.

—Normal. El tipo está forrado.

—¿Pero no acabas de decir que pretendía explotarme? —rió ella.

—Me has aclarado que no es un abusador. De todos modos, ten cuidado. Por lo que sale en las revistas, el tipo es un conquistador.

—Pero. ¿Tú lees la prensa amarilla? —se sorprendió su cuñada.

—Es mi oficio, querida. He de estar al día de las decoraciones de esos millonarios para no quedarme atrás —se defendió Rafael.

—Ya.

—Pues como te decía… En cada reportaje lo sacan con una mujer diferente. ¡Y qué mujeres! No baja el listón de modelos. Creo recordar que su último ligue fue Alexandra Montañés. ¡Espectacular! ¡Una diosa! Pero pronto se cansa. Aunque, puede permitírselo. En cuanto deja a una, ya hay otra haciendo cola para salir con él.

—En realidad, no hay nada de eso. Hace apenas unos meses que enviudó y me han dicho que amaba mucho a su esposa. No le veo con ánimo para muchas juergas. El hombre parece amargado. Y es muy serio. No le veo como conquistador empedernido. Son relaciones sociales.

—Sigues siendo una ingenua. Esa gente nunca goza de matrimonios reales. Seguramente su mujer se casó con él por conveniencia. Dos fortunas que se juntan para ser aún más poderosos —opinó Rafael.

—No me ha dado esa impresión. El señor Balaguer está muy triste e intenta disimularlo con la seriedad y trabajando sin descanso.

Su cuñado bufó.

—¿Trabajar? Ya me gustaría verlo en la obra dándole a la masilla cuando hiela o hace un calor del carajo, o procurando no caer del andamio.

—¿No encuentras nada mejor? —se interesó Alondra.

—Los tiempos no están para dar oportunidades. Y menos para un hombre heterosexual que pretende dedicarse al diseño de interiores. Tú has tenido mucha suerte. Procura conservar el empleo. Y cuenta.

¿Cómo es su casa? Imagino que es lujosa y enorme.

—No puedo contarte. He firmado un contrato de confidencialidad.

Rafael la miró perplejo.

—¡No me jodas! ¿Por qué? ¿Qué tiene que ocultar ese tipo? Alondra, no me inspira la menor confianza que estés al lado de un hombre que necesita que tapen sus trapos sucios. A saber que hace a escondidas.

—No es eso. Protege su intimidad y la de sus hijos. No hay nada especial ni escabroso. A mí tampoco me agradaría que escudriñaran en mí vida.

—Pues no veo inadecuado en pedirte que me describas la casa, no lo que ese tipo hace en la cama con las rubias. Vamos, mujer. Es interés profesional. ¿Es lujosa? ¿Recargada? ¿Cómo es? ¡Por Dios, cuñada, dímelo!

Ella suspiró.

—Supongo que no quebranto nada… Vive cerca del Tibidabo. ¡Y es fabulosa! Todos los detalles del modernismo mezclados con muebles muy actuales. La verdad es que el señor Balaguer tiene muy buen gusto.

—O tal vez la decoró su mujer —apuntilló Rafael.

—No se… Tengo entendido que él se dedica a supervisar la decoración de sus hoteles. La cuestión es que su casa es maravillosa. Y mi habitación es preciosa.

Rafael rompió a toser.

—Bebe agua.

—¿Has dicho tú habitación? ¿Vives en su casa? ¿Por qué? ¿Acaso es necesario?

—Claro. Soy la niñera. La mujer que debe procurar por su salud, día y noche.

—No me parece bien. No es prudente.

—¿A qué te refieres? —se extrañó Alondra.

—Ese tipo es un mujeriego, rico y guapo a rabiar, y tú una mujer…

—Una mujer juiciosa, discreta y que no está en absoluto interesada en los hombres. Además, el señor Balaguer, por muy difícil que te sea de creer, es todo un caballero. Educado, frío y responsable. No existe peligro alguno de que pueda pervertirme. Jamás se me ha insinuado. Quédate tranquilo. ¿De acuerdo? —sonrió Alondra.

—Si tú lo dices…

—Lo aseguro. No me atrae en absoluto. Carece de sensibilidad. Es antipático y nunca ríe. Y trata a sus hijos como si viviesen en un cuartel. Alucinarías con las normas que hay en esa casa. En la vida he topado con alguien tan implacable.

—Por suerte, eres sensata y huyes de los tipos malos que tanto gustan a las mujeres. Pero demasiado para otras cuestiones menos

trascendentales. Si te pido fotos de la casa, sé que no las harás.

—Por supuesto que no —ratificó Alondra.

—¿Sabes qué podemos hacer? Paso a visitarte y me enseñas la casa.

—Tengo prohibidos los encuentros personales en el trabajo.

—¡Joder con las reglas de ese tipo! —resopló Rafael.

—Ya te lo he dicho. Es muy especial. Bueno. ¿No vamos ya?

—¿Estás preparada? Si no puedes, no pasa nada, cielo. Iremos otro día.

Alondra ratificó con la cabeza.

—Ya es hora, Rafael. Ya es hora de enfrentarme a mis fantasmas.

8

Alondra dejó caer el bolso sobre la mesa. Se sentía agotada. Enfrentarse a sus miedos no fue fácil. Pero lo hizo y eso era un indicativo de que su vida iba encarrilándose. ¿Hacia dónde? No lo sabía, pero sí que la dirección era hacia adelante y estaba dispuesta a no dar un paso atrás.

Se acercó a la máquina de café y se preparó uno.

—¿Ya podrá dormir?

Ella respingó sobresaltada. Se dio la vuelta. Jan Balaguer estaba en el quicio de la puerta observándola con aire curioso, con una expresión que inexplicablemente la irritó. En realidad, su jefe la crispaba aunque no hiciese nada; porque ese hombre era lo contrario a lo que ella apreciaba. Insensible, arrogante y exigente. No podía comprender como era tan distante con sus hijos. ¿Acaso no los quería? Puede que fuesen hijos no deseados. Ocurría en ocasiones. Muchas mujeres que se morían por ser madres engañaban a sus maridos excusándose en los fallos anticonceptivos.

—Puede que no quiera —dijo ella apoyando la espalda en la nevera.

Él cruzó la puerta con ese aire felino, con esa elegancia tan característica en él, incluso ahora que iba ataviado con un chándal tan negro como sus ojos.

—¿Temor a las pesadillas? —preguntó acercándose a ella.

Alondra, al ver su intención, se apartó.

Jan abrió la nevera y hundió la cabeza en su interior.

—Señor Balaguer, estamos entrando en asuntos personales. No es muy profesional, ¿no le parece? —replicó Alondra.

—Le ruego me disculpe —dijo él cogiendo la botella de leche. Cerró la puerta, buscó un vaso y lo llenó. Ella cogió el café y dio un largo sorbo. Él suspiró.— La envidio. Adoro el café pero me es imposible tomarlo cuando me apetece. Me quita el sueño.

—¿Los niños duermen? —se interesó Alondra.

—Como angelitos.

—¿Quién los ha cuidado en mi ausencia?

—Yo. Como cada domingo.

Ella lo miró asombrada.

—¿No me cree capaz? —inquirió él levantando una ceja.

—Por supuesto. No obstante, me cuesta imaginarlo en ese rol. Me refiero al de padre amantísimo y dedicado, durante veinticuatro horas. Pensé que contrataba a otra niñera para echarle una mano.

Jan se rascó la barba.

—¿Podría decirme la razón de su extrañeza sobre mi ineptitud?

Ella bajo la mirada e hizo rodar la taza entre las manos.

—No se… Le veo perfectamente como un alto ejecutivo, eficaz, calculador y riguroso. Pero no dando la papilla o tirado en el suelo para jugar con sus hijos o contándoles un cuento a la hora de acostarse.

—¿Así qué me considera insensible?

Alondra se removió inquieta.

—¿Insensible? ¡No, por Dios! Solo que… Creo que es demasiado quisquilloso.

Él clavó sus ojos profundos en los de ella.

—La educación meticulosa no es incompatible con la sentimental. Quiero a mis hijos, señora Rovira.

Alondra sintió escalofríos ante su mirada.

—No lo dudo —mustió.

—No lo haga nunca. Por ello espero que no me defraude y los cuide con esmero. Son mi mayor tesoro.

Alondra apretó los dientes. ¿Cómo se atrevía a dudar de su profesionalidad?

—¿Y por qué razón me contrató? ¿Eh? ¿Acaso no fue por mí increíble currículum? Pues no me venga ahora con suspicacias, señor Balaguer —gruñó, muy enojada.

—En ningún momento he puesto en tela de juicio su profesionalidad.

—¿No le parece contradictoria su opinión?

—¿Por qué?

—Si me pide que no lo estropee será porque no confía. Y si no confía, duda de mi experiencia.

—Dudar es humano. ¿No le parece?

—¿Humano, dice? ¡Qué gracioso!

—¿Dónde está el chiste? Según su humilde opinión carezco de sentido del humor —rezongó él comenzando a perder la compostura.

—Efectivamente. Es usted la persona más sosa y aburrida que he conocido.

Él volvió a mostrar esa media sonrisa que ya le indicaba que su mente estaba tramando alguna argucia o sarcasmo.

—Por lo que deduzco que su círculo social no ha sido muy amplio, señora Rovira.

—Por supuesto que no tanto como el suyo. A pesar de ello, estoy convencida que el mío es más auténtico. Me refiero a que no vivo rodeada de hipócritas y aduladores que se limitan a decir lo que nos gustaría oír.

Él apuró la leche y dejó el vaso en la pila.

—Soy un hombre muy desgraciado por no conocer lo que es la verdadera amistad. Por suerte la tengo a usted para ponerme los pies

en la tierra. ¿No es así?

—Desde luego. Nunca me verá dorándole la píldora —aseguró Alondra.

—Compruebo que estoy ante una mujer sincera.

—Procuro serlo. Sí.

Jan frunció los labios y asintió.

—Eso está bien.

—Es uno de mis valores esenciales. Si no se impacienta, puede que descubra algunos otros —dijo ella dibujando una leve sonrisa.

Jan comprobó que al hacerlo su rostro experimentaba un cambio muy interesante y pensó que le gustaría ver como se transformaba con una risa completa.

—En eso sí puedo comprometerme; pues la paciencia es otra de mis virtudes.

—La modestia no es una de ellas —apuntilló Alondra.

—Cuando algo es excelente, es absurdo intentar disfrazarlo de humildad. Resulta del todo ridículo. Una mujer tan sincera como usted debería estar de acuerdo.

—En parte. Lo que considero correcto es mitigar la pedantería. Soy incapaz de soportar a alguien que se considera superior a otro semejante. Todos tenemos una cualidad que nos hace especiales.

—No puedo estar en desacuerdo. De todos modos, lo especial puede encaminarse también hacia lo desagradable. ¿No le parece?

—Advierto que es usted pesimista.

—Me considero realista. Calculo las probabilidades y no especulo. El optimismo es una ilusión que distorsiona el paisaje. No caigo en ese engaño.

—Prefiero engañarme a sumirme en la desesperanza. Bueno. Es tarde y estoy muy cansada.

—Me alegro de que disfrutase de su día libre.

—Sí. Ha sido intenso.

Jan se fijó en su semblante. Decía todo lo contrario. Un halo de tristeza estaba aposentado en sus increíbles ojos como las amatistas. Porque la señora Rovira poseía unos ojos preciosos. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Lo cierto era que hacia mucho que no se fijaba en lo que le rodeaba. Su mundo se derrumbó aquella noche y no le interesaba deshacerse de los escombros. Aún rebuscaba entre ellos restos del pasado. Su niñera parecía encontrarse en la misma situación. Aunque, ella hacía mucho más tiempo que perdió a su esposo. ¿Le sería a él igual de difícil superarlo? Puede que mucho más. Perder al ser que ha compartido tu vida, tus sueños y el futuro, es doloroso; sobre todo si de esa unión surgieron los hijos. En ellos siempre sobreviviría su recuerdo, su presencia. La señora Rovira no pudo tener hijos. Ella podría resurgir de las cenizas con menos

dificultad.

—Mi jornada también lo ha sido. Los niños agotan —suspiró.

—Sobre todo cuando no se está acostumbrado a pasar mucho tiempo con ellos.

—¿Cinco años le parece poco? —cuestionó Jan guiñándole un ojo.

—No me… refería a… usted. ¡En fin! Buenas noches —balbució Alondra desconcertada. ¿A qué vino ese guiño? Cogió el bolso, dio media vuelta y salió a toda prisa de la cocina.

9

Transcurridos tres meses, Alondra no se arrepentía de haber aceptado el empleo. Ahora su mayor temor era perderlo. Estaba realmente encariñada con los niños y le dolería tener que separarse de ellos; lo cuál era posible pues constantemente sus ideas con referencia a ellos chocaban con la actitud intransigente de su jefe. No conseguía convencerlo de que sus hijos también debían gozar de los placeres de la vida. Comer dulces, embarrarse, jugar en el parque con los otros niños o saltar sobre la cama. Pero no. El señor perfecto lo tenía prohibido. ¿Y qué hacia ella? No obedecer. No contribuiría a que la existencia de esos pequeños fuese oscura y alejada de la niñez.

—¿Has visto al señor? Parece mentira pero cada día está mucho más guapo. No hay otro como él. ¡Lo que presumiré con las otras sirvientas!

Alondra dejó la taza de café y cogió la revista. El señor Balaguer había sido fotografiado en la fiesta de la Condesa de Montgros. Agustina estaba en lo cierto. Era guapísimo y eso que nunca le gustaron los hombres con barba.

—¡Y qué presencia! —exclamó Agustina.

Sí. Su aspecto era imponente con el smoking. La elegancia hecha carne. Lo mismo que la mujer que colgaba de su brazo. ¡Madre de Dios! Espectacular. No podía existir otra definición más adecuada.

—Ya veo que te has fijado. Es Claudine Lanusse, la modelo más importante de Francia. Ha sido elegida la más hermosa. ¿Hacen buena pareja, eh?

—En absoluto —negó Alondra.

Agustina golpeó la foto con el dedo.

—¿Cómo qué no? ¡Míralos! Altos, guapos y con unos cuerpos que rayan la perfección. Esa Claudine es preciosa. Rubia natural y con unos enormes ojos azules. Al señor le encantan las mujeres de cabellos dorados.

Alondra negó con un chasquido de la lengua.

—Eso de natural sería discutible. Seguro que ha pasado por el quirófano.

—No tiene porqué. Hay bellezas ya cinceladas desde la cuna. Ellos dos son un ejemplo. Una pareja ideal.

—Pues ese tipo de mujer no es la adecuada para el señor. No están hechas para la vida familiar. Claro que, él tampoco se implica demasiado. Lo único que hace es meterse conmigo por cómo me comporto con sus hijos; porque a ellos apenas los ve. Es como si fuesen huérfanos.

—¡No seas exagerada! Claro que pasa tiempo con ellos. Poco,

cierto, pero es que es un hombre muy ocupado.

—Hay ocupaciones humanas que son más primordiales. ¿Crees que a esos niños les importa cuanto dinero ingresa en su cuenta corriente? No, Agustina. Ellos preferirían que su padre se implicase en sus juegos o que cada noche los arropara y les contase una historia llena de fantasía. Pero no. El señor Balaguer considera que esas cosas no son esenciales para la educación de un niño. Disciplina, responsabilidad y etiqueta. Esas barbaridades son las que cree fundamentales.

—Lo son, Alondra. Los niños deben tener patrones y ser reprendidos cuando actúan mal. Lo mismo que recompensados cuando se portan bien.

—Por supuesto. Pero no significa que dejen de ser críos por ello. ¡En fin! Tenemos que salir a dar un paseo.

Agustina sacudió la cabeza con energía.

—¿Con esta lluvia? ¿Te has vuelto loca? Manel puede resfriarse y no quiero ni pensar como se lo tomaría el señor si se enferma por tú culpa.

—¡Por Dios! No hay que encerrarlos en una urna de cristal. Los niños se constipan, pasan el sarampión y otros virus; de lo contrario no estarían inmunizados. Con un buen impermeable y un paraguas bastará para su protección. Además, Manel no deja de ir a la escuela cuando llueve. Así que saldremos.

—Como se entere el señor…

—No lo hará. Sabes que vuelve de viaje mañana. Por ello me aprovecho.

—Estás jugando con fuego, muchacha. Parece mentira que hayas olvidado que el señor se enfurece cuando alguien rompe sus normas —le advirtió Agustina.

—¿Y su esposa obedecía sus inhumanas reglas? ¿En serio? No puedo creer que le hiciese eso a su propio hijo.

—Los dos siempre estuvieron de acuerdo en todo. Eran muy parecidos. Nunca los escuché discutir. Un hogar lleno de armonía. Formaban un buen equipo.

—¿De qué me extraño? El señor Balaguer jamás elegiría a una mujer que no encajase en su mundo tan especial y que no lo obedeciera ciegamente.

—El matrimonio no es un juego, Alondra.

—Lo sé muy bien —musitó ella.

Agustina carraspeó incómoda al ver que metió la pata.

—Por supuesto.

—Por favor, no te apures. No es ningún secreto de estado.

—Pero como nunca hablas de ello…

Alondra se aclaró la garganta.

—¿Cuidarás de Carla? Volveremos en menos de una hora. Te lo

prometo.

—No te preocupes.

Alondra subió a la habitación de los niños. Vistió a Manel, colocó a la niña en el capazo y bajó a la cocina.

—Estamos listos. ¿No es así, cariño?

Manel dio varias vueltas y exclamó:

—¡Mira, Tina! ¿Te gusta mi abrigo amarillo?

—Estás muy guapo.

—Dice Alondra que no se moja con la lluvia. Y mis botas tampoco. ¡Podré meterlas en un charco! Luís, mi amigo, dice que es muy divertido saltar en el agua.

Agustina le dio un sonoro beso.

—Claro que sí, cielo. Que te lo pases muy bien pisoteando charcos.

En cuanto se fueron Agustina cogió a Carla. La sentó en su regazo y acarició su sonrosada mejilla.

—Si te viese tú madre estaría muy feliz. Eres la niña más preciosa del mundo. En realidad, eres su calco. El señor debe pensar constantemente en la señora al verte. Imagino que será doloroso para él. No es fácil asimilar que la persona que amabas ya no estará nunca más contigo y más difícil al perderla en esas circunstancias tan dramáticas. Claro que, tú también estarás triste cuando comprendas que nunca has disfrutado del amor de tú madre. Pero no te preocupes. Tú padre te adora y te amará por los dos.

La pequeña sonrió.

—Aunque le cueste demostrar su amor sabes que digo la verdad. No hay nada más importante para el señor Jan Balaguer que sus pequeños. ¡Ay, cariño! Cuando pienso en lo que ha sufrido y lo triste que aún está, me apena mucho. Sin embargo, sé que saldrá adelante. Tú padre es un hombre de gran fortaleza. Pero nadie puede superar una tragedia solo. Y él no se deja ayudar. No quiere mostrar debilidad pues es el gran señor Balaguer, el hombre con más éxito y carisma.

La pequeña bostezó. La colocó en el capazo y comenzó a preparar la cena.

—Cuando no viene el señor, me siento feliz. Con poca cosa me apaño y he de confesar que me aprovecho para cocinar cosas mucho más sabrosas. Dónde esté una tortilla de patatas y un filete rebozado, que se quite la ensalada y el brócoli. La verdad, nunca he comprendido como le puede gustar a alguien y mucho menos, tanto como a tú padre —musitó batiendo los huevos.

El sonido de la puerta la hizo ir al salón. Se detuvo al ver que no era Alondra.

—¿Señor? ¿Qué está… haciendo aquí? —jadeó. Habría problemas en cuanto descubriese que Alondra y Manel estaban paseando bajo la lluvia.

Él abrió y cerró el paraguas varias veces para escurrir el agua.

—¿Por qué esa extrañeza? Vivo aquí, Agustina.

—Ya… Pero… Regresaba mañana. ¿No es así? ¿Qué ha pasado? Usted no tiene por costumbre cambiar los planes. Espero que no lo obligase una desgracia.

Jan frotó la suela de los zapatos en la alfombra y tras descalzarse, entró.

—Todo está bien, mujer. Sencillamente me ha apetecido volver antes. ¿Algún problema con mí decisión? —dijo colgando la gabardina. Abrió el zapatero y cogió unas zapatillas.

—No, claro que no. ¿Pero usted lo ha tenido con el trabajo? ¿No salió bien el negocio?

—Todo fue como esperábamos. En realidad, mucho mejor. Ha merecido la pena viajar hasta tan lejos.

—Le felicito. ¿Le apetece tomar un café? ¿Algún refresco? ¿Comer algo? Ya sabemos lo mal que se come en los aviones.

—Al parecer, aquí tampoco se siguen las pautas saludables. ¿Está haciendo tortilla de patatas?

Agustina respingó.

—No soy adivino. El aroma la ha delatado.

—Le aseguro que… no es la… cena de los niños.

—Lo sé. Cómo también usted sabe que no me meto con sus apetencias culinarias. Faltaría más.

Ella asintió.

—¿Qué le apetece tomar, señor?

—Sólo un café, gracias. ¿Los niños duermen a estas horas?

—No, claro que no.

Jan sonrió.

—Pues está todo muy silencioso. Compruebo que nuestra niñera comienza a enderezar sus malas costumbres. Se puede jugar sin armar escándalo. ¿No crees?

—Bueno… Sí. ¿Pasamos a la cocina a por el café?

—¿No puedo tomarlo en el salón? —dijo él.

—Por supuesto, señor. Ahora mismo se… —Calló al ver como la puerta se abría.

Jan también miró hacia esa dirección.

—¡Ya hemos llegado! —gritó Alondra bajo el porche.

10

Jan Balaguer miró pasmado como Alondra y el niño se quitaban los chubasqueros en el porche y los sacudían en medio de grandes carcajadas.

—No, Manel. Con las botas embarradas no entres. Espera —dijo ella. Lo sentó en el banco y se las quitó. Seguidamente, ella también hizo lo mismo.— Ahora sí. Entremos y tomaremos una taza de caldo bien calentito. Verás lo bien que nos sienta. ¿Te parece bien, cariño?

El niño vio a su padre y echó a correr.

—¡Papi! ¿Sabes qué? He saltado en muchos charcos de agua y me he divertido mucho.

El corazón de Alondra se paró durante unos segundos. Su mayor temor estaba a punto de hacerse realidad. Esta desobediencia le costaría muy, muy cara.

—Lo supongo, hijo. Lo supongo —mascó Jan entre dientes mirando a la niñera con ojos exaltados de ira.

Ella tragó saliva. Ni en sus mayores discusiones vio reflejado tanto enfado.

—Señor Balaguer —dijo en apenas un murmullo.

—Agustina. Lleve al niño a la cocina y que tome leche caliente con miel.

—Sí, señor.

Con gesto autoritario, Jan alzó dos dedos y le indicó a Alondra que tomara asiento. Ella obedeció sin rechistar. No era estúpida y no era el momento oportuno de pronunciar palabra. Dejaría que hablase él y después reaccionaria. Jan se plantó ante ella con las manos cruzadas bajo la espalda.

—Temo que no es consciente de lo que ha hecho hoy, porque si lo ha hecho aposta, le juro que no puedo comprenderlo.

Ella permaneció en silencio. Él tomó aire por la nariz.

—¿Es qué acaso no le importa su empleo o el bienestar de mis hijos?

Alondra apretó los dientes.

—No se atreva a dudar de mis buenas intenciones con los niños.

—Lo que acabo de presenciar no indica eso, señora Rovira.

—¿Y qué ha visto?

—¿De verdad he de explicárselo?

—Pues, con franqueza, sí. No tengo la percepción de haber hecho algo tremebundo.

Él se mordió el interior del labio intentando no estallar. No lo consiguió.

—Pues lo ha hecho. ¡Ha expuesto a mí hijo a un posible resfriado o

mucho peor, a una pulmonía! ¡Ha sido una inconsciente!
Alondra soltó una leve carcajada.
—Pero, ¿se está usted escuchando? O sea. Que para qué su hijo esté fuera de los peligros de las bacterias debemos mantenerlo encerrado cuando llueve. ¡Por el amor de Dios! Lo consideraba un hombre inteligente.
—¿Me está llamando tonto?
—Déle el nombre que quiera. La cuestión es que está siendo usted ridículo.
—En lo concerniente a mis hijos, puedo comportarme como me plazca. Usted, como mí empleada, no. Debe seguir mis órdenes y no lo está haciendo. La advertí una vez. No volveré a hacerlo.
Alondra entrecerró la frente.
—¿Me está despidiendo?
Él se rascó la barba.
—¿Por qué no debería hacerlo? Ya le di una oportunidad. ¿Y la aprovechó? No. Ha seguido haciendo lo que le viene en gana. No puedo consentirlo.
Ella se levantó. Frente a él, descalza, se vio pequeña y frágil. Era tan alto que apenas le llegaba al hombro. Aún así, no se acobardó.
—Sepa que no está siendo justo.
Jan hizo oscilar la cabeza
—¿Ah, no?
—¡En absoluto! Ni conmigo ni con sus hijos. Si hubiese visto a Manel como disfrutó, en lugar de enojado se sentiría alegre. Pero claro, usted es tan juicioso. Estoy convencida de que jamás ha tenido un impulso, ni por amor ni por buscar emoción. Ignora lo que es la espontaneidad. ¡Es usted un bloque de hielo!
—¿Y qué sabrá usted de mis sentimientos? ¡No me conoce! —dijo él alzando la voz.
—No soy idiota. En este tiempo he podido entrever algunos aspectos de su personalidad —le espetó ella con las mejillas arreboladas por la indignación.
—Y es evidente que no le gustan. Pues sepa que los suyos tampoco a mí.
—¡Mire usted por dónde! Por fin estamos de acuerdo en algo. ¡Aleluya! —dijo Alondra con sarcasmo.
Jan parpadeó por unos segundos incrédulo. ¿Cómo se atrevía a portarse tan irrespetuosamente? Debía deshacerse de ella cuanto antes. No podía consentir que alterase su plácida existencia ni el futuro comportamiento de sus pequeños. Se equivocó al contratarla.
—Esto no está funcionando. Nunca podremos entendernos.
Alondra asintió con énfasis.
—De nuevo le doy la razón. Usted no me soporta y yo tampoco a

usted. ¡Somos incompatibles!

Él se pasó la mano por el cabello con gesto nervioso.

—¿Y qué cree que debo hacer ante esa evidencia?

El portazo los hizo mirar hacia la entrada.

—¡Uy! ¿Problemas en el paraíso? Deberíais calmaros, chicos.

—Andrés. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Jan con evidente irritación.

—Te has olvidado la cartera en el coche. Supuse que la necesitarías a primera hora —dijo su amigo mirando sonriente a la guapa pelirroja.

Jan carraspeó incómodo ante la actitud de ave de presa de Andrés.

—¿La estaba riñendo este gruñón? No le haga caso. Ladra pero no muerde.

Alondra observó esta vez con más atención a Andrés. Era muy distinto al señor Balaguer. Rubio, ojos grises, atlético y con un poco menos de altura. Pero la gran diferencia era su enorme sonrisa. Un gesto que jamás la vio en su jefe.

—Eso me tranquiliza —dijo ella devolviéndole la sonrisa.

Jan bufó inquieto.

—El vuelo ha sido largo y quiero tomar una ducha. Mañana nos vemos. Gracias por traerla.

Andrés levantó una ceja.

—¿Me estás echando?

—Solo digo que estamos cansados y mañana nos espera un día muy duro —masculló Jan.

—Habla por ti. Yo estoy fresco como una rosa —replicó su amigo guiñándole un ojo a Alondra.

Ella observó al señor Balaguer. Su semblante mostraba cólera contenida. Optó por no complicar más la situación y desaparecer de escena.

—Si me disculpan, tengo que atender a los niños.

—Seguro que lo hace de maravilla. ¿Verdad, Jan?

Como respuesta recibió un gruñido.

Alondra los dejó a solas y entró en la cocina.

—Vista de cerca aún es más preciosa. ¿Cómo logras contenerte? —comentó Andrés.

—Te dije que es intocable. Conoces las normas. Es mi empleada —siseó Jan.

Andrés se sirvió una copa de coñac. Paladeó satisfecho el sorbo y dijo:

—Por lo que he presenciado al llegar, deduzco que pronto dejará de ser tú niñera. Así que, las reglas quedarán abolidas y podré pasar a la acción. No podrás impedir que seduzca a una mujer libre.

—¿Qué acción? ¡No digas estupideces! La señora Rovira no es como

las mujeres que sueles tratar. Ella es… Diferente. Dudo mucho que le interese una aventura.

—Por eso mismo me motiva. Ya estoy cansado de modelos, actrices o damas de la alta sociedad. Me aburren soberanamente. Quiero conocer a una mujer real. Alondra es natural y apasionada.

—¿Apasionada? ¡No digas estupideces! —refutó Jan.

—Amigo mío, estás perdiendo facultades. ¿Pero no te has fijado como se pone tú Alondra cuando pelea contigo? Es puro fuego.

—Ante todo te diré que no es mi Alondra. Ni tuya tampoco. Te ordeno que busques a otra con la que solazarte. ¡A ver si te enteras de una puñetera vez! —explotó Jan.

Andrés rió con sutileza al ver la expresión inquieta de Jan.

—¿Me ordenas? Estás reaccionando de una manera muy extraña. No la encuentras atractiva, tampoco te gusta como niñera y piensas despedirla. En ese mismo instante será libre; y aún así, te disgusta que intente conquistarla. Tú actitud es del todo incoherente.

—Tu percepción está equivocada. No tengo la menor intención de echarla —decidió Jan en ese mismo instante.

Su amigo suspiró.

—Comprendo tú postura. No es fácil prescindir de la presencia de ese bombón.

—Te rogaría que mostrases más respeto hacia la señora Rovira y hacia mí. No somos partidarios de tus juegos —le recriminó Jan con tono acerado.

—No quise ofenderte, hombre. Sé lo responsable y ético que eres en lo laboral. En la vida podría pensar que tienes algún lío con tu preciosa niñera.

—Reconozco que es una mujer agradable. Me refiero a lo físico. El carácter es harina de otro costal. A pesar de ello, Manel la aprecia. Creo que le ha tomado cariño. No puedo volver a entristecerlo. Otra vez, no.

—¡Ay, Dios! Siempre tan correcto. Pero estoy determinado a que cambies. Es hora de volver a la vida, Jan. Así que este fin de semana no te libarás de venir a la reunión.

—¡Ni lo sueñes! —objetó él.

—No admito una negativa. Nos divertiremos. ¿Acaso no sientes curiosidad por ver como les ha ido a nuestros ex compañeros de instituto?

—Pues no.

—¡Qué insulso eres!

—Soy así, que le vamos a hacer.

—Haremos que por una vez en tu programada vida se cree el caos.

—Imposible. Los domingos están dedicados a mis hijos. Eso es sagrado.

Andrés suspiró impaciente.

—Pues, por una maldita vez, cambia de rutina. Han pasado meses desde la muerte de tú mujer. Tienes que superarlo ya.

—¿Y crees que yendo a una maldita fiesta de personas que añoran su juventud ayudará? Lo dudo mucho —rezongó Jan.

—Nunca pensé que fueses tan cobarde.

—¿A qué viene ese insulto? Me conoces bien. Nunca he dejado de enfrentarme a los problemas —se molestó Jan.

—Pero enfrentarte de nuevo a la vida, sí.

—¿Qué crees que estoy haciendo todos los días?

—Me refiero a la social. Te asusta volver a sentir, a divertirte, a amar.

Jan sacudió la cabeza sonriendo con escepticismo.

—Estupideces.

Andrés posó la mano en el hombro de su amigo.

—¿En serio? Todos los días te levantas, te arreglas, vas a trabajar, regresas a casa y te vas a dormir. ¿A eso le llamas vivir? Amigo. Me duele ver que has renunciado a sentir de nuevo. Y no cejaré hasta que te haga comprender que ese no es el camino. Por favor, di que iremos a esa reunión.

—Llevamos semanas viajando. Necesito quedarme en casa y descansar.

—Ya no tenemos ningún proyecto entre manos. Podrás hacerlo durante unas semanas. Vamos. Únicamente te pido un fin de semana. Sólo uno…

—Está bien —aceptó al final Jan.

—No te arrepentirás.

Jan no estaba tan seguro.

11

Era una tarde espléndida de principios de Junio. El frío ya quedaba lejos y el verano se estaba asomando; en especial por el jardín. El verde se teñía de multitud de colores, dando un toque alegre a la casa. Una casa en la que le gustaba vivir. Elegante, cómoda y hogareña; a pesar de la presencia del señor Balaguer. Él era el elemento discordante en tanta armonía. Siempre taciturno, siempre con esa boca tan severa. Le costaba comprender cuán fácil le resultaba reír ante los focos y las cámaras, y lo difícil que le resultaba en la intimidad.

Lo cierto era que su patrón no era tan básico como se figuró. Alguien simple habría ordenado su despido en el mismo instante que su tensa y desatinada conversación concluyó. No lo hizo y le resultaba insólito por como era de intransigente. Llevaba desde entonces pensando en los motivos de mantenerla en el puesto y no llegó a conclusión alguna.

Le daba igual. La cuestión era que continuaba atendiendo a esas dos preciosidades a las que quería y mucho. Debería ir con tiento para que su padre no se arrepintiese y la despachará sin contemplaciones. Los echaría mucho de menos y pensaba que ellos también a ella.

—Ahora pondremos el azúcar y removeremos con contundencia. Hay que procurar que no se formen bolitas. Así. ¿Lo ves? —dijo mostrándole el cuenco a Manel.

—¿Y de esto salen galletas?

—Y muy ricas. Son las mejores que probarás. Es una receta de mi abuela. Ella cocinaba muy bien. Afortunadamente, dejó anotadas sus recetas. De vez en cuando cocino alguna, pero a pesar de tener todos los datos, no me salen igual. Aunque, sí sabrosas. Algún día te haré unas croquetas con las que te chuparás los dedos.

—Papá no quiere que los chupe. Dice que es de mala educación.

Alondra hizo revolotear la mano con gesto desdeñoso.

—¡Bah! Cuando uno está solo, se puede —dijo. Metió el dedo en el cuenco y lo embadurnó de la masa.—Prueba, cariño.

El niño lo lamió.

—¡Que rico! —exclamó.

Alondra sonrió a Carla que estaba observándolos desde la silla.

—¿Tú también quieres probar? Toma.

La pequeña chupó el dedo y tras comprobar que aquella nueva comida le gustaba, palmoteó.

—¡Ah, no! No más. Eres demasiado pequeña. A ti te daremos una papilla de frutas.

—Sería lo más lógico. ¿No le parece?

Alondra, sobresaltada, se volvió. Ese hombre tenía la mala costumbre de presentarse sin previo aviso. Por suerte, en esta ocasión no podía recriminarle nada.

—Ha llegado muy pronto.

Jan besó a su hijo en la mejilla y después a la pequeña.

—Ignoraba que tuviese un horario específico.

Alondra vertió la masa en la bandeja.

—Por regla general, cuando alguien sale el fin de semana regresa a última hora de la tarde.

Él se sentó ante la mesa.

—Cierto. Pero me aburría. Esa gente no… —Calló. Arrugó el ceño y masculló: ¿Por qué tengo que darle explicaciones? Voy y vengo cuando me da la gana. ¿Le queda claro?

—Por supuesto, señor.

—Papi. Estamos haciendo galletas.

—Ya lo he visto —dijo su padre echándole una mirada incendiaria a la niñera.

—¿Qué? Esta vez no puede regañarme.

Jan se quitó la cazadora y la colgó en la silla.

—¿Cómo qué no? ¿Acaso no le dije que los dulces no tienen cabida en esta casa? ¿Y esto que es? Pero claro, a usted le da igual lo que yo diga. ¡Es increíble! Sigue haciendo lo que le da la real gana.

—Esto es del todo natural. Huevos, azúcar, harina, canela. Ni un colorante ni conservante. Así que, las recriminaciones las guarda para otro.

—No esté tan segura. Está haciendo es una bomba de calorías. No es aconsejable para los niños —apuntilló Jan.

Ella resopló.

—¿Bromea, verdad?

—En absoluto. Los carbohidratos son perjudiciales para el correcto desarrollo del cuerpo humano. Propician la grasa. A consecuencia de ello surgen enfermedades.

Alondra cerró la puerta del horno con brusquedad.

—Sin duda, no está bien de la cabeza —masculló por lo bajo.

—¿Qué dice?

—Que es demasiado inflexible, señor. Las cosas, en su justa medida, incluso pueden ser beneficiosas. Además, no se puede aplicar tanta dieta a unos niños.

—Hay que adquirir buenas conductas alimentarías desde temprana edad.

Ella abrió el frigorífico. Cogió la botella de leche con cacao y llenó tres vasos.

—¿Ahora chocolate? —se quejó Jan.

Alondra lo ignoró. Le dio uno a Manel. El niño bebió de inmediato.

El otro se lo ofreció a Jan.

—No me apetece, gracias. Además, lleva chocolate. No entra en mi dieta —rechazó él.

—¿No dice que deben imperar las buenas costumbres? Pues a media tarde hay que tomar algo. Y supongo que sabe lo beneficioso que es el chocolate; como también que los aztecas lo utilizaban como moneda por sus propiedades extraordinarias para la salud. Vamos. Beba. ¡Por favor! Le aseguro que no le saldrá de repente un michelín. Podrá continuar luciéndose en las revistas.

—¿Me está diciendo que disfruto siendo el centro de atención? ¡Es lo último que esperaba oír! —exclamó.

Alondra dejó escapar una exhalación.

—¡Por favor! No se entera de nada. Era una broma. Y beba de una vez. Seguro que algo dulce le arregla el poco sentido del humor que tiene.

—Sí, papi. Bebe. Está muy rico —dijo Manel evitando una nueva replica.

Jan dio un sorbo.

—¿Y bien? —se interesó Alondra.

—Compruebo que no ha echado mucho azúcar. No está mal.

Ella sonrió cuando él apuró el chocolate.

—Está mintiendo. Lo encuentra delicioso. Confiéselo. ¡Venga!

Él dejó el vaso sobre la mesa y la miró con más atención. Hasta ahora no se percató de que tenía manchada la barbilla de harina. Sin poder controlar el impulso levantó la mano y la limpió con la yema del dedo pulgar.

Ella, atónita, abrió mucho los ojos.

—Tenía… harina. Ha sido una reacción… Lo siento —se disculpó él.

—Gracias —dijo Alondra sin apenas voz.

Manel se embadurnó el dedo en el resto de la masa.

—Prueba, papi —dijo metiéndoselo en la boca.

Él intentó apartarse. Pero al ver el rostro emocionado de su hijo lo lamió.

—Muy rico —dijo sonriéndole.

Alondra lo miró absorta. Era la primera vez que lo veía sonreír sin ese cinismo que lo caracterizaba. Era una sonrisa sincera y le quedaba realmente bien a su rostro perfecto. Porque el señor Balaguer poseía unas facciones que fueron cinceladas por el mejor escultor. No existía ni un fallo. Nariz, boca, mejillas, poseían medidas delicadas. Sin embargo, su aspecto aniñado no le restaba ni un ápice de masculinidad. Su fuerza radicaba en esos ojos que eran capaces de transmitir cualquier emoción; del mismo modo que sus gestos felinos.

—¿Ocurre algo? —inquirió él al ver su expresión.

—Nada —respondió ella dándose la vuelta. Consultó el horno y lo apagó.

—¿Ya están las galletas? —quiso saber Manel.

—Sí. Pero hay que esperar que se enfríen y que terminemos de cenar.

—Yo las quiero ahora —dijo, enfurruñado, el niño.

—Las cosas no se tienen cuando uno desea, cariño. Las obtiene cuando es el momento adecuado y si se merecen. Y ese momento será después de tomar la sopa y el pescado.

Manel arrugó la nariz.

—No me gusta esa comida. No la comeré.

—Pues no habrá galletas —lo amenazó ella.

—Eres mala —se quejó Manel.

Alondra se puso de cuclillas frente a él.

—Soy justa. En esta vida uno no puede exigir nada sin poner algo de su parte. Si quieres comer galletas, debes cenar lo que te ponga. ¿Entiendes? No. Veo que no. Verás. Es como cuando intercambias cromos con Luís. Tú le das el que tienes repetido y él te lo cambia por otro nuevo. Pues yo te daré galletas si tú comes la cena que te he preparado. ¿Lo comprendes ahora?

El niño aseveró.

Su padre, ensimismado, observó a Alondra. No era tan incompetente como pensó. Había resuelto el conflicto en un santiamén, con un razonamiento capaz de llegar a la comprensión de un niño.

—¿Cenará usted lo mismo? —le preguntó ella.

Jan sacudió la cabeza.

—Si quiero galletas, no me quedará más remedio. ¿Verdad? —dijo guiñándole un ojo.

Ella parpadeó turbada.

—¿Qué? Ha confirmado que son naturales. Por otro lado, he de comprobar sus referencias. En ellas se indicaba que sabía cocinar.

—Porque sé. No le quepa la menor duda —aseguró Alondra.

—Claro, claro —dijo él sonriendo.

—Cuando acabe de cenar, se tragará esa ironía.

—¿Qué estoy siendo irónico? Usted no me conoce nada, señora Rovira. Pero con el tiempo ya me irá conociendo. ¡Ah! Y el agradezco que se quedara esta tarde con mis hijos a pesar de ser su día libre.

—No tiene porqué dármelas, señor.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme.

—Cuando baje estará la mesa puesta.

—¡Qué bien! Estoy hambriento. La comida que nos han ofrecido en ese hotel era espantosa. Por suerte disfrutaré de una deliciosa cena. ¿No es así? —dijo Jan sonriendo de nuevo.

Alondra lo miró ceñuda. ¿A qué venía esa repentina actitud cordial? Porque estaba segura que en pocos minutos, su carácter volvería a mostrar lo desagradable que podía llegar a ser. Decididamente, jamás podría entender a ese hombre.

12

Alondra extendió los brazos y Manel se acurrucó en ellos.

—¿Cómo ha ido el cole?

—He hecho un dibujo y la maestra nos ha enseñado unas letras. Y las he aprendido. Me merezco un helado. ¿Verdad? Muy grande.

—Pues, claro.

Se alejaron del colegio y caminaron calle a bajo hasta llegar a la cafetería. Se acomodaron en una mesa al sol suave de la primavera. Alondra pidió el helado y un café, mientras sacaba a Carla del cochecito y la sentaba en sus rodillas. La niña palmoteó satisfecha

—¡Uf! Ya pesas mucho, cielo.

—Desde luego. Se está criando muy bien.

Alondra alzó la mirada.

—Señor Alquezar…

—Andrés, por favor —dijo él sentándose. Revolvió el cabello a Manel y preguntó: ¿Cómo va la vida, pequeño? ¿Ya estudias? Espero que sí. Piensa que tú padre te pedirá buenos resultados.

—Cómo lo sabe —remugó Alondra.

Andrés sonrió divertido y ella no pudo evitar reconocer lo increíblemente atractivo que era.

—Jan es amigo mío desde el instituto. Lo conozco muy bien.

—¿Y siempre fue así de exigente?

—Lo es para sí mismo; por lo que espera que los demás también se comporten de igual modo.

—¡Esa actitud es absurda en un hombre de su inteligencia! —exclamó Alondra limpiándole a Manel los chorretones de chocolate que le caían por la comisura de la boca.

—La inteligencia no nos libra de comportarnos como estúpidos —opinó Andrés. Alzó la mano para que se acercara el camarero y le pidió un té.

—Es cierto. El señor Balaguer tiene actitudes un tanto paradójicas que me sacan de quicio.

—Es cuestión de acostumbrarse.

—No se si podré. Me irrita.

—Por suerte, él nunca pierde la compostura.

—¡Ah! —exclamó ella.

Él la miró curioso.

—¿Lo ha hecho?

—No, por supuesto que no. Es un hombre muy educado. Pero sí que se enojó un poco cuando le rebatí su manera de proceder.

Andrés soltó un largo silbido.

—¿Te has atrevido a objetarlo? ¡Alucinante!

—¿Por qué? Las personas se entienden conversando y expresando su opinión.

—Tú jefe escucha, habla y razona. Sin embargo, cuando está convencido de que su determinación es la correcta, no atiende ningún otro razonamiento. Es difícil que cambie de parecer; por no decir imposible.

—A eso se le llama terquedad.

—En ocasiones, es beneficiosa. Gracias a ella Jan ha llegado donde está.

—Pero no lo es para la educación de estos dos pequeños. No comprende que son niños y que deben disfrutar de la infancia.

—¿Y tú disfrutas de tú tiempo? —se interesó Andrés clavando sus ojos de gato en el rostro de ella sin el menor pudor.

Alondra carraspeó incómoda. Ladeó la cabeza, limpió las manos de Manel y le entregó un cuento.

—¡El flautista! —exclamó él.

Ella miró de nuevo a Andrés y dijo:

—No gozo de mucho, pero… intento aprovecharlo. Como todos.

—Mi amigo te absorbe demasiado —opinó Andrés. Y no le extrañaba. Cuanto más miraba a aquella mujer, más preciosa le parecía. Y por mucho que Jan intentase convencerlo de qué para él no era de su agrado, era imposible creerlo. Ningún hombre podría escapar de su magia. Porque Alondra era como una ninfa del bosque. Un hada que te obligaba a caer en su hechizo.

—El oficio de niñera es así. No puedes marcarte un horario específico. Trabajas con personas, no con documentos. Es delicado, ¿sabe?

Él suspiró hondo.

—Lo sé muy bien. Durante mi infancia tuve varias institutrices. Pero ninguna tan encantadora como tú. Más bien eran brujas. Antipáticas, insulsas y frías como el acero. Jamás me mostraron cariño y nunca me llevaron a una terraza para comer un helado.

—Y yo no debería haberlo hecho. Si se entera el señor Balaguer estoy perdida. Es intolerante con la cuestión del azúcar. Sé que no es sano, pero tampoco tan malo como para que estén demonizándolo. Hoy en día lo exageran todo. Resulta que lo que era malísimo, ahora es lo mejor de lo mejor. Un ejemplo el aceite de oliva. He llegado a la conclusión que son opiniones basadas en los intereses comerciales. Este mundo está lleno de conspiraciones. ¿No le parece?… —Calló al ver a Andrés carcajearse.— ¡Ay! Ya estoy hablando de más. Siempre me pasa lo mismo. No se mantener la boca cerrada cuando es conveniente y digo estupideces. Perdone, señor Alquezar.

—No hay nada que perdonar. Al contrario. Me gusta que seas una mujer tan espontánea.

Ella ensombreció el rostro.

—¿He dicho algo que te ha ofendido? —inquirió Andrés abandonando la actitud distendida.

En absoluto, pensó ella. Pero no podía decirle que eso mismo le dijo su marido cuando la conoció sin ponerse triste. Alzó la mano para que se acercase el camarero.

—Te ruego me perdones —insistió él.

Alondra trazó una leve sonrisa.

—No hay nada que perdonar. En serio. Pero tengo que irme. Se ha hecho tarde.

—¡Uy! Por supuesto. Hay que llegar a tiempo o el jefe se enfadará —bromeó Andrés.

—Se ríe, pero no quiero darle una nueva excusa para que nos pongamos a batallar acaloradamente —dijo ella colocando a Carla en el coche.

—¿Discute contigo sin guardar la compostura? —se extrañó él.

—Ni se imagina como se pone. A veces, hasta da miedo. Si viese sus ojos, lanzan chispazos de ira. Y se pone a caminar de un lado a otro como un lobo enjaulado.

—Con franqueza, no puedo imaginármelo, no. ¿Jan iracundo? El hombre tranquilo perdiendo los nervios. Nunca lo vi en una tesitura igual. ¡Increíble! Veo que no lo conozco tanto como pensaba —se asombró él.

—Nunca se conoce a alguien en profundidad. Cada día nos pueden sorprender —opinó Alondra.

—Así es —musitó Andrés mirándola encandilado.

—¿Viene a casa a ver al señor Balaguer? —quiso saber ella.

Él sacudió la cabeza para salir del encanto.

—No. En realidad, pasaba por aquí y al veros me detuve para saludarte. Tengo una reunión de trabajo muy importante en unos minutos.

Ella le sonrió con afecto.

—Le deseo éxito, señor Alquezar.

—¿Otra vez con lo de señor? Andrés, por favor. Y deja las formalidades. De tú. ¿De acuerdo? Manel, precioso. Dame un beso.

El niño se lo estampó.

—Adiós, tío Andrés.

Él se acercó a Alondra y también la besó en la mejilla.

—Nos vemos.

Ella, estupefacta, lo miró como se alejaba con los ojos abiertos como platos.

13

Jan, con evidente contrariedad, miró el reloj por quinta vez. Resopló dejándose caer en el sofá, levantándose de inmediato cuando escuchó abrirse la puerta.

—Ya era hora —dijo.

Alondra le quitó la chaqueta a Manel.

—Ve a lavarte las manos, cariño —dijo Alondra.

El niño echó a correr hacia su padre y lo besó. Jan le revolvió el cabello con gesto cariñoso y estampó en su rostro perfecto esa sonrisa exclusiva creada para sus seres queridos.

—¿Has estudiado mucho?

—¡Sí! He aprendido letras.

—Eso está bien. Anda. Haz lo que te ha dicho la señora Rovira.

Manel obedeció.

Alondra se plantó ante Jan.

—¿A qué ha venido eso de “ya era hora”? —quiso saber.

—Creo que está bien claro —dijo él.

—¿Así qué considera que nos hemos demorado demasiado? —dijo ella.

—Manel ha salido hace una hora. Y el colegio está a diez minutos a pie.

—Nos hemos detenido a tomar algo en la cafetería. Claro que, tal vez piensa que también es algo inapropiado —replicó Alondra con tono crispado.

—Lo que considero inapropiado es que una empleada mía se cite con uno de mis proveedores. No es nada ético; y mucho menos en horas de trabajo.

Alondra lo miró incrédula.

—¿Cómo dice?

—Creo que hablo siempre muy claro, pero usted parece no querer entenderme, señora Rovira.

Ella soltó una risa profunda.

—¿Pero a usted lo comprende alguien? Lo dudo. Porque en estos momentos nadie podría adivinar a qué relación se refiere. ¿Sería tan amable, si no es mucha molestia, de aclarármelo?

—A Andrés.

—¡Ah! ¿Se refiere a su amigo?

—Y proveedor —insistió Jan.

—No socio, ¿cierto? Pues, en ese caso, no incumplo ninguna norma. Así que, no acepto sus reproches; y mucho menos que me prohíba salir con quien me apetezca. ¡Estaríamos buenos!

—Siempre y cuando no lo tenga yo en nómina; y como he dicho, no

en horario laboral… ¿Está saliendo con él?

—Mis relaciones personales no le incumben —contestó ella.

Jan apretó los dientes.

—Como le he dicho, sí en horario laboral.

—Entendido. No volverá ha ocurrir. ¿Eso es todo o tiene algo más que decirme?

—Sí. Por supuesto que sí.

—En ese caso, no se reprima. Soy toda oídos —dijo ella con énfasis.

Él tomó aire e intentó no caer en su provocación.

—No pienso consentir que utilice a mis hijos para sus coqueteos. ¡Por el amor de Dios! ¿Acaso no se da cuenta que es inmoral?

—¡¿Qué?! ¿Qué utilizo a sus hijos para ligar? ¡Sin duda usted no está bien de la cabeza! —exclamó Alondra enojada.

—¿Lo está negando? —siseó él.

—¡Totalmente!

—La he visto. Incluso él la ha besado.

—¡No puede estar hablando en serio! —explotó ella.

—No me grite —le ordenó Jan.

—Grito porque al parecer a usted le cuesta escuchar lo que le digo —alegó ella sin bajar el tono de voz.

Él la apuntó con el dedo.

—He oído su mentira.

Alondra comenzó a caminar de un lado a otro sacudiendo la cabeza.

—Este hombre esta loco. Loco de remate —remugó.

—No soporto las murmuraciones ni que no me hablen a la cara —le soltó Jan.

Ella se dio la vuelta y lo miró fijamente.

—Si piensa que soy cobarde, se equivoca. Pienso decirle a la cara lo que pienso.

Jan esbozó esa media sonrisa que ella tanto odiaba.

—Siento curiosidad. Venga.

—Decía que está chiflado.

Él alzó las cejas con gesto incrédulo.

—Señora Rovira, desde que la conozco nadie me había calificado un día tras otro de una manera tan poco favorable. Según usted soy intransigente, frío, testarudo y ahora resulta que estoy loco. Para no tener que volver a repetir esta ingrata conversación, la insto a que me diga de una vez que otros defectos tengo.

Alondra tomó aire y lo miró con candidez.

—¿Cree que soy tonta? No propiciaré esa discusión que tanto desea.

—¿Qué yo deseo una discusión? ¡Ah! Esa el la mayor tontería… —

Calló al ver que ella le daba la espalda y llevaba el coche junto a la entrada. Soltó un bufido y dijo: Y encima tiene la desfachatez de dejarme con la palabra en la boca. ¡Esto es inaudito! ¡Me está dando la espalda!

Ella no cayó en su desafío. Se inclinó para coger a Carla y ese mechón rebelde se empeñó en acariciar su mejilla. El estómago de Jan se contrajo una vez más. Rabioso, se mordió el interior del labio. Esa mujer lo obligaba a comportarse como un adolescente con las hormonas alteradas. No tan solo buscaba provocación, también su cuerpo se desbocaba y era incapaz de controlarse.

—Vamos, muñequita. Hora de la papilla —dijo Alondra cargando con la niña.

Jan carraspeó inquieto.

—¿De qué es la papilla?

—No tiene de que preocuparse, señor. Siguiendo sus instrucciones he verificado que sean productos naturales. Lo que no le puedo asegurar, como usted entenderá, es que el campesino sea leal y mienta al decir que son ecológicos. Lo cierto es que, no confío mucho en esas cosas. Sé algo de agricultura. Sé porque mis abuelos eran agricultores y le seguro que las huertas al natural apenas producen y si lo hacen, los productos no tienen muy buen aspecto. Se los comen los bichos. Así que, quítese de la cabeza de que lo que se meta en la boca sea del todo natural —contestó Alondra con tono acerado comenzando a caminar hacia la cocina.

Ella si que lo era, pensó él. No media sus palabras. Lo que pensaba lo soltaba sin más. Resultaba refrescante en un mundo donde la hipocresía y el egoísmo imperaban. Pero esa actitud le traería serios problemas.

—¿Sus abuelos eran agricultores? —le preguntó, siguiéndola.

Alondra sentó a Carla en la silla y con tono ofensivo, dijo:

—Sí. Un oficio tan digno cómo otro cualquiera.

—No se a qué viene esa insinuación. Le aseguro que nunca he considerado a nadie inferior; ni por su situación social o intelectual. Además, si… Pero, ¿por qué le doy explicaciones? Lo que opine de mí me da exactamente lo mismo —dijo Jan entre dientes.

—En ese caso, Alondra, cierra la boca. Para qué cansarse con alguien que no quiere escuchar. Es como luchar contra una pared. Tú a lo tuyo y pasa de él. No te interesa discutir —cuchicheó Alondra.

—Le he dicho que no soporto que murmuren cuando estoy presente —la amonestó Jan.

Ella no replicó. Cortó la fruta, cogió la batidora y preparó la papilla.

—Carla, preciosa. A merendar.

Jan le cogió el plato.

—Se la daré yo.

—Pero usted…

—¿Usted, qué? —inquirió él de mala gana.

Alondra comprendió que el humor de su jefe estaba a punto de tornarse desagradable del todo. Así que, optó por no empeorar la situación.

—Nada que objetar. Usted es su padre y yo una simple empleada que recibe ordenes. ¿He de quedarme o puedo irme?

—Vaya con Manel.

—Como ordene el señor.

14

Hacia mucho que no se sentía tan emocionada. Después de ocho meses volvería a reunirse con su amiga del alma. No era lo mismo hablar por videoconferencia que cara a cara. Y lo más importante, comprobar si sus reacciones eran reales. Porque últimamente, tenía la sensación de que Irene le ocultaba algo; y muy trascendente.

Echó una última mirada al espejo. Cuando compró el vestido de color azul índigo lo hizo un tanto indecisa. Pero confió en la dependienta, a pesar de saber que sus opiniones estaban basadas en el aspecto comercial. Y tenía que reconocer que no la engañó. Se veía guapa.

Lo mismo pensó Jan mientras la miró cuando bajaba la escalera. Lo cierto era que desde hacia unos días no podía evitar observarla. Le agradaba verla dar de comer a Carla o cómo mantenía una divertida conversación con Manel e incluso con otra actividad que nada tuviese que ver con los niños. Muy a su pesar, se había acostumbrado a la presencia de esa mujer que alteraba la paz de su hogar. Y también la suya propia. Alondra era la causante de esa turbación sofocante que le recordaba su larga abstinencia carnal. ¿También la sufriría ella? Por supuesto que no. Ya habían pasado más de dos años del fallecimiento de su esposo. Y era una mujer atractiva y que imaginaba fogosa. Candidatos no le faltarían. ¿Por eso iba tan arreglada? ¿Para reunirse con un amante? Ese pensamiento lo crispó.

—Buenos días —la saludó.

Alondra respingó. ¿Por qué demonios tenía su jefe la maldita costumbre de aparecer de la nada?

—Buenos días, señor Balaguer. Le he dejado en la nevera de la habitación lo necesario para Carla. En la cocina lo de Manel. Supongo que no tendrá ningún problema.

—¿Después del tiempo que lleva con nosotros aún duda de mí? —dijo él simulando desilusión.

Ella se ajustó el bolso en el hombro.

—Sabe lo que he querido decir. Y yo también sé que está dispuesto a iniciar una nueva disputa. Pero no tengo porqué complacerlo, pues es mí día libre. Por otro lado, no tengo tiempo. Me están esperando y siempre soy muy puntual.

Jan entrecerró la frente.

—¿Me está diciendo que piensa que la provoco por qué me gusta?

—¿Qué voy a pensar? Cada vez que abro la boca me rebate.

—Pues, se equivoca. Soy hombre que disfruta de la tranquilidad. Es más. Quien me conoce no podrá decirle que ha presenciado un sólo altercado.

—Hasta ahora.
—Usted es la culpable.
Ella resopló.
—Como usted diga. Tengo que irme.
Él se apoyó en la pared, cruzó los brazos sobre el pecho y la miró fijamente.
—Vaya, vaya. No sea que llegue tarde a su maravillosa cita.
Alondra parpadeó confusa. ¿Había en su tono un deje de contrariedad? No. Era absurdo. Lo único que pretendía era enojarla. Y no caería en su trampa. Esbozó una media sonrisa y dijo:
—No se preocupe. No lo haré.
—Al parecer tiene intención de pasárselo muy bien.
—Si pensase lo contrario no me molestaría en cruzar la puerta ¿No le parece?
—Las intenciones no provocan lo que deseamos.
Alondra le dedicó una leve sonrisa.
—Las suyas lo están intentando. Pero hoy me siento demasiado feliz para reñir. Que pase un buen día, señor Balaguer.
Jan se mordió el labio interior y la miró con hosquedad. ¿Feliz? ¿Por qué? ¿Quién provocaba esa felicidad? ¿Su amante? Lo más probable.
—Han dicho que amenaza lluvia —rezongó.
—Le repito que nada ni nadie podrá empañar este día —replicó Alondra.
—Muy segura está.
Ella se limitó a sonreír.
—Espero que no termine decepcionada. Que pase un buen día —dijo Jan.
—Lo mismo le deseo —dijo Alondra, que no pudo evitar estremecerse ante su mirada penetrante. Dio media vuelta y su cabello que en esta ocasión volaba libre, dejó a su paso una llamarada de fuego.
El vientre de Jan volvió a retorcerse. Decidió que ahora sí pondría remedio cuanto antes a esa abstinencia.
Alondra cerró la puerta. Cruzó el jardín sin poder dejar de apartar la imagen de su jefe mirándola de esa manera tan extraña.
—Absurdo. Absurdo del todo —murmuró abriendo la puerta del taxi. Indicó la dirección y se alejaron.
Unos minutos después se detenían en zona del puerto. Irene la aguardaba, tan preciosa como siempre, frente a uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad. No era una mujer espectacular, pero si hermosa. Poseía ese físico que recordaba a una muñeca delicada de porcelana. Piel nívea, ojos color tan azules como el mar y cabello dorado.

—¡Alondra! —gritó alzando la mano.
Ella bajó del coche y corrió a abrazar a su mejor amiga.
—No sabes las ganas que tenía de verte.
—Y yo a ti. ¿Cómo estás? ¡Qué pregunta más estúpida! Se te ve magnífica. Veo que comienzas a superarlo.
—Estoy en ello. ¿Y tú? ¿Qué tal?
—¡Magníficamente! —dijo Irene con excesivo entusiasmo.
Mentía, se dijo Alondra. Y estaba segura porque se conocían desde que iban a parvulario.
—Me alegro.
—Vamos.
—¿Comemos aquí? —se asombró Alondra. Era un local exclusivo, cuyo bar había sido declarado el más bonito el mundo.
—Soy miembro del club. Bueno, en realidad lo soy por Gustavo. Y no es tan caro como parece. Aunque si te aseguro que comeremos muy bien. Espero que no te importe que escogiera el menú.
—En absoluto.
Entraron. Alondra lo hizo incómoda. Nunca se sintió segura en lugares como aquel; pues pensaba que no encajaba en ese mundo.
Irene, por el contrario, se movía como pez en el agua. No por pertenecer a la clase adinerada; si no porque se había ganado a pulso con su trabajo convertirse en uno de ellos. Sus obras como arquitecta eran muy respetadas y a cada proyecto su fama crecía; tanto que, debía rechazar muchas ofertas.
—Y bien. ¿Qué me cuentas del maravilloso Jan Balaguer?
Alondra soltó un resoplido.
—¿Maravilloso? Eso parece en las revistas. Pero si lo conocieras, es insoportable. Tiene un carácter agrio y antipático. Todo lo que hago le parece calamitoso.
—¿Y por qué no te ha despedido? —se extrañó Irene.
—Los niños me han tomado mucho cariño. Y yo aguanto por el salario. Es muy bueno.
—Pero con un horario espantoso.
—No me quejo.
—Alondra. Tienes que pasar página. Y este empleo no contribuye a ello. ¿No te gustaría disponer de más tiempo libre? Ahora yo puedo ayudarte a ello. Conozco a mucha gente que estaría encantada con tus servicios y por supuesto, no te tratarían como a una esclava.
—El señor Balaguer es exigente, pero en ningún momento me ha considerado su esclava. Es respetuoso y ético. Aunque, un tanto estricto con la educación de sus hijos. Cree que deben adquirir la disciplina de una academia militar.
—¿Y tú sigues sus normas? ¿En serio? Si me dices que sí, no lo creeré.

Alondra sonrió.
—Procuro quebrantarlas siempre que puedo.
—Si te descubre tendrás serios problemas.
—Ya lo ha hecho.
Irene la miró perpleja.
—¿Y sigues en el puesto? ¡Caray! Eso si que es curioso.
—Los niños ya perdieron a su madre y deduzco que no querrá que vuelvan a sufrir. Pero dejemos de hablar de mí. Cuéntame todo. ¿Cómo ha ido por Australia?
—Bien.
—¿Sólo bien? No te creo. Allí se habrán vuelto locos con tus ideas. Pero hay algo más.
—¿El qué?
—No me vengas con evasivas. ¿Me dirás de una vez cuál es el problema? —insistió Alondra.
El camarero les sirvió el vino. Llenó las copas e Irene lo cató y aseveró.
—Se trata de Gustavo.
—¿Está enfermo? —se asustó Alondra.
Irene soltó una media risa.
—Sano como una rosa. Diría que mejor que nunca.
—Pues, no lo entiendo —dijo su amiga apartándose ligeramente para que el camarero dejase los platos.
—¿Desean algo más? —les preguntó.
—No. Gracias. Si nos apetece algo ya le llamaremos —dijo Irene.
—¿Vas a hablar de una vez? Por favor —se impacientó Alondra.
Su amiga inspiró con fuerza.
—Me ha engañado con otra.
Alondra rompió a toser.
—¡¿Qué?! ¿Seguro? Puede que… A veces las cosas no son como aparece. No deberías sacar conclusiones sin haberlo comprobado. Puede que estés equivocada.
—No lo estoy. Se fue de casa. Y no ha regresado conmigo porque está viviendo con su amante desde hace un mes. ¿Te parece poca evidencia?
—¡Miserable! ¡Será desgraciado! ¡Traidor! —siseó Alondra.
—Y eso no es todo. Será padre. ¿Te lo puedes creer? El hombre que nunca quiso tener hijos conmigo, ahora… —Irene se quebró y rompió a llorar.
Alondra quedó impactada. Irene había renunciado a su mayor deseo por no perder al hombre que amaba con todas sus fuerzas y ahora la traicionaba de la manera más cruel.
—Por favor. No te hagas esto. Ese… Ese… Imbécil no merece que estés así por él. No lo merece. Y siendo realistas, mejor ahora que

nunca. ¿Te imaginas como te sentirías si en este momento te abandonase siendo madre? Porque Gustavo ha demostrado que es un canalla. Y también que no es el hombre de tú vida.

—¿Ah, no? Estamos juntos desde los quince —refutó Irene.

—Puede que ese sea el problema. La gran mayoría de estas parejas no superan el tiempo. No han vivido en libertad lo suficiente ni han conocido a otros que puedan reafirmar que su relación es lo suficientemente fuerte. Y vosotros habéis sido una de ellas.

Irene sacudió la cabeza e intentó serenarse.

—¿Crees qué si tú marido no hubiese muerto seguiríais juntos?

—Te diría que sí. Sin embargo, después de lo vuestro, ya no estoy segura.

—Él te adoraba. Nunca te hubiera dejado.

El rostro de Alondra se ensombreció.

—Gustavo también parecía estar loco por ti. Y ya ves… Temo que esto del amor es más complejo de lo que creíamos. Es un espejismo.

—Y todos buscamos el oasis.

—Pero muchos se pierden en el desierto y pocos lo alcanzan —musitó Alondra.

Irene sacudió la cabeza con energía.

—Pero… ¿Por qué demonios nos hemos puesto tan dramáticas? Como has dicho, Gustavo es un desgraciado. No se merece que le dediquemos ni unos segundos de nuestro precioso tiempo. Así que, cambiemos de tema.

—Sí. Deberíamos animarnos —dijo Alondra.

—¡Nos iremos unos días de viaje! Eso es. ¿Adónde nos vamos?

—Yo no puedo irme. He de cuidar de los niños.

—¡Ni lo sueñes! Todo el mundo tiene derecho a unas vacaciones. Además, tienes la obligación, como mi mejor amiga de consolarme y hacerme olvidar a ese desgraciado. Así que, te impondrás y nos iremos a un lugar exótico para alegrarnos el cuerpo y el alma. Incluso encontremos a dos hombres que nos hagan olvidar las penas. ¿Entendido?

15

Alondra aún era incapaz de asimilar el fracaso del matrimonio de su amiga. Siempre pensó que Gustavo jamás miraría a otra mujer que no fuese su esposa. Al parecer, las cosas no eran siempre como uno las observaba desde fuera. Lo cierto era que nadie era capaz de saber lo que otro pensaba o sentía. Y le gustaría saber lo que pensaba el señor Balaguer cuando miraba a sus hijos. ¿Recordaría los tiempos felices junto a su esposa o tal vez los momentos más amargos? Era imposible de descifrar su mente. Ese rostro hermoso como ninguno jamás mostraba una emoción íntima. Lo único que vio en él fueron sus enojos, sus cinismos, su frialdad.

Alondra dejó de pensar y echó a correr cuando Carla gateó decidida hacia la verja que rodeaba el agua. Era un método de prevención para los niños, pero no pensaron en el cuerpo diminuto de un bebé cuando la construyeron. La tomó en brazos y se sentó bajo el parasol.

—Eres una niña muy traviesa. Allí no debes ir. ¿Entendido? —le dijo indicándole la piscina.

La pequeña se revolvió y la dejó de nuevo en el suelo. Carla comenzó a escurrirse de nuevo. Alondra se levantó y volvió a atraparla. La pequeña se revolvió enfadada.

—Mira que eres testaruda. Me pregunto a quién habrás salido. A tú madre no se, porque no la he conocido, pero a tú padre, seguro.

—Me complace que tenga esa virtud.

Alondra respingó. ¡Maldita sea! Ese hombre, a pesar del tiempo transcurrido, aún tenía la particularidad de sorprenderla.

—La tenacidad lo es. La testarudez no la considero para nada aceptable. Creo que… —Calló al ver lo que escondía el albornoz del señor Balaguer. ¡Dios Santo! Iba ataviado con un bañador de tela escasa y jamás imaginó que un cuerpo pudiese ser tan perfecto. Poseía esa figura atlética, pero exenta de músculos exagerados. Delgado y fuerte al mismo tiempo. Ahora comprendía la razón por la cuál las mujeres iban tras su jefe como posesas. Ella no sentía la menor atracción y a pesar de eso, no podía evitar maravillarse.

Él dejó la toalla sobre la tumbona.

—¿Qué es lo que cree?

—Yo… Que si uno es testarudo… Pues que no puede analizar los otros puntos de vista —farfulló concentrándose en Carla.

—¿Aunque tenga la razón? —preguntó Jan acercándose al borde de la piscina.

—Me refiero a cuando hay dudas. Creo que… Entraré en casa. Hace demasiado calor para la pequeña. Y debería modificar la protección o su hija podría sufrir un accidente —dijo Alondra en apenas un

murmullo. No llegaba a entender porqué de repente el señor Balaguer le parecía tan terriblemente atractivo. Ni la razón de que le costase respirar y que en su vientre se hubiese desatado un remolino. Jamás experimento nada igual hacia su marido. Claro que, ella nunca fue una mujer muy sexual. Disfrutaba con el sexo, pero nunca fue de esas esposas que exigían atención. Jamás inició ella sus encuentros. No lo consideraba apropiado, ni tampoco gozaba del valor para hacerlo.

—Para ella y para todos. Este mes ha comenzado muy fuerte. ¿No le apetece refrescarse? —le sugirió Jan.

—Ahora el agua está demasiado fría. No me meto en ella hasta mitad de Junio. Manel. Vamos.

Nerviosa se alejó con los niños. Entró en el salón. Andrés entraba tras Agustina.

—¡Hola, tío Andrés! —lo saludó Manel.

—Buenos días, pequeño. Buenos días para ti también, Mary Poppins —la saludó.

—Señor Alquezar.

—¿Otra vez con esas? Andrés, por favor. ¿Está el maravilloso señor Balaguer?

—En la piscina. Dándose un baño.

—Bien. Agustina. ¿Sería tan amable de ofrecerme un vino oloroso? Y traiga otro para la señorita.

—Gracias, pero no tomo alcohol en horario laboral —rechazó Alondra. Dejó a Carla dentro del parque y Manel se sentó en la mesa para dibujar.

—Pues un refresco para acompañarme. Vamos, mujer. No me dejes solo bebiendo —insistió él dedicándole su mejor sonrisa.

—Está bien —aceptó ella.

Jan, desde el jardín, los miró. Un rictus de contrariedad cruzó su rostro. Su amigo ignoraba su advertencia y estaba de nuevo tratando de seducir a su niñera. Le haría comprender de una maldita vez que no era para él. Se puso el albornoz y entró en el salón.

—Andrés. Vienes mucho por mí casa. Me pregunto a qué se debe.

—Tú hija es la causa. No olvides que es mi ahijada. Y como buen padrino, le he traído una muñeca.

Jan sabía que esa no era la razón.

—Te lo agradezco. Pero no debes mimarla tanto. Lo niños han de crecer con austeridad para que sepan apreciar la suerte que tienen.

—¡Por Dios, Jan! No me seas tan aguafiestas y deja que disfruten de su niñez de una vez. En realidad, todos deberíamos recrearnos de los placeres que nos ofrece la vida. ¿No te parece, Alondra?

Jan la miró ceñudo.

—En esta ocasión, estoy de acuerdo con el señor Balaguer. No se debe saturar a los niños… con exceso de juguetes y privilegios. Les

proporciona… una visión de la vida errónea —respondió nerviosa.

El semblante de su jefe se relajó.

—¿Lo ves? Hay alguien que piensa igual que yo. Iré a vestirme.

Subió satisfecho. Alondra, a pesar de su animadversión hacia él, no le dio la razón a Andrés. Claro que, tal vez tuviese una visión errónea y ella no lo detestara. Tan sólo mostraba desacuerdo con sus métodos educativos. Además. ¿Por qué razón tenía que aborrecerlo? Siempre la trató con educación y respeto. Incluso en sus discusiones.

Sonrió al recordar la última que tuvieron. Sus ironías y cinismos la convirtieron en la pelea más fabulosa. Su empleada era una oponente tan brillante como él. Y se preguntó cómo sería pasar una velada con ella conversando sin esa tensión que siempre mantenían cuando estaban cerca. Podía hacerse una idea cuando la vio con Andrés en la cafetería. Alondra parecía relajada e incluso divertida con lo que su amigo le contaba.

Volvió a contraer el rostro al revivir la imagen. Aunque en esta ocasión no se alborotó. Andrés, a pesar de sus intenciones, no era el amante de Alondra. Estaba seguro de ello porque la siguió en cuanto salió de casa y la vio reunirse con otra mujer.

Al pensar en ello sintió vergüenza. Jamás sintió celos ni suspicacias hacia su esposa. Y ese día… En la vida se imaginó espiando a una mujer como si fuese un loco celoso. Pero, ¿qué diablos estaba diciendo? Por supuesto que no eran celos. Era simple curiosidad. No existía hacia ella más interés que el profesional. Debía procurar por el bien de sus hijos y no dejarlos en manos de una mujer que pudiese darles mal ejemplo. Una vida disipada no era precisamente algo que admirar.

Sacudió la cabeza y se peinó. Bajó de nuevo y se detuvo al pie de la escalera.

Alondra y Andrés reían a carcajadas. Esa sensación de disgusto volvió a invadirlo; y lo peor fue tener que reprimir las ganas de echar a patadas a su mejor amigo.

—¿Qué os divierte tanto? —dijo notando como se le tensaba el nervio de la mejilla.

Andrés le dedicó una gran sonrisa.

—Tranquilo, te juro que no hablábamos de ti.

—¿Por qué no poseo la virtud de ser un tipo con sentido del humor?

Su amigo chasqueó la lengua.

—Hoy, desde luego, te ha abandonado.

—Lo cierto es que me he levantado muy bien. Pero de repente se ha evaporado el entusiasmo —replicó Jan con sequedad, echándole una mirada incendiaria a Andrés.

Él entendió al instante el motivo de su tirantez. Era por Alondra. Y

también comprendió que no era la ética el motivo. Jan estaba celoso. Muy celoso. Era la primera vez que lo veía así. Ni cuando conocieron a Luisa e intentó conquistara él antes. Nunca mostró esa rabia contenida. El témpano estaba comenzando a derretirse y mostraba lo que ocultaba en su interior; a un hombre que era capaz de sentir emociones del todo humanas. Y decidió en ese instante que daba por finalizada sus ambiciones hacia Alondra. A partir de ahora se centraría en lograr que su amigo se diese cuenta de lo mucho que le gustaba y necesitaba a esa preciosidad.

—¿Por qué demonios sonríes? —inquirió Jan sin abandonar el rictus de contrariedad.

—Por nada… Por nada. ¿Qué hay para comer?

16

Por primera vez Jan se sentía cansado de estrechar la mano, sonreír sin tener la menor gana y de mantener conversaciones que lo aburrían mortalmente. Lo único que deseaba era regresar a casa. Y pensó en largarse cuanto antes, a pesar de que permanecer en el cóctel le ayudaría mucho en los negocios.

—¿Has visto a Juan Toral lo bien acompañado que va?

—¿Y cuándo no ha ido? Ese es peor que tú —dijo Jan.

—Nos gusta la belleza y además, deseamos disfrutar de ella. No como al formal señor Balaguer.

Jan se abstuvo de replicar.

—Creo que me marcho.

—¿Adónde? —inquirió, sorprendido, Andrés.

—A casa.

—¿Estás indispuesto?

—No.

—Pero si aún no has hablado con Montesinos. Y estabas muy interesado. Yo también lo estoy. Nos puede reportar un buen negocio. Así que, nada de desaparecer hasta la cita. Vamos a buscarlo.

Una mujer rubia como el oro, toda una belleza, caminaba hacia ellos.

—No puede ser… —dijo Andrés.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Jan al ver la expresión de su amigo. Al parecer algo le había sorprendido mucho.

—Esto no está sucediendo —musitó su amigo.

—¿Me contarás qué pasa? —insistió Jan.

—Ahora no… Irene. Qué sorpresa. Ha pasado mucho tiempo.

Ella lo escrutó con descaro.

—Exactamente ocho años. Es increíble. Apenas has cambiado desde que dejamos la universidad.

Andrés carraspeó nervioso. Era la primera vez que Jan lo veía dubitativo ante una mujer.

—Tú sí. Estás aún más preciosa.

Ella rió con dulzura.

—Compruebo que eres incapaz de resistir la tentación de piropear a una mujer. ¿No me presentas?

—Sí… Por supuesto. Jan Balaguer. Ella es Irene Doménech.

Él le tendió la mano y ella se la estrechó.

—¿Así que usted es el jefe de mi mejor amiga?

Jan alzó una ceja.

—Tengo cientos de empleadas. ¿A cuál se refiere?

—A su niñera. Y no me cabe la menor duda que la mejor que ha

tenido. Es responsable, cariñosa con los niños y preciosa. ¿No le parece?

—Sí que se lo parece, sí —respondió Andrés por él.

Jan, incómodo, pues reconoció a la mujer con la que se citó Alondra, se aclaró la garganta.

—¿Desea beber algo, señorita Doménech?

—Sí, por supuesto. Una copa de cava.

Jan se alejó hacia la barra.

—¿Así que eres amiga de Alondra? Interesante. Muy interesante.

—¿Por qué?

—Porque creo que mi mejor amigo se ha enamorado de Mary Poppins.

Ella lo miró pasmada.

—¿Seguro? Alondra no me ha comentado nada. Por el contrario, opina que su jefe no la soporta; que solamente la mantiene en el puesto por los niños. Discuten a cada rato.

Andrés la miró con un halo de nostalgia.

—Las apariencias no siempre indican la realidad. Como bien sabes. En este caso, es así. Te lo aseguro. Y estoy dispuesto a que no les ocurra como a nosotros.

Irene inspiró hondamente.

—Nadie puede interferir en los sentimientos de los demás.

—Pero si encauzarlos.

—Yo no me entrometería, Andrés. Puedes salir trasquilado.

—Jan es mi amigo del alma y su vida, a pesar de las apariencias, no ha sido nada halagüeña. Quiero que por una vez conozca la felicidad de verdad.

—Tengo entendido que estuvo casado y gozó de un matrimonio ejemplar e incluso dichoso —comentó ella.

Él dejó escapar una media carcajada.

—Puede que modélico. Aunque, para nada feliz. Jan piensa que sí. Pero sé que nunca estuvo enamorado de Luisa. Eran dos compañeros con las mismas metas. Sin pasión, sin locura, sin todo lo que conlleva la palabra amor. Merece vivir esa experiencia.

Irene dibujó una leve sonrisa.

—¿Estoy hablando con Andrés Alquezar o con una versión mejorada?

—Cuando un cristal se empaña oculta lo que hay tras él.

—Ya. Apariencias engañosas. A ver si ahora resultarás ser un sentimental incorregible.

Andrés volvió a adoptar la actitud superficial que lo caracterizaba.

—¡Dios no lo quiera! Me gusta ser un play boy incorregible. Aunque, no un insensible, querida. Me duele ver tan triste a Jan. ¿Me ayudarás en mí empeño?

—Alondra es amiga mía. No puedo conspirar contra ella. Olvídalo.

—¿De qué conspiración hablas? Sólo aceleraremos el desenlace.

Irene sacudió la cabeza.

—Temo que ves cosas que no existen.

—Si alguien sabe de asuntos amorosos, ese soy yo, cielo. Te aseguro que Jan y Alondra se gustan. Y mucho. Mira. Ese hombre que viene hacia nosotros siempre ha permanecido en estas reuniones hasta que el último invitado desaparece. Hace apenas unos minutos que me ha dicho que se largaba a casa. ¿Comprendes?

—Pues, no.

Andrés resopló.

—Cariño. Sacaste la mejor nota de todo el campo universitario. Y aún así, a veces pareces mema en cuestiones sentimentales. ¿Acaso no comprendes la razón por la que ese empresario adicto al trabajo desea irse sin terminar de hablar con sus posibles clientes?

—¿Alondra?

—Eso mismo, amor. Pero calla. Ya llega.

Jan le ofreció la copa a Irene y otra a su amigo.

—¿No bebes tú?

—Ya he cubierto el cupo.

—Tan rígido como siempre. Jan Balaguer nunca se desmelenará.

—He de conducir.

—Siempre hay la posibilidad de tomar un taxi. ¿No es así, Irene?

—Amigo, dudo que el tema de si tomo una copa o no le interese a la señorita Doménech. Y dígame. Ha dicho que compartieron universidad con Andrés. ¿También es economista? —dijo Jan.

—Estudiamos carreras distintas. Yo soy arquitecta. Nos conocimos gracias unos amigos que teníamos en común.

—Pero como suele ocurrir, cuando los estudios terminan, la gran mayoría deja de relacionarse —dijo Andrés.

—Pocos mantienen la amistad. Ustedes dos son un ejemplo.

—En realidad, nunca fuimos amigos —aclaró Irene.

—Era la chica de un compañero mío. Nunca estuvo interesada en confraternizar conmigo. Por cierto. ¿Sigues con él?

—No —respondió ella con sequedad.

Jan se percató de la tensión que existía entre ellos. Es probable que su amigo intentara conquistarla y ella le dio calabazas.

—Dígame, señorita Irene. ¿Hace mucho que conoce a la señora Rovira?

—Desde el parvulario. Y hablando de Alondra. ¿Por qué se ha negado a concederle las vacaciones?

Él parpadeó perplejo. Aquella mujer era tan poco prudente como su niñera.

—No me mire así. Como buen hombre de negocios comprenderá

que uno debe aprovechar la ocasión que se le presenta. Alondra me ha dicho que debe cuidar de sus hijos. Lo entiendo. No obstante, también debe usted entender que todo trabajador tiene derecho a sus vacaciones. Así que, le ruego encarecidamente que le de esos días libres que le solicitó o me veré obligada a anular el viaje que pensábamos hacer.

—¿En serio no le has dado permiso? —se escandalizó Andrés.

—Aún no le corresponden días libres. Además, mis hijos…

—Perdone pero esa no es ninguna excusa. Sus hijos pueden ser atendidos por una sustituta. Al fin y al cabo, serán solamente cinco días. ¿Y bien? ¿Permitirá que Alondra no disfrute la noche de San Juan?

Él se aclaró la garganta con gesto incómodo.

—Lo pensaré. Tendréis que disculparme. Pero debo irme.

—Claro. Montesinos —dijo Andrés.

—No estoy de humor para continuar hablando de negocios. Reúnete con él y me cuentas. Señorita Doménech ha sido un placer conocerla. Le diré a la señora Rovira que la he visto. Buenas tardes.

Dio media vuelta y se alejó andando de esa manera tan elegante.

—¿Qué te he dicho? Ha dejado los negocios por ir junto a su niñera y se niega a dejarla marchar. ¿Me ayudarás ahora?

—Eso no significa que pase de ellos. Te ha cedido el testigo.

—Algo que jamás ha hecho. A no ser que se trate de un acuerdo menor. Y el de ese tipo es importantísimo. Se juega millones. ¿Y bien? ¿Te unes a mí?

Irene entrecerró la frente con aire pensativo.

—Por supuesto que no. No somos nadie para entrometernos en sus vidas. Deja que el Destino se encargue de lo que tenga que ser. Ahora, si me disculpas, tengo a mi acompañante demasiado desatendido. Buenas tardes.

Irene dio media vuelta y se alejó.

—¿El Destino? ¡Ah! —murmuró Andrés.

17

Jan cerró la puerta. Los niños estaban en el salón. Sobre la mesa desparramadas las piezas del rompecabezas, el resto de la merienda y los vasos, sin ningún tipo de protección. Las muñecas de trapo se encontraban tiradas en el suelo y Alondra arrodillada mostrándole a Carla como sonaba el pequeño piano de juguete. La imagen de su niñera provocó que su respiración se acelerase; como solía ocurrirle desde hacia un tiempo, era incapaz de sentirse sosegado. Y esa reacción de incapacidad para templarse lo enervaba.

—Hola, papi. Voy a la cocina para ver a Agustina —lo saludó Manel.

—Ve.

—¿Podría decirme la razón por la que están aquí? ¿Acaso no tienen un cuarto espacioso mis hijos para que puedan jugar y no ocupen el salón? Tiene esto hecho un desastre y el desorden me incomoda muchísimo —le recriminó Jan a su niñera, señalándole la mesa.

Ella atrapó a Carla que gateaba con la celeridad de una gacela. Se sentó en el diván y colocó a la niña sobre sus rodillas. Como era habitual en esa etapa de su vida, la cría protestó con todas sus fuerzas; por lo que Alondra volvió a dejarla sobre la alfombra. Miró a su jefe con aversión y dijo:

—Lo tienen. Sí. Pero aquí entra mucha más luz y pueden disfrutar con más libertad. Y, ¿por qué se queja? ¿Acaso le hemos molestado alguna vez? ¿No, verdad? ¿Y por qué? Por la sencilla razón de que siempre hemos recogido todo antes de que usted llegara.

—Las estancias de una casa cumplen una finalidad. Y el salón no es un cuarto de juegos.

—Como siempre, tan cuadriculado —masculló ella.

—¿Cómo dice? Haga el favor de no murmurar cuando estemos conversando —la amonestó él.

—¿Conversando? Sí, claro —exclamó ella.

—¿A qué viene esa ironía? Simplemente le estoy dando unas pautas del todo lógicas. ¿O acaso piensa que en la cocina es lugar apropiado para practicar deporte o el baño para realizar manualidades? Siga las pautas de una vez, señora Rovira. No le será tan difícil. Al fin y al cabo, creo que es una mujer inteligente.

Alondra, soliviantada, se levantó.

—¡Qué suerte que el maravilloso señor Balaguer crea que tengo cerebro! ¡Bravo, Alondra! Algo de consideración te tiene.

Jan mostró las palmas de la mano con aire confuso.

—¿Por qué se enfada? La he alabado.

Ella aleteó las pestañas.

—¿En serio? ¡Vaya! Perdone el malentendido, señor. Es que una no está acostumbrada a que alguien tan brillante piense que un semejante suyo también pueda poseer inteligencia.

—¡Ahora es usted la que está siendo irónica! —se alteró él.

—Y usted el que levanta la voz. Haga el favor de no gritarme. Merezco respeto, señor.

Jan respiró rabioso.

—Jamás he faltado a nadie, señora. Usted… —Calló al ver como su hija intentaba aferrarse a la silla. Corrió hacia ella, pero la mano de Alondra lo detuvo. Él se la apartó con brusquedad.— ¿Qué hace? ¡No ve que puede caerle encima y matarla!

—Está intentando ponerse de pie. Además, la silla es de madera maciza. Dudo que su hija pueda tirarla —dijo Alondra.

—Sólo tiene diez meses. No andará.

—Yo comencé a caminar a esa edad. Mire.

Carla estaba aferrada al asiento e intentaba sostenerse. Su padre, expectante y nervioso, la observó.

—Se caerá.

—Es imposible que se lastime sobre la alfombra.

La niña se puso en pie.

—¿Lo ve? ¡Carla, cariño! ¡Ven! —le pidió su niñera.

Carla dio unos pasos inseguros y se tambaleó. Jan hizo la intención de acudir junto a ella.

—Aguarde, hombre. No la asuste o desistirá —le pidió Alondra.

La pequeña, a trompicones, fue hacia la butaca. Su cara mostraba tenacidad. Estaba determinada a conseguir su meta y apartó el temor. Continuó con sus pasos inseguros y cuando la alcanzó, riendo, se aferró a ella.

Jan miró a su hija con ojos brillantes y le dedicó una gran sonrisa. Alondra era la primera vez que veía reflejada en su rostro la felicidad y le sentaba muy bien.

—¡Ha dado sus primeros pasos! ¡Qué alegría! —gritó. Y en un impulso, abrazó a Jan.

Él, estupefacto, permaneció quieto. Y debería apartarla y decirle que aquello no era correcto, se dijo. Pero no lo hizo. Se sentía demasiado bien teniéndola pegada a su pecho, disfrutando de la fragancia a miel de su cabello. Pero lo que más le sorprendió fue que a pesar de su estatura, se complementaba con su cuerpo. Y no pudo evitar que su lívido reaccionase. Con rudeza, la apartó.

—Perdón. No se… Ha sido… por la emoción. Por favor, perdóneme. Lo siento. De verdad. Disculpe —farfulló sofocada ella.

Él se aclaró la garganta. Cogió a Carla y se acomodó en el sofá.

—Está bien. No se preocupe… Comprendo la alegría. A mi también me ha conmovido, pues con Manel no pude presenciarlo… Y no me

mire así. Soy un hombre muy ocupado. Hoy lo he disfrutado porque he abandonado antes de lo debido el cóctel.

Alondra, aún sonrojada, comenzó a meter las piezas del puzzle en la caja. Era incapaz de mirarlo. Aún podía sentir el calor de su cuerpo, su fortaleza, su aroma; y lo peor de todo, lo que le hizo sentir. Su contacto fue como si de repente una fiebre abrasadora se apoderara de ella. Fue por pura vergüenza, se dijo. No existía otra razón. Claro que no.

—Me alegro de ello, señor. Ahora, si me disculpa, recogeré todo esto y daré de cenar a los niños.

—Haga. Haga —dijo él observando como ordenaba aquel desastre.

Ella, temblando, siguió limpiando el desorden. ¿Por qué la estaba mirando de esa manera tan penetrante? Seguramente estaba pensando en su gran torpeza. ¿Cómo se le ocurrió lanzarse sobre él? Fue espontáneo, sin pensar. Y cuando era tan espontánea siempre se metía en problemas. A partir de ahora debería ir con tiento. El señor Balaguer le estaba perdonando muchas licencias por el bienestar emocional de sus hijos, pero todo tenía un límite.

Manel entró.

—Alondra. Agustina no quiere darme la galleta. Dice que primero he de cenar.

—Ha hecho bien.

—Pero…

—Ni pero ni nada, Manel. Tienes que hacer caso siempre a la señora Rovira —dijo Jan.

El niño arrugó la nariz.

—¿Quién es esa?

Su padre sonrió.

—Ella.

—No. Ella es Alondra.

—¿Está seguro de lo que ha dicho? ¿Hacerme caso en todo? —bromeó ella.

—Sabe de sobras a qué me refiero —replicó él con hosquedad.

—Es usted un soso —remugó ella.

—La he oído.

Alondra alzó los hombros para indicarle que le daba igual.

—¿Me deja a la niña? He de darle la cena.

Jan se levantó, pero continuó manteniendo a Carla en sus brazos.

—Ya que he venido pronto, se la daré yo. A no ser que le importe.

—¿Por qué debería importarme? Usted es su padre y yo la niñera.

Él esbozó esa media sonrisa que tanto la crispaba. Pasó ante ella para encaminarse hacia la cocina y dándole la espalda, dijo:

—La respuesta correcta para una empleada. Va mejorando, señora Rovira.

18

Alondra utilizó la llave y abrió.

Total silencio. Miró en el salón, en la cocina y el jardín. Nadie. Probablemente los niños ya estarían acostados y el señor Balaguer en su habitación. Subió al piso superior y comprobó el cuarto infantil. Vacío. ¿Estarían con su padre? Llamó a la puerta. Nadie respondió. Un rictus de extrañeza cruzó su rostro. Eran ya las nueve de la noche; hora en la que los críos deberían estar durmiendo. No era normal. No. ¿Habría sucedido algo? Ese pensamiento la asustó. Dejó la maleta en su habitación y decidió bajar a la cocina para prepararse un café.

Media hora después sus nervios estaban a punto de explotar. Cogió el teléfono para llamar al señor Balaguer. Dudó. Puede que se molestase. Sí, lo más seguro. Tenía órdenes de no importunarlo a no ser que el mundo se estuviese acabando. Pero esta situación requería medidas extraordinarias. Comenzó a marcar el número cuando el ruido de la puerta la hizo correr hacia el vestíbulo. Eran ellos.

—Manel, despacio. Carla está dormida y la despertarás. ¡Con lo que me ha costado aplacarla! No corras.

—¡Gracias a Dios! ¡Están bien! Pensé que había ocurrido algo espantoso —exclamó Alondra, dejando que el pequeño se agarrase a su cintura. Bajó la cabeza y le besó el cabello.

Jan, que llevaba a Carla sujetada en el pecho, observó el semblante angustiado de la niñera y en ese instante se dio cuenta de lo mucho que la extrañó y de lo que se había acostumbrado a ella.

—No sea tan dramática, por favor.

—¡Ah! ¿No? Usted quiere que sus hijos estén en la cama a las ocho. ¡Y son casi las diez! ¿Qué iba a pensar al encontrar la casa vacía? Pues lo peor. Si llegan a tardar unos minutos más, habría llamado a todos los hospitales y a la policía.

—¿Y por qué no que nosotros también nos tomamos unos días libres? ¿O piensa qué no deseo descansar cómo los demás? —sugirió Jan.

—¿Y por qué no ha dejado una nota? Me habría evitado momentos de ansiedad. Han pasado por mi cabeza mil y una desgracias. ¡Casi me da un infarto!

—¿Tanto le preocupamos? —le preguntó él, suavizando la dureza de su mirada.

Ella, un tanto avergonzada por su desmedida reacción, dijo:

—Aunque no lo crea, siento mucho cariño hacia sus hijos. Me dolería el corazón si les pasase algo.

—Claro —musitó él volviendo a recuperar su frialdad. A esa mujer lo único que la motivaba eran los niños. ¿Por qué demonios pensó que

sufría por él?

—Manel. Te estás quedando dormido de pie —sonrió Alondra.

—Ha sido un día agotador. Señora Rovira. Sé que aún está en su tiempo libre, pero ¿le importaría ayudarme a acostar a los niños?

—Por supuesto que no. Será un placer, señor.

Subieron a la habitación. Jan acostó a la pequeña y Alondra ayudó a ponerse el pijama a Manel; que en menos de un minuto se quedó dormido.

—Buenas noches, cariño —dijo besándolo en la frente. Su padre hizo lo mismo y abandonaron la habitación.

—Están exhaustos. ¿Los ha llevado a algún parque temático? —le preguntó Alondra.

—No. Hemos estado con mis suegros. En la costa. A los niños les conviene relacionarse con sus abuelos. ¿Y usted se ha relajado en Marrakech? —se interesó Jan, sin poder evitar que sus ojos se perdieran en su bello rostro. Estaba más bonita que nunca. La escapada le fue muy beneficiosa. Demasiado bien. Si ya desde hacía un tiempo no podía permanecer impasible ante su presencia, ahora le sería imposible.

Ella abandonó la seriedad y sonrió ampliamente.

—¡Qué va! Me he divertido mucho. No hemos parado de visitar lugares maravillosos. Oasis, palacios, mercados de especias y telas maravillosas. Les he comprado unos trajecitos a los niños para carnaval. ¡Estarán monísimos! Ese país es un lugar muy interesante y misterioso. ¡Tan distinto a España! ¿Usted ha estado?

—Tengo un hotel en la ciudad. *Alqamar Hotel. Así que, sí. He estado.

—¿De veras? No entiendo porqué Andrés no nos lo dijo antes de reservar. Claro que, a veces uno quiere desligarse del trabajo en vacaciones. Tal vez no quiso hospedarse en él por esa causa.

Jan contrajo la frente.

—¿Está hablando de Andrés Alquezar?

—Sí.

—¿Por qué no tenía noticia de ello? Quiero decir que… No es que me importe, por supuesto. Adónde va y viene la gente no es de mí incumbencia. Es curiosidad. Nada más. ¿Así que ha pasado las vacaciones con ustedes?

—No es lo qué piensa, señor. Andrés es amigo de Irene. Ella lo invitó a viajar con nosotras.

—Vaya. Hemos pasado del señor Alquezar a Andrés. Me asombra la rapidez con la que adquiere confianza, señora Rovira —dijo Jan con tono crispado.

—Una relación de cierta amistad no requiere mucho tiempo. Tras estas pequeñas vacaciones, pues nos hemos acercado un poco más. Ya

sabe. Uno se relaja y está más dispuesto a deshacerse de las formalidades y se muestra más como es.

—¿Así que se han acercado? Pues que bien. Estupendo —remugó Jan.

*Luna Hotel

—Ahora es usted quién murmura. ¿Qué ha dicho? —le reprochó Alondra.

—Digo que me parece estupendo que se tengan ahora tanta confianza —dijo Jan con ironía.

—No me crea tan banal. Ganarse mí confianza requiere más tiempo.

Jan sacudió ligeramente la cabeza y adoptó su ya habitual insensibilidad.

—Una actitud sensata.

—A pesar de todo, lo soy cuando es necesario.

—No lo dudo. Y dígame. ¿Su amiga y mi amigo han traspasado el límite de la amistad? Me refiero a que los vi en el cóctel y me pareció que existía algo más íntimo… Ya me entiende.

Alondra cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con ese aire de maestra que riñe a su alumno.

—Usted es el primero que me ha hecho firmar un contrato de confidencialidad. ¿Y ahora pretende que le hable de la vida privada de los demás? Eso no es ético, señor Balaguer. ¿No le parece?

Él asintió.

—Disculpe. Es que mi amigo a veces comete muchas estupideces.

—¿Salir con Irene le parece una estupidez? —se indignó ella.

—De nuevo tergiversa mis palabras.

—Es que tal como lo ha dicho… ¿Qué va a pensar una?

Jan ladeó la cabeza y levantó las cejas.

—¿Tal vez qué me preocupo por su amiga y no por él?

—Creo que exagera. Andrés es un hombre muy correcto y educado. Dudo que lastimase a alguien adrede.

—Así es. Sin embargo, en cuestión de mujeres es una calamidad. Es voluble. Cree estar enamorado y al poco tiempo, se desilusiona. No sabe los corazones rotos que ha dejado por ahí.

Alondra sonrió con aire autosuficiente.

—Le aseguro que Irene sabe cuidarse. No es fácil que caiga en las garras de un mujeriego. En cuestiones sentimentales es muy selectiva.

—Una cosa es la intención y otra los resultados. Muy pocos saben controlar a su corazón y terminan cayendo en las garras de amores que trastornan la existencia.

—Hay muchos que prefieren el caos a una vida aburrida y solitaria. Pero usted, por supuesto, no pertenece a ese grupo. Prefiere el orden, la rutina y la displicencia, a experimentar la pasión. ¿Sabe? Me da

usted mucha pena.

Jan apretó los dientes.

—¿Pena? ¿Cómo se atreve a decir algo semejante? ¡Usted no tiene la menor idea de lo que siento! Y…Y… ¡No le consiento opiniones personales! ¿Le queda claro?

Alondra juntó las manos en señal de plegaria.

—Por favor, no grite o despertará a los niños.

—¿La ha quedado claro? —insistió él.

—Del todo —musitó ella.

—Bien. Pues, buenas noches.

Jan abrió la puerta de su habitación y cerró con un sonoro portazo.

19

Jan soltó el informe y suspiró. Desde que la señora Rovira llegó de Marrakech era incapaz de concentrarse. Si le mostraban una variedad de telas para la decoración de los muebles, la imaginaba a ella frente a un puesto marroquí discutiendo el precio o si olía el muestrario de perfumes era incapaz de decidirse por ninguno que no fuese el que ella desprendía. Cada acción que realizaba lo llevaba hasta Alondra. Nunca le había ocurrido nada igual y esa desconcentración lo sulfuraba.

La puerta se abrió y dio paso a Andrés.

—¡Buen día!

Jan se reclinó en el respaldo y miró taciturno a su amigo.

—Según este informe, en absoluto lo es. El hotel de Java va con semanas de retraso. Nos está costando mucho dinero. ¿Me podrías explicar la razón de que los muebles no estén ya listos? ¿Tal vez por qué descuidas tu trabajo para irte de vacaciones?

Andrés se sentó frente a él.

—Ya veo. Te has enterado.

—¿Acaso tenías intención de ocultarlo? ¿Por qué? ¿Y con qué propósito? ¿Qué planeas? —inquirió Jan con vidente mal humor.

—¿Van en serio esas preguntas? ¡Dios Santo, Jan! ¿Desde cuando piensas que no voy de frente? Me decepcionas —se quejó el otro.

Su amigo levantó una ceja.

—¿Qué te decepciono? ¡Ah! Lo dice el que no me informó que se iba de vacaciones con mi niñera.

—Eso no es así. Me invitó Irene. Que en el paquete fuese incluida Alondra no es mi culpa.

—Una invitación que debiste rechazar, pues me juego el pellejo que no ignorabas que fuese ella. Y sabes que opinión tengo sobre vuestra relación.

—Quedó claro que no existe tú regla para mí.

—Cierto. Somos amigos y en cambio, has hecho algo que sabes que me molestaría.

Andrés soltó una risa profunda.

—¿Por qué te solivianta tanto? ¿Es qué acaso tienes algún interés más allá de las labores domésticas de Alondra? Creo que sí, amigo.

Jan levantó la barbilla.

—¡No digas estupideces! Mi interés es qué nadie enturbie su existencia y termine atendiendo mal a mis hijos. No me gustaría tener que despedirla, pues los niños le han tomado mucho apego. Mira. Te conozco y he visto como la miras. Te juro que si le rompes el corazón, te lo haré pagar.

Andrés guiñó un ojo.

—Por tus palabras deduzco que estás convencido que podría seducirla. Yo también. En estos días nos hemos conocido más y puedo afirmar que nos compenetramos.

—¿Os compenetráis? ¿Qué… significa… eso? Vamos. Explícate —farfulló Jan.

—Pues que nuestros caracteres son muy similares. Nos divertimos juntos.

Jan arrugó la nariz.

—¿La señora Rovira y tú os divertís?

—¿De qué te extrañas? La gente suele pasarlo bien cuando está de vacaciones o en una fiesta o en cualquier circunstancia. Es lo normal. No cómo tú que eres un muermo, amigo mío.

—Dudo que ella sea muy festiva.

Andrés sacudió la cabeza.

—¿Cuánto lleva en tú casa? ¿Casi cuatro meses? ¡Por Dios! Ni te has molestado en conocerla.

—Por supuesto que la conozco. Es una mujer competente, sensata y responsable.

—No lo dudo. Pero cuando no trabaja es una mujer con un sentido del humor exquisito y enérgica, y dispuesta a experimentar cosas nuevas.

—No me digas. Vaya, vaya. ¿Cómo cuáles? —dijo Jan con retintín.

—Montar en camello, correr a gran velocidad por el desierto en auto, disfrutar de nuevos sabores.

—Y por supuesto, siempre a tú lado.

Andrés sonrió divertido al ver la agitación en el rostro de Jan. Sin duda estaba celoso y mucho. Así que, echó más leña al fuego.

—Siempre. Apenas nos hemos separado. Incluso, a pesar de que baila de maravilla, no ha dudado en soportar mis pisotones. ¡Deberías verla cuando se anima con la salsa! Su cuerpo se contonea con una habilidad sorprenderte.

Jan, aún más tenso, asintió levemente.

—¿Así qué has bailado bailes caribeños?

—Un caballero no puede negarse a complacer a una dama.

—Claro, claro. Pues mira por donde, no logro visualizaros siguiendo el ritmo caribeño —dijo Jan intentando que su tono sonase distendido; ya que la rabia hervía en su vientre al visualizar a su niñera en brazos de su amigo contoneándose al ritmo de la música.

—Pues ella ha conseguido que perdiese la vergüenza y me animase a dar mis primeros pasos de salsa. Es una mujer muy persuasiva. Y deberías saber que cuando abandona ese aspecto de severa institutriz y se viste con libertad, se convierte en la mujer más sexy que he conocido nunca. La última noche llevaba un vestido rojo que

prácticamente era una segunda piel. ¡Qué curvas, amigo! Posee un cuerpo digno de una diosa.

Jan, frenético, se mordió el labio interior.

—¿Olvidas que estás hablando de mí niñera? Un poco más de respeto, por favor.

—¿Es qué la he ofendido en algún momento? Lo único que he hecho es alabarla.

—¿Describiéndola como una mujer objeto? Una mujer es algo más que un trozo de carne al que echar un mordisco —le recriminó Jan.

—Si, claro, claro. Pero si junto a ello hay un físico espectacular, mucho mejor. ¿No te parece? Y Alondra reúne todo para hacerla perfecta. Es un bombón muy apetitoso. ¿Y sabes otra cosa? Creo que yo le gusto. Si pongo un poco de empeño; más bien un poquito, la conquisto.

—¡Te estás extralimitando! Es más. ¡Te estás comportando como un hombre de lo más grosero! —explotó Jan.

Andrés respingó.

—Jan. Estás gritando.

—¿Y?

—Pues, que estás perdiendo los papeles y no es normal en ti. ¿Acaso estás celoso?

Su amigo chasqueó la lengua.

—¿Por qué debería sentir celos? No seas idiota. Mí interés es profesional. ¿O es qué no me conoces? No busques nada más.

—Tú reacción no casa con esa afirmación. Tienes todo el aspecto de un cavernícola receloso.

—¿Quieres dejarlo ya? Lo único qué pasa es que no soporto estos comentarios tan vulgares. Espero que no vuelvas a hablar así ante mí presencia de la señora Rovira. Merece todo tú respeto. Y si valoras mí amistad, aparta la idea de llevártela al huerto.

Andrés se levantó y fue hacia la máquina de café. Introdujo una cápsula y dijo:

—Nadie está diciendo que quiere aprovecharse. ¿Sabes? Alondra me ha hecho ver que mi vida estaba yendo por un rumbo equivocado. Ya es hora de sentar la cabeza.

—¿En serio?

—¿No me crees capaz de convertirme en un hombre cabal? ¿Quieres uno?

—Pues, no.

—¿No al café o a mí propósito?

—A los dos.

—Te aseguro que tengo buenas intenciones.

—Suerte. Dudo mucho, a pesar de tu percepción, que la señora Rovira esté interesada en ti —aseguró Jan

Andrés elevó la comisura de la boca dibujando una leve sonrisa. Cuanto más avanzaba la conversación, más convencido estaba de qué a Jan lo carcomían los celos. Era fascinante la nueva faceta de ese hombre cabal y frío; y también divertido hacerle perder los papeles.

—Amigo mío. Olvidas que reúno todos los requisitos para que una mujer caiga rendida a mis pies. Soy rico. En realidad muy rico. Noble, atractivo y encantador. Y no olvidemos que sé cómo complacer a una dama. Así que, sí. Tengo todos los números para que Alondra se enamore perdidamente de mí. En cambio tú eres la antítesis de un seductor. Aburrido, estricto y carente de pasión. No tienes la menor oportunidad.

Jan sacudió la cabeza y le mostró la palma de las manos en un gesto de incredulidad.

—¿Qué oportunidad? Te repito que la señora Rovira no es más que mí niñera. Y en cuanto a ti, si valoras nuestra amistad, mantendrás tus garras de seductor lejos de ella. ¿Entendido?

—Ya he dicho que no quiero aprovecharme. Estos días me han hecho reflexionar. He llegado a la conclusión de qué ya es hora de abandonar esta vida disipada y formar una familia, y Alondra es una seria candidata.

Jan, tenso, se aferró a la mesa.

—¿Unos bailes y retozar por el desierto ya te han llevado a pensar en el matrimonio?

Andrés adoptó una pose de gran seriedad.

—Puede que sea irresponsable la mayoría del tiempo. A pesar de eso, sé cuando algo es importante y Alondra lo es para mí. Siendo sincero, creo que estoy enamorado de ella.

—¡Estoy cansado de escuchar sandeces! ¡Me marcho! —exclamó Jan, al tiempo que se levantaba.

—¿Adónde vas a estas horas? No son más de las cinco. ¿Algún negocio millonario a la vista?

—¿De verdad te interesa mucho?

Andrés alzó los hombros.

—Con franqueza, no.

—Pues deberías implicarte más. Arregla lo de Java o deberás hacerme una rebaja. ¿De acuerdo?

—¿En serio?

—Ya sabes que en cuestión de negocios nunca bromeo.

Andrés sonrió.

—Ni en lo demás. Soso.

Jan soltó un bufido.

—Nos vemos mañana.

Jan escuchó las risas procedentes del jardín. La señora Rovira e Irene charlaban animadas, mientras sus hijos jugaban sentados sobre la hierba. Se encaminó hacia allí y saludó.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Balaguer —dijo Irene.

—El placer es mío por volver a verla —respondió él ofreciéndole una enorme sonrisa. Se acomodó junto a ellas y dijo: Veo que no toma nada. ¿Se le ofrece algo? ¿Limonada? ¿Una copa?

—No son horas de copas, señor. Además, Irene tiene prisa. ¿No es así, querida? —dijo Alondra, con gesto enfurruñado.

Su amiga levantó una ceja sorprendida.

—Digo yo que podrá quedarse unos minutos —insistió Jan, sonriendo de nuevo.

—¡Qué va! Me decía que ya está llegando tarde y es maniática de la puntualidad —intervino Alondra.

Irene la miró perpleja. ¿La estaba echando? Sí. Y sin el menor pudor. ¿Estaría celosa? Por supuesto que sí. ¡Inaudito! Nunca demostró algo semejante hacia ella; lo que significaba que su jefe le gustaba y mucho. Incluso podría estar enamorada. Alondra volvía a la vida, a pensar en el futuro. Aunque, también podría resultar un desastre si ese hombre no sentía lo mismo. Pero Andrés le aseguró que a Jan le atraía su niñera. Debería asegurarse. No quería que Alondra volviera a sufrir. Así que, decidió echar leña al fuego.

—Pero mi cliente no lo es en absoluto. Dispongo de diez minutos —aceptó.

—Una lástima. Me gustaría conversar sobre su trabajo con más detenimiento. Me parece muy interesante.

—¿Ha visto lo que he hecho? —se asombró Irene.

—Por supuesto. Me gusta estar al tanto de lo novedoso. Y usted, al menos para mí, era una desconocida. Me he informado por interés profesional.

—¿Y qué le pareció?

—Una obra nada convencional.

—¿Y eso es desfavorable?

Jan volvió a sonreír.

—Al contrario. Me gusta la gente que arriesga. El edificio que diseñó en la nueva zona empresarial considero que es digno de merecer un premio.

—¿De veras? —se emocionó Irene.

—¿Por qué esa incredulidad? Debería confiar más en sus aptitudes —dijo él continuando con ese semblante cargado de gentileza.

Alondra no comprendió la razón, pero esa actitud tan amable y llena de admiración dedicada a Irene la incomodó demasiado. Jamás tuvo esa consideración hacia ella. Claro que, no era más que una empleada. Irene, en cambio, era una arquitecta que comenzaba a destacar. Y no solo eso. Era hermosa. Del tipo que le gustaban a su jefe. Muy parecida a su difunta esposa. A su amiga no le costaría nada romper esa frialdad si se lo propusiese. Y ese pensamiento, a pesar de que Irene jamás cometería algo que la molestase, la sulfuró. Airada se levantó.

—Como veo que van a enfrascarse en una conversación de la que no tengo la menor idea y no podré participar, para perder el tiempo, será mejor que vaya a terminar lo que dejé a medias en la cocina. Irene. Ya nos llamamos —dijo enojada. Se levantó apartando la silla con brusquedad. Cargó a Carla y le indicó a Manel que la siguiese.

Jan la miró extrañado. La señora Rovira era arisca, pero nunca se mostró mal educada.

Alondra entró en la cocina y sacó el pastel de la nevera.

—¿Así que le gusta la gente que arriesga, eh? ¡Pamplinas! Lo que le gusta al señor son las mujeres hermosas. ¡Será cínico! Y también perverso. Jamás pensé que fuese igual que los demás hombres. ¡Ligando ante mis ojos con mi mejor amiga! Eso no lo hace nadie noble. No señor.

—¿Puedo poner encima estos bombones? —le preguntó Manel.

—Claro, cielo. Pero con mucho cuidado. No vayas a estropear la tarta.

Jan, desde el quicio de la puerta observó como Alondra y los niños decoraban un enorme pastel. De nuevo esa mujer impulsiva se estaba saltando sus normas. Pero fue incapaz de enojarse al ver a sus hijos con esa luz que proporcionaba la felicidad en sus rostros. Aunque, no se privaría de iniciar una nueva discusión. A eso no renunciaría por nada del mundo. Nadie podía imaginar como disfrutaba.

—¿No está Agustina? —dijo.

—Se ha ido a media tarde. Tenía un asunto que resolver. ¿Ya se ha marchado Irene? —respondió Alondra colocando una rosa de azúcar sobre la tarta.

—Ahora mismo.

—Una lástima que no se le haya ocurrido invitarla a cenar. Así podría seguir alabando su trabajo —dijo Alondra con sarcasmo.

—Un fallo. Sí. Pensándolo bien, aún puedo llamarla.

—¿Así que ya se han intercambiado los números de teléfono? Usted no se anda por las ramas en cuestión de hacer amistades —dijo Alondra cerrando la puerta del armario con demasiado ímpetu.

Jan parpadeó incrédulo. ¿Había un deje de celos en su voz? No. Claro que no. ¿Por qué razón debería sentirse celosa? Ni tan siquiera

mostró alegría cuando regresó tras cinco días de estar separados.

—Han sido negocios.

—Imagino que no ha influido para nada que sea una mujer muy hermosa —musitó ella.

—Reconozco que es atractiva. Sí.

—Por supuesto —remugó Alondra.

—Y también una gran arquitecta. ¿O no lo cree así?

Alondra suspiró.

—Lo creo. Incluso pienso que es la mejor. Si la contrata no se arrepentirá. No, Manel. Los caramelos no.

—¿En serio, señora Rovira? —le recriminó Jan, señalándole la tarta.

—Es para Agustina. Mañana es su cumpleaños. ¿O también está en contra de esta tradición? —gruñó Alondra.

—No. Claro que no.

—¿Te gusta como lo decoro, papi? ¿A qué soy un artista? —dijo Manel.

—Si. Lo que no encuentro apropiado es que os comáis la decoración —contestó su padre clavando sus ojos azabaches en la boca embadurnada de chocolate de Carla.

Alondra inspiró con fuerza.

—¿Otra vez quejándose, señor Balaguer? Le recuerdo que todo lo que utilizo es natural. O al menos eso me dicen cuando voy de compras.

—¿Y por qué va usted a comprar? No entra en sus tareas. Es cosa de Agustina.

—Todo lo referente a sus hijos me compete. Bueno… Ya sabe a qué me refiero.

—Tratándose de usted, he de confesar que a veces me confunde.

Ella lo miró con fijeza.

—¿Por qué? Suelo hablar con claridad.

—Me refiero a sus actos —aclaró Jan.

—No veo la razón. Soy una persona de lo más natural. El fingimiento no va conmigo. Debería saber ya que no soy una hipócrita —se ofendió ella.

—Por favor. En ningún momento he insinuado nada parecido.

Alondra cogió el pastel, lo introdujo en la nevera y sacó la jarra de leche con chocolate. Llenó tres vasos. Dio uno a Manel y otro a su padre, que en esta ocasión aceptó sin protestar y dio un sorbo. Ella también bebió.

—Espero que esté a su gusto. He puesto poco azúcar —le informó.

—Perfecto —dijo Jan clavando la mirada en los labios de ella. Estaban manchados de chocolate. Por un instante tuvo la tentación de inclinarse y lamerlos. No únicamente eso. Deseó devorar esa boca y

explorarla hasta perder la cordura. Estremecido por esos pensamientos, sacudió la cabeza y con brusquedad, dejó el vaso sobre la mesa.

—¿Qué ocurre? —se extrañó Alondra.

—Nada. Voy a ponerme cómodo —dijo Jan, marchándose.

Subió la escalera murmurando maldiciones. Abrió con más ímpetu la puerta de lo acostumbrado, se quitó la americana y la tiró sobre la cama. ¿Qué le ocurría? Se estaba comportando de un modo absurdo e incongruente; y más si tenía en cuenta que ya solucionó su larga abstinencia. Pero al parecer sus hormonas estaban tan desatadas como cuando era un adolescente. No, mucho más. Nunca sintió ese deseo feroz e incontrolable. Ni esa rabia. Imaginar a Alondra bailando un tango en brazos de Andrés o cenando juntos bajo las estrellas de Marruecos, lo encolerizaba.

—¡Maldito idiota! —masculló deshaciéndose el nudo de la corbata.

Terminó de desnudarse, se puso un chándal y bajó. Alondra y los niños estaban de nuevo en el jardín. Los observó corretear y sonrió. Era un alivio ver como sus hijos no sufrían a causa de la ausencia de su madre. Les veía felices y no estaba dispuesto a que esa armonía terminase por culpa de ese Don Juan. Haría lo necesario para que su niñera continuase con ellos. Porque estaba convencido de que si su mejor amigo se empeñaba, acabaría cautivándola. Pero, ¿qué podía hacer? Andrés no entraba en las prohibiciones que exigía en el contrato. Por otro lado, no era nadie para entrometerse en su vida privada. A no ser que ésta fuese tan amoral que perjudicase a su familia. Pero Alondra no era de ese tipo de mujeres. Aún así, no permitiría que los abandonase.

21

La mirada de Jan quedó presa de la imagen que le revolvió el estómago.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Irene al ver su rostro descompuesto.

—Nada.

—Pues estás blanco.

—He dicho que no me pasa nada —contestó Jan con rudeza.

Irene miró hacia el lugar que él continuaba observando. Una sonrisa cruzó su rostro al comprender. Su estrategia era todo un éxito.

—¡Vaya! Alondra está aquí. ¡Qué bien! Podemos comer juntos. ¿Qué te parece?

—No creo que les haga mucha gracia que los interrumpamos. Parecen estar pasándoselo muy bien —refutó Jan, irritado.

—Estoy segura de qué Alondra estará encantada de que los acompañemos —contradijo Irene.

—¿Comiendo con su jefe el día que libra? A ningún empleado le haría la menor gracia. Además, ya está muy bien acompañada. Molestaremos.

—En absoluto. Pero si a ti te incomoda que piense que te entrometes, pues comemos solos.

—¿Por qué debería creer que me entrometo? La señora Rovira puede hacer lo que le plazca en su día libre —replicó Jan, ceñudo.

—Por supuesto. No tengo la menor duda. Es su vida privada —apuntilló Irene.

Alondra los vio. Su sonrisa se borró al instante. ¿Qué estaba haciendo Irene con su jefe? Mejor dicho. ¿Qué pretendía él citándose con su mejor amiga? ¿Molestarla? ¿Por qué? No existía razón alguna. No significaba nada para él. Solo era la niñera de sus hijos. Una empleada sin importancia. Irene era una mujer hermosa, con éxito y ahora soltera. Una candidata ideal para un hombre como el señor Balaguer. Un hombre que aquella mañana lucía guapísimo. Había abandonado el traje formal por una camisa blanca de manga corta y pantalones azul marino. Una vestimenta que lo rejuvenecía

Jan pensó que su repentina seriedad era debida a que su presencia la fastidiaba. Imaginaba la razón. No quería que nadie estropease su maravillosa cita. Pues él lo haría. No se iría de ese restaurante sin saber quién era el tipo y qué representaba en la vida de su niñera.

—Por educación deberíamos ir a saludar. ¿No te parece? —dijo.

Irene intentó no sonreír.

—Cierto. Vamos.

Se acercaron a la mesa.
—¡Qué casualidad! ¿No te parece? —exclamó Irene.
Alondra la miró extrañada.
—Pero si ayer me dijiste que este res...
—Dije infinidad de cosas. A veces me disperso. No os importa que comamos con vosotros, ¿verdad? —la interrumpió su amiga, tomando asiento.
—Claro que no. Será un placer —dijo el acompañante de Alondra.
Jan también se acomodó ante Alondra sin dejar de mirarla. Estaba preciosa esa mañana con sus mejillas sonrosadas y el cabello trenzado cayéndole en la espalda. Lo cierto era que a cada día que pasaba su atractivo aumentaba.
—Creo que no se conocen. El es Rafael —dijo Alondra.
Rafael tendió la mano a Jan.
—Usted no necesita presentación. Es muy conocido. Sale mucho en las revistas.
Jan levantó una ceja.
—Me cuesta etiquetarlo como lector de la prensa rosa —señaló estudiándolo sin el menor pudor. Como tampoco de elegante. El traje se le ajustaba demasiado y la combinación de colores era espantosa; y de la corbata mejor no hablar. No entendía como Alondra miraba a ese tipo con ojos tan brillantes. ¿Qué demonios veía en él?
—El trabajo nos exige muchas cosas.
—¿Es periodista?
—No. Decorador de interiores.
—Y muy bueno. Diría que el mejor —apuntilló Alondra con expresión llena de orgullo.
Jan apretó los dientes. Estaba claro que ese tipo era importante para ella. ¿Sería un pretendiente? ¿O sería el amante secreto? Pensar en que ese tipo de sonrisa deseada por millones de dentistas tenía derecho a tocarla, a besar su boca, a… Imaginar algo más íntimo lo hizo sudar.
—Eso es mucho decir — rezongó.
—Usted déle un proyecto y terminará afirmando lo mismo —dijo Alondra con énfasis.
El mal humor de Jan se acrecentó. Pero intentó serenarse y recuperar la frialdad. Se estaba comportando como un idiota sacando conclusiones sin tener la menor prueba de veracidad y él nunca cometía ese error.
—Si tan bueno es, ¿tendrá tiempo? Lo digo por que debe estar muy solicitado —logró decir, intentando aportar un toque de cinismo.
—Por desgracia...
Irene levantó la mano haciendo callar a Rafael.
—Estoy segura de que si le muestras algo ambicioso lo sacará de

dónde sea. Rafael siempre ha admirado tu trabajo. Y estoy convencida de que cuando veas el suyo, tú también lo admirarás.

—Usted preséntеme el proyecto y le ofreceré mi mejor obra. Si le gusta, llegamos a un acuerdo y si no, no le paso la factura —dijo Rafael.

—Si Irene dice que es usted talentoso, confiaré en su criterio —dijo Jan forzando una sonrisa.

—Lo es. Y tan poco convencional como yo.

—En ese caso, no hay más que hablar. Mañana me llama y quedamos para mostrarle el proyecto —decidió Jan.

Alondra expulsó aire por la nariz. Si Irene lo decía, él aceptaba su palabra. Pero no la suya.

—Temo que somos unos desconsiderados. La señora Rovira ha venido a disfrutar de este domingo y no hacemos otra cosa que hablar de trabajo. La estamos aburriendo con temas que no son de su interés —dijo Jan.

—¿Te aburrimos, querida? —se interesó Rafael.

Jan se tensó. ¿Querida? ¿Cómo qué querida? ¿Qué significaba aquella conducta tan afectuosa?

Ella le lanzó una mirada iracunda.

—El señor Balaguer saca conclusiones precipitadas; pues no tiene la menor idea de lo que me divierte o me resulta cansino.

Él aseveró con semblante de fingido abatimiento.

—He de aceptar su reprimenda. Al fin y al cabo, nuestra relación es meramente profesional. ¿Y la de ustedes, cuál es?

—Nos une la amistad —respondió Irene.

Alondra se levantó.

—Si me disculpan, voy al baño.

Jan la observó mientras se alejaba. El vestido de tela ligera se adaptaba a su cuerpo mostrando su perfección. Ninguna mirada masculina pudo escapar de su hechizo. ¿Sabía ella el impacto que causaba o era tan inocente como aparentaba en esas cuestiones?

El camarero se acercó a la mesa y tomó nota. Jan pidió un vino especial.

—Para la señora traiga agua mineral carbonizada —dijo Rafael. Después miró a Jan y apuntilló: Alondra exclusivamente bebe alcohol en ocasiones muy especiales.

—Cómo la última vez. ¿Recuerdas? —rió Irene.

—¿Quién podría olvidarlo? Aún tengo grabada la imagen de Alondra bailando sobre la mesa. ¡Menudo espectáculo!

Jan miró a su niñera que regresaba. ¿La señora Rovira desmadrada? Era incapaz de imaginarla. ¡Era tan formal! O eso parecía. Él tan sólo conocía la parte profesional. Pero Andrés le aseguró que era una mujer divertida y apasionada.

Alondra se sentó. Rafael miró su semblante taciturno.

—¿Estás bien? —le preguntó acariciándole suavemente la espalda. Alondra asintió.

De nuevo una señal de confianza, casi de intimidad, pensó Jan conteniendo las ganas de agarrar esa mano y apartarla. La afirmación que hizo Irene de que eran amigos, no era exacta. Al menos para esos dos.

Ella lo observó de reojo. Jan estaba inquieto, señal inequívoca de que la presencia de Rafael lo disgustaba. Y a medida que el tiempo transcurría, su agitación se acrecentaba. Andrés estaba en lo cierto. A Jan le gustaba Alondra y mucho. Ahora debería comprobar si a ella también le atraía su jefe.

—Jan. He pensado que en lugar de ir al club, mejor vamos a mí casa. ¿Qué te parece? —dijo dando el último sorbo al café.

—Una idea excelente. Así estaremos más cómodos —respondió él ofreciéndole su mejor sonrisa.

Alondra los miró furibunda. Pero, ¿qué estaba haciendo Irene? Acababa de ser abandonada por el hombre, que según ella aún amaba, y ahora coqueteaba con descaro con su jefe. Pero si era coherente, no debería extrañarle. El señor Balaguer estaba irresistible. Cualquier mujer con dos dedos de frente no dejaría pasar la oportunidad de seducirlo. Pero Irene no era de ese tipo de mujeres que se dejaba arrastrar por una cara bonita. Tal vez deseaba vengarse del desgraciado de su marido. Y puede que lo lograse. Era notorio que a Jan le gustaba Irene.

—Nosotros también nos vamos a casa. Rafael ha alquilado una de mis películas favoritas. ¿Me harás palomitas, cariño? —dijo Alondra con tono meloso.

En ningún momento hicieron esos planes. No obstante, Rafael comprendió lo que ocurría. Estaba celosa de Irene. Al parecer, las heridas de su cuñada comenzaban a cicatrizar y decidió seguirle la corriente. Le tomó la mano y se la besó.

—Tus deseos son órdenes para mí, cielo.

A Jan se le hincharon las venas de las sienes. Alzó la mano, llamó al camarero y éste le dejó la minuta.

—No puedo consentirlo —dijo Rafael cuando dejó la tarjeta sobre la nota.

Jan le lanzó una mirada vehemente.

—Ni yo no invitaros. Y no nos enfrascaremos en una discusión por ello. ¿De acuerdo?

Rafael asintió y levantándose, dijo:

— ¿Nos vamos, querida?

Jan los vio alejarse con la ira reflejada en su semblante.

22

Alondra dio un sorbo a la taza y recordó la conversación mantenida con su cuñado. Estaba equivocado. No se sentía atraída por el señor Balaguer. Bueno, en cierto aspecto sí. Reconocía que era atractivo, pero para nada lo veía como un posible candidato sentimental. En absoluto. Ella ya entregó el corazón al amor de su vida y ningún otro hombre podría suplirlo.

Terminó el café y subió al piso superior. Comprobó que los niños dormían. Como angelitos. Ella también deseaba descansar. Cerró la puerta y al darse la vuelta topó con Jan.

—¡Ah! —exclamó asustada.

—Soy yo, señora Rovira. Cálmese.

Ella, respirando acelerada, aseveró.

—Perdone. No lo vi.

Pero ahora si que lo veía. Y la visión le cortó el aliento. Su jefe acababa de salir de la ducha. Estaba prácticamente desnudo. La única prenda que lo cubría era una toalla que apenas le llegaba a la rodilla. Y estaba tan atractivo que hasta dolía mirarlo.

—Ha llegado muy tarde —dijo él, pasándose la mano por el cabello húmedo.

—Sí. Digo… No. ¿Y por qué pregunta? Hasta mañana no tengo porqué… darle cuenta de mi horario —tartamudeó notando como las mejillas le ardían.

—Cierto. No me incumbe. Aunque, me gustaría saber si ha disfrutado de la película.

—Mucho —musitó Alondra, sin poder apartar la mirada de su pecho endurecido por las horas de deporte.

—¿En serio?

—¿Por qué diría lo contrario? —saltó ella comenzando a irritarse.

—Es que no la veo muy entusiasmada. Ya sabe. A veces uno tiene expectativas que no se cumplen.

Ella carraspeó incómoda. Levantó la mano y lo señaló sin atreverse a mirarlo directamente.

—¿En serio vamos a mantener una conversación así? Está medio desnudo.

Jan sonrió divertido.

—Yo no tengo el menor problema. De todos modos, reconozco que no es una situación muy formal. Seguiremos mañana.

—¿Seguir el qué? —inquirió Alondra.

—Pues, esta conversación.

—Por mí está concluida. Usted y yo no tenemos nada de qué hablar referente a lo privado. Buenas noches, señor.

Jan no le quitó ojo hasta que entró en la habitación. Si pensaba que no averiguaría lo que pasó en casa de ese tipo, estaba muy equivocada.

Al día siguiente, con esa obsesión que apenas le dejó pegar ojo, aguardó impaciente a que ella bajase para desayunar.

—Señor Balaguer. ¿Qué hace aquí? —musitó ella, extrañada.

—Desayuno. ¿Qué hay de extraño, señora Rovira?

—Bueno…A estas horas ya suele estar en la oficina. ¿Ha ocurrido algo?

—Me he dormido —mintió Jan.

—¿En serio?

—Hoy está usted muy suspicaz.

—En estos meses nunca le he visto dormirse, señor.

—Estaba muy cansado. El día fue intenso —dijo Jan untándose la rebanada con mermelada.

Alondra arrugó la frente. ¿Intenso? ¿A qué se refería con intenso?

—¿Lo fue el suyo? Por la hora que llegó a casa, imagino que sí. Por cierto. Anoche no terminamos nuestra conversación y no me dijo que película vio; ni tampoco contestó a mi pregunta durante la comida de la relación que tiene usted con Rafael —dijo Jan dándole un mordisco al pan.

—¿Y usted podría decirme la razón de qué abandonase a sus hijos para ir a comer? —inquirió Alondra con aspereza.

Él alzó las cejas.

—¿Qué los abandoné? No me sea tremendista, mujer. Los dejé con Agustina, una persona de total confianza, como usted ya sabe. Y dígame usted. ¿Es qué acaso le molestó que saliese a comer?

Ella estiró el cuello.

—¡Claro que no! Pero usted siempre ha dicho que los domingos son sagrados para pasarlos con sus hijos. Y de repente, se cita con una mujer y da la casualidad que es mi mejor amiga. Y eso, sí me molesta.

—¿Por qué?

—Por qué sí.

—No es una respuesta lógica.

—No voy a darle otra. Porque no tengo porqué darle explicaciones. Y este interrogatorio se ha terminado —replicó Alondra dejando la taza con brusquedad. Lo cierto es que tenía razón. No existía lógica para su comportamiento. Lo único tangible era la angustia que sentía al pensar en Jan e Irene juntos.

—Y yo digo que no. Tiene una respuesta pendiente. ¿Qué le une a ese Rafael? —insistió Jan.

—¿Y a usted a Irene?

—Trabajo.

—¿De veras? Ya —dijo Alondra con tono mordaz.

—¿Por qué duda de mí palabra? Sabe que aborrezco las mentiras —se mosqueó él.

—No soy tan cándida como piensa. Tengo ojos, ¿sabe? Se discernir la admiración de otra cosa. Demostró claramente que estaba flirteando con Irene.

—¿Flirteando? ¿Lo dice en serio? ¡Esa si que es buena! —se carcajeó Jan.

—¡No se ría! —exclamó ella.

—Es que, es absurdo. Yo no flirteo, señora Rovira. No soy un adolescente. No pierdo el tiempo. Soy un hombre y conquisto.

Ella lo apuntó con el dedo.

—¡Ah! Ve cómo tengo razón.

—Y yo también. Pues aprecié que ese hombre no la considera una simple amiga. Sus detalles… La llamó querida, cariño e incluso tuvo la desfachatez de acariciar su espalda ante extraños.

—Irene no era una extraña.

—Yo sí. Y me pareció del todo inapropiada esa muestra tan efusiva —censuró él.

Ella también soltó una risa profunda.

—Ahora es usted la que se ríe. Y no tiene motivo. Yo he dado una opinión muy razonable.

—Un parecer absurdo, señor Balaguer. En ningún momento actuamos de un modo inmoral ni vergonzoso. Ni mucho menos de una manera efusiva. ¿O una caricia afectuosa lo es para usted?

Él se limitó a soltar un sonoro gruñido.

—Bien. Los niños despertarán en cualquier momento. Si me disculpa —dijo Alondra levantándose.

Jan la agarró de la muñeca.

—¿Es su prometido?

Alondra creyó notar cierto tono de desazón en su voz. ¿Sería posible? No. Claro que no. Estaba enojado por no conseguir las repuestas que exigía. Y no las tendría.

—No es de su incumbencia.

—Por supuesto que lo es. Si tiene intención de casarse necesito saberlo antes de que mis hijos se acostumbren a usted y la pierdan, como pasó con su madre. No permitiré que vuelvan a sufrir. Aunque aún dude, ellos son lo más importante de mi vida. ¿Entiende ahora mi interés? Así que dígame ahora mismo si tiene intención de irse —mascó él entre dientes.

Los celos estaban descartados. ¿Cómo se le ocurrió pensar eso? Su jefe solo pensaba en ella como la niñera. ¿Y por qué se sentía decepcionada? No tenía sentimientos amorosos hacia ese hombre.

—Le aseguro que no tengo propósito de casarme con él. Rafael es mí cuñado —dijo en apenas un susurro.

—¿Su cuñado? —insistió Jan.

—Sí.

—Su estatus no le impide que puedan relacionarse sentimentalmente con él.

—Nuestros sentimientos son fraternales.

—Pero, ¿existe otro hombre en su vida? ¿Lo hay?

—No. No lo hay.

La opresión que sentía Jan en el pecho dejó de atormentarlo.

—Por favor, señor. Si ya he contestado a sus dudas, le pido que me suelte —le pidió Alondra.

—Perdón —se disculpó Jan, avergonzado.

Ella se frotó la muñeca. Él, horrorizado, se levantó y examinó la piel.

—No es nada, señor.

—¿Cómo que no? ¡Por Dios! No sé que me ha pasado. Nunca hice nada parecido. Me he comportado como un cavernícola. ¿De verdad no le duele? —insistió con semblante desolado.

—No, señor —afirmó Alondra.

—De nuevo le pido disculpas. Le juro que jamás volverá a suceder nada parecido.

Ella asintió mientras abandonaba la cocina.

23

Alondra era incapaz de comprender que ocurrió. No podía sacarse de la cabeza la imagen del rostro contraído del señor Balaguer. Ni en sus discusiones más intensas lo vio tan alterado. Aquellos ojos sombríos refulgieron de ira como nunca. Era comprensible que estuviese preocupado por perder a la niñera que tanto cariño habían tomado sus hijos. Pero, ¿únicamente se trataba de eso?

—¿Y por qué otra razón sería? No seas idiota, Alondra. No te montes fantasías absurdas —musitó, dejando a Carla en la silla.

—Ya sabe que no me gusta que murmure.

Alondra respingó. Se dio la vuelta y dijo:

—Ni a mí que me asuste a cada momento. Debería hacer notar su presencia, señor Balaguer. Se lo pido por favor o algún día me dará un infarto.

—Intentaré hacerlo a partir de ahora. ¿Han desayunado los niños?

—Sí.

—Pues, prepárelos. Póngales zapatos cómodos. Nos vamos.

Alondra lo miró llena de preocupación. Jan iba vestido con unos tejanos, camisa azul claro y zapatillas deportivas.

—¿Por qué se ha cambiado de ropa? ¿Ocurre algo malo? ¿Un accidente? ¿Algún familiar enfermo? ¡Por Dios, conteste! ¿Qué pasa?

Él sonrió.

—No me ha dado opción con tanta pregunta. Tranquila. Todo está bien.

—¿Y por qué ha regresado?

—He preparado una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Deje de repetir lo que digo, por favor. Y traiga a los niños. ¡Vamos!

—Es que esto no es normal… No. Es lunes. El trabajo…

—Soy el director. Puedo tomarme el tiempo libre en cuanto se me antoje.

—Pero Manel ha de ir al colegio.

—Hoy no. Estaremos todo el día afuera. Lleve lo necesario.

Alondra, atónita por el extraño comportamiento de su jefe, fue a por los pequeños y regresó al salón.

—¿Listos? —preguntó Jan.

—Sí, aunque no sé para qué —refunfuñó Alondra.

—Yo la asusto, pero usted tampoco hace nada para evitar esa enojosa costumbre de murmurar —le censuró él, con tono divertido.

—Temo que somos mayorcitos para cambiar nuestros hábitos —opinó ella.

—Nunca es tarde. Nunca lo es —dijo Jan mirándola con intensidad.
Alondra, sonrojada, abrió la puerta y sacó el cochecito de Carla.
—¿Adónde vamos? —quiso saber Manel.
—Tú padre dice que nos prepara una sorpresa.
—¿Qué sorpresa, papi?
—Precisamente es una sorpresa cuando uno no sabe qué es. ¿No te parece? —contestó Jan.
Salieron a la calle y él comenzó a caminar calle arriba.
—¿No cogemos el coche? —se extrañó Alondra.
—No. Venga. Un poco más de brío.
Tras cruzar varias calles llegaron a una plaza.
—¿En serio? —dijo Alondra cuando se detuvieron ante el tranvía.
—Usted le prometió a Manel que un día iría al parque de tracciones. Ya es hora. Hoy hace un día espléndido y he pensado que podríamos disfrutar de él. ¿Una buena idea, no le parece? —dijo Jan.
Ella lo miró emocionada y en un impulso incontrolable, lo abrazó.
—¡Gracias, señor Balaguer!
Él corazón de él brincó y se sintió huérfano cuando ella se separó.
—Disculpe, señor. A veces me dejo llevar por mis emociones.
—No deje de hacerlo —musitó Jan, colocándole el mechón rebelde tras la oreja; sin poder dejar de mirarla. ¡Dios! Cómo le gustaría acariciar sus mejillas sonrosadas, morder sus labios turgentes, saborear la curva de su cuello.
Alondra también quedó hechizada por esos ojos que la miraban con afecto y esos labios que se curvaron en una sonrisa maravillosa. ¿Por qué no se dio cuenta antes de que su jefe poseyera una boca tan seductora?
—¡Papi! Que el conductor arranca —dijo Manel sacándolos del hechizo.
Jan carraspeó. Cogió el coche de Carla y montaron en el tranvía.
Durante el trayecto el pequeño no dejó de asombrarse ante todo lo que pasaba ante sus ojos y su emoción aumentó cuando subieron al funicular. Pero nada fue comparable al llegar ante la puerta del parque.
—¡Caray! ¡Mira papi! ¡Que noria más grande! —gritó dando saltos.
Alondra esperó que su padre lo reprimiese. No lo hizo. Por el contrario volvió a sonreír. ¡Virgen Santa! El señor Balaguer daba más desasosiego alegre que enfurecido. Contra su furor podía defenderse, pero esa sonrisa la aturdía. Todo su ingenio era incapaz de encontrar un argumento para ignorarla. Y no quería ni imaginar cómo sería su relación hacia él si a partir de ahora adoptaba esa actitud cordial y afectuosa. ¿Acabaría rendida a sus encantos como la gran mayoría de mujeres? No. Por supuesto que no. Era una mujer impetuosa, pero en cuestiones trascendentales jamás hizo nada sin meditarlo

profundamente. Y en el mismo instante que aceptó el empleo sus intenciones estaban del todo claras. Jan Balaguer nunca sería nada más que su jefe. Sería un error mezclar lo privado con lo laboral. Además, su corazón aún pertenecía a su marido. Era incapaz de enamorarse de otro hombre.

—¿Ocurre algo, señora Rovira? —inquirió él ante su expresión taciturna.

—¿Eh? No… Bueno. Sí. Estaba pensando en que… He traído la papilla y el biberón para Carla, pero nada… para Manel. Como hemos salido tan precipitadamente. Siento el olvido —farfulló Alondra.

—No se preocupe. Tenemos un restaurante, puestos de peritos calientes, de algodón de azúcar y de palomitas. Nadie pasará hambre.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Perritos calientes? ¿Algodón de azúcar? ¿En serio? ¡Vaya!

—Usted siempre dice que la vida ya es demasiado difícil cómo para complicarla más y que debemos divertirnos en cuanto podamos. Estoy siguiendo sus consejos. ¿Acaso no lo estoy haciendo bien? —dijo Jan volviendo a sonreír.

—¿A qué viene ser tan risueño? Me está confundiendo y no me gusta quedarme sin réplica —cuchicheó Alondra, deshaciendo la correa que sujetaba a Carla.

—No la he oído —protestó Jan.

—Digo que… Sí. Que me parece estupendo. Que un día es un día.

—¡Papi! ¡Montemos en el carrusel! ¡Por favor! —gritó Manel.

—Como ordene el capitán —aceptó su padre tomándolo de la mano. Después miró a Alondra y dijo: Usted y la niña también pueden acompañarnos. Mire. La barca será muy adecuada para las dos. Podrán ir sentadas.

—Yo quiero subir al caballo. A ese. Al blanco —decidió el crío.

Jan ayudó a subir a todos y cuando estuvieron colocados, se bajó.

—Quiero una gran sonrisa. Sonreíd —les pidió fotografiándolos. Después se montó en el otro caballo junto a su hijo y el carrusel se puso en marcha.

Alondra se giró de medio cuerpo. Padre e hijo derramaban felicidad y emocionada, los fotografió sin que ellos se percatasen. Sería un recuerdo hermoso para el futuro.

Durante el resto de la mañana disfrutaron de las atracciones tanto como el pequeño Manel y como dijo Jan, compraron perritos calientes, refrescos, patatas fritas, croquetas y manzanas de caramelo. Se acomodaron en la zona adaptada para el picnic.

Alondra cogió a Carla, la sentó en su regazo y abrió el pote de la papilla.

—Se le enfriará la salchicha. Ya se la doy yo —le dijo Jan.

—No, señor. Coma y disfrute de las miles de calorías —bromeó

ella.

—¿Piensa acaso que me perjudicarán? Mañana las quemaré con unos largos de piscina. Pero usted, al parecer, tiene un metabolismo increíble. Nunca la he visto hacer ejercicio y no engorda un gramo —comentó él cogiendo una croqueta, observando como daba de comer a su hija.

—Como ha dicho, es mí genética. Soy una mujer afortunada.

Una vez lista Carla, Alondra dio buena cuenta del banquete. Jan dio una enorme dentellada al bocadillo y ella no pudo evitar la tentación de tomarle una fotografía.

—¡Eh! —protestó él limpiándose la mostaza que le cayó en el labio.

—Es un momento histórico. Reniega de la comida basura, pero veo que le entusiasma.

—Nunca he dicho que no me gustase. Sigo opinando que no es saludable. Pero de vez en cuando me es imposible resistirme a la tentación. Sobre todo si ésta es tan apetitosa —dijo Jan paseando sus ojos azabaches por el rostro de Alondra, ofreciéndole esa sonrisa tan atractiva.

Ella se atragantó y rompió a toser estrepitosamente. Él, preocupado, se levantó de inmediato y le ofreció la botella de agua.

—Tome.

Alondra bebió con avidez.

—¿Mejor? —se preocupó Jan, acariciándole la mejilla.

Ella, roja como un tomate, notando como le subía la temperatura, negó con la cabeza. ¿Cómo iba a estar bien si ese hombre irresistible se estaba comportando de una forma tan inaudita?

—Pues beba más.

Alondra obedeció sin atreverse a mirarlo.

—Gracias. Ya pasó —logró decir. Dejó la botella sobre la mesa y señalando a su alrededor, añadió: Señor Balaguer. ¿Puede decirme a qué ha venido todo esto?

La expresión de él se tornó afligida.

—Me siento muy avergonzado por el comportamiento tan rudo e irracional de esta mañana. No sé que me pasó. Supongo que estoy intentando disculparme. Pensé que unas flores o un regalo no sería lo más conveniente para una mujer como usted.

—¿Qué quiere decir con una mujer como yo? —inquirió, molesta, Alondra.

Él volvió a mirarla con ese brillo que la aturdía.

—Una mujer corriente se sentiría satisfecha. Pero usted nunca podrá ser vulgar. Así que, debía buscar algo acorde a alguien tan especial. Recordé que deseaba venir al parque con los niños y aquí estamos. ¿O hubiese preferido algo más personal?

¿Especial? Claro que lo era. Era la mujer que cuidaba de sus hijos y

debía ser considerado o podría abandonarlos. Esa era su gran virtud. No debía pensar otra cosa.

—No. Este regalo me parece maravilloso —dijo un poco decepcionada.

—Entonces, ¿estoy consiguiendo su perdón?

—Lo ha logrado. Está usted perdonado —dijo.

—En ese caso, continuemos gozando del banquete —dijo aliviado, Jan. Mojó una patata en la mayonesa y cerrando los ojos la devoró.

24

A partir de ese día la relación entre ellos fue menos tensa. Apenas discutían. En la casa reinaba una serenidad que a Jan, por muy extraño que pudiese parecer, le fastidiaba. Se había acostumbrado a pelear con esa mujer rebelde, a escuchar sus contestaciones tan ingeniosas y valientes. Pero sobre todo a su presencia. Le alegraba el día verla trajinar en la cocina preparando la comida de los niños o correr tras la traviesa Carla. Alondra estaba consiguiendo con su luz que la sombra que había caído sobre ellos comenzase a dispersarse.

—Buenos días, Agustina.

—Buenos días, señor. Aquí tiene su café y el periódico. Yo de usted no lo leería. Solamente trae desgracias. ¿Por qué se empeñan en amargarnos la mañana? ¡Con la de noticias hermosas que debe haber!

—La gente es morbosa. ¿Aún no ha bajado la señora Rovira?

—Lo hará en diez minutos. En cuanto los niños estén vestidos.

—Antes era más rápida. Apenas coincidimos en las mañanas.

—Antes Carla no daba tanta guerra. Su hija se ha convertido en un pequeño terremoto. Le ha cogido gusto a corretear y a apoderarse de todo lo que puede romperse —suspiró la mujer.

—Habrá que hacerle comprender que eso no está bien. Espero que la señora Rovira lo consiga.

—¿Duda de su competencia? Yo no —la defendió Agustina.

—Yo tampoco. Sin embargo, a veces se deja llevar por la sensiblería.

—Eso demuestra que tiene buen corazón. ¿Sabe que mañana es su cumpleaños? —dijo Agustina.

—¿En serio? —se sorprendió Jan.

La mujer sacudió la cabeza mirándolo con desaprobación.

—¡Señor! ¡Qué poco detallista es!

—No es cierto. Sabes que recuerdo todas fechas importantes.

—¿Así qué está diciendo que el aniversario de Alondra no es trascendental? ¡Muy bonito! Espero que ella no se entere de esto o se llevará un gran disgusto. La pobre se está esforzando mucho por ustedes y usted se lo paga olvidando algo tan importante como el día que se cumplen más años.

—¿Por qué todos se empeñan en complicar lo qué digo? Por supuesto que soy consciente de que se preocupa por nosotros y de que nos atiende con esmero. Dudo que otra lo hiciese mejor. Sencillamente no tomé nota de la fecha. No se me ocurrió. Eso es todo —se excusó él.

—Pues ahora ya la sabe. Le comprará algo, ¿verdad? Algo bien bonito.

Él arrugó la frente.

—¿El qué?

—Usted sabrá. No será el primer regalo que compra para una mujer, digo yo.

—Por supuesto que no. Pero para ella no sé… ¿Alguna idea?

—Alondra es una joven encantadora. Pero hermética. Desconozco sus gustos, ni en lo que emplea su tiempo libre. En realidad, apenas sé nada de su vida.

Jan ratificó con la cabeza. Vio su expediente, pero ningún detalle intimo.

—¿Sabes de qué murió su marido?

—De un accidente. Si bien no sé de que tipo. Ella nunca habla de esa parte de su vida. Cerró el baúl con los restos de su pasado y tiró la llave.

—Últimamente estás muy poética. Ya puestos, dime. ¿Sigue teniendo esa sombra en sus ojos? —murmuró Jan.

—Ahora es una niebla. Creo que si deja que su corazón vuele libre, pronto se disipará —dijo Agustina mirando con ternura a su señor.

—¿Te refieres a un nuevo amor? ¿Es qué sabes algo? —saltó Jan. Y al darse cuenta de la reacción desmesurada, dijo: Bueno. No es que me concierna. Pero me interesa por las consecuencias que podría tener en el trabajo. Ya sabes. Los niños requieren mucha atención y una mujer pendiente de un hombre no es lo más indicado. Y más si decide casarse. No podría cumplir con las necesidades de mis hijos.

—Tranquilo. Por el momento, dudo mucho que Alondra nos abandone. Se la ve trabajando muy a gusto. Y bien. Volvamos al tema principal. ¿Qué disponemos para mañana? Un pastel, cena especial… Usted dirá.

Jan se frotó la barba con gesto meditabundo.

—¿Una fiesta sorpresa?

Agustina lo miró con la boca abierta. Desde la muerte de su mujer no se había vuelto a celebrar nada. Ni tan siquiera el cumpleaños de Manel.

—¿De veras? ¡Sería estupendo! Podemos simular durante todo el día que no sabemos nada del acontecimiento. De este modo será mucho más emocionante cuando vea lo que le hemos preparado. ¡Qué bien! Lo organizaré todo. ¿Cuántos seremos?

—¿Hay que invitar a alguien? No lo considero necesario —dijo Jan.

Agustina se puso en jarras en un gesto de incredulidad.

—Pero, ¿qué pregunta es esa? ¡Por supuesto que es necesario! Se trata de una fiesta, no una celebración familiar. No tiene porqué ser multitudinaria. Puede venir el señor Andrés y también la señorita Irene; y quien considere usted.

—Ellos bastarán. No queremos abrumar a la señora Rovira. Al fin y

al cabo, desconocemos como puede sentarle. ¿Y si se ofende? Hay muchas mujeres que odian cumplir años. Las hace sentirse viejas.

—Que deseen hacerte feliz los que aprecias nunca puede molestar, señor. Por otro lado, estoy convencida de que no es de esas y le gustará. No se preocupe por nada. Usted debe pensar en el regalo que le comprará y nada más.

Cómo si fuese tan fácil, pensó él. Alondra no era parte de la familia ni tan siquiera les unía la amistad. Una joya estaba descartada, lo mismo que alguna prenda de ropa o un perfume. Nunca utilizaba el mismo. Con el tiempo comprobó que según su estado de ánimo recurría a un aroma u otro. Para los días soleados algo fresco, alimonado. Los días nublados o fríos, aroma perfumado de flores intensas y en alguna que otra ocasión utilizaba la colonia de sus hijos. En cuanto a sus gustos culturales ignoraba sus preferencias. ¿Leía novela romántica? ¿Tal vez biografías? En cuanto a la música, ¿clásica o pop? No tenía la menor idea. Alondra, a pesar de llevar junto a él varios meses, escondía muchos misterios.

—Algo se me ocurrirá, Agustina —suspiró. Se levantó al escuchar las voces de los niños y fue al salón.

—¡Papi! Mira. Alondra me está enseñando en hacer fotos. ¡Es muy divertido!

—Se dice hacer fotos —rectificó Jan.

—Bueno. Sí. Eso. ¡Ven! Siéntate con ella en el sofá. Haré una. ¡Venga, papi!

—Tengo prisa. Otro día. ¿De acuerdo?

Manel arrugó la nariz y amenazó con hacer pucheros.

Alondra acercó la boca a al oído de Jan.

—Lo hará llorar. Solo es una foto, señor. Vamos. No sea aguafiestas —cuchicheó.

Él, al notar su aliento y aroma tan cerca, se apartó estremecido.

—Está bien —dijo ronco.

Alondra sentó sobre sus rodillas a Carla y Jan, inquieto, se acomodó junto a ella. Manel acercó el ojo al teléfono y disparó.

—¿A ver? —se interesó Alondra.

El pequeño le dio el móvil.

—¡Vaya! No me lo puedo creer. ¡Está perfecta!

Jan esbozó una sonrisa cómplice.

—Claro. Mi niño es un artista.

Alondra le mostró el resultado.

—No lo digo por decir, señor. Mire.

Jan lo hizo. Sorprendentemente, su hijo había realizado una fotografía centrada y nítida. Alondra, Carla y él sonreían ofreciendo una imagen encantadora, como si fuesen la familia ideal. No obstante, era una ficción.

—¿Te gusta, papi?

Él revolvió el cabello del niño.

—Mucho.

—Ahora le haces una sólo de la cara de tú hermana, yo te haré otra a ti y las pasaremos a mi móvil. Así os llevaré siempre encima cuando no estés conmigo —dijo Alondra.

—Eso es —musitó Jan.

—Acaba de susurrar —lo amonestó ella.

Jan le guiñó un ojo.

—Las malas costumbres son las que se pegan. Nos vemos esta noche. Buenos días, señora Rovira.

25

El ánimo de Alondra no era halagüeño. No por ser su cumpleaños. Ella siempre celebró este acontecimiento con alegría. Consideraba que era un privilegio poder hacerse vieja un año más. Pero desde la muerte de su marido no volvió a tener ánimo para festejarlo. Aunque, sí esperaba la felicitación de su mejor amiga y en aquella ocasión Irene, por el momento, había olvidado tan señalada fecha. ¿Tal vez por tener la cabeza en otro lado? ¿En Jan? No. Por supuesto que no. Ella no le ocultaría algo tan trascendental. ¿O sí? Él era su jefe. Podía pensar que le incomodaría.

—¿Y me molestaría? ¡Claro que sí! ¿Por qué? Ni idea. Pero me enfadaría. ¡Muchísimo! —dijo encrespada mientras entraba en la habitación de los niños. Vacía. ¿Dónde estaban? ¿Estarían con Agustina en la cocina? Bajó. Allí tampoco. Ni en el salón y desde el jardín no se escuchaba ningún ruido. Con el corazón latiéndole desbocado, pensó que había ocurrido algo malo. Algo terrible.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo?

Alondra respingó.

—¡Agustina! ¿Dónde están los niños? —jadeó.

—Afuera.

—No se les oye. ¿Cómo se te ha ocurrido dejarlos solos? ¡Pueden caer a la piscina! ¡Por el amor de Dios! —exclamó echando a correr. Entró en el jardín y se quedó petrificada ante la visión. Jan, los niños, Andrés e Irene a estaba aguardándola bajo la pérgola adornada con decenas de globos y farolillos.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron.

Ella fue incapaz de reaccionar. Sólo sus ojos que se humedecieron. Irene se acercó a ella y la abrazó.

—No, cariño. No llores. Esto es una celebración. Es un día alegre.

Alondra aseveró.

—Es emoción. No tristeza. No me… lo esperaba. Gracias.

—Vamos. Sonríe. Ya es hora de que te diviertas.

Se unieron a los demás. Andrés le estampó dos sonoros besos en la mejilla. Jan se limitó a inclinar la cabeza y felicitarla.

—No deberían haberse molestado —dijo Alondra.

—No es ninguna molestia, señora Rovira. Usted se lo merece —dijo Jan.

—¿Puedo ya darle mí regalo, papi? —preguntó Manel.

—Deberíamos esperar tras la merienda, pero bueno. Dáselo.

El niño le entregó un folio.

—Lo he hecho esta tarde —dijo.

Manel había dibujado a su familia. Jan y su esposa en el centro. Él

y su hermana a los extremos, y tumbado a sus pies un perro.

—Muy bonito —susurró sintiendo un nudo en el estómago.

—El pelo no es muy rojo, pero no tenía más colores —se disculpó el pequeño.

Ella pestañeó turbada.

—¿Soy yo?

—¡Claro! ¿Es qué no se nota? Y este es papá y Carla. Y éste es Bombón. El perro que papi me comprará por mi cumpleaños.

—De eso ya hablaremos —dijo Jan, también sobrecogido. Su hijo ya había suplido a su madre. Ahora su referente era Alondra. Aquello no podía ser bueno. No. ¿Qué le pasaría si algún día ella se marchaba? Lo cuál, era muy probable. Esa idea le revolvió el estómago.

—¡Venga, Andrés! Abre la botella. Tenemos que brindar —dijo Irene con excesivo entusiasmo al ver la sombra que había caído en el rostro de Jan.

Manel palmoteó al escuchar el sonido del tapón que salió disparado. Andrés llenó las copas y elevó la suya.

—Por la maravillosa Alondra. ¡Felicidades!

—Felicidades —corearon todos y dieron un sorbo.

—¿A qué esperas? —dijo Andrés al ver que Alondra no bebía.

—No toma alcohol. No le sienta bien. Deja de forzarla —dijo Jan.

—Andrés no me está obligando a nada, señor. ¿Ha olvidado que sí bebo en ocasiones especiales? Esta es una —lo defendió ella.

—Pero mejor coma algo antes. Agustina nos ha preparado un verdadero banquete —sugirió Jan, molesto.

Así era. Agustina se esmeró como nunca. Un variado menú de diversas tapas y pizza. Deseaba que Alondra fuese feliz por unas horas.

Tras el refrigerio llegó el pastel.

—Pide un deseo y sopla —le pidió Andrés.

—Yo quiero soplar —dijo Manel.

—No puedes. Sólo soplan los que cumplen años —le dijo su padre.

—Pero como yo no tengo suficiente aire, me ayudará —decidió Alondra. Cerró los ojos para pedir su deseo y sopló junto al niño.

Jan se preguntó qué pidió. ¿Un nuevo amor? ¿Tal vez conquistar a Andrés? No. Eso no. Ella no era tonta y se había dado cuenta que bebía los vientos por ella. ¿Entonces? ¿Convertirse en su esposa? ¡Ni hablar! Él jamás cedería a ser encarcelado en una relación monógama, por mucho que se empañaba en hacerle creer que sí.

Su amigo puso en marcha el tocadiscos.

—¿Me concede este baile? —dijo extendiendo la mano hacia la homenajeada.

—¿Bailar? ¿Aquí? —dijo Alondra, azorada.

—Es una fiesta. Además, ya sabes que bailo muy bien. Me has enseñado tú. ¡Venga, mujer! ¡Vamos!

Jan apretó los dientes cuando se enlazaron e iniciaron los pasos de la cumbia.

—Se compenetran muy bien. ¿No te parece? —comentó Irene, fotografiándolos.

Él permaneció callado con los ojos clavados en la pareja que se contorneaba de una manera excesivamente sensual; sin poder ocultar la agitación que lo carcomía.

Irene lo observó. Estaba celoso. Realmente desesperado.

En cuanto terminó la canción, Alondra se acercó a la mesa, se sirvió un trozo de tarta y bebió media copa de champaña.

—¡Um! Deliciosa. Agustina es usted una cocinera excelente.

—Lo es. Si —mascculló Jan sin quitarle los ojos de encima. El baile la había hecho sonrojar y estaba preciosa.

Irene escogió uno de los vinilos y lo puso en marcha. Un bolero clásico. Llegando a ti.

—Andrés. Vamos a bailar. Jan. ¿No vas a hacerlo tú con la protagonista del día?

Alondra pensó que se negaría. Sin embargo, no lo hizo. Jan le rodeó la cintura con el brazo, entrelazó la otra mano con la de ella y la posó sobre su corazón. Un corazón que notó que latía con fuerza. Ella intentó calmarse, pero fue incapaz. Ninguna mujer podría permanecer impasible ante esa mirada intensa ni al contacto de ese cuerpo cincelado por los dioses. Ese hombre estaba logrando que se olvidase de todo lo que había alrededor. Sólo ellos dos, abrazados, sintiendo su corazón palpitando por unas palabras que parecían estar escritas para ellos.

“Poco a poco me voy acercando a ti. Poco a poco la distancia se va haciendo menos. Yo no sé si tú vives pensando en mí. Porque yo sólo pienso en tu amor y tus besos. Qué bonito es querer como quiero yo. Qué bonito entregarse todito completo. Yo no sé ni pregunto cómo es tu amor. Porque a ti como a mí no nos cabe en el cuerpo”

¿Tal cómo decía la canción se sentía cada vez más atraída por Jan? ¿O sus sentimientos eran mucho más peligrosos? ¿Amor? Asustada por esos pensamientos, dio gracias cuando la balada terminó. Se apartó con brusquedad e intentando sonreír, dijo:

—¡Vaya por Dios! Los niños se están cayendo de sueño. Voy a acostarlos.

Él se aclaró la garganta.

—Yo a… beber algo.

Alondra cogió a los pequeños y entró en casa acompañada de Agustina.

Jan se sirvió champaña y lo apuró de un solo trago. Sentía la boca seca y una opresión extraña en el pecho.

Irene sonrió satisfecha ante su actitud.

—¿No te has pasado con la cancioncita? —dijo Andrés.

—¿En serio lo crees? ¿Acaso no has visto cómo han bailado? Nuestras sospechas han dejado de serlo. Esos dos se gustan a rabiar. Pero lo que más me emociona es verlo a él. El hombre imperturbable está inquieto —dijo Irene.

—Ya. Pero no es suficiente. Están perdidos en el pasado y no quieren buscar el camino de regreso.

—Pues, deberemos indicárselo. Y será ahora mismo. Ya vuelve Alondra. ¿Has hecho lo que te dije?

—Por supuesto. Espero ver la cara de Jan cuando ella abra el sobre —sonrió Andrés.

—Ya duermen como angelitos —dijo Alondra caminando hacia ellos.

—¡Hora de los regalos! Toma —dijo entusiasmada su amiga.

Alondra abrió el paquete. Era un pañuelo de seda. Se abrazó a Irene y dijo:

—Gracias. ¡Es muy bonito!

—Ahí va el mío —dijo Andrés entregándole un sobre.

Ella lo abrió.

—¡Cielos! Un vale para unas vacaciones con el destino sin rellenar.

—Pon el lugar que más te apetezca. Te llevaré sin dudarlo.

Jan arrugó la frente. ¿Cómo que la llevaría con él? ¿Es qué sus sospechas eran ciertas y estaban saliendo juntos? Pues, claro. Un hombre no invitaba a una mujer a un viaje cultural. Sus intenciones son muy distintas. Paseos, cena a la luz de la luna y después… Imaginar lo que podía suceder después le cortó la respiración.

—¡Fantástico! Aunque, puede que te arrepientas. A lo mejor elijo ir al otro extremo del mundo —exclamó Alondra. Y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Sabes que no me importaría lo más mínimo —rió Andrés.

Jan apretó los dientes. Cogió la botella de champaña y se llenó la copa, apurándola de nuevo.

—¿No le das el tuyo? —le preguntó Andrés.

—Aún no me lo han traído. Deberá esperar. Lo siento, señora Rovira —se disculpó Jan, incómodo.

La escrupulosidad de la que siempre alardeaba, pensó Alondra, le había fallado. Y debía sentirse muy molesto por ser el único que no podía estar a la altura de la situación.

—No importa, señor. Esta fiesta ha sido suficiente obsequio —le dijo, dedicándole una gran sonrisa.

Andrés llenó de nuevo las copas.

—Algo tan exquisito no puede echarse a perder. ¡Salud!

Jan tenía el semblante taciturno, mientras en el tocadiscos sonaba Contigo Siempre de Alejandro Fernández.

"*Le doy gracias al destino por cruzarte conmigo. No se que sería de mí vida si conmigo tú no estuvieras hoy. No hay nada más hermoso que acompañarte cada momento. Momentos buenos o malos*"

Esa tarde no fue buena para él. Estaba furibundo por la actitud de Andrés y en especial de la Señora Rovira. ¿Acaso no sabían que no soportaba las vulgaridades? Esos movimientos casi obscenos. Sus risas escandalosas. Pero lo peor de todo fue ver como ella aceptaba ese regalo tan inadecuado. ¿Acaso no se daba cuenta de lo que podía pensar la gente? O tal vez le daba lo mismo porque estarían en lo cierto. Pensar de nuevo en ellos juntos en actitud íntima le hizo hervir la sangre.

Volvió a servirse champaña, a pesar de notar que comenzaba a achisparse. Debería parar. Pero no lo hizo. Dio un trago largo y tatareó la canción.

"*Y es que cada día que pasa más crece este sentimiento por ti, mí amor. No hay ninguna duda de que es tuyo mi corazón. Yo quiero estar contigo siempre…*"

—Lo veo muy contento, señor. Eso está bien. Opino que ya era hora que la alegría entrase en esa casa —dijo Agustina.

Él le lanzó una mirada incendiaría.

—A parte de entrometerte en cuestiones que no te incumben, ¿qué quieres?

Ella tensa, dijo:

—Han traído esto para usted.

Jan cogió la cajita.

—¿Dónde está la cumpleañera? —se interesó de mala gana.

—En la cocina. Tomando café. No comprendo como no le quita el sueño cuando al noventa por ciento de la humanidad sí —comentó la mujer comenzando a recoger la mesa.

—Déjalo. Ve a dormir. Ya has hecho mucho hoy. Y dile a la señora Rovira que venga.

—Sí, señor. Buenas noches.

Él respondió con un gruñido y Agustina se alejó lo más rápidamente posible. Lo conocía muy bien y era evidente que algo lo había disgustado.

—Alondra. El jefe te requiere. Ve con cuidado. No está de muy buen humor —le dijo.

—¿Desde cuándo me ha intimidado eso? —replicó ella sonriendo divertida.

—Procura no alterarlo más. Ignoro que ha pasado, pues antes de la fiesta se le veía relajado e incluso contento. Pero ahora, su cara no refleja nada bueno. Te aseguro que está peor que nunca.

—Tranquila, mujer. Hoy nada me haría acalorarme —dijo Alondra. Abandonó la cocina y fue al jardín.

—Señor Balaguer.

Él clavó su mirada ámbar en el bello rostro de Alondra. ¡Era tan hermosa!

—Señor Balaguer. ¿Desea algo? —insistió ella, al ver que no reaccionaba.

Él se aclaró la garganta. Extrajo la cajita del bolsillo y dijo:

—Ha llegado mí regalo. Tome.

Ella quitó el lazo y la abrió. Era un colgante art déco de plata. Tallado en el centro en marfil había la figura de una cigüeña.

—Es precioso —musitó.

—Ábralo —le pidió Jan.

Ella separó los bordes de plata. En su interior guardaba las fotografías de sus hijos que hizo Manel. Acarició las imágenes con una expresión de dulzura. Y a Jan se le encogió el corazón.

—Lamento decepcionarla. Es tan sólo un detalle. No es tan espectacular como el de Andrés.

Alondra alzó la cabeza. Sus enormes ojos lo miraron con devoción. Ese hombre duro como el acero se acordó de que pidió a Manel unas fotos para el teléfono y corrió a encargar ese camafeo tan especial. ¿Cómo podía decir que era un obsequio vulgar? Era un regalo surgido del corazón. De un corazón que siempre imaginó de hielo y que ahora comenzaba a recibir el calor de la primavera.

—Se equivoca. Es el mejor regalo que podían hacerme, señor. ¡Es maravilloso! ¡Gracias! —dijo emocionada. Se puso de puntillas para besarlo en la mejilla, pero perdió el equilibrio.

Jan se apresuró a sostenerla pegándola a su cuerpo. El aroma de su perfume lo emborrachó un poco más. Miró embelesado su rostro sonrojado y sus labios temblorosos. ¡Dios! ¡Cómo deseaba besarla!

La respiración de ella se tornó angustiosa cuando él comenzó a descender su boca hacia la suya.

—Señor, deténgase —musitó sin mucha convicción.

Jan ignoró su protesta. Una fuerza incontrolable lo obligó a olvidar su ética. Solamente era consciente del deseo que lo hacía arder.

—No puedo —dijo ronco.

Posó los labios sobre los de ella y la besó hambriento. Ella quiso apartarlo, no permitir que continuase. No tuvo voluntad. El señor Balaguer le provocaba una emoción nunca antes experimentada. Un ansia loca que la hizo olvidar todo a su alrededor y entregarse a esa boca voraz. Jan gimió y la estrechó con más fuerza. Alondra le estaba

haciendo perder la cordura. Ahora lo único que anhelaba era sentirla contra su piel, perderse en cada rincón de su cuerpo, dentro de ella y oírla gemir de placer.

De repente, se separó y la miró espantado.

—Perdón. Lo siento. Yo… No sé que me ha pasado. Creo que he bebido más de la cuenta. Esto es imperdonable. Perdón —balbució frotándose la frente.

—Demasiado champaña. Sí —dijo Alondra, sin apenas voz. Y sofocada, dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

—¡Maldito idiota! ¿A qué ha venido eso? ¿Es qué te has vuelto loco? —masculló Jan.

“Yo jamás pensé que me llegaría a enamorar de una manera tan loca que no puedo controlar. Eres lo más lindo que a mí vida Dios me pudo brindar. Te amo. Te amo”

Esa no era la respuesta correcta. No. ¿Amor? ¡Absurdo! Él no era hombre que cayera en sus redes con tanta ligereza. Amó una vez y fue a su esposa. Él deseo que lo traspasó al besar a su niñera era eso, deseo carnal. Nada romántico. Todo producto de la embriaguez. En circunstancias normales jamás habría actuado así. El alcohol, la música, el bolero, su niñera demostrándole con ese baile tan erótico con Andrés que era una mujer sensual, fueron el artífice de que se tambalease su equilibrio emocional. Al fin y al cabo no era de piedra. Pero si un hombre que siempre había controlado sus emociones y había cometido un gran error al no poder hacerlo. Seguro que Alondra le entregaría su dimisión mañana mismo.

Pensar que ella podía irse de casa lo dejó sin aliento. No lo consentiría. Sus hijos sufrirían demasiado. No dejaría que volviesen a estar afligidos.

Perturbado por lo sucedido, apagó el tocadiscos y subió a la habitación. Al pasar por delante de la de Alondra se detuvo. No escucho nada. Debía dormir ya.

Se equivocó. Alondra estaba acostada y sollozando. Se sentía muy mal. Era incapaz de comprender lo ocurrido. Corresponder con esa pasión a los besos de Jan no fue por el alcohol. Apenas lo había probado. No podía engañarse. La lujuria la venció. Un ardor que jamás experimentó con su marido. Y no lo entendía. Lo amó con toda el alma. ¿Sería cierto lo que se decía de la abstinencia sexual que provocaba reacciones impensables? A la vista de lo acontecido era muy plausible. Porque estaba convencida que al señor Balaguer le pasó lo mismo. Su reacción horripilada al darse cuenta de lo que estaba haciendo, unida a su aceptación, así lo confirmaba. Y no quería ni imaginar cuál sería al día siguiente. ¿Pensaría qué ya no era posible que continuase en el puesto? Sin duda. Era mucho más estricto en los asuntos laborales que en los privados. Y ella era una cuestión de

trabajo. No toleraría que aquello pudiese ocurrir de nuevo. La despediría.

—¡Ay, Dios mío! —sollozó.

27

Jan no tuvo valor para hablar con Alondra. No por cobardía. Siempre se enfrentó a los problemas. Pero éste era mucho más complejo. No se trataba de una empleada corriente a la que podía despedir sin la menor consecuencia. La señora Rovira era la niñera de sus hijos, la mujer que había conseguido devolver la alegría a Manel. ¿Por un simple beso producto de la borrachera traería de nuevo la tristeza a sus hijos? Debía meditar muy bien lo que hacer.

Lo hizo a conciencia durante las dos semanas instalado en Java resolviendo los problemas del hotel. Y regresó con la respuesta.

—¡Bienvenido, señor! Lo hemos extrañado mucho —lo saludó Agustina.

—No exageres. Apenas han sido unos días. ¿Está la señora Rovira?

—Salió a recoger a Manel. No creo que tarde mucho. ¿Le apetece un café?

—Primero me daré una ducha. Han sido muchas horas de vuelo.

—Claro, señor.

Tras asearse bajó a la cocina. Agustina estaba leyendo una revista.

—¡Madre mía! ¡Por la Virgen Santa! —exclamó la mujer, descompuesta.

Jan la miró con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Cosas de… mujeres. Nada interesante… para usted —balbució Agustina.

—Por tú reacción debe ser un asunto realmente gordo. ¿Alguien que sido pillado con su amante? ¿O tal vez un hijo secreto? Esto se da mucho y no comprendo cómo siendo conocedores de lo que ocurre no toman precauciones. Hay hombres que en cuestión de faldas son muy irresponsables —comentó Jan.

—Eso es lo que yo digo. Tonterías de los cotilleos. ¿Café, señor? —respondió ella, demasiado alterada.

—Sí. Gracias —aceptó él. ¿Qué había visto? Lo más probable alguna barbaridad sobre él. Lo cuál, ocurría muy a menudo. Por ello, al ver su nerviosismo, la cosa debía ser más grave de lo habitual.

Ella cerró la revista y la metió en el cajón.

En cuanto estuvo de espaldas, Jan la cogió. Comenzó a ojearla. ¿Cómo era posible que alguien pudiese perder el tiempo con ese tipo de noticias? ¿Realmente importaba que un famoso estuviese con uno o con otro? ¿Qué mostrara su casa? ¿O qué coche se había comprado?

—¡Señor! ¿Qué hace? —exclamó Agustina.

—Leer —contestó él con aire indiferente.

—Pero… Usted nunca… Usted… No debería mirarla. Se enfadará y

no merece la pena.
Jan siguió comprobando los reportajes.
—¿Tan espantoso es lo que han inventado sobre mí? Mujer. No se descomponga. Le aseguro que me da igual lo que esos buitres digan. Pero siento curiosidad. Veamos…
Agustina se dejó caer en la silla. No quería ni imaginar su reacción cuando viese el artículo. Sería sonada.
—Pero… ¿Qué significa esto? —jadeó Jan.
—Ya sabe como son… los periodistas. Improvisan sin pensar en las consecuencias, señor. No debe hacer caso. Todo es mentira.
Las risas de los niños y de Alondra llegaron hasta ellos. Jan se levantó poco a poco. Su rostro estaba tenso a consecuencia de intentar mantener la cólera amarrada. A zancadas se plantó en el salón.
—Buenos días, señor —lo saludó Alondra sin mucho entusiasmo. Había llegado el momento tan temido. Porque estaba convencida, por su expresión nada amistosa, de qué no zanjaría el asunto del beso sin mantener una conversación muy desagradable.
Jan no correspondió a su saludo. Se la quedó mirando sin poder evitar que el pensamiento lo llevara a esa noche que probó el sabor su boca. Un sabor que era incapaz de olvidar.
—¿Ocurre algo, señor?
Jan salió del encanto y agitó la revista.
—¿Qué es esto? —siseó.
Alondra lo miró indecisa.
—Una revista del corazón, ¿no?
—¿Se está burlando de mí? —inquirió Jan con la respiración agitada.
—No. Por supuesto que no. Pero no entiendo qué pasa, ni su enojo, señor.
Él dejó escapar una risa nerviosa.
—¿No lo entiende? ¡Pues yo lo he entendido perfectamente! ¡Está clarísimo!
Los niños, ante su tono de voz tan elevado, rompieron a llorar.
—Mire lo que ha conseguido con su estallido absurdo —le censuró Alondra.
Agustina entró en el salón.
—Vamos a merendar —decidió sacándolos del salón.
Alondra sacudió al cabeza.
—¿Se puede saber qué le ocurre para estar tan histérico?
Jan respingó.
—¿Yo histérico? No, señora Rovira. Lo que estoy es furioso y muy, muy enfadado con usted.
—¿Qué he hecho esta vez? —quiso saber Alondra.
Jan le mostró la página. Ella miró el titular y su semblante adquirió

lividez.

—¿Comprende ahora?

—Mentira, señor. Es mentira —dijo Alondra sin apenas voz.

Jan golpeó la revista con el dedo.

—¿Mentira? La foto no miente.

—Es un simple baile.

—Lo del baile es lo de menos. ¡Están diciendo que la niñera del señor Balaguer es la nueva conquista de Andrés Alquezar!

—No es cierto. Lo juro —insistió Alondra.

—Pero ellos lo creen y el rumor ya se ha extendido. Usted es la institutriz de mis hijos y debe ser intachable. No puede ir provocando rumores y comentarios que me perjudiquen. ¡Maldita sea! ¡Ha hecho caso omiso a mis advertencias y ya ve el resultado!

—He seguido al pie de la letra sus normas. Andrés no es su socio. Así que tengo derecho a relacionarme con él —apuntilló ella.

Jan, sin querer admitir que tenía razón, masculló:

—Y ya ve las consecuencias por estar con alguien perseguido por la prensa. Han indagado sobre usted y ha dejado de ser una mujer anónima. ¿Satisfecha?

—Yo no he hecho nada incorrecto —insistió Alondra.

Jan sacudió la cabeza.

—Eso, permita que lo ponga en duda.

—¿Les cree más a ellos que a mi? —dijo ella decepcionada.

—Usted no lo comprende. Si no encuentran la verdad, inventan.

—Nos soy ninguna conquista de Andrés. Créame.

Jan inhaló aire por la nariz.

—¿Me está diciendo que es algo más serio?

—Digo que nos une una buena amistad.

—El término amistad tiene muchos significados.

—Para mí sólo tiene uno. No soy tan retorcida como usted.

Él dejó escapar una carcajada profunda.

—¿En serio piensa que soy demasiado malicioso? Pues en la foto parecen ustedes muy unidos. Mejillas juntas, cuerpos exageradamente pegados y no quiero ni imaginar sus contoneos. Bueno, no es necesario que imagine. Me los mostraron la otra noche.

Alondra no pudo evitar encresparse.

—¿Y cómo quiere que se baile un lento?

—Sé que no como esa cumbia grosera. Pero tampoco con tanta intimidad ante los ojos de todos —rezongó Jan.

Ella ladeó la cabeza y lo miró con incredulidad.

—¿Grosera? ¿No será que usted está celoso porqué es incapaz de ejecutarla con tanta maestría cómo su amigo?

Jan sacudió la revista con más ímpetu.

—¿En serio vamos a hablar de mis habilidades cómo bailarín

cuándo el problema es su comportamiento?

Alondra inspiró hondo.

—No hay ningún problema. Ha sido un simple baile. Y punto. Quien quiera ver otra cosa, allá él. Ahora, si no tiene nada más que echarme en cara, debo atender a sus hijos.

—Las conversaciones con mis empleados se terminan cuando lo considero oportuno. Vamos a mí despacho.

—¿Por qué? —preguntó Alondra sintiendo opresión en el pecho. Aquello significaba que pensaba despedirla.

Él no respondió y comenzó a caminar. Ella lo siguió. Jan abrió la puerta, le indicó que pasase, cerró y en lugar de sentarse tras la mesa permaneció de pie.

—¿Me dirá ahora la verdad? ¿Qué hay entre Andrés y usted?

Alondra bufó.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo es posible qué sea tan testarudo? Le repito que no tengo ninguna relación sentimental con su amigo del alma. ¿O acaso lo que ocurrió entre nosotros la otra noche nos convierte en amantes?

Una vez dicho, se arrepintió de inmediato. ¿Por qué era tan idiota? Él no sacó el tema y acaba de ponérselo en bandeja para que la difícil situación en la que se encontraba se complicase mucho más.

Jan cruzó las manos tras la espalda y la miró con fijeza.

—Está pensando en despedirme. ¿No es así? —dijo Alondra sin apenas voz.

Tras meditarlo en Java llegó a la conclusión que un beso no era suficiente razón para privar a sus hijos de alguien que, a pesar de su carácter difícil e insoportable, los cuidaba con esmero y amor.

—Temo que esa noche bebí demasiado. Le ruego me disculpe. Le prometo que nunca más volverá a suceder algo semejante.

—Está disculpado. Mí reacción también fue inapropiada. Yo tampoco debí beber tanto sabiendo que no me sienta bien —afirmó ella con rotundidad.

—La advertí de que no tomase champaña, pero desoyó mí consejo —le recordó Jan.

—Le prometo que nunca más beberé alcohol en esta casa.

—Olvidemos ese asunto. Al fin y al cabo, ese beso no significó nada trascendental. ¿No es así? —dijo Jan.

—¿Qué iba a significar? Como dice, será mejor olvidarlo —dijo Alondra intentando dar firmeza a su voz. Porque la realidad era que no pudo dejar de rememorar a todas horas ese momento.

Su respuesta decepcionó a Jan; porque en cambio él, no podía quitarse de la cabeza el sabor de esa boca, de esa entrega apasionada de Alondra.

—Así es. No volveremos a mencionar este asunto. Pero lo de la

revista, señora Rovira… No es tan fácil de manejar. Cuando aceptó el empleo me aseguró que cumpliría mis normas. Las ha quebrantado y ahora se ha puesto en boca de todos. Dígame. ¿Qué debo hacer?

Ella, respirando agitada, dijo:

—Repito que mienten. Por favor, créame. Andrés es un amigo. Sin embargo, le aseguro que en el caso de que mi afecto se tornase en algo más íntimo, usted no tendría ningún problema. Dejaría el empleo de inmediato. Pero ahora sería injusto que me despidiese. Sólo acepté ir a un baile. ¿Es tan grave? Diría que en absoluto.

Jan se rascó la nuca.

—Le daré otra oportunidad por los niños. Pero si vuelve a dar que hablar, se irá de esta casa para siempre. ¿Le ha quedado claro, señora Rovira?

—Del todo, señor Balaguer.

—Puede retirarse.

Ella salió a toda prisa. Jan permaneció de pie con aire meditabundo. Tenía que encontrar el modo de que Andrés se alejase de su niñera. No estaba dispuesto a perderla. Era demasiado valiosa para sus hijos.

Alondra puso las zapatillas en la maleta.

—Te dejas esto —dijo Irene.

Su amiga cogió la bolsa y sacó la prenda.

—¿Pretendes qué me ponga esto? ¡Estás loca! —exclamó escandalizada, al ver la transparencia de la tela.

—No me negarás que es un camisón precioso. En cuanto lo vi, no busqué otro.

—Maravilloso. Pero apenas oculta nada. Irene. Sabes que no es mí estilo.

—Cierto. Cuando vas a la cama pareces una monja. Cortarías el lívido hasta al hombre más desesperado. Es hora de ponerte las pilas y lucir sexy. Tienes que utilizar todas las armas para alcanzar el objetivo. Ningún hombre podría resistirse a algo así.

—¿De qué demonios hablas? Deja de decir estupideces, por favor —dijo Alondra, perdiendo la paciencia.

—Hablo del maravilloso señor Balaguer. ¡Ay! Eres un poco corta. ¿Es qué no te has dado cuenta de que bebe los vientos por ti?

—¡¿Qué?! Tú eres la cortita. A mí jefe le gustas tú. Te pide citas muy a menudo. Ayer mismo os fuiste a cenar —contradijo Alondra.

Irene la apuntó con el dedo y lo hizo oscilar en señal de negativa.

—Por negocios. En ningún momento se me ha insinuado. Ya me gustaría, ya. Es un hombre increíblemente atractivo y encantador.

—¿Encantador? ¡Ah! —contradijo Alondra.

—A pesar de qué no lo creas, lo es. Además, de divertido.

—Será contigo.

Irene sonrió al apreciar el tono irritado de su amiga.

—No temas. Soy una buena amiga y nunca te arrebataría al hombre que te atrae. De todos modos, no tendría opción. Le gustas tú.

—¡Uf! Hoy no haces más que decir tonterías.

—Cielo. Te besó. ¿Lo has olvidado? —insistió Irene.

—Estábamos bebidos. Además, me dijo que no tuvo la menor importancia.

—¿De verdad piensas que un hombre como Jan pierde los papeles en cuanto bebe algo más de lo debido? No, cariño. Jamás he conocido a nadie que sepa mantener el control como él. Esa noche deseaba besarte. Todos nos dimos cuenta menos tú.

Alondra frunció el ceño. ¿Sería posible? Por supuesto que no. El señor Balaguer y ella eran incompatibles. No pasaba un día que no peleasen. Además, nunca apreció en esos ojos insondables ningún sentimiento afectivo hacia ella. Exclusivamente hacia sus hijos.

—Ves cosas que no existen.

—Puede que seas tú la que no quiere verlas. ¿Qué me dices de tú reacción? La Alondra que yo conozco jamás habría aceptado corresponder al beso de alguien por el que no siente nada.

—Estaba borracha —se excusó ella.

—Bebida o no, le habrías arreado un buen bofetón.

—Sí. No… Sí… ¡No me líes!

—¿Es qué no ves lo que está ocurriendo? Sólo hay que ver el empeño que pone tú jefe para qué no veas a solas a Andrés. Y de repente, tras lo publicado, decide irse unos días a Cerdeña y te lleva con él.

—Lógico. Alguien debe cuidar a sus hijos y nadie mejor que su niñera —rebatió Alondra.

—Jan y tú os gustáis, pero os negáis a reconocerlo —insistió Irene.

—Te equivocas. Discutimos casi siempre. Nuestros caracteres son incompatibles. Mi jefe tan solo me soporta por sus hijos —dijo Alondra.

—¿Has olvidado el refrán? Amores reñidos, los más queridos.

—¡Ay! Deja de decir idioteces, por favor —se quejó Alondra.

—Eres tú la que evita la verdad. Has desmentido todo lo referente a tú querido patrón, pero no has negado la parte en la que aseguro que te atrae y mucho. Alondra, cielo. Tienes que comprender de una vez que no es desleal desear a otro hombre. Tú marido murió. Tienes derecho a rehacer tú vida y a volver a amar.

Alondra se sentó sobre la cama con semblante abatido. Irene estaba en lo cierto. Era absurdo seguir negándolo. Desde ese beso, ya nada era igual. Le era imposible mirar a su jefe sin que sus entrañas se convulsionasen, sin que deseara que de nuevo la estrechase entre sus brazos y la besara hambriento. Pero él siempre la vería como la niñera de sus pequeños. Jamás sentiría por ella nada romántico. Y si algún día llegase a enamorarse de una mujer, no podría soportarlo. Y esa situación la alarmaba. Sufriría doblemente al tener que apartarse de él y de sus hijos.

—¿Crees qué me he enamorado del señor Balaguer?

Su amiga inspiró.

—¿Quieres la verdad? Puede que lo que diga no te guste un pelo.

Alondra aseveró.

—Bien. Pues, no tan solo te veo enamorada; si no que tengo la firme convicción de que te has enamorado por primera vez.

—¿Qué? ¡Eso es absurdo! ¿Cómo puedes decir algo semejante? Quise a mi marido, y mucho. La vida dejó de tener sentido para mí cuando murió. Incluso ahora lo sigo queriendo y me siento fatal por sentir atracción por otro. Es como si lo traicionase —se escandalizó Alondra.

—Por supuesto que lo quisiste. No tengo la menor duda. Pero

querer no es lo mismo que amar, cielo. Uno quiere a su primo o a un amigo. Que es lo que fue Roberto para ti.

Alondra hizo oscilar la cabeza para negarlo con rotundidad.

—Fue mi marido, mi amante, mi compañero. Lo fue todo.

—Sin embargo, jamás te inspiró esa pasión que provoca el amor. He visto como miras a Jan y esa mirada jamás la tuviste hacia Roberto. Tus ojos echan chispas cuando lo ves aparecer. Arden.

Alondra bajó la cabeza.

—Este deseo es debido a la larga abstinencia. No hay nada más. Sigo queriendo a Roberto. No amo al señor Balaguer —musitó.

Irene se sentó junto a ella y tomó sus manos entre las suyas.

—Niégalo cuánto quieras. Pero la verdad es imposible de disfrazar. Tarde o temprano sale a la luz. Y por tu bien, espero que la aceptes antes de qué sea demasiado tarde. Jan es uno de los hombres más deseados y pueden arrebatártelo.

—Lo dudo. No ha podido olvidar a su esposa —objetó Alondra.

—Ni tú a Roberto. A pesar de ello sois jóvenes y la vida os exige seguir hacia adelante. Y lo estáis haciendo. El sufrimiento inicial ya es más leve. Sus recuerdos son una etapa de vuestras vidas que sentís como algo hermoso, pero que queda en el pasado.

—Por mi parte, sí. Pero él… —admitió Alondra.

—Jan está en la misma situación que tú. Pero es un hombre acostumbrado a no mostrar sus sentimientos. Sin embargo, sus ojos lo han traicionado. Le es imposible dejar de echarte miradas cuanto está junto a ti. Además, se tensa cuando Andrés habla contigo. Temo que si no fuesen amigos, acabarían llegando a las manos.

Irene sonrió.

—Me cuesta imaginar al señor Balaguer dejándose llevar por sus instintos. ¡Es tan cerebral!

—Te besó —le recordó su amiga.

—El alcohol — insistió Alondra.

—Lo que tú digas. ¿Y bien? ¿Te llevas el camisón?

Alondra no quiso discutir por ello y aceptó. Pero en la vida se pondría algo semejante.

Jamás había subido a un avión privado, ni tampoco a una limusina. No le extrañó que uno se acostumbrase enseguida a esas comodidades. Pero lo que más la maravilló fue la situación de la casa en lo alto de una pequeña colina frente al mar. A un mar de con un color alucinante.

—Con razón la llaman la Costa Esmeralda —musitó.

Jan levantó las cejas un par de veces y dijo:

—De nada le sirve ya susurrar, señora Rovira. He aprendido a entenderla.

—Lo tendré en cuenta para evitar que escuche lo que no quiere —replicó Alondra, con tono risueño. No quería estropear esa mañana tan fabulosa.

—Temo que me equivocado al informarla de mis avances —suspiró Jan. Ladeó medio cuerpo y le preguntó: ¿Qué le parece la casa? Espero que le guste, ya que nos hemos visto obligados a escapar de Barcelona.

—¿Y es culpa mía? Le recuerdo que lo único que hice fue asistir a un baile en un lugar tan respetable como la embajada de Malta. Han sido los periodistas quienes lo han mancillado todo —replicó enfadada Alondra.

El asintió.

—En parte tiene razón. Y bien. ¿Qué opina del lugar?

Alondra observó la mansión con una media sonrisa. Era enorme y a pesar de ello, apenas podría apreciarse desde la lejanía, pues el arquitecto la había integrado en la naturaleza. Mismo color que las rocas y bordeada de frondosas plantas.

—Me parece una atrocidad lo que han llegado a hacer para beneficiarse del turismo. Esta casa, por el contrario, se confunde con el entorno. Es extraordinaria.

—Mis hoteles y casas guardan el respeto por el medio ambiente. De lo contrario, nunca los construiría.

—¿La casa es suya?

—Sí.

—¿Y cuándo la usa? ¿Una vez al año? —dijo Alondra con reproche.

—He venido un par de veces. Pero no se me escandalice, señora Rovira. Soy rico, pero no irresponsable. No me gusta derrochar el dinero. Para su tranquilidad, le diré que suele estar alquilada. Por suerte, este mes estaba libre y podemos aprovecharla. ¿Satisfecha? —le aclaró Jan.

—No tiene porqué darme explicaciones, señor —dijo ella, un tanto avergonzada.

—Pero yo he querido dárselas. ¿Pasamos adentro? —explicó Jan.

El interior de la mansión, aunque minimalista, era espectacular. Un salón enorme pintado de blanco, equipado con muebles del mismo color que el mar, unido a una cocina fabulosa. Grandes ventanales sustituían a las paredes y la luz lo inundaba todo. Estaba ideada para dar la impresión de estar unida con el exterior.

Manel y Carla corrieron a la llamada de una mujer de mediana edad. Los sentó frente a la fabulosa isla de mármol y les ofreció un zumo de naranja.

—Le presento a Graziella. Nos ayudará con las tareas de la casa. En realidad se encargará de todo. No debe preocuparse por el idioma. Habla perfectamente castellano —dijo Jan.

—Buongiorno —los saludó.

—¿De los niños también se hará cargo? —se extrañó Alondra.

—Lo hará su hija Chiara durante la noche o cuando sea preciso.

—¿Por qué?

—He notado que está usted fatigada. Le vendrá bien librar durante unas horas. De paso podrá disfrutar de las maravillas de Cerdeña.

—Los dientes de Carla son los culpables. Se despierta varias veces en la noche —mintió Alondra. La verdad era que él era el verdadero causante de su desasosiego. Por mucho que lo intentaba, le era imposible sacarlo de sus sueños. En cuanto quedaba dormida, Jan se convertía en el protagonista de sus ensoñaciones, que para su desesperación, cada día se tornaban más escandalosas.

—Estos días podrá descansar y recuperarse. ¿Vemos las habitaciones?

En el piso superior había seis dormitorios. Dos al principio del corredor y otros cuatro tras un pequeño salón.

Jan abrió la primera puerta.

—Este será el suyo. Muy luminoso y espacioso, y con baño propio. ¿Qué le parece?

Como el resto de la vivienda también era de grandes dimensiones. Y aún parecía mucho más amplio debido a los pocos muebles. Una cama, armario, mesita, tocador y un diván. En cuanto a los adornos, dos cuadros, flores frescas y un espejo enorme.

—Exagerado para una persona. Pero bonito. ¿Dónde dormirán los niños?

—Al final de corredor.

—Estoy muy alejada de ellos. Si pasa algo no los escucharé. Dormiré en una habitación más cercana —consideró Alondra.

—La idea es que no sea molestada en la noche, señora Rovira. Hemos quedado en que debe descansar. ¿No es cierto? Se queda aquí.

—Pero…

—No hay más que hablar. Esta es su alcoba. Y por cierto. Hoy

queda libre del cuidado de los niños. Ahora instálese y repose un poco. Yo haré lo mismo. La cena será a las ocho. Y si necesita algo, no dude en llamar a Graziella —dijo Jan abriendo la puerta de la habitación de enfrente.

Alondra cerró la suya preguntándose porqué de repente el señor Balaguer estaba tan amable. Desde que discutieron el día de su regreso de Java apenas le había dirigido la palabra, tan sólo para darle instrucciones. Pero lo peor fue sentir sus ojos profundos como la miraban de reojo lanzándole chispas cargadas de resentimiento. Era evidente que no le había perdonado su escapada con Andrés ni que toda la prensa hablara de ellos. Porque se hartaron de inventar mil y una historias, a cada cual más cargadas de mentiras. Aunque lo más terrible para el señor Balaguer fue ver como los periodistas se aposentaban a diario frente a su casa, teniendo que escapar de los flashes y preguntas impertinentes. A causa de ello decidió tomar esas vacaciones anticipadas, con la esperanza de que las cosas se calmasen.

—Deja de intentar comprenderlo, Alondra. Nunca lo lograrás —masculló abriendo al maleta.

Sacó un vestido ligero para la cena y vio el camisón. Irene estaba loca si pensaba que se lo pondría para seducir a su jefe. No tenía la menor intención y por supuesto, aunque se volviese loca y quisiera, tampoco. Se moriría de vergüenza. Siempre la sintió con su marido. En realidad, nunca fue atrevida en cuestión de sexo. Tampoco tuvo necesidad. Roberto la quiso tal como era y jamás se quejó; todo lo contrario. Nunca se cansó de desearla. Se complementaron a la perfección.

Se sorprendió de que evocar a Roberto no le resultase tan doloroso como antes. ¿Tal vez Irene estaba en lo cierto y comenzaba a ser un recuerdo dulce del pasado? ¿Acaso ya se sentía preparada para encerrarlo en ese arcón preciado que uno abría de vez en cuando para no olvidar?

Sacudió la cabeza y entró en el baño.

—¡Santo Dios! —exclamó al verlo. No había bañera. Habían construido un pequeño aljibe al estilo romano. Sería un verdadero placer llenarlo y disfrutar del agua aromatizada con las sales diversas que había en el tocador. Pero decidió darse una ducha. No le gustaba gastar tanta agua por capricho.

Tomo una larga ducha y cómo no tenía que cuidar de los pequeños se permitió el lujo de arreglarse el cabello y lo peinó dándole forma de grandes ondas. Lo dejó suelto y sonrió satisfecha. Pensó en maquillarse, pero no lo hacía por regla general y no había razón para hacerlo esa noche. Tan solo era una cena como las de siempre. Nada especial.

Miró el reloj. Cinco minutos para las ocho. Salió del cuarto

dispuesta a pasarse antes por la habitación de los niños. No confiaba que lograsen dormir en manos de una extraña.

—La cena está lista —le dijo Jan, mirándola de arriba hacia abajo. De nuevo logró asombrarlo. El vestido veraniego, el peinado informal y su piel carente de maquillaje, lograron que su belleza aún fuese mucho más impactante.

Alondra también quedó petrificada al verlo. ¡Dios! Se había recortado la barba, y su aspecto era mucho más juvenil. La camisa blanca y los pantalones de hilo también contribuían a ello. El estricto señor Balaguer había dado paso a un hombre muy diferente. Aunque, dudó que el carácter también se hubiese transformado.

—¿Le ocurre algo?

—Yo… Quería ver si los… niños están bien —farfulló ella notando como el corazón se le aceleraba.

—¿No hemos quedado que hoy no trabaja? No se preocupe. Le aseguro que están en buenas manos. ¿Cenamos ya? Estoy muerto de hambre.

30

La mesa fue dispuesta por Graziella en el jardín. En un entorno del todo idílico. La luna llena, las estrellas, el sonido del mar, la luz tenue de los farolillos. Todo muy romántico.

—Me parece que Graziella ha supuesto lo que no es. Si se siente incómoda podemos cenar en el comedor —se disculpó Jan al ver la cara de asombro de Alondra.

Ella delineó una media sonrisa.

—No disgustemos a la pobre mujer, que lo habrá hecho con toda su buena voluntad. Además, prefiero disfrutar de la brisa natural y no del aire acondicionado.

—En ese caso, cenemos —dijo Jan. Apartó la silla y ella se acomodó. Él se sentó frente a ella, Graziella dejó la comida y Jan le dio permiso para irse a casa. Cogió la bandeja y dijo:

—¿Le apetecen unos Culurgioni?

—Nunca los he comido. Los probaré —aceptó Alondra.

—Le gustarán. Son parecidos a los ravioles, pero de forma triangular rellenos de acelgas y queso. La cocina de Cerdeña es muy rica. Y el pescado fresquísimo. ¿Un lomo de besugo? Claro que sí. Y un poco de ensalada. ¿Pan?

—¿Quiere cebarme?

—La he visto comer mucho más en alguna ocasión. ¿Vino?

—No —rechazó, con rotundidad, Alondra.

Él sonrió con malicia.

—No, por supuesto que no. Ya conocemos las consecuencias.

—Usted tampoco debería —le aconsejó ella, ruborizándose.

—Sé beber con moderación. La otra noche… Fue el ambiente que me confundió —explicó Jan.

—¿Por qué?

Jan se la quedó mirando de esa manera tan indescifrable que la ponía muy nerviosa.

—Perdón. Debo controlar la curiosidad.

—Ser curioso es bueno. Indiscreto, en absoluto —opinó él dando un sorbo a la copa.

—Y ahora lo he sido.

—No. Usted formaba parte de esa noche. Es justo que quiera saber el motivo de mí comportamiento.

—En ese caso, ¿qué fue?

Jan quedó de nuevo prendido de esa belleza natural tan asombrosa que quitaba el aliento. Tomó otro sorbo de vino, observándola con fijeza. ¡Señor! Cómo deseaba besarla, apretarla contra su pecho y aspirar su aroma. Movió la cabeza e intentó salir del embrujo.

—Hacia mucho tiempo que no disfrutaba en casa de una celebración. Supongo que la situación festiva contribuyó a confundirme. ¿Más ensalada?

Ella aceptó mecánicamente, sin poder resistir la tentación de echar ojeadas a Jan y gozar de su impresionante belleza. ¿Cómo era posible que alguien pudiese ser tan perfecto? En lo físico, claro. Porque de carácter era un cascarrabias, nada simpático y demasiado cerebral. Aunque, en el cumpleaños no pudo controlarse. Y volvió a preguntarse qué si no fue el alcohol el qué lo confundió, qué fue. Porque no creía en absoluto que perdiese los papeles por encontrarse en medio de una celebración. ¿Fue ella la causa? ¡En absoluto! La culpable fue la maldita abstinencia. Seguro. Porque creía firmemente que su jefe aún guardaba fidelidad a su difunta esposa. Eso era. La castidad auto impuesta. Ella también estaba experimentando en sus propias carnes. Lo cuál, era inaudito. Jamás tuvo la imperiosa necesidad de sentir sobre la piel las caricias de un hombre. Deseó a su esposo, por supuesto. Pero con esa intensidad, nunca. Dos años durmiendo sola, incluso a una mujer tan poco sexual, le estaban pasando factura. Esa era la única razón. Así que él, siendo hombre, debía sentir aún más ansiedad.

—¿En qué piensa? —le preguntó Jan al verla tan abstraída.

Alondra no pudo evitar sonrojarse hasta la raíz del cabello. ¿Qué iba a decir? ¿Qué tenerlo tan cerca la trastornaba? ¿Qué se moría por que volviese a devorar su boca?

—En… Que la noche es… muy calurosa.

—Cierto. Hasta apetecería darse un baño en la playa. Hay luna llena, estrellas, un mar precioso… La escena perfecta para una noche perfecta de verano. ¿Nos animamos?

Ella se atragantó. Jan le ofreció un vaso de agua y bebió con avidez.

—¿Mejor?

—Sí. Gracias.

—¿Y bien? ¿Qué responde a mí propuesta?

—¿Lo dice en serio? Perdone, pero no me parece usted un hombre tan espontáneo —se asombró Alondra.

Él volvió a clavar la oscuridad de sus ojos en el rostro de ella. Por supuesto que no lo era. Pero llevaba noches soñando con ella y no precisamente sueños bucólicos. El sexo era el tema principal. Era inútil tratar de negar que deseara a esa mujer casi con desesperación y que estuviera dispuesto a eliminar sus propias reglas. El ansia por gozar de esa magnífica mujer lo consumía.

—Así es. A pesar de ello, estoy decidido a que esta noche sea impecable para usted y olvidaré algunas viejas costumbres para conseguirlo —afirmó, sin poder evitar el tono ronco.

Ella, sintiendo como el fuego ardía en sus mejillas, logró decir:

—Me daría… pánico meterme en el agua de… noche. En realidad, lo que más me apetece es ir a la cama.

Jan comenzó a dibujar esa sonrisa que la aturdía.

—A mí también. Pero lo haremos más tarde.

Alondra, sofocada, cogió una servilleta y se dio aire.

—¿Seguro que no le apetece un baño a la luz de la luna? Podemos olvidar el mar y refrescarnos en la piscina —propuso Jan.

—No.

—Pues sigamos gozando de esta magnífica noche y de la cena. ¿Le están gustando las especialidades de Cerdeña?

—Sí. Todo es delicioso.

—Pienso lo mismo —dijo Jan sin quitarle ojo.

El corazón de Alondra se aceleró. ¿Por qué la miraba de ese modo tan extraño? ¿En qué pensaba? ¿Tal vez en despedirla? ¡Por supuesto que sí! La estaba probando. Lo del baño romántico era una trampa. Si caía en ella podría decir que estaba quebrantando una de las normas más importantes del contrato: No mantener ninguna relación íntima con el jefe. Y haberla liberado de parte de su trabajo con los niños; sobre todo en la noche, cuando los pequeños más necesitaban a alguien conocido, era otra. Si aceptaban a una extraña, él no dudaría en hacerle comprender que sus hijos no la añorarían si despareciese de sus vidas. Ahora lo comprendía todo. No eran unas vacaciones. El viaje era la prueba que necesitaba su jefe para deshacerse de la mujer que había roto la tranquilidad de su casa. Y esa idea le hizo lacerar el corazón. No quería irse de esa casa. Amaba a esos niños.

—¿Pastel? —le ofreció Jan.

—No, gracias —rechazó ella en apenas un susurro.

Jan se levantó. Extendió la mano hacia ella y dedicándole una dulce sonrisa dijo:

—¿Me acompaña?

Alondra parpadeó confusa.

—¿Adónde?

—No me ponga esa cara, por favor. ¿Acaso no confía de mí, señora Rovira?

Quiso decirle que en absoluto. Que esa amabilidad era falsa. Que su verdadera intención era echarla sin el menor remordimiento. Pero extendió la mano y dijo:

—Por supuesto que… sí.

Jan la llevó hasta el otro extremo del jardín y se detuvo ante un banco.

—Voy a ofrecerle el mejor espectáculo del mundo. Por favor, siéntese.

Ella obedeció y él se acomodó junto a ella.

—Mire hacia arriba y disfrute.

Alondra alzó la mirada.

—¡Dios mío! ¡Qué maravilla! —musitó ante las miles de estrellas que refulgían.

Jan ladeó la cabeza y la miró. Ella sí que era una pura maravilla. Tragó saliva incapaz de soportar la idea de tener que contener el anhelo de estrecharla entre sus brazos y apoderarse de esa boca que lo estaba enloqueciendo.

—Sí. Nunca he visto nada más hermoso —dijo con voz profunda.

Ella, ante su tono, no pudo evitar mirarlo. De nuevo la escrutaba con descaro. Con esa actitud sensual que se apoderó de él antes de besarla la otra noche y que ella no pudo resistir. Y de nuevo, esa seducción la arrastraba hacia esos labios tentadores. Pero recordó su plan maléfico y se apartó. No caería en su trampa. No lograría deshacerse de ella. No estaba dispuesta a separarse de Manel ni de Carla.

—A mí marido le entusiasmaba mirar el cielo. Muchas noches subíamos a lo alto de la ciudad con una cesta de fiambres y cava, y nos quedábamos hasta el amanecer.

Jan percibió su nostalgia y sintió una punzada en el pecho.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

Ella asintió.

—Sé que su marido falleció a causa de un accidente. Pero, ¿cómo sucedió?

Ella ensombreció el rostro y sus ojos se humedecieron.

—Perdón. No quise traerle malos recuerdos —se disculpó Jan.

—No lo ha hecho. Es imposible no recordar, señor Balaguer. En realidad, nunca podré olvidar. Fue un día espantoso. Era el cumpleaños de Roberto. Yo preparé una cena especial, pues cumplía cuarenta años. Nuestros amigos y yo aguardamos a que llegara del trabajo. Pero fueron pasando las horas y él no apareció. Entonces supe que algo terrible pasó. Al amanecer me llamó la policía. Roberto había tenido un accidente de coche cuando regresaba de Sitges. Sentí alivio. Les dije que era un error, que no podía ser él; que mí marido estaba trabajando al otro extremo de Barcelona. Pero… sí era él. A pesar de que el coche se incendió pudieron identificarlo por la inscripción de nuestro anillo de bodas. No entendía nada. Y me hice miles de preguntas sin obtener la repuesta de la razón de que Roberto me hubiese mentido. Tiempo después, descubrí que tenía planeado abrir su propio taller y era en Sitges… —Calló y rompió a llorar.

Jan la acurrucó y le acarició el cabello.

—Tranquila. Tranquila.

Alondra dejó que todo el dolor del recuerdo se derramase entre los brazos de Jan. Arropada entre ellos se sentía protegida y el

sufrimiento parecía más liviano.

—¿Mejor?

Ya más serena, aseveró.

—Siento lo ocurrido, señor.

Él atrapó con la yema del dedo una lágrima.

—No tiene que disculparse conmigo. La comprendo muy bien. Los dos hemos sufrido una pérdida inesperada y muy dolorosa. Pero tenemos que seguir adelante. Vivir de nuevo —murmuró contemplándola embelesado. Incluso tras el llanto estaba preciosa. Bajó el rostro y se acercó a su boca.

Alondra quedó prendada de esos labios y deseó volver a deleitarse con él. Pero el recuerdo del horror vivido volvió a golpearla con fuerza. Se levantó y dijo:

—Estoy agotada. Me retiraré. Buenas noches, señor Balaguer.

Alondra despertó sintiéndose miserable. ¿Cómo pudo desear a Jan después de tener tan presente a su marido? Su corazón aún amaba a Roberto. No comprendía qué le estaba pasando.

—No tan sólo eres miserable, también tonta. ¿Cómo es posible que sabiendo la trampa que tú jefe te ha preparado estuviste a punto de caer? ¿Qué extraño poder tiene ese hombre que te lleva a un estado de ansiedad al que jamás imaginaste? Y lo peor de todo: ¿Por qué no puedo dejar de pensar en él? Qué rayos te pasa, Alondra? Ese hombre es desagradable. Para él todo lo haces mal. Si te aguanta es por los niños; porque ha visto que te quieren. Pero ahora está barruntando el modo de echarte. Y si lo consigue, no podré soportarlo. ¿Qué haré sin mis niños? No. No permitiré que me aleje de ellos. No conseguirá que me atrape en su telaraña —masculló.

Los golpes en la puerta la hicieron saltar de la cama.

—¿Puedo pasar?

El corazón se le disparó. ¿Qué querría? ¿Era necesario verla ahora? ¿Por qué no aguardaba al desayuno para hablar? ¿Tan importante era lo que tenía que decirle? Podría alegar que no estaba presentable. Pero era absurdo su temor. Nunca fue cobarde. Siempre se enfrentó a los problemas y no sería distinto en esta ocasión. Ese ogro no conseguiría amedrentarla. Intentó arreglarse el cabello con los dedos, tomó un buen soplo de aire y abrió.

—¿Si?

Jan contuvo el aliento. Recién levantada estaba igual de hermosa. Y cómo siempre le ocurría últimamente, tardó unos segundos en responder.

—Buenos días. ¿Ha descansado bien?

Por supuesto que no le diría que él había sido el culpable de las pesadillas que perturbaban su sueño.

—Sí —mintió, sin poder evitar que le subiese la temperatura al verlo enfundado con una sencilla camiseta y pantalones cortos.

—Me alegro. Lamento molestarla tan temprano, pero anoche… No hablamos del programa de hoy.

Ella evitó pensar en lo ocurrido y adoptando una actitud de falsa firmeza, alzó las cejas y dijo:

—¿Pero ha ideado un programa en vacaciones?

—Por supuesto. Hay que organizarse siempre o el resultado puede ser un desastre.

Alondra soltó una risita.

—¿De qué me extraño? Es evidente que en su vida no hay espacio para la espontaneidad. Y diga. ¿Qué planes ha dispuesto?

Él sonrió.
—Por ser el primer día un poco de relax. Playa, comida en casa y por la tarde iremos a Porto Cervo a tomar un helado y tal vez, hagamos unas compras.
—Bien.
—¿No le parece un plan adecuado?
—Si me lo parece o no, da lo mismo. Usted es el jefe y es el que manda y pone las normas —dijo Alondra con tono agriado.
Jan juntó las cejas.
—¿Siempre sale de la cama de tan malhumor?
—Sólo cuando me despiertan para nada importante —replicó ella.
—¿Conocer sus obligaciones como empleada le parece una cosa banal? —inquirió él molesto.
—Hombre. No me negará que ir a la playa o tomar un helado es esencial para el funcionamiento del día. No hacia falta que se hubiese molestado en llamar a mí puerta y despertarme antes de lo necesario.
El aspiró por la nariz.
—Le recuerdo que a estas horas usted ya debería tener vestidos a mis hijos y estar dándoles el desayuno.
Alondra ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa triunfal.
—Y yo le recuerdo que ayer me liberó de esta obligación. Será Chiara quién los baje a la cocina.
Él se mordió el labio interior intentando contenerse.
—Pero sigue con la tarea de cumplir con el resto del trabajo. Le queda media hora para acompañarnos a la playa. No sea impuntual —le ordenó con rudeza.
—Ese consejo es innecesario. Sabe jamás he llegado tarde.
—Siempre hay una primera vez —objetó él.
—Usted no será testigo de ello —afirmó Alondra.
Jan le dedicó su ya peculiar media sonrisa. Alondra esperó su réplica, pero ésta no llegó. Él dio media vuelta y con ese aire tan elegante, a pesar de ir tan informal, comenzó a bajar la escalera.
Alondra soltó un sonoro bufido.
—¡Este hombre es insufrible!
—La he oído, señora Rovira. La he oído. Ya sólo quedan veinticinco minutos. Yo me daría prisa —dijo Jan, con tono divertido.
Ella entró en la habitación y cerró dando un portazo.
—Si piensas que te saldrás con la tuya, señor Balaguer, vas listo. No me separarás de tus hijos. Tendrás que aguantarme hasta que vayan a la universidad.
Abrió el armario, escogió el bañador verde y tras ponérselo se miró en el espejo.
Nadie podría tacharla de provocativa. En realidad, nunca se puso nada sugerente. Por vergüenza y por mostrar al sol el menor

centímetro de piel. Era tan blanca que se quemaba muy rápido; por lo que se aplicó la máxima protección. Ya preparada, se vistió con una bata de toalla a juego con el bañador, cogió la bolsa y determinada a no caer en las provocaciones de su jefe, bajó a la cocina.

—Graziella nos ha preparado tortitas, huevos revueltos y embutidos. ¿Le sirvo un poco de todo? —le dijo Jan.

Alondra se acomodó a su lado en la enorme isla.

—Me serviré yo misma, gracias —rechazó. Cogió una tostada, la untó con mermelada y se preparó un café con leche.

—¿Con todas estas delicias sólo comerá esto?

Alondra ladeó el rostro y le dedicó una sonrisa irónica.

—Me dijeron que es un hombre que nunca olvida nada. Pero se equivocan. Ha olvidado que no puedo comer recién levantada de la cama. Este bocadito es por no hacerle un desprecio a la mujer que se ha esmerado por servirme.

—Señora Rovira, veo que es muy considerada con los subordinados —dijo Jan con tono mordaz.

—Porque pertenezco a su misma clase. Y aunque así no fuese, jamás menospreciaría a nadie, señor — alegó ella.

Él abandonó el rictus burlón y dijo:

—¿Considera que yo lo hago?

—A pesar de todo, admito que es usted muy educado y respetuoso.

—¿A pesar de todo? ¿Qué significa eso? — preguntó Jan molesto.

La llegada de los niños y Chiara evitó que ella tuviese que responder a esa pregunta tan embarazosa. La muchacha dejó la bolsa de los niños y se despidió.

—¡Alondra!

Manel corrió hacia su niñera y se hundió en su abrazo. Carla imitó a su hermano, ante la mirada contrariada de su padre. Éste bajó del taburete y dijo:

—¿Y a vuestro padre no le dais un beso?

Lo niños lo complacieron.

—¿Habéis dormido bien?

—Chiara nos ha contado un cuento. Pero no lo hace tan bien como Alondra. ¿Nos contará ella uno esta noche? —dijo Manel.

—Claro, cielo. Hoy os leeré Pinocho. ¿Te parece bien? —dijo Alondra.

—¿Y nos cuidarás tú? Chiara no me gusta. Carla llora y no la hace callar. Y no nos deja ir a su cama.

Jan palmoteó con fuerza.

—¿Listos para disfrutar de la playa?

—¡Sí! —gritó su hijo.

—Pues, andando.

Alondra cogió las cosas de los niños.

—¿Por qué le ha mentido? —dijo Jan.

—No comprendo, señor.

—¿Ha olvidado que libra a esas horas? Esta noche no habrá Pinocho, ni Cenicientas ni enanitos y mucho menos sus cuidados —dijo él.

—Pero contarles un cuento no es ninguna molestia para mí y ya ha oído a Manel. Esa muchacha es demasiado joven y no sabe atender a los niños como se debe. Ha sido un error contratarla —protestó Alondra.

—Le repito, una vez más, que de noche usted no trabaja. ¿Le queda claro? Y vayamos de una puñetera vez a la playa —se sulfuró él.

Alondra caminó tras Jan mirándolo divertida. Su estrategia no estaba dando resultado. Se había demostrado que los niños no se adaptaban a cualquier niñera. Por el momento, el señor Balaguer debería mantenerla en su plantilla.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia? —quiso saber él.

—Me disculpará, pero en el contrato laboral no indica que usted deba conocer mis pensamientos... ¡Dios mío! ¡Qué belleza!

Él, al ver su rostro embelesado, olvidó el enfado y sonrió.

—Cómo nunca encuentra que haga nada bien, es un alivio comprobar que, al menos, aprueba mi elección para las vacaciones.

—Ya ha salido el señor Balaguer exagerado. Sabe que he alabado muchos trabajos suyos.

Él le dedicó una mirada abatida.

—Ahora debo añadir un defecto más a la lista. ¡Qué bien!

—Hoy no caeré en su trampa, señor. No aquí —dijo ella mostrándole el paisaje. Dejó la bolsa en la silla, desvistió a los pequeños y sacó los enseres para que jugasen con la arena. Se quitó la bata y se acomodó en la hamaca bajo la enorme sombrilla.

El aliento de Jan se cortó al verla enfundada en el bañador. El verde hacía resaltar su piel nívea y a pesar de ser tan poco seductor como el de las nadadoras profesionales, a él le pareció el bañador más sexi del mundo. Tanto que, perdió el control de su cuerpo.

—Voy a darme un baño —carraspeó nervioso. Le dio la espalda, se quitó con rapidez la camiseta y los pantalones, y corrió hacia el agua.

Alondra fue incapaz de apartar la mirada de ese hombre tan perfecto, percibiendo como de nuevo el corazón quería saltársele del pecho.

Jan golpeo suavemente la puerta de Alondra.

—¿Señora Rovira?

No obtuvo respuesta. Lógico. Durante el día cuidaba de los pequeños. Se encaminó hacia la habitación de ellos y con cuidado abrió. Se quedó inmóvil al ver la escena. Alondra y sus hijos dormían. Los pequeños, abrazados a ella, mostraban placidez. Jan, con el corazón encogido, se sentó al borde de la cama. De repente, Alondra sonrió y se dio media vuelta. Carla, sin despertarse, se aferró a su niñera con más fuerza. Era indudable que sus hijos adoraban a Alondra. Y se dijo una vez más no podía permitir que en casa volviese a reinar la pena si ella los abandonaba.

Alondra abrió los ojos.

—Señor Balaguer. Perdón. Me he dormido —musitó ella, enrojeciendo al verlo sentado en la cama.

Sorprendentemente, él no se enfureció. Sonrió con dulzura y dijo:

—Y ellos también. Deje que descansen.

—¡Ni hablar! Si duermen más, esta noche estarán en vela —exclamó Alondra.

Jan se levantó.

—¿Y qué más le da? Se hará cargo Chiara. Ande. Vístalos. Porto Cervo y unos helados nos esperan. No tarde, por favor.

Salió de la habitación dejándola intrigada. ¿A qué venia ese buen humor? En la playa apenas estuvo con ellos. Se dedicó a remar y a deslizase con la tabla, y durante la comida apenas le dirigió la palabra.

—¿Qué plan has urdido ahora, señor Balaguer? —se preguntó.

Sacudió la cabeza, despertó a los pequeños y una vez arreglados, se reunieron con Jan.

—Yo tomaré un helado de chocolate —dijo Manel.

—Claro, hijo —sonrió su padre abriendo la puerta del coche.

Alondra se sentó delante, él colocó a los niños en las sillas seguras y una vez dispuestos parieron hacia Porto Cervo.

—Pondremos música. En la guantera hay unos discos —dijo Jan.

Ella cogió el primero y lo introdujo en el reproductor. Dio al play. Una melodía alegre comenzó a sonar y Manel comenzó a seguirla dando palmadas.

“Dímelo ya. Necesitas descansar. Ahora dímelo ya. Esperar está de más. Porque va a suceder el verano del amor. Sé que va a suceder la revolución sexual. Y hace días que sabes que no. Que a veces no hay que tener la razón. Tú que decidiste que tú vida no valía, que te inclinaste por sentirte siempre mal, que anticipabas un futuro catastrófico. Hoy pronosticas la

revolución sexual. Tú que decidiste que tú amor ya no servía que preferiste maquillar tú identidad, te preparas para el golpe más fantástico. Hoy empieza la revolución sexual…”.

Alondra, ruborizada, miró de reojo a Jan. Él apagó el reproductor.

—¡No! —protestó Manel.

—No es adecuada para… niños —dijo incómodo.

—No. No lo es —cuchicheo ella.

—Pero a mí me gusta —insistió el crío.

—¿Qué prefieres, la canción o el helado? —le preguntó Alondra.

—El helado —decidió Manel.

Jan carraspeó y dijo:

—El disco no es mío. Lo olvido Andrés.

—Lo suponía.

—¿Por qué? —quiso saber Jan.

—No lo ubico escuchando algo así.

—¿A usted le gusta este tipo de música?

—Tengo todos los discos del grupo. La mezcla de doo wop, disco y europop me atrae mucho. Y al parecer, su hijo tiene mis mismos gustos musicales.

Él, atónito, giro la cabeza. Alondra no dejaba de sorprenderle.

—No me mire así, señor. Puede que no de esa sensación, pero no estoy desconectada del mundo moderno. Soy una mujer inquieta. Por eso estoy deseando llegar a Porto Cervo. Me he informado y me parece interesante.

Y al llegar lo confirmó. Casas espectaculares, tiendas con las mejores marcas, sus calles concurridas por gente elegante y podrida de dinero, y en el mar los yates más increíbles.

—Esta cafetería es la mejor —dijo Jan. Se acomodaron y pidieron los helados.

—No me lo puedo creer. ¿Puedo hacerle una foto? —dijo Alondra cuando él saboreó el helado con deleite.

Jan lo negó con un chasquido.

—Es que cuando lo cuente, no lo creerán.

Él levantó una ceja.

—Contrato de confidencialidad.

—Sólo la verían Irene y Andrés.

De nuevo rechazó su insistencia con otro chasquido.

—Soso.

—Lo que usted diga. ¿Y bien? ¿Qué le parece?

Ella apretó los labios y aseveró.

—Ustedes los ricos se lo saben montar muy bien. Realmente bien.

—¿Noto un deje de reproche?

—Considero que no es necesario estos excesos cuando hay gente pasando penalidades.

Jan levantó la mano y mostró a los viandantes.

—La mayoría de ellos colaboran con asociaciones benéficas.

—Migajas. Ese yate de allí cuesta tanto como un edificio de viviendas subvencionadas o comida para familias sin apenas ingresos durante meses. No digo que no disfruten del dinero que ganan. Lo que digo es que se puede vivir y gozar sin necesidad de tener los grifos de oro, lucir diamantes enormes y vestidos exclusivos. Yo nunca he tenido la oportunidad de permitirme pequeños caprichos y aún así, he sido muy feliz.

Él la miró con semblante grave.

—¿He sido? Me apena que lo diga en pasado. ¿Es qué no hay nada que ahora la haga dichosa?

El rostro de ella se iluminó.

—Cuidar de sus hijos, señor.

—Y lo hace muy bien. Gracias.

Alondra pestañeó confusa. Era la primera vez que alababa su trabajo.

—Si hemos terminado, iremos de compras —dijo Jan, levantándose.

—¿Aquí? He visto los precios y son desorbitados. ¿Se puede creer que un vestido sin apenas trabajo de costura vale dos mil euros? ¡Por la Virgen Santa! Hay que ser estúpida para gastarse ese dineral por una marca. Yo me sentiría miserable llevándolo puesto. Claro que, tampoco podría permitírmelo. Mire. No es necesario que compre nada aquí. Total, serían meros caprichos, pues no les falta de nada en la casa y tampoco ropa.

Jan pensó que hasta con un trozo de tela burda estaría preciosa; tanto como lo estaba ahora con las mejillas sonrosadas y con ese brillo ilusionado que tan escaso lucía en sus ojos pardos. Alondra no era consciente de lo hermosa que era y que podía obtener de los hombres lo que se le antojase. Había conseguido que Andrés olvidase sus ansias de conquistador para centrarse sólo en ella. Y eso era muy peligroso. Era un gran seductor y podía romper las barreras que aún intentaba mantener en pie Alondra. No lo permitiría. La señora Rovira estaba destinada a cuidar de sus hijos. Y nada ni nadie la apartarían de su misión.

Ella, al ver su silencio, creyó que estaba controlando las ganas de decirle que no se metiera en sus asuntos.

—Lo siento. No soy nadie para darle consejos de cómo administrarse. Perdón.

—Las recomendaciones siempre son bienvenidas. Le prometo que seré comedido.

Se adentraron por las calles que olían a flores. Alondra no pudo dejar de observar los edificios. Viviendas al estilo ibicenco pero

pintadas de color sonrosado. Jan se detuvo ante un comercio. Era una juguetería. Entraron. El interior estaba abarrotado de juguetes. Pero el producto estrella eran los peluches.

—Yo quiero el coche de bomberos —dijo Manel.

—Bien, hijo —aceptó Jan. Después miró a Alondra y le preguntó: ¿Qué peluche cree que le gustará a Carla?

—El conejito.

—Buena elección. Nos quedamos el coche, el conejo y también con ese —decidió Jan.

—Los excesos de juguetes es perjudicial para la educación de los niños. Carla tiene más que suficiente con un peluche —le aconsejó Alondra.

—No se preocupe. No consiento a mis hijos en exceso. Es para usted. En cuanto he visto el canguro he pensado que le gustaría. ¿Es así?

Ella, sin poder evitar la emoción, asintió.

—Gracias. No era necesario.

—Usted se merece todo por como cuida a mis hijos. Y hablando de cuidados deberíamos regresar a casa o los pequeños cenarán demasiado tarde —dijo Jan.

Abandonaron la tienda. Alondra salió abrazando el canguro. Era una tontería pero ese detalle la había hecho inmensamente feliz y no pudo evitar borrar esa sonrisa bobalicona hasta que llegaron junto al coche. Se le truncó la alegría cuando el rostro de Jan se iluminó al ver a la mujer casi tan alta como él, de piel morena, ojos azules poseedora de una gran belleza.

—Virginia… ¡Cuánto tiempo!

Ella se acercó, lo abrazó y le dio dos besos.

—Demasiado. Y ha sido por tú culpa. Me aseguraste en el congreso que viajaríamos a Venecia.

—Sabes que intento cumplir, pero el trabajo me lo ha impedido.

—¿Y por qué no me has dicho que venías de vacaciones a Cerdeña? —le reprendió ella. Después echó una ojeada a Alondra y dijo: Comprendo. Estás acompañado.

—Es la aya de los niños —aclaró Jan.

Alondra apretó los dientes. ¿Sólo era la aya para él? Pues claro. ¿Qué se había creído? Le dijo bien clarito que le estaba agradecido por cuidar a sus pequeños con tanto cariño y que el beso que tanto la obsesionaba fue producto de una circunstancia externa a sus sentimientos. Ella no era nada especial para el señor Balaguer.

Virginia miró a los niños y les dedicó una sonrisa forzada. Alondra comprendió que era de ese tipo de mujeres que no soportaba a los críos.

—¿Muy joven, no?

—Así es, pero con un currículum impresionante —precisó él.

Virginia sonrió seductora y posó la mano en el pecho de Jan.

—Tú siempre eligiendo lo mejor.

—Ya me conoces. No soy fácil de contentar.

—Lo sé, querido.

Alondra soltó aire por la nariz. Aquella mujer era muy descarada. Le estaba tirando los tejos a su jefe sin el menor pudor. Pero lo más desesperante era que a él lo satisfacía. Y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no lanzarse hacia esa mano y apartarla sin contemplaciones.

—Señor, nos estamos entreteniendo y los niños tienen que cenar —le recordó con rudeza.

Él miró el reloj y afirmó con la cabeza.

—Tenemos que irnos.

—Una lástima. Hay tanto de que hablar y compartir, y no podremos. Mañana tengo sesión de fotos durante todo el día. Y me voy el jueves —dijo Virginia con voz sensual.

—¿No puedes quedarte unos días más? —dijo Jan mirándola con descaro.

—Tengo que viajar a Singapur. Pero hay una solución. Que la niñera lleve a los niños a casa y tú te quedas conmigo. Así disfrutaremos de esta noche.

—Lo siento, pero a pesar de que soy la mejor niñera, el señor Balaguer no me deja conducir si están los niños en el coche —refutó Alondra.

—En esta ocasión, sí puede —dijo él.

—No se manejar los autos automáticos. Lo siento.

—Es con marchas —especificó Jan.

—Hace años que no cojo un volante. Aparte de que no conozco el camino y puedo perderme.

Virginia dejó escapar una risita.

—Jan. Me da la sensación que tú niñera quiere evitar a toda costa que te quedes.

Él levantó las cejas y trazó su media sonrisa.

—¿En serio?

Alondra arrugó la nariz.

—¡Qué tontería! Para que querría yo llevarlo a casa a toda costa. Por mí puede quedarse toda la semana si le apetece con usted. Pero los niños no y el señor Balaguer es el único que puede llevarnos.

Él levantó las palmas en señal de rendición.

—No me queda otra que irme. Pero volveré. Te llamo en cuanto llegue y me dices dónde quedamos.

Virginia sonrió triunfal.

—Claro, cariño. Por nada del mundo podemos dejar de disfrutar de

una noche maravillosa.

Alondra, resoplando, se volteó rudamente y rodeó el coche. Intentó abrir la puerta y ésta se resistió. Jan, divertido, apretó el mando a distancia. Alondra tiró y mirándolo con enojo se subió.

Alondra encendió la tableta y se conectó con Irene.

—¡Ya era hora! Ayer no me llamaste y me has tenido en vilo casi dos días.

—He estado ocupada y cuando quise conectarme no había cobertura.

—Vaya, vaya. ¿Así que el fabuloso señor Balaguer te ha acaparado para él? —dijo Irene guiñándole un ojo.

—¡Claro! Soy su empleada.

—Ese hombre te hace trabajar demasiado. Deberías imponerte, querida. ¡En fin! ¿Qué me cuentas? Dime si la Costa Esmeralda es tan fascinante como se dice. ¿Y es verdad que hay más millonarios por metro cuadrado que en otras partes? ¿Y cómo es la casa de Jan? Supongo que espectacular. ¡Mándame fotos! Ya sabes, por ver su arquitectura.

Alondra bufó.

—¡Madre mía, Irene! Respira.

—Es qué siento mucha curiosidad por saber cómo van esas vacaciones de ensueño.

—Te recuerdo que no estoy de vacaciones —dijo Alondra con desgana.

—¡Uy! Esa cara y ese tono de voz no me indican nada bueno. ¿Qué ha pasado? ¿Otra pelea con el jefe?

—No. Está muy amable. Demasiado.

Irene sonrió con malicia.

—¿Te ha preparado ya una cena a la luz de las velas? ¿Te ha besado? ¿Te ha arropado con su toalla cuando habéis ido a la playa? ¿Te ha comprado flores? ¿Ya habéis viajado en su yate?

—¡Por Dios, Irene! Deja ya de suponer estupideces. Sencillamente aún no se ha enojado conmigo. Y eso me causa desazón —dijo Alondra.

—¿Por qué? Yo diría que eso está fenomenal. La cosa marcha como esperamos.

—En absoluto. Me barrunto que está tramando despedirme.

Irene respingó.

—¿De dónde has sacado esa idea tan absurda? Jan jamás te echará de su lado. Cuidas muy bien de sus hijos; aparte de que le gustas, cariño.

—¡Bobadas! Quién le gusta de verdad es la maravillosa Virginia. ¡Y no veas cómo!

Irene arrugó la nariz.

—¿Quién es esa? ¿De dónde ha salido? ¿Es una rival fuerte?

¡Vamos! ¡Descríbemela!

—Es una conocida de mi jefe. Deduzco que es modelo. Por lo tanto, ya sabes. Una mujer espectacular. Altísima, delgada como un junco, ojos azules y cabello de azabache. Exótica a tope. Y lo mejor que tiene es que sabe cautivar a Jan. Tanto que, esta noche nos ha devuelto a casa y después se ha ido para pasar la noche con ella.

—Y eso te mortifica.

Alondra sacudió la cabeza.

—¿Por qué debería sentirme mal? El señor Balaguer puede hacer lo que quiera.

Irene sonrió con malicia.

—Pero no en cuestión de mujeres. ¿Cierto?

—No con las que frecuenta. No le convienen. Son egoístas, ambiciosas y harían lo que fuese por ser famosas. Sólo pensar que alguna de ellas logre cazarlo me enferma. Se me encoge el estómago. ¿Qué pasaría con los niños? Un padre casi siempre ausente y una esposa que ni los miraría. Serían desgraciados.

—Claro, querida. Lo qué a ti te preocupa mucho son los niños.

—No lo negaré. Mujeres así no son precisamente candidatas a madre del año.

—Ya.

—¿Por qué te empeñas en ver lo que no existe? —se exasperó Alondra.

—Cariño, eres tú la que no te das cuenta de lo qué te pasa. Estás celosa. Muy celosa. Y ya sabes que significa sentirse así.

—¡Bobadas! —exclamó Alondra.

—¿Quieres hacer el favor de ver la realidad de una puñetera vez? Sé valiente, por Dios y acepta que te has enamorado de tu jefe —se enojó Irene.

Alondra se encogió. Últimamente le era imposible permanecer serena ante su presencia. Su corazón se disparaba y le era difícil respirar. Verlo con otras mujeres le provocaba un sufrimiento inaguantable. Pero lo más alarmante era la aspiración irrefrenable de que los sueños eróticos se tornasen realidad.

—Lo único que sé es que lo deseo. Pero eso no significa que sea amor. Jan es un hombre muy guapo y yo llevo mucho tiempo sin… Ya sabes. Es lógico que teniéndolo tan cerca me sienta tan atraída —dijo.

—Alondra, que te has confiado a mí muchas veces y sé que tú nunca has sido de esas que se deja llevar por los instintos más salvajes. Serías incapaz de acostarte con un hombre sin sentir nada especial por él. Deja de engañarte. Lo amas. Y punto.

—Sí, ¿verdad? —musitó ella.

—¿Y a qué viene ese abatimiento? Cariño. Eso significa que estás preparada para amar y que de nuevo sientes ganas de vivir. El pasado

ya no es un impedimento para tú felicidad. Deberías sentirte dichosa.

—Y soy tan lista que me he ido a enamorar de un hombre frío como el hielo y que jamás me querrá.

—El amor no se planifica, cielo. Surge. Y deja de decir bobadas. ¿Por qué Jan no podría enamorarse de ti?

—Él se siente atraído por otro tipo de mujeres. Sofisticadas, elegantes, con un saber estar entre la alta sociedad, bellas, adineradas e inteligentes.

—A parte de la cuestión crematística, te has descrito, cielo.

—Es inútil que intentes animarme. A su lado haría el ridículo y lo pondría en muchos apuros. Ya me conoces. Soy demasiado impulsiva. Desconozco el trato social en el que se desenvuelve. Un hombre tan calculador como él sabe que no soy la mujer que necesita.

Irene soltó un bufido.

—¿Por qué te infravaloras tanto? Eres una mujer muy hermosa, elegante por naturaleza, educada e inteligente. Y no me contradigas de nuevo. Eres especial y maravillosa. Y Jan lo sabe. Y si no se ha dado cuenta, tú le harás ver que está loco por ti.

—Imposible. No sabré cómo. La única vez que enamoré a un hombre fue hace doce años y la verdad, no hice nada especial. Surgió el amor. No tengo la menor idea de cómo seducir —dijo Alondra.

—¡Madre mía! ¿Estás tonta? Tú sola presencia ya es un aliciente. Y si a eso añades los celos, la mezcla estallará. Mira. Andrés está dispuesto a hacer lo necesario para que vosotros dos acabéis juntos.

Alondra la miró atónita.

—No te enteras de nada, cielo. Cuando Andrés y yo nos encontramos de nuevo me dijo que Jan estaba enamorado de ti. Pero como es tan raro… Bueno ya sabes como es Jan, pues me propuso urdir un plan para hacerle ver lo que sentía. Me negué, por supuesto. Pero cuando me convencí de que tú también amabas a Jan me uní a él. Por eso coqueteé con tú querido señor Balaguer, para provocarte celos.

—Y Andrés simuló estar interesado en mí para conseguir el mismo efecto en su amigo. Por eso me invitó a la embajada. Sabía que estaría la prensa y que Jan lo vería. ¡Vaya dos! —dedujo Alondra.

—Lo que causó que tu jefe decidiese ir a Cerdeña para alejarte de él. Más claro, el agua, querida. No está dispuesto a darle una oportunidad a su amigo.

—No se… Si lo hubieses visto como miraba a esa mujer, no dirías lo mismo. Puede que no tenga mucha experiencia en las cuestiones del corazón, pero sé que cuando alguien ama de verdad no siente deseo ni interés por otro. Para Jan no soy nada más que la mujer que cuida a sus hijos y teme que los abandone. Estoy segura de que hará siempre lo imposible para que ningún hombre me haga renunciar al trabajo. Es

puro interés. No busques otra cosa.

—O puede que crea que nunca sentirás algo por él. Es que, perdona, pero hay que poner algo de una para que las cosas progresen y tú estás paralizada. ¿A qué no te has puesto el camisón?

—¡No, por Dios! —se escandalizó Alondra.

—Y seguro que el bañador sería digno de una monja. ¿No será ese verde tan espantoso?

—No puedo quemar mí piel.

—¡Eres un verdadero desastre! Cariño, a los hombres hay que incitarlos para que se den cuenta de lo que tienen delante.

Alondra resopló.

—Hoy estás tonta, Irene. ¿Acaso me ves enfundada en algo tan escandaloso y entrando en su habitación para seducirlo? No lo hice con mi marido, ahora lo haré con mi jefe. ¡Ni lo sueñes!

—Es lo qué has de hacer, preciosa.

—Dejemos de hablar de mí, por favor. ¿Cómo estás tú? ¿Sigues sufriendo por el sinvergüenza de tú marido?

Irene inspiró.

—Sigo dolida. Sin embargo, he llegado a la conclusión que no merece la pena que sufra por ese necio y me he propuesto rehacer mi vida. ¿Con quién? No tengo la menor idea, pero no huiré de las oportunidades. Tú deberías hacer lo mismo.

El teléfono de Irene sonó. Miró quién llamaba.

—Lo siento, cariño. Tengo que atenderla. Es trabajo.

—Claro. Te llamo mañana. Buenas noches.

—O a cualquier hora si me necesitas. ¿De acuerdo? Y piensa en lo que te he dicho. ¡Se valiente y a por él! Buenas noches.

Alondra se dejó caer en la cama. La conversación con Irene en lugar de tranquilizarla la alteró. Reconocer que amaba a Jan lo complicaba todo. ¿Cómo podría permanecer a su lado si algún día se casaba? Ni tan siquiera los niños podrían retenerla. Sufrir no era el estado anímico para cuidarlos como era debido. No tendría más remedio que renunciar a ellos.

—¿Por qué la vida me lo pone tan difícil? —jadeó.

Saltó de la cama y fue a la terraza. La noche era espléndida. El mar se mostraba con reflejos de plata y en el cielo las estrellas atraían la mirada. Un escenario ideal para sentirse feliz. Pero no era así. Justo cuando comenzaba a recuperarse de las heridas del pasado, el corazón volvía a lacerarse. Y estaba convencida de que acabaría roto en mil pedazos por ese amor absurdo y que jamás sería correspondido. Pero le quedaría el consuelo de que en esos pedazos alojaría el cariño de los pequeños. Ese amor que da un hijo. De un hijo que jamás albergó en su vientre.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. No debía llorar. Era una mujer fuerte. Había superado una gran tragedia. La muerte inesperada de su marido y la pérdida de su casa por no poder atender la hipoteca. Ahora no sería distinto. Continuaría ejerciendo su labor sin que nadie supiese de su pesar.

Entró de nuevo en la habitación. Era muy tarde y debía descansar o no rendiría como era debido. Pero el ruido procedente de abajo la paralizó. ¿Qué era eso? ¿Sería Jan que había regresado? No. Estaba pasando una noche maravillosa con esa mujer. ¿Chiara? ¿Un ladrón? ¿Qué debía hacer? ¿Llamar a la policía? Sí. Pero estaban bastante alejados de cualquier población y cuando llegasen tal vez fuese demasiado tarde. Con la piel erizada imaginó la escena. Chiara, ella y los niños masacrados. Tenía que hacer algo para protegerlos.

—Tranquila, Alondra. Tranquila —se dijo.

Salió con cautela de la habitación y a oscuras bajó. Agarró la figura de mármol de la mesita y caminó hacia la cocina, pues de ahí provenía el ruido.

La sombra, enorme, evidencia de que no era la chica italiana, estaba inclinada buscando algo en un armario. Temblando levantó el arma improvisada para golpearle la cabeza. No tuvo ocasión. El intruso se levantó, se dio la vuelta y le aferró el brazo. Ella gritó aterrorizada.

—¡Por Dios! ¿Qué rayos está haciendo, señora Rovira? —exclamó Jan. Abrió la luz y le quitó la figura de mármol.

Alondra, aliviada por no estar ante un maleante, rompió a llorar.

—Pensé… Pensé que era… un asaltante —balbució.

—¿Y pensaba defender el castillo con la figura de Buda? ¡Por Dios! —dijo Jan. La atrajo hacia su pecho y la acurrucó. Apoyó la barbilla en su cabello, cerró los ojos y aspiró su delicioso aroma.

Ella hubiese deseado permanecer entre sus brazos, notando el calor de su cuerpo y sintiéndose tan protegida. Pero se separó. Se enjuagó las lágrimas y le lanzó una mirada furibunda.

—Como usted estaba solazándose con la señorita Virginia, no me quedó más remedio.

—No estoy de acuerdo.

—¿No se divirtió?

—Me refiero a la estupidez que ha cometido. ¿Y si llega a ser un ladrón de verdad? ¿Y si la hubiese atacado? ¡Está usted loca! Podría haberla matado. ¿Acaso no lo pensó? Por supuesto que no. Es usted demasiado impulsiva y no piensa —se enfureció Jan.

—Era una situación desesperada.

El soltó un sonoro bufido.

—Desesperado me tiene usted con sus ideas.

—Claro. Prefiere las de otras mujeres más inteligentes y experimentadas, como la señorita Virginia. ¿Verdad? —le espetó Alondra.

Jan sonrió.

—¿Experimentadas? —inquirió.

—Sí. Mujeres de mundo que saben desenvolverse en cualquier situación. Y la señorita Virginia reúne todos esos requisitos.

—Así es. Y también añadiremos que es hermosa —ratificó para provocarla.

Alondra alzó el mentón.

—Cómo no. Pero no le veo el merito. El bisturí hace milagros.

—¿Y qué problema hay si es para mejorar la belleza natural? — planteó Jan.

—Yo prefiero lo auténtico. Pero si usted se conforma con artificios, es que no tiene buen gusto.

—Hay rosas modificadas genéticamente que seguro le parecen maravillosas.

—Su llegada inesperada ha alterado mí sueño y mis nervios. Si nos enfrascamos en un debate absurdo a estas horas, apenas podré descansar. Así que, con su permiso, me retiraré —dijo Alondra.

Jan le interceptó la salida.

—¿Cómo que inesperada? Esta es mí casa.

—Pero se suponía que pasaría una noche romántica… Mejor dicho, pasional con la maravillosa Virginia.

—¡¿Qué?! —exclamó Jan, atónito por lo que estaba oyendo.

—Al menos es lo que insinuó ella y usted no la contradijo. Más bien

le alegró la propuesta.
—¿Ah, si?
Ella cruzó los brazos bajo el pecho y lo miró con autosuficiencia.
—¿Me lo va a negar? ¡Si fue evidente! ¿Qué hombre podría rechazar una noche apasionada con una modelo tan despampanante? Ninguno. Ya sabemos como es la naturaleza masculina. No puede resistirse a una insinuación. Pero al parecer la velada no ha sido tan fantástica como esperaba porque ha vuelto muy pronto. Ya se sabe. A veces creamos expectativas y nos defraudan. ¡Qué le vamos a hacer!
Él posó los dedos en la frente e inclinó la cabeza sin poner contener una sutil risa.
—No me lo puedo creer. Esto es inaudito.
Alondra arrugó la nariz.
—¿Por qué se ríe? No hay nada gracioso en su proceder. Considero que ha sido del todo inapropiado. ¡Abandonar a sus hijos para irse con… con esa fresca! ¿No le da vergüenza? Pensaba que era usted un hombre íntegro y diferente, y se está comportando como si fuese de lo más vulgar. Ve a una mujer despampanante y cae en sus redes.
Jan se carcajeó.
—Su actitud es muy graciosa, señora Rovira. No se si se da cuenta que se está comportando como una esposa que sido engañada y le está echando en cara a su marido la traición.
Alondra hizo oscilar las manos como si espantase malos espíritus.
—¡Qué tontería! Como una esposa dice. Y encima asegura que me siento traicionada. Usted y yo no tenemos ninguna relación para que me haga sentir consternada por sus devaneos. ¡A mí qué más me da que vaya con una o con otra! Por mí puede hacer lo que más le satisfaga, señor Balaguer. Al fin y al cabo es usted un hombre sin compromisos. Que yo sepa, claro.
—Pues no lo parece. Está exteriorizando todo lo contrario.
—Usted, a pesar de hartarse de decir que carece de imaginación porque es perjudicial, la tiene y desbordante —gruñó Alondra.
Jan hizo rodar el dedo alrededor de la cara.
—En estos meses he aprendido a comprender sus muecas. Ahora está enfadada. Es indudable.
—Y yo he aprendido que a tozudo no le gana nadie. ¡No estoy enfadada! ¿Se entera? ¡No lo estoy! ¡Es indignación! —gritó ella.
—¿Y por qué chilla?
—Porque me saca de quicio.
Jan volvió a sonreír.
—¿Pero no dice que le es indiferente mi modo de proceder?
—¿Sabe qué le digo? Que es muy tarde y estoy agotada. Si me disculpa, regresaré a la cama. Buenas noches —replicó Alondra.
Jan le dejó paso y ella, con aire digno, se marchó.

—Señora Rovira, está usted celosa. Muy celosa — musitó él delineando una tenue sonrisa pícara.

Alondra miró el reloj. Pestañeó dos veces para comprobar que no se equivocaba. ¡Inaudito, se había quedado dormida!

—¡Las diez! —jadeó.

Saltó de la cama, se arregló a toda prisa y bajó corriendo la escalera.

Jan estaba sentado en el salón revisando unos informes y al verla, sonrió.

—Le dije que siempre había una primera vez. Me arrepiento de no haber apostado con usted. Me he perdido el premio tan suculento que habría pensado.

Tenía razón. En cambio, Alondra no quiso dársela.

—Usted ha sido el culpable de que apenas durmiese y no haya escuchado el despertador.

—Me complace ser el protagonista de sus sueños —inquirió él burlón.

Ella ignoró su impertinencia.

—¿Y los niños?

—Con Graziella. ¿Es consciente de qué está ejecutando una tarea que no le corresponde?

—Descuénteme las horas de la nómina. Y añada otra media por el desayuno —contestó Alondra dirigiéndose a la cocina.

Jan se levantó y fue tras ella.

—Me prepararé un café.

—Me parece estupendo —replicó Alondra de mala gana.

—¿Continua enfadada por lo de anoche?

Alondra se sirvió un trozo de bizcocho y un vaso de naranjada.

—¿Yo enfadada? ¿Sigue con esa absurda idea? Lo que estoy es disgustada por su actitud licenciosa.

Jan, riéndose, se rascó la barba.

—Si sigue burlándose, puede que sí me enoje y mucho — gruñó Alondra.

—Es que es gracioso el lenguaje que emplea. Actitud licenciosa. Hacía años que no escuchaba nada igual. Está resultado usted muy anacrónica.

—Es que no soy tan moderna ni abierta como la señorita Virginia. ¡Qué le vamos a hacer!

—Es bueno ser diferente.

—Noto un tono de cinismo. Y no me gusta nada, que lo sepa —le reprochó Alondra.

Él le sirvió un café con leche.

—Beba. A ver si le cambia el humor.

—¿No ve que estoy tomando naranjada? Hoy no tomaré café, gracias.

Jan dejó escapar aire con gesto cansado y regresó a la mesa de trabajo.

—Señora Rovira. Cuando termine vaya a buscar a los niños y los lleva a la playa.

—¿No viene usted?

—Estoy estudiando una propuesta. En cuanto termine, es posible.

Ella lo miró con gesto reprobatorio.

—¿Trabajo? No debería, señor Balaguer. Está de vacaciones. Tiene que pasar todo el tiempo posible con sus hijos y también divertirse. O si no, ¿a qué ha venido, eh?

Jan le guiñó un ojo.

—Lo hice ayer y usted me reprendió.

—¡Uf! Deje ya el tema, por favor —se impacientó Alondra.

—Es que me divierte ver como se altera. Se pone muy bonita —dijo él mirándola con ojos brillantes.

Ella, a pesar de que estaba segura de que le estaba tomando el pelo, se sonrojó hasta las orejas.

—¿Son los planos de un nuevo hotel?

—No. Los diseños de su cuñado.

—¿En serio? ¿Y qué le parecen? —dijo emocionada Alondra.

—No están mal.

Ella se sentó junto a él.

—¿Puedo verlos?

Jan le entregó el portafolio. Alondra miró los bosquejos. Él ladeó la cabeza y se la quedó mirando sin pestañear apenas. Era tan hermosa que le dolía tener que reprimir las ansias de hundir las manos en su cabello de fuego y arrastrarla hacia su boca para devorarla. Ella, tras estudiar el trabajo de Rafael, lo miró con severidad.

—¿Qué no están mal? ¡Venga ya! ¡Son decoraciones sensacionales! Seguro que nunca ha visto un proyecto tan fabuloso. Pero claro, como es mí cuñado y no soy santo de su devoción, pues no es imparcial.

Jan salió del encanto y se apartó.

—¿Qué demonios está diciendo? Nunca he interpuesto mis sentimientos personales para tomar decisiones de trabajo. Además. ¿De dónde ha sacado la absurda idea de que no me cae bien?

—Nuestra relación no es precisamente plácida. Discutimos a causa de qué nuestra manera de pensar es muy distinta.

—Lo que no significa que usted no me agrade. Y volviendo a su cuñado. Reconozco que tiene talento y creo que con algunos retoques podría ser un trabajo perfecto. Sólo habría que pulir algunas cosas erróneas.

—Lógico. Rafael no ha tenido formación.

—¿No ha estudiado diseño? —se extrañó Jan.

El semblante de Alondra se ensombreció.

—Su familia no era adinerada. Emigrantes del Sur, como tantos que llegaron a Barcelona. Es el drama de las clases obreras. Mucho talento, pero poco dinero para estudiar. El justo para ir tirando sin apenas lujos ni caprichos. Rafael comenzó a trabajar a los catorce años como albañil y ahí sigue. Lo que ha visto es producto de aprender por si mismo.

—¿Su marido tampoco estudió una carrera?

—Aprendió mecánica en un taller. Podía poner en funcionamiento cualquier automóvil. Era muy hábil. El nuestro aguantó gracias a él diez años. ¡Ah! Y para que lo sepa, yo también podría arreglar alguna avería, pues me enseñó para salir del apuro y también a conducir todo tipo de autos —dijo Alondra delineando una sonrisa evocadora.

Jan inclinó la cabeza y la miró.

—Es usted una tramposa, señora Rovira. Ayer me dijo que no sabía manejar el coche. Me gustaría saber la razón de porqué mintió.

Ella se levantó aclarándose la garganta.

—Si me disculpa, Graziella deseará que la sustituya y los niños que los lleve a la playa.

Jan agitó al cabeza en señal de impotencia.

—Ya veo que no responderá.

—Los niños estarán nerviosos.

—Vaya. Vaya. Se está haciendo muy tarde. Por cierto. Tengo una invitada, la señorita Virginia. Así que hoy comerá usted con los niños en la cocina.

Ella apretó los dientes.

—Me parece estupendo —dijo. Se dio la vuelta y murmurando improperios fue a por los niños.

Jan la observó satisfecho. Era indudable que se moría de celos. Él, por su parte, moría de deseo por hacerla suya. Y aunque se había dicho que olvidaría las normas, no podía hacerlo. Sería inmoral que una empleada suya fuese al mismo tiempo su amante. Su ética no lo dejaría vivir en paz. No tendría más remedio que despedirla y no podría por sus hijos. Debería controlarse aunque le costase la vida.

Suspiró y volvió a concentrarse en el proyecto de Rafael.

Alondra bajó a la playa con los niños sin poder evitar el malhumor. ¿Así que el señor Balaguer prefería comer con esa modelo a hacerlo con sus hijos y con ella? ¡Era un egoísta! Y después le aseguraba que adoraba a sus pequeños. ¡Mentiroso! Ahora tenía la oportunidad de disfrutar a todas horas con ellos y no lo hacia. Porque, lo más seguro, era que después de comer se irían a algún lugar discreto para disfrutar de su romance. Un hotel discreto. Una botella de champaña, bombones, música sensual. Y por supuesto, Virginia lo haría gozar con

sus habilidades para el sexo.

—Deja de pensar en esas cosas o te volverás loca —cuchicheó, uniéndose a los juegos infantiles.

—Tengo hambre —dijo Manel.

Alondra miró el reloj. El tiempo había transcurrido muy rápido jugando con los pequeños.

—Hay que irse. Vamos, niños.

Subieron la pequeña cuesta hasta llegar a la piscina. Alondra se paró en seco. La supermodelo reía divertida ante la gracia de Jan. Pero esto no era lo peor. Los dos estaban en traje de baño. Ella, por supuesto, no. Lucía un bikini minúsculo que apenas dejaba nada a la imaginación. Compendió la razón de que Jan bebiese los vientos por ella. Ni un gramo de grasa. Delgada como mandaban los cánones y la piel sin una tara. No como ella llena de curvas y con incipientes estrías. Y en ese instante se dio cuenta de que nunca tendría una oportunidad con ese hombre; lo que le produjo unas ganas enormes de llorar.

—Serénate. No hagas el ridículo. Compórtate como una mujer adulta —musitó.

Virginia, al verla, sonrió con maldad. Aquella mujer era bonita. En realidad, mucho; si bien no gozaba de las medidas exigidas para considerarla perfecta. Pero por su experiencia sabía que, aunque no lo confesaran abiertamente, los hombres adoraban las curvas. Tenía mucha suerte de que la niñera no supiese sacarse partido de su físico. Gracias a su ineptitud, no era una rival peligrosa. Nunca podría arrebatarle a Jan.

—Vaya. Pero si tenemos aquí a la niñera perfecta. ¿Se han portado bien los niños o ha debido que reprenderlos? Parecen un poco traviesos.

—Son unos angelitos, ya que su padre, hasta ahora, los ha educado con perseverancia —replicó Alondra enfatizando el “hasta ahora”.

Virginia rodeó con el brazo los hombros de Jan y él le dedicó una sonrisa satisfecha.

—Afortunadamente, hoy en día la tiene a usted para liberarlo de tanta carga y así poder dedicarse a otros menesteres menos delicados y más divertidos. ¿No es así, querido?

Jan volvió a sonreír mirando a Alondra con desfachatez.

Ella, respirando agitada, dijo:

—Si me disculpan, es tarde y he de duchar a los pequeños.

Jan, en cuanto se dio la espalda, dejó de sonreír.

36

Como supuso, Jan y Virginia se marcharon tras la comida. Pero él no durmió afuera. Lo cuál, no hizo que el disgusto de Alondra se evaporase. No era necesaria la noche para dedicarse a practicar sexo. Cualquier hora era buena. Pero aquella mañana no caería en su trampa. No haría comentario alguno sobre lo ocurrido el día anterior con la maravillosa Virginia. Aunque no pudo evitar la punzada en el pecho cuando vio sus ojeras. Sin duda el encuentro íntimo fue salvaje.

—Buenos días.

Ella se limitó a saludarlo con la cabeza. Se sirvió una taza de café y se sentó lo más alejada de Jan.

—El programa de hoy le gustará. Contiene muchas sorpresas. Iremos a Alguer.

—¿Cómo qué aún se habla catalán y que sus calles están rotuladas en ese idioma? Lo sé. No soy tan ignorante como piensa —replicó ella con sequedad.

Jan tomó aire.

—¿Por qué me adjudica opiniones que desconoce?

—Es que me da la sensación de que me infravalora —dijo Alondra haciendo rodar la taza con aire afligido.

—No es cierto —se defendió él.

Ella le brindó una sonrisa amarga.

—¿Ah, no? Casi todo lo que hago le resulta molesto.

—Debe reconocer que nuestros caracteres son muy distintos. A pesar de ello, hay algo que no cambiaría por nada del mundo de usted y es la manera cómo trata a mis hijos.

—No le creo. Lo dice para suavizar su opinión tan negativa.

—Créame. Mis hijos están felices.

—Pero usted me amonesta continuamente por romper sus normas referentes a su educación.

—¿Y si dijese que me ha convencido de mis errores?

Alondra lo miró con la boca abierta.

—No veo la razón de tanto asombro. No soy tan cuadriculado para no reconocer cuando debo cambiar de opinión en algunos aspectos.

—¿En serio?

—No se me emocione tanto. No he dicho que en todos lo haga.

—Algún día lo conseguiré —musitó Alondra.

Jan le dedicó una sonrisa pícara.

—La he oído, señora Rovira. ¿Ha terminado? Pues, en marcha.

La ciudad entusiasmó a Alondra. Amurallada, con una catedral de estilo gótico catalán cuyas escalinatas que conducían al altar estaban talladas en mármol, con incrustaciones del mismo material formando

dibujos espectaculares. Las callejuelas continuaban empedradas como siglos atrás y las tiendas repletas de recuerdos y coral. Pero lo que más le emocionó fue ver los rótulos y poder hablar en un país extranjero en su propia lengua. Lo peor no haber traído el bañador para disfrutar de las playas de arena blanca que bordeaban la ciudad. Pero la desilusión fue compensada al ver como los niños se divirtieron como locos con el viaje en el tren turístico.

A la hora de la comida se decantaron por un pequeño restaurante situado en una plaza encantadora.

—Pediremos espaguetis, surtidos de queso, vino tinto y pannacotta —decidió Jan.

Alondra, incrédula, dejó de mirar la carta.

—¿Seguro que ha calculado bien las calorías? Nos vamos a comer una bomba, señor.

—Como le dije en una ocasión, mañana quemaré los excesos. Y usted, si no recuerdo mal, siempre se mantiene en el mismo peso.

Ella dejó escapar una risa escéptica.

—Mi figura no tiene arreglo. Intenté muchas veces adelgazar, pero fue imposible. Estas curvas son obstinadas.

—Espero que no lo logre nunca —opinó Jan, mirándola con intensidad.

Ella, incómoda, ayudó a Manel a beber.

—Despacio. No te atragantes.

El camarero trajo la comida. De nuevo, Jan se deleitó comiendo y Alondra haciendo muchas fotografías.

—¿Está disfrutando? —le preguntó él.

—Mucho —dijo ella. Y no mentía. El entorno, el clima, el buen humor de su jefe, le estaban proporcionando un bienestar que casi no recordaba.

—Pues ahora lo hará más. Vamos de compras.

—No es necesario. Los niños ya tienen muchos juguetes. Prefiero visitar la Iglesia de San Miquele y su cúpula de azulejos.

—Es usted fascinante. ¿Sabe que es la primera mujer con la que estoy y no quiere ir de tiendas? —dijo él.

—No se haga ilusiones. También disfruto con ello. Pero venir hasta aquí y perderse esa maravilla de iglesia sería un crimen. ¿Vamos?

Alondra pudo recrearse en la visita y después del paseo tranquilo que dieron por las calles de la hermosa ciudad. Aunque Jan no se contuvo de pararse de vez en cuando en algún comercio que le llamaba la atención. En especial en los dedicados a objetos de decoración. Supuso que por su trabajo.

—Entremos aquí —dijo deteniéndose ante una joyería.

Jan le pidió a la dependienta que le mostrara unos broches de coral.

—¿Le parece bien para Carla? —le consultó a Alondra mostrándole uno con forma de rosa

—Perfecto para el suéter blanco. Quedará precioso —dijo ella escrutando el aparador.

—Y ponga también este collar de cuentas. Es para mi suegra —decidió Jan.

—Le encantará. Muy elegante. ¡Ay! ¡Qué pájaro más bonito! ¡Es precioso! ¡Cómo me gusta! —dijo Alondra mirando embelesada la joya.

Jan echó un vistazo. Era un ave de coral con las alas extendidas y un pequeño brillante como ojo.

—Lo es. ¿Cree que será un buen presente?

—Perfecto —afirmó ella.

—Nos lo quedamos. Envuélvalo bien. Es para alguien muy especial —dijo Jan.

Ella borró la sonrisa. ¿Especial? Seguro que se refería a Virginia. ¡Cómo no! La muy desvergonzada había conseguido conquistar al frío señor Balaguer con sus artes amatorias. No cabía la menor duda. Por eso su jefe estaba exageradamente de tan buen humor. Había calmado los ardores de su larga abstinencia.

—¿No se compra nada para usted?

—Mis necesidades no son tan fútiles. No preciso joyas. Si me disculpa, iré a tomar el aire. Hace mucho calor aquí adentro. Vamos, niños —contestó Alondra sin ocultar su mal humor.

Él terminó las compras, merendaron en una cafetería y regresaron a casa. Chiara recogió a los pequeños y los llevó a su cuarto.

—¿Puedo preguntarle qué ha pasado? —le preguntó Jan a Alondra.

—No se a qué se refiere, señor.

—De repente su buen humor ha cambiado. Ha estado en silencio mientras merendábamos y durante todo el viaje. Y su cara refleja disgusto. Y por mucho que lo intento, no logro discernir si he hecho algo que la ha molestado.

—No. No es nada de eso, señor. Es cansancio.

—Señora Rovira…

—Perdone, pero me gustaría darme una ducha y acostarme —dijo ella.

—¿No cenará?

—No tengo apetito, señor. Y espero que no me obligue a hacerlo.

Él se tensó.

—¿De verdad piensa que la obligaría a algo que no deseara?

Alondra suspiró.

—Por supuesto que no, señor. Ya le he dicho que estoy agotada y digo cosas sin sentido. Si me disculpa. Buenas noches.

—Que descanse —le deseó él, mirándola irse con semblante

taciturno.

Graziella se acercó.

—Signore. He dejado la cena preparada. Sopa y fiambres fríos como indicó.

—Gracias. Puede irse.

Él tampoco cenó. Se levantó, subió al piso superior y se detuvo ante la habitación de Alondra.

—Yo sé lo qué te pasa. Lo que nos pasa a los dos. Y me temo que no hay remedio para esta situación.

37

Ahora se arrepentía de no haber cenado. Estaba muerta de hambre. Se levantó y en lugar de bajar a la cocina, primero decidió investigar en el refrigerador de la salita. Sonrió al ver el recipiente de las frutas del bosque. No pudo resistir la tentación de comer una mora antes de regresar a la habitación. Cerró los ojos y suspiró.

Jan quedó embelesado ante la imagen tan distinta a las que estaba acostumbrado. Alondra llevaba un camisón espantoso. Amplio, escote hasta el cuello y mangas cortas. Aún así, le pareció irresistible. La mujer más excitante del mundo. Y mascullando una maldición, incapaz de contener el deseo, decidió quebrantar sus reglas. Con el corazón desbocado caminó hacia ella.

Alondra cogió una frambuesa, la mordisqueó y alzó la mirada. Se le cortó la respiración al ver a Jan avanzar hacia ella. Sus ojos eran dos carbones encendidos. Estaba muy enfadado.

—Yo… Señor Balaguer… Como no cené tenia hambre y… No sabía que los frutos eran suyos… Yo… Lo siento. De verdad. Perdón.

Él le quitó la caja y la tiró. El contenido se esparció por el suelo. Ella abrió los ojos espantada.

—¿Cree que me importan los frutos? —dijo Jan con voz profunda. Le rodeó la cintura con el brazo y con la otra mano la nuca, atrayéndola hacia su pecho.

—Señor Balaguer —gimió Alondra.

—¿Qué me ha hecho, señora Rovira? Por su culpa soy incapaz de pensar con coherencia y estoy dispuesto a infringir mis normas —confesó él.

—¿Qué normas? —jadeó ella.

—Cada una de ellas. La primera, besarla —sentenció él.

Alondra respiró agitada. ¡Dios! ¡Cómo deseaba también besarlo! Pero no podía ceder a la tentación. Lo amaba y para Jan no sería nada más que una aventura y cuando acabase la alejaría de su vida y de sus hijos. Eso la mataría.

—Así que tiene un capricho y no le importa el modo de conseguirlo. ¿Es esa su tan alardeada ética? Suélteme —le reprochó intentando dar a su voz tono de ofensa.

—No me importa la ética, ni la moral. Lo único que sé es que me muero por saborear su boca —dijo Jan, ronco.

Alondra se revolvió.

—¡Qué equivocada estaba con usted! Pensé que era un hombre decente y es usted un vicioso. Ahora que se ha ido la señorita Virginia quiere que la sustituya para aliviar sus ardores. ¡Pues no, señor Balaguer! No soy como ella. Soy una mujer íntegra —le echó en cara.

—Lo sé. Eres muy distinta y es lo que me está volviendo loco —declaró él.

—Sí. Creo que ha perdido la razón. Déjeme.

—No.

—¿Acaso no tiene dignidad y tomará lo que desea a la fuerza? ¿De verdad se sentirá satisfecho después?

Jan la soltó de inmediato. ¿Qué demonios le ocurría? Se estaba comportando de una manera inadmisible. Pero ella tampoco actuaba con honestidad. Alondra mentía. Ansiaba tanto como él perderse en el delirio de la pasión. Apoyó las manos en el frigorífico rodeándola.

—¿A qué tienes miedo?

—Déjeme pasar —le pidió ella.

—¿No quieres responder?

—Por favor —gimió Alondra angustiada.

Jan se apartó y ella le dio la espalda.

—No te vayas —le rogó él.

Alondra, casi a la carrera, se fue. Abrió la puerta de la habitación y pasó el pestiño. En realidad no pensaba que Jan entrase a la fuerza. Pero así tuvo la sensación que estaba más alejada de él. Porque le costó un gran esfuerzo no dejarse arrastrar por el delirio de Jan.

Sintiéndose arder se metió en la cama e intentó dormir. Pero no hizo más que dar vueltas. Encendió la luz de la mesita y cogió el libro. Tras terminar la página fue incapaz de recordar que había leído. Lo tiró sin contemplaciones sobre la cama y se echó a llorar. El momento tan temido había llegado. Jan la echaría de inmediato. Hasta ahora sus diferencias supieron sobrellevarlas, pero ya no sería posible permanecer juntos ante la enfermiza atracción que existía ahora. Debería abandonarlos. Y no podría vivir sin los pequeños.

—Cálmate, Alondra. Cálmate.

La ráfaga de viento penetró con violencia en la habitación haciendo volar la cortina. Se levantó de la cama para cerrar la puerta. Las fuerzas de la Naturaleza se confabularon contra ella. La lluvia cayó como una enorme cortina de agua, junto al relámpago que iluminó la terraza y a la figura masculina que la obligó gritar.

Jan, completamente empapado, la miró con fiereza. Ella quedó fascinada ante la visión de ese hombre que desprendía un instinto salvaje y primitivo. Él, lanzando un suspiro atormentado, caminó hacia Alondra y la abrazó.

—Te besaré y tú te derretirás entre mis brazos porque sé que, a pesar de nuestro pasado, los dos nos deseamos con ferocidad —dijo ronco. Bajó el rostro y se apoderó de esa boca que le despedazaba la sensatez. La besó con hambruna, como nunca besó a ninguna otra. Ni tan siquiera su esposa le provocó esa agonía. Alondra lo atraía como la luz a la polilla. Moría por descubrir como sería el sexo con ella; por

ver su reacción ante sus caricias íntimas. Quería ver a esa mujer pudorosa gozar como una gata salvaje bajo su cuerpo.

Ella se dejó arrastrar por las garras de esa pasión desconocida. No comprendía que le estaba pasando. Ella que siempre fue una mujer contenida, apenas podía amarrar la impaciencia por descubrir a qué mundos nunca explorados podía llevarla ese hombre arrollador. Olvidando el recato alzó las manos y las enredó en su cabello empapado. Él la apretó más contra su cuerpo y Alondra pudo sentir el latir desbocado del corazón de Jan.

Cuando sus bocas se separaron, Alondra tuvo un leve momento de lucidez. Aún estaba a tiempo de controlar la situación. No permitir que sucediese.

—Esto no está bien. No podemos… No es ético. Soy su empleada y…

—Eres la mujer que ambiciono ahora. Y te deseo tanto que estoy enfermo. Cúrame, cariño. Alivia esta fiebre que me consume —le imploró él.

Alondra fue incapaz de amarrar la fortaleza. Permitió que de nuevo la besara haciéndole perder la noción del tiempo. Perdidos en el frenesí cayeron sobre la cama. Jan mordisqueó el lóbulo de su oreja e introdujo las manos bajo el camisón. Sin prisa, comenzó a subir la tela.

—Aún podemos evitar este gran error —imploró ella.

Él alzó la cabeza y la miró con lujuria.

—El verdadero error sería no satisfacer nuestros anhelos. Y tú, en realidad, no quieres que me detenga. Deseas sentirme dentro, muy dentro.

Alondra tragó saliva. Nunca vio en los ojos de un hombre tanta avidez. Y esa codicia borró de un plumazo todos sus miedos convirtiéndola en otra mujer. En un mujer audaz. Ansiosa por recibir los placeres que aquel hombre maravilloso podía regalarle y con la misma impaciencia lo ayudó a que la desnudara.

La mirada de Jan deambuló por su cuerpo. En ese momento, el coraje de Alondra se desmoronó. Seguramente, al verla desnuda, dejaría de desearla.

—No soy como las mujeres que estás acostumbrado. Estoy llena de imperfecciones. Te he decepcionado, ¿verdad? —musitó, sofocada.

Él paseó el dedo por incipiente estría de su cadera. Después lo deslizó hacia arriba y le acarició la mejilla.

—Nunca te avergüences de tú cuerpo. Es perfecto para mí. Toda tú eres preciosa. Me haces perder el juicio. Lo único en lo que puedo pensar es en tenerte entre mis brazos, besarte, acariciarte, hundirme dentro de ti —dijo ronco.

Alondra, sobrecogida por su confesión, tomó el rostro de él entre

las manos y lo besó.

Jan gimió complacido.

—Sabia que eras sensual, cariño. Una mujer hecha para gozar del placer —susurró él. Abandonó su boca y la llevó hasta su seno.

Alondra respingó ante la descarga que se expandió por cada centímetro de su piel cuando Jan lo lamió. Él rió profundo y lo succionó. Ella, ansiosa, lo apartó y le quitó la camiseta. Acarició su pecho cincelado por el ejercicio y Jan aferró su mano mirándola enfebrecido.

—No me toques o no podré contenerme. Quiero amarte despacio. No quiero precipitarme —dijo exhalando un suspiro de agonía.

Alondra introdujo las manos en la cinturilla del pantalón.

—Y yo no puedo esperar. Por favor —jadeó.

Jan, frenético, se desprendió de los pantalones y volvió a posarse sobre ella. La besó con hambruna acariciándola en lo más íntimo, comprobando que estaba preparada para recibirlo. La respiración de ella se tornó angustiosa. Le rodeó la cintura con las piernas dispuesta a ser suya y dejó escapar un suspiro cargado de sensualidad cuando él la penetró.

Jan intentó no perder el control. Pero ambicionaba tanto poseer a esa mujer que le fue imposible. Alondra también deseaba sentir el poder que ejercía sobre él, se unió a sus movimientos impacientes y hundió la cabeza en el pecho de Jan.

—Mírame —le pidió él, deteniéndose.

Ella clavó sus ojos canela en las tinieblas de él, percibiendo la espiral de fuego que amenazaba con hacerla estallar en mil pedazos. Ella se removió impaciente por descubrir el placer que él podía regalarle. Jan permaneció inmóvil.

—Di que me deseas —le rogó.

—Te deseo, Jan —dijo Alondra respirando agitada, incitándole con las caderas. Necesitaba sentirlo. Comprobar que ese hombre maravilloso perdía la razón por ella.

Jan dejó escapar un lamento y se hundió por completo.

—¿Es lo qué quieres? Dime que quieres, Alondra.

—Lo quiero todo de ti —confesó ella.

Jan, exacerbado, se sumergió en ella una y otra vez.

—Soy tuyo, cariño. Tuyo.

Alondra cerró los ojos para sentir con más intensidad las emociones que él le estaba creando. Su respiración se torno angustiosa y se arqueó cuando el placer más exquisito ninguna vez experimentado se expandió por cada milímetro del cuerpo, obligándola a gemir entrecortadamente y a temblar.

—Sí, cielo. Sí —musitó él al ver el éxtasis reflejado en el rostro de Alondra.

Inflamado como nunca, se sacudió casi con fiereza y exhaló un gruñido profundo cuando alcanzó el orgasmo. Resoplando, hundió el rostro en la curva del cuello de ella, percibiendo como el corazón amenazaba con salirse del pecho.

Alondra acarició su cabello sonriendo con placidez. No se arrepentía de haber caído en la tentación. Y ya no le importaba si no sería correcto convertirse en la amante de su jefe. Lo único que deseaba era poder gozar esa pasión devastadora que él podía ofrecerle.

Él permaneció quieto intentando descifrar los sentimientos tan extraños que albergaba. No comprendía que estaba pasando. Siempre quedó satisfecho sexualmente tras acostarse con una mujer. Con su esposa también, además de obtener equilibrio emocional. Pero Alondra le había provocado un sinfín de emociones nuevas. Unos sentimientos que lo asustaban.

—¿Qué te ocurre? ¿He hecho algo mal? —le preguntó ella, pensando que lo había decepcionado y que por eso no se atrevía a mirarla.

Jan la miró. El semblante de Alondra mostraba inquietud. Sonrió dulcemente y paseó el dedo por su mejilla enrojecida.

—Alguien tan perfecto como tú, jamás podría —dijo con vehemencia. Buscó su boca y la besó febril.

Alondra despertó. Había tenido el sueño más erótico de toda su vida. Y por supuesto, como ocurría últimamente, el protagonista no era otro que Jan. Un Jan muy distinto al que conocía. Un hombre apasionado y loco de deseo por ella. En su fantasiosa intimidad él la adoró, le habló con palabras hermosas y le dijo que era la mujer más hermosa del mundo.

Sacudió la cabeza diciéndose que eso no ocurriría jamás. Se desperezó y se sobresaltó cuando el brazo topó con un bulto. Se giró temerosa y ahogó un grito al ver al señor Balaguer. ¡No había soñado! Ni tampoco le quedó la menor esperanza de que no hubiese ocurrido nada entre ellos cuando miró bajo la sábana y vio sus cuerpos desnudos. Sonrojada hasta las orejas se tapó al recordar. En la vida pensó que reaccionaría de una manera tan salvaje a las caricias de un hombre, ni que su cuerpo alcanzase un placer tan exquisito. Pero es que Jan no era un hombre corriente. Era un ser extraordinario. Se recostó de lado y lo miró de nuevo. ¡Dios! Estaba guapísimo dormido. Tuvo la tentación de acariciarlo, pero se contuvo. No quería despertarlo. ¿Qué diría? ¿Qué debería hacer? Nunca se había visto en una situación semejante. Nunca estuvo con otro hombre que no fuese su marido y no sabría como actuar.

Un rictus de consternación cruzó su frente. En ningún momento pensó en Roberto. Ni tampoco experimentó sentimiento de culpa; por el contrario, se sentía más viva que nunca. Era como si los años pasados con el hombre que quiso se hubiesen esparcido de un plumazo.

Jan se removió y ella, asustada, cerró los ojos y simuló dormir. Él alzó la mano y le apartó el mechón. Se acercó más a ella, casi rozándole la frente con la suya y la miró extasiado. ¡Era tan hermosa! Con cuidado posó los labios sobre los suyos. Alondra fue incapaz de resistir el impulso de entreabrirlos. Él la besó lánguidamente.

—¿Sabes qué estás muy apetecible de buena mañana? —suspiró él.

—No es verdad. Estoy horrible —negó ella.

Jan le dedicó aquella media sonrisa irónica.

—¿Piensas que tu fealdad provoca esto?

Alondra ahogó una risita al notar su dureza.

—Yo no me río. Me has obligado a hacerte el amor tres veces. Vas a acabar conmigo, cariño —gruñó él atrayéndola hacia su pecho.

De repente, alguien golpeó la puerta.

—Signora Rovira. Abra, per favore. Traigo a los niños. He de irme. Es urgente. Per favore.

Jan saltó de la cama y Alondra, por unos segundos, no pudo hacer

nada más que recrearse en su cuerpo cincelado. Sacudió la cabeza, se puso el camisón y recogiendo las prendas de él se las lanzó.

—Al baño. ¡Rápido! —le ordenó.

Él se encerró y Alondra, sofocada, abrió.

—¡Te has dormido! —gritó Manel.

—Lo siento, signora. Pero ha surgido un contratiempo y tenemos que marcharnos. Y no encontramos al signore. ¿Le dirá que hasta mañana no podremos venir? Un asunto familiar. No es grave, pero requiere nuestra presencia.

—Por supuesto.

—Grazie.

Manel se tiró sobre la cama y Alondra dejó a Carla junto a él.

—No os mováis. Tengo que vestirme. ¿Entendido? —les ordenó.

—Yo quiero antes un beso —le pidió el niño.

Ella besó a la pequeña y a él le estampó dos sonoros besos en las mejillas.

—¿Contento?

—Sí.

Ella cogió la ropa y entró en el baño.

Jan la miró divertido.

—¿Qué te hace tanta gracia? Es una situación embarazosa. Por poco nos pillan.

—¿Y qué?

—Me gusta guardar mí intimidad. Y eso también va por ti. Date la vuelta.

Él levantó una ceja.

—¿En serio?

Alondra hizo revolotear la mano y Jan le dio la espalda. Ella se vistió a toda prisa. Se lavó la cara, se peinó y se estudió en el espejo.

—Lista. En cuanto salgamos, sales tú.

—Esto es absurdo.

Ella negó con el dedo.

—De absurdo nada. Manel ya tiene una edad que se da cuenta de todo.

—¿Y?

—¿De verdad crees que es momento para un debate? Nos vemos en el salón.

Él le guiñó un ojo.

—Claro, preciosa.

Alondra, con el corazón alborotado, salió del baño y se llevó a los niños. Cinco minutos después bajaba Jan. Sus hijos jugaban sobre la alfombra y Alondra trasteaba en la cocina.

—Hola, papi —lo saludó Manel.

Jan besó a los pequeños y se reunió con Alondra. Sin poder

controlar el impulso, la besó en la nuca.
—Señor Balaguer —jadeó ella.
—¿Ya no soy Jan? —musitó él recorriendo con los labios su hombro.
—En horas de trabajo, no —dijo. Y al momento se arrepintió. Ahora él recapacitaría sobre lo ocurrido y llegaría a la conclusión que fue un error irreparable. Haciendo un esfuerzo enorme por no echarse a llorar, untó las rebanadas de pan con mantequilla.
—Desde ahora estás de vacaciones. Yo me encargaré de mis hijos —decidió Jan, dándole un beso en la mejilla.
—Pero…
Él la obligó a darse la vuelta.
—No hay más que hablar. Ahora desayunemos. Estoy muerto de hambre por culpa de una mujer insaciable —bromeó.
Alondra volvió a ruborizarse. Él le dio un beso en la mejilla. Se sentó y dio un sorbo a la naranjada. Le indicó con la mano que se sentase junto a él y le sirvió café.
—¿Leche?
—Sí, por favor.
Jan miró hacia la puerta de la terraza.
—Parece que amenaza lluvia. Deberemos quedarnos en casa —dijo guiándole un ojo.
Alondra, inquieta, se concentró en remover el azúcar.
—Habrá que entretener a los niños.
Jan la miró con intensidad.
—Todos deberemos encontrar el modo de cómo pasar el tiempo. A mí se me ocurren algunas ideas muy interesantes; más bien placenteras. ¿Te cuento cuáles?
—Por favor —jadeó ella.
Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano.
—Es delicioso ver cómo aún te sonrojas.
—Es ridículo a estas alturas de mí vida.
—A mi me encanta que seas así.
Carla rompió a llorar. Alondra saltó de la banqueta, pero Jan la detuvo.
—Recuerde, señora Rovira, que está de vacaciones. Voy yo. Siga desayunando. Necesitará energía para soportar los planes que tengo para usted hoy.
Alondra notó como el fuego recorría sus entrañas y él rió satisfecho por haber provocado una nueva reacción de timidez en ella. Corrió junto a su hija y la tomó en brazos.
—Manel. Carla es tu hermana y no debes hacerla llorar. Tienes que compartir los juguetes con ella. ¿De acuerdo? Déjale el tren.
—Es que me aburro. Quiero ir a la playa.

—Llueve. No es posible.

—¡Qué rollo! Alondra. ¿Jugamos a la pelota?

—Dentro de la casa no se puede, cariño —se negó ella.

—¡Uff! Entonces… ¡Cantemos! —propuso el pequeño.

—¡Buena idea! —exclamó Alondra.

Jan la miró perplejo.

—No me mires así. Tú hijo y yo nos montamos sesiones de karaoke muy divertidas. Pero hoy lo serán más. Usted, señor Balaguer, se unirá a la fiesta.

—¡Ni lo sueñes! —se negó él.

Ella bajó el rostro y le susurró al oído:

—Cantarás o no nos divertiremos. Y es una pena porque estoy dispuesta a ser traviesa. En realidad, muy, muy traviesa.

Jan tragó saliva.

—¿Mucho? —dijo ronco.

Ella le lamió el lóbulo de la oreja y se alejó dejando a Jan sumido en un fuego que le fue difícil de apagar.

Alondra puso la primera canción. Manel agarró el micro y comenzó a cantar a pleno pulmón, ante el asombro de su padre. Y cuando terminó, lo aplaudieron entusiasmados. Después, Alondra y el niño cantaron y bailaron la coreografía de Coco Câline, una canción de Julien Doré.

Jan, con Carla palmoteando sobre sus rodillas, permaneció embrujado por la imagen que ellos ofrecían. Irradiaban alegría y felicidad. Sentimientos que jamás pensó volver a ver en ellos.

—¡Aplaude! —le pidió su hijo cuando terminaron.

Jan, aún impactado, lo complació.

—Era en francés —musitó.

—Los niños son una esponja. Aprenden rápido.

—Ahora tú, papi. Canta.

—¡Ni hablar! —se negó él.

Alondra le entregó el micro, una lista de canciones y sonriendo a medias, dijo:

—Si no hay canción, no habrá recompensa. ¿Entiendes? Aquí está el catálogo. Elige.

Jan, gruñendo, miró las ofertas.

—Esta.

Alondra lo miró sorprendida. Me haces tanto bien de Amistades Peligrosas.

—¿En serio?

—¿No te gusta? Considero que es muy adecuada para las nuevas circunstancias —dijo Jan guiñando un ojo.

—Siempre pones música clásica cuando estás en el despacho. Pensé que escogerías algo más convencional. Beatles, Julio Iglesias…

—Sé que será un sacrilegio decir esto en voz alta, pero he de confesar que has nombrado a dos que nunca han sido santos de mi devoción. Venga. Dale.

Jan se aclaró la garganta y comenzó a cantar sin dejar de mirarla con ojos llenos de lujuria. Ella quedó hipnotizada. Ese hombre era perfecto. Hasta cantaba de maravilla.

"Que tú me quemas con la punta de tus dedos. Tus manos en mí piel. Me quemas con tú lengua que es de fuego. La sangre hierve o no lo ves. Que tú ya sabes que me tienes cuando quieras. Ya sabes como soy. Ya sabes que me entra la primera. Ahora ya sale algo mejor. Y que calor, me gusta tu infierno. Oh que calor echa más leña al fuego que es abrasador. Ahora está dentro de mí. Me hace sudar me hace volver a ti…".

Las mejillas de Alondra volvieron a encenderse. Aquel hombre conseguía confundirla continuamente. Pensó que era el hombre más

frío de la tierra y descubrió que escondía un volcán en erupción.

—Tengo que cocinar. Tú sigue con ellos —dijo, cuando él terminó.

—Todos haremos la comida. ¿Verdad, Manel? —decidió Jan. Cargó a Carla, la sentó en la silla y se puso un delantal.

Alondra sonrió divertida.

—Ahora señor Balaguer, me dirá que sabe cocinar.

—Un poco, señora Rovira.

—En ese caso, corte cebolla.

Jan levanto la ceja.

—¿Me quiere hacer llorar?

—Dudo que usted llore con facilidad. No intente escaquease, señor —dijo con semblante serio. Abrió una bolsa, una lata de aceitunas y pepinillos, y se los entregó a Manel —.Tú harás la ensalada, cariño.

—¡Qué bien! —palmoteó el niño.

Jan cogió el cuchillo, peló la cebolla y comenzó a cortarla.

—Y dice que sabe un poco. ¡Será tramposo! —murmuró Alondra al ver su gran habilidad.

Él se rió a carcajadas y ella quedó extasiada. Aquel hombre ya no era el mismo que conoció en la entrevista. O tal vez sí lo era y había mantenida oculta su verdadera personalidad.

—¿Qué? —inquirió él.

—Me pregunto que habilidades más me ocultas —refunfuñó Alondra.

Jan se pegó a su oído y con voz sensual, dijo:

—Tras la comida podrás descubrir alguna más, cariño.

Pero los niños se empeñaron en que aquella tarde no tenían sueño y se vieron obligados a permanecer con ellos hasta después de cenar.

—¡Por fin! Hoy no han querido hacer la siesta y ahora pensé que no se dormirían —suspiró Jan. Arropó a los niños, los acarició con ternura y el corazón de Alondra se derritió.

—Se han divertido mucho —dijo ella.

—Ahora nos toca a nosotros.

Alondra, azorada, simuló contener un bostezo.

—Me encantaría… Pero estoy agotada.

—Prometiste hacerme muy feliz —le recordó él.

—No hice tal cosa. Dije que… nos... Ya sabes.

—Sé lo que dijiste y llevo todo el día pensando en ello —dijo tomándola de la mano. La llevó hasta la habitación contigua y la abrazó.

—Jan… Tengo que cuidar a los niños —dijo Alondra.

Él paseó el dedo por el pulso latente de su cuello. Ella no pudo evitar el estremecimiento.

—Duermen como angelitos. Ahora debes atenderme a mí.

Alondra evocó la noche anterior. ¿Cómo pudo comportarse con

tanto atrevimiento? Debería sentirse abochornada. Pero lo cierto era que se sentía muy bien, incluso poderosa. Había conseguido volver loco de pasión a un hombre tan maravilloso como Jan. Ella que siempre se considero una mujer vulgar. Sin embargo, por cómo actuaba él, era evidente que no era así. La deseaba de nuevo. Y esa confirmación apartó sus miedos. Sonrió con sutileza y dijo:

—Me dio vacaciones. Por lo tanto, no estoy obligada a obedecer sus órdenes. ¿Cierto?

—Así es.

—Puedo hacer lo que se me antoje.

—Puede, Señora Rovira. ¿Y qué le apetece?

Ella ladeó la cabeza y miró hacia arriba.

—No se… ¿Dar un paseo? ¿Prepararme una taza de chocolate? ¿Dormir?

Jan le tomó el mentón y la obligó a mirarlo.

—¿No hay otras opciones que te apetezcan más?

—Pues, la verdad, no.

Él rozó su boca con la suya.

—¿Estás segura?

—Del todo, señor Balaguer —dijo Alondra, a pesar de que moría por volver a vivir una noche de pasión.

—Pensé que eras una buena chica. Pero no tienes piedad. Quieres hacerme sufrir.

—¿Yo?

—Sí. Tú. Asumí que anoche fue especial para ti, del mismo modo que lo fue para mí. Y no me digas que no. Hay reacciones que no se pueden simular. Por favor, cariño. No seas mala y hazme feliz de nuevo —mustió Jan con voz seductora.

Ella alzó una ceja.

—¿El señor Balaguer suplicando?

—Y no dejaré de hacerlo hasta que te apiades de mí. ¿Acaso no ves que estoy perdiendo el juicio? Durante todo el día he debido contenerme para no arrastrarte hasta mis brazos y revivir nuestra pasión. Te deseo, Alondra. Me muero de deseo por ti —dijo él buscado su boca.

Ella se dejó empujar por la marea y se hundió en el delirio que ese hombre le provocaba. Cuando estaba en sus brazos todo dejaba de existir. Solamente ellos y su pasión desenfrenada. Pero un sonido lejano consiguió apartarla del embrujo.

—Es Carla— dijo separándose de él. Fue al cuarto de los niños y la cogió en brazos.

Manel, ante el llanto, también despertó.

—Quiero dormir contigo y con papá.

Jan, desde el quicio de la puerta, dejó escapar un sonoro suspiro.

—Temo que la diversión ha terminado.

—Por favor, trae la medicina. Está en el cajón de abajo —le pidió Alondra.

Él se la entregó y ella frotó las encías inflamadas de la niña.

—Espero que se calme.

Jan cogió a su hija.

—Anda. Ve a cambiarte. Ya me cuido yo.

Alondra regresó enfundada en el horrible camisón. Jan no pudo evitar reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Es lo más espantoso que he visto en la vida.

—Pues, a mi me gusta y es cómodo.

—No lo dudo, no.

—Pues anoche… —Calló al darse cuenta de lo que dijo.

Él se acercó a ella, la besó en la mejilla y cuchicheó:

—Lo que sucedió anoche fue maravilloso.

Alondra, sofocada, se apartó.

—Ya has oído a Manel. Quiere que me quede.

—No es necesario. Tienes que descansar. Se dormirá y no apreciará tú ausencia.

—La niña está molesta y puede despertar de nuevo.

Jan suspiró.

—Iré a cambiarme y regreso.

Alondra se acostó en una esquina, dejando a los niños en el centro de la cama. Cuando Jan volvió se tumbó al otro lado.

—Manel ya duerme —susurró ella sacudida por una emoción de falsa nostalgia. Había imaginado esa escena miles de veces junto a su marido y llorado otras tantas al no ver realizado el sueño de formar una familia. Al final, aceptó que su destino era otro. Ahora un nuevo dolor volvía a romperle el corazón; porque estaba segura que cuando Jan terminase con ella la apartaría de sus vidas. Intentando no llorar, hundió la cara en el cabello dorado de Carla.

—Parece que se ha calmado —dijo él recostándose de lado, mirándola con ojos brillantes.

—Sí —dijo Alondra.

—Gracias por cuidar tan bien de mis hijos —dijo él.

Alondra se sobrecogió. Era la primera vez que veía tanta ternura en sus ojos de carbón.

—Será… mejor que durmamos. No vayan a… despertarse.

—Pues, buenas noches. Que tengas dulces sueños —le deseó él con una dulce sonrisa.

—Buenas noches —musitó ella afectada por la situación, intentando no pensar en el final tan doloroso que se acercaba. Cerró los ojos e intentó dormir.

Jan permaneció despierto, mirando a sus hijos y a Alondra dormir, sin poder evitar que su corazón hasta ahora insensibilizado, comenzase a latir acompasado; como si de repente hubiese hallado la paz.

40

Los siguientes días fueron maravillosos para Alondra. Si alguien conocido los hubiese visto podrían asegurar que formaban una hermosa familia. Cada mañana Jan y ella despertaban juntos después de haber disfrutado de una noche de placer. Tras desayunar, con los niños se solazaban de la playa, visitaban lugares fabulosos y olvidaban las estúpidas reglas deleitándose con enormes helados o comidas impensables para Jan, dejando que los niños se divirtiesen como nunca. En cuanto a él se comportó como el amante perfecto. Encantador, atento, razonable y muy apasionado. Y no comprendía la razón. Comparada con las mujeres de su círculo social ella era una mujer corriente y poco versada en las cuestiones de sexo. Pero a Jan esta inexperiencia parecía estimularlo. Cuanto más hacían el amor, más deseaba mostrarle caminos por los que nunca anduvo. Y ella olvidó la timidez y se unió a la fogosidad de ese hombre que le hacia perder la cabeza; y realizar prácticas que en otro tiempo la harían escandalizar. Dejó de pensar que aquello era irreal y en el futuro por primera vez, y se limitó a vivir el momento. Ahora era feliz.

—Se acabó la buena vida. Mañana regresamos a casa —dijo Jan apartándole el mechón de la frente.

—¡Qué pena! Aquí han dejado de existir los problemas —suspiró Alondra.

—¿Qué problemas? —inquirió él, mirándola extrañado.

—Me refiero a los que conlleva lo cotidiano. Ya sabes. La casa, el trabajo, los que provocan los demás… Esto es como nuestra isla privada.

Jan suspiró.

—Cierto. Aquí nadie perturba nuestra paz. Pero aunque uno lo quisiera, no puede estar siempre de vacaciones. Las obligaciones mandan.

—Hay gente adinerada que no ha trabajado nunca —dijo ella.

—¿Te gustaría que yo dejase los negocios?

—¡Oh, no! Me es imposible imaginar al gran Jan Balaguer ocioso —exclamó Alondra.

—Por supuesto. Soy un hombre de acción. No puedo permanecer quieto y junto a ti, menos —musitó él posándose sobre ella.

—Jan. ¿No te agotas nunca? —rió Alondra.

—Tengo un límite, como todos. Pero aún me quedan energías para llevarte al paraíso una vez más, preciosa —aseguró él.

—¿Sabes que eres muy presuntuoso? —bromeó ella.

Él respiró hondo.

—Hacia tiempo que no decía esto y ya lo echaba en falta. Tengo

que otro defecto que añadir a la lista.

—Tonto —rió Alondra.

—Uno más —dijo Jan.

Ella le rodeó las mejillas con las manos.

—Calla y bésame de una maldita vez —le exigió.

Se unieron en un beso apasionado y se olvidaron del mundo.

Al día siguiente, cuando el avión comenzó a alejarlos de la isla, la realidad volvió a golpear a Alondra con toda su fuerza.

—No me gusta verte triste, cielo —dijo él besándole la mano.

—No es tristeza. Es pena por volver a lo cotidiano —dijo en apenas un susurro.

—¿Piensas que esto ha sido un sueño del qué despertarás? No pienses eso, Alondra. Tú no has sido una aventura de verano. Eres especial.

Puede que él lo creyese sinceramente, pensó ella, pero sabía que al llegar a casa, todo cambiaría. Ocultando la aflicción, lo besó en la mejilla.

—Voy a darle la papilla a Carla.

Unas horas después cruzaron la puerta de la casa de Barcelona. El escenario idílico ya no estaba. Ahora volverían a estar inmersos en la vida real. Jan sería el exitoso empresario con su formalidad, obligaciones y sus normas. Ella sería de nuevo la señora Rovira, la niñera de sus hijos, su empleada.

—Bienvenidos. Los he echado de menos —los saludó Agustina.

—Y nosotros —dijo Alondra.

—¡Agustina! —gritó Manel.

—¿Cuántas veces he de decir que no corras? —lo amonestó su padre.

El corazón de Alondra se encogió. En Cerdeña nunca mantuvo esa regla. Un aviso de que el sueño había terminado.

La mujer estrechó al niño contra su pecho y le llenó la cara de besos.

—Pero… ¡Qué moreno está mí niño! ¿Has ido mucho a la playa?

—Sí. Y he hecho muchos castillos de arena.

—Señor. Llevaré a los niños a la cocina, así ustedes podrán descansar. A las nueve estará la cena lista.

—Gracias. ¿Vamos?

—Sí, señor —musitó Alondra.

—¿Señor? —inquirió Jan.

—Delante del servicio tenemos que ser prudentes —susurró Alondra

Jan le cogió la maleta.

—No puedo permitir que una dama cargue con ella.

Alondra comenzó a subir la escalera. Jan clavó la mirada en el

movimiento acompasado de sus caderas y el fuego se expandió sin que pudiese remediarlo. ¡Señor! Aquella mujer lograba hacerle perder el control y no estaba acostumbrado. Pero no le molestaba. Por el contrario, era novedoso y estimulante dejarse llevar por los instintos más animales, sin planificaciones ni horarios.

—Dame —dijo ella entrando en la habitación.

Jan la siguió y dejó la maleta en el suelo.

—Gracias —dijo Alondra.

Él cerró la puerta, la agarró de la muñeca, tiró de ella y la pegó a la pared, mirándola con lujuria.

—Llevo todo el día deseando que llegase este momento. Me tienes loco, cariño —musitó mordiéndole la oreja.

—Jan. Aquí no.

—¿En mi habitación entonces?

—Abajo está Agustina. Puede escucharnos. Me moriría de vergüenza. Espera a que se marche. Ten sensatez. Te lo ruego —jadeó Alondra.

—No puedo esperar. Y es por tú culpa. Me has provocado. Eres muy mala —dijo ronco buscando su boca.

Ella se apartó.

—¿Qué te he provocado? ¿Cuándo?

—Ahora mismo, con el meneo de tus nalgas. Me has puesto muy caliente, cariño.

—Jan, por favor —jadeó Alondra, sonrojándose.

—Pensé que te habías acostumbrado a que el sesudo y frío señor Balaguer te hable de una manera tan soez. Al fin y al cabo, si me he vuelto tan descarado, es por tú culpa. Me obligas a comportarme como un animal insaciable.

Alondra sonrió seductoramente.

—A mí no me eches la culpa de que seas tan disoluto.

Él dejó escapar una sonora carcajada.

—Disoluto. Cariño. No dejas de asombrarme. Ni de trastornarme.

—Pues, recupérate —le pidió Alondra.

Jan no la escuchó. Deslizó las manos y las introdujo bajo el vestido.

—Sólo hay un modo de calmarme.

—Jan. Para. Por favor —le pidió ella, sofocada.

Él chasqueó la lengua y hundió la cara en su cuello. La besó con dulzura, al tiempo que sus manos acariciaban el interior de sus muslos. Ella suspiró ante la incapacidad de rechazarlo. Alzó las manos y retorciéndose, le rodeó la nuca.

—¿Qué me has hecho? He perdido la voluntad —gimió Jan inflamado ante su reacción tan sensual.

—Adoro el Jan espontáneo y todo lo que me hace sentir —le susurró ella al oído.

Él acarició su intimidad.

—¿Qué sientes ahora? Dímelo.

Alondra, sacudida por una descarga de intenso placer fue incapaz de contestar y se aferró a sus hombros respirando agitada.

Jan dejó de pensar y se dejó arrastrar por una ambición irracional y salvaje. Quería marcarla a fuego para que jamás deseara a otro hombre que no fuese él. Alondra era suya. Y siempre lo sería. Siempre, pensó besándola con fiereza.

41

Jan besó a Alondra con glotonería antes de ir a la empresa. Nunca se le pasó por la cabeza que terminaría embrujado por una mujer como ella; por alguien tan distinto a él. Pero lo cierto era que ya no podía prescindir de sus arrebatos, ni de su verborrea incontrolable, ni de su ingenuidad, ni de su erotismo. Era tanto el hechizo que ejercía sobre él, que apenas podía soportar estar alejado de ella. Jamás experimentó nada igual.

La besó una vez más y partió hacia la compañía.

Durante la mañana tuvo una reunión tras otra y al mediodía decidió salir a comer en compañía de Andrés a su restaurante favorito, un local especializado en comida vegetariana.

—¿No está buena la lasaña? —le preguntó Andrés, al percatarse de su inapetencia.

—Sí. Como siempre —respondió Jan removiendo con el tenedor la bechamel, pensando en las comidas mucho más apetitosas que disfrutó con Alondra. Esbozó una leve sonrisa. No recordaba haberse sentido tan libre en el pasado. Siempre estuvo atado por la etiqueta y la contención. El arrebato era impensable. Sin embargo, con ella era lo más natural. En realidad, en los últimos meses su vida había cambiado mucho. El dolor, la tristeza, la apatía, ya no lo atormentaban. Una brisa fresca borró de un plumazo sus penas. Y esa brisa era Alondra.

—Jan. Jan. ¡Eh! Te estoy hablando.

Jan sacudió la cabeza.

—¿Si?

—Estás en las nubes. ¿Qué pasa?

—Nada, Andrés. Sólo pensaba.

—¿En qué? —insistió su amigo.

—¿A qué viene esa curiosidad? Centrémonos en la propuesta —dijo Jan.

—Esto es más importante. Desde que llegaste de Cerdeña estás muy raro. Pero que muy raro. ¿Qué pasó allí? Vamos, cuenta.

—¿Qué iba a pasar? Nada digno de destacar —respondió Jan removiéndose inquieto.

Andrés lo miró con fijeza. Mentía. En sus ojos no existía ese halo de melancolía y su postura ya no era tan rígida. Incluso en alguna ocasión lo había visto sonreír sin motivo alguno.

—Te conozco, amigo. A tú regreso ya no parecías el mismo. Y después, cosa extraña en ti, volviste a tomar un mes de vacaciones. Y por primera vez, acompañado de tu niñera y sin la presencia de tus suegros. ¿Y qué pasó? Que el Jan que todos conocíamos al volver ya no existía.

—¡Bobadas! —exclamó Jan.

—¿De verdad no me lo contarás qué está pasando? Recuerda que soy tú mejor amigo. Puedo, si tienes dudas, aconsejarte o si tienes penas, puedes llorar sobre mí hombro. Aunque, esto último no sucederá. No se… Observo un brillo nuevo en tú mirada. Y aunque me lo negarás, te he visto suspirar… ¡Ay! Ya sé lo qué es. Estás enamorado.

Jan soltó un largo bufido.

—Hoy estás inaguantable. Será mejor que pagues y regresemos al trabajo.

—De aquí no nos movemos hasta que me lo cuentes todo. Por favor, Jan. Por una vez en tú vida no escondas los sentimientos.

Jan tomó aire por la nariz.

—Mi vida ya no es cómo antes y me siento confuso.

Andrés sonrió con aire autosuficiente.

—El terremoto Alondra, ¿verdad? Es lógico, amigo. Es una mujer arrolladora, hermosa y fascinante. Es fácil enamorarse de ella.

Jan, inquieto, se mordió el labio interior.

—¿Tú estás enamorado?

—No te alteres. No soy ningún rival. Nunca lo he sido. Es toda tuya —dijo Andrés.

Jan frunció la frente.

—¿De qué demonios hablas? No estoy enamorado.

—Lo que tú digas.

—No lo estoy.

—Vale —suspiró Andrés, alzando la mano para pedir la cuenta.

Jan terminó el vino y jugueteó con la copa con aire pensativo. ¿Estaba enamorado? No lo creía posible. Ya lo estuvo una vez y no albergaba el mismo sentimiento. Cuando conoció a Luisa no estalló ese arrebato irracional; si no que sus sentimientos amorosos crecieron poco a poco, a medida que iban tratándose. Se dio cuenta que era la mujer con la que debía compartir el resto de sus días; ya que se complementaban a la perfección. Los dos pertenecían al mismo círculo social, aspiraban a las mismas metas, gozaban de los mismos gustos y del mismo deseo sexual. La vida era plácida, ordenada y completa cuando llegó el primer hijo. En cambio, Alondra revolucionó su vida. Desde el primer instante que se conocieron, provocó un vendaval que amenazó con arrasar todo lo construido. Y lo hizo. Ella le arrancó la prudencia obligándolo a romper sus normas. Dejó de ser el hombre paciente para estallar enfurecido, de aceptar licencias hacia sus hijos y de experimentar por primera vez celos por una mujer alocada, candorosa en ocasiones y en otras, tan voluptuosa que lo hacía enloquecer de deseo.

—Creo que Alondra me atrae. Pero amor… No provoca en mí los

mismos sentimientos que Luisa —dijo en apenas un susurro Jan.

Andrés sirvió mas vino y dieron un sorbo.

—¿Quieres qué te hable con franqueza? Por supuesto que no sientes lo mismo. Con Luisa tuviste un matrimonio perfecto. ¿Y sabes la razón? No había amor.

—¿Cómo puedes decir eso? Quise muchísimo a mi esposa —se indignó Jan.

—Cierto. Pero, ¿amor? No, amigo mío. Cariño, sí.

—¡Qué sabrás tú! —exclamó Jan.

—El amor no sabe de convencionalismos, ni de compatibilidades, ni de ir de la mano de la persona que tiene nuestros mismos objetivos. El amor romántico se desata en el lugar, a veces, menos adecuado. Entre dos seres tan distintos que nunca pudieron imaginar que cayeran rendidos a la pasión. A una exaltación desenfrenada que los obliga a olvidar todo lo que creyeron antes y buscar nuevos horizontes.

Jan lo miró pasmado.

—¿En serio estoy ante el conquistador Andrés Alquezar o un doble?

Él dejó escapar una media carcajada.

—Te aseguro que sé de lo qué hablo. Una vez dejé escapar a la mujer que me habría hecho el hombre más feliz de este mundo.

—Irene.

Andrés alzó la vista.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Hay miradas que no engañan.

—Y lo dice el hombre que se come a Alondra con los ojos. Mira. Con Luisa no ocurrió nada de eso. Nunca la miraste de esa manera. Ni fuiste espontáneo, ni perdiste los papeles, ni te mostraste como un bruto celoso. Vuestro matrimonio fue una convivencia entre dos amigos que se tenían mucho cariño. Eso fue todo. Y si no has ido más allá con tú niñera, es por tú sentido de la ética.

Él hizo rodar la copa entre los dedos.

—La he perdido —dijo avergonzado.

Su amigo parpadeó incrédulo.

—¿Te has…? ¿Es lo qué pienso?

Jan asintió.

—¡Joder! Has quebrantado tus principios. Esto va en serio.

—No lo se… Ya te he dicho que estoy confundido. Sé que ella me atrae como un imán. ¿Es eso amor o pasión? No puedo discernirlo aún. ¡Dios! Por primera vez me siento perdido —se lamentó Jan revolviéndose el cabello.

—Amigo, te comprendo. Yo estuve en la misma situación, hasta que comprendí que amaba locamente a Irene.

—¿Estáis saliendo?

Andrés limpió de migajas el mantel con aire circunspecto.

—No. Ella aún recuerda a ese crápula de la universidad que la lastimó tanto.

—Nunca me hablaste de ello. ¿Qué ocurrió?

—Ella me gustaba. Es decir, mucho más que las otras mujeres. Pero como era un idiota, no comprendí que estaba enamorado, ni que ella también me quería, y nunca le dije nada. Irene, entonces, comenzó a tontear con el que ahora es su ex marido y yo, despechado me lié con la era su mejor amiga. No me lo perdonó nunca. Después intenté olvidarla con una mujer tras otra y no pude. En realidad, aún no he podido. ¡En fin! Es pasado. Pero tú estas viviendo en el presente. Hazme caso. No pierdas la oportunidad que te está dando la vida. ¡Bien! En marcha. Hendrich nos espera.

42

La angustia estaba carcomiendo a Alondra. Eran ya las diez y Jan no había regresado a casa; y lo peor de todo, no había llamado.

—Ha ocurrido algo horrible. Lo sé. ¡Dios mío! Otra vez no. Otra vez no. No puedo pasar por esto. No podré soportarlo. Me moriré —jadeó sin poder dejar de ir de un lado a otro del salón.

—Alondra, cálmate. Seguro que llegará enseguida —le pidió Agustina.

—Deberíamos averiguar en los hospitales y comisarías.

—No exageres, mujer.

—¡¿Cómo qué no?! El señor Balaguer es muy escrupuloso con referencia a sus actividades. Siempre nos informa para poder localizarlo. Hoy no tenía reuniones y tiene el móvil desconectado. ¡Y no nos ha llamado! Le ha ocurrido algo —exclamó Alondra.

Agustina observó su rostro lívido.

—Serénate. Te va a dar algo.

Alondra se tambaleó. Agustina corrió hacia ella y la sujetó.

—Me siento mareada.

Agustina la ayudó a tumbarse en el sofá. Fue a la cocina y le trajo un vaso de agua.

—Bebe. Te hará bien.

Alondra tomó unos sorbos y reclinó la cabeza.

—¿Mejor?

El sonido de la puerta la hizo sonreír.

—¿Lo ves, exagerada? El señor ya está aquí.

Jan, al ver a Alondra tumbada, corrió hacia ella. Se arrodilló y con semblante preocupado tocó su frente.

—¿Qué le ocurre? ¿Tiene fiebre? ¿Está enferma?

—No es nada grave, señor. Un simple mareo.

—Agustina, llama al médico.

Alondra negó con la mano y se incorporó.

—Estoy bien. De verdad.

—Estas cosas tienen que reconocerse. Puede ser síntoma de algo más importante. Llama.

—¡He dicho que no! —gritó Alondra, mirando iracunda a Jan.

—Está bien. Está bien. No lo llamaremos. No te alteres. Agustina. Puedes irte.

—Señor, tal vez deba quedarme.

—No es necesario. Ya estoy bien. No exageremos. Ya ha hecho usted bastante quedándose tan tarde. Tiene que descansar —dijo Alondra.

—Como deseen. Buenas noches. Si me necesitan, no duden en

llamarme.

—No será necesario.

—Buenas noches. Y gracias, Agustina.

—No tiene que dármelas, señor —dijo la mujer cerrando la puerta tras ella.

Jan acarició la mejilla de Alondra con dulzura.

—¿De verdad estás bien?

Ella se levantó airada.

—¡No! No lo estoy. ¿Puedes imaginar lo que he estado pasando? No. Por supuesto que no. El señor llega tarde, tiene el teléfono apagado y no se molesta en avisar. ¿Sabes lo que he llegado a pensar? ¿Eh?

Él comprendió su histerismo. Por unas horas revivió el horror del pasado.

—Lo siento. Tuve una reunión de improviso. Ha sido intensa y larga; y cuando me he dado cuenta ya era tarde —se disculpó.

—Pues a partir de ahora, siempre que te retrases, me llamarás. ¿Entendido? ¡Siempre! No quiero soportar esa angustia nunca más —sollozó.

Jan la abrazó. Él tampoco podría soportar que le ocurriese algo. En realidad, estaba convencido que su pérdida no la superaría. Alondra se había clavado muy hondo en su corazón y le sería imposible respirar si ella no estuviese a su lado. La necesitaba en su vida. La necesitaba para ser feliz. Ya no podía negar que estaba muy enamorado de ella.

—Claro, cariño. Pero tú tampoco me preocuparás. Así que, mañana irás al médico.

Alondra se sorbió la nariz.

—No estoy enferma. Han sido los nervios. He soportado mucha tensión pensando que te había ocurrido una desgracia.

—Pues yo ahora estoy inquieto. Todos nuestros empleados pasan una revisión anual. Tú no eres una excepción. A primera hora irás.

—Jan…

—No hay discusión posible. No estaré tranquilo hasta que sepa que no te ocurre nada. Ahora, voy a llevarte a la cama.

—No creas que seduciéndome te perdonaré.

—Eso, lo veremos —sonrió Jan.

Cómo siempre, lo hizo. Pero no consiguió que Jan apartara la idea de que fuese al médico. Él mismo llamó a la clínica comentando el incidente del mareo, exigiendo que fuese examinada con meticulosidad y la llevó antes de ir a la oficina.

El reconocimiento que le hicieron a Alondra fue tan exhaustivo que pasó la mañana en la clínica.

—¿Todo bien doctor, verdad?

—Falta el análisis. Por lo demás, está usted muy sana.

—Ya le dije que el señor Balaguer se estaba preocupando por nada.

—Bueno. El mareo, como es natural, se debió al embarazo.

Ella parpadeó perpleja. Seguro que había escuchado mal.

—¿Cómo ha dicho?

El médico se reclinó en el respaldo de la silla.

—Que espera usted un hijo. ¿No lo sabía? ¿Cómo es posible?

—En los ocho años de matrimonio nunca quedé embarazada. ¿Está usted seguro?

—Del todo. ¿Nunca se hicieron las pruebas de la causa de su esterilidad?

—No. Pensé que… no podía tener hijos.

—La Naturaleza es caprichosa. Años infecundos para después convertirse en prolíficos. Conozco casos que han tenido tres hijos después. Puede que este sea su destino. Su esposo saltará de alegría. Ahora cuídese. Está de diez semanas y ya sabe que los embarazos no son seguros hasta pasados los tres meses.

—Si… Por supuesto —musitó Alondra intentando asimilar la noticia.

El doctor se levantó y le estrechó la mano.

—Felicidades, señora Rovira.

—Gracias… ¿Doctor?

—¿Si?

—Sé que la revisión es para la empresa. No obstante, le rogaría que no les dijese nada de mi estado. ¿Podrá? —le pidió Alondra.

—Los resultados no pueden divulgarse a nadie que no sea el interesado. No se preocupe.

—Gracias, de nuevo.

Alondra abandonó la clínica en estado de shock, incapaz de asimilar lo que le estaba ocurriendo. Desesperada, paró un taxi y fue al estudio de Irene.

Ésta, cuando abrió la puerta y vio el llanto de su amiga, se asustó.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha despedido ese ogro? ¡Dime! ¿Qué te ocurre? ¡No me asustes, por favor! ¡Habla o me dará un ataque!

Alondra no pudo contestar y rompió a llorar con más desgarro. Irene la llevó hasta el sofá y le preparó una tisana.

—Bebe. Y serénate, por favor. Me estás preocupando realmente.

Alondra, tras tomar la tila, se serenó.

—¿Y bien? ¿Me cuentas?

—Hoy… he ido al médico.

—¡Ay, Dios! Estás enferma y al parecer grave. ¿Qué tienes? ¿Di? No me digas lo que imagino. Por favor, no —exclamó Irene espantada.

—Es mucho peor. Estoy… Estoy… embarazada.

El semblante de su amiga se tornó lívido.

—¿Cómo has dicho?

—Voy a tener un bebé.

Irene se dejó caer en la butaca.

—Pero… Tú durante años no… ¡Madre mía! Es de Jan. ¿Verdad? ¿Desde cuándo os acostáis? ¿Y por qué no me lo contaste? ¡Habla!

—Somos amantes desde que fuimos a Cerdeña. ¡Dios mío! ¿Qué le voy a decir?

—Pues qué va a ser padre. Así de simple.

Alondra se sorbió la nariz.

—No puedo. Se enfurecerá.

—¿Y qué? Él también es responsable de esto. ¡Qué hubiese tomado medidas!

—Me reprochará lo mismo.

—Tú pensabas que eras infértil. Pero al parecer, la culpa era de tú marido.

Alondra hundió el rostro entre las manos.

—Durante años he deseado ser madre. Y ahora, cuando debería saltar de felicidad, estoy aterrorizada.

—¿Por qué?

—Hasta ahora nuestra relación es maravillosa. Pero nunca hemos hablado del futuro. ¿Y sabes la razón? Sencillamente porque en los planes de él no tengo cabida. Siempre he sido consciente y a pesar de ello, acepté convertirme en su amante. Nunca me verá como la mujer que puede compartir su vida ante los demás. Cuando el diga que estoy embarazada me despedirá y no podré soportarlo.

Irene le tomó las manos entre las suyas.

—Lo amas, ¿verdad?

—Sí, con toda el alma. Y también a sus hijos. ¿Qué voy a hacer?

—Cariño. No debes tener miedo. Puede que estés equivocada y sí te ame.

—Me ame o no, es consciente que no soy la esposa adecuada que necesita.

—¡Maldita sea, Alondra! Otra vez despreciándote. Eres tan valiosa como el resto de mujeres. Así que, díselo y si no te acepta, mándalo a la mierda. Asume sola el embarazo. Tú hijo te dará todo el amor del mundo. ¿De acuerdo?

Jan se sentía pletórico. Alondra le había hecho el regalo más hermoso que un ser humano podía hacer: Permitirle conocer el verdadero amor. Porque Andrés estaba en lo cierto. Nunca estuvo enamorado de Luisa. La quiso, sí. Pero su corazón jamás perdió su ritmo pausado junto a ella, ni renunció a trabajar hasta bien entrada la noche para regresar a casa y correr hacia sus brazos. En cambio, Alondra era su paraíso particular. Era la orilla que se alcanzaba después de un naufragio y en la que descansaba su alma atormentada. Ella borró con su dulzura la cicatriz que lo convirtió en un hombre amargado y solitario. Lo había devuelto a la vida.

En cambio, su matrimonio fue como una asociación donde los dos miembros tenían adjudicado su papel y nunca se les pasó por la cabeza saltarse las normas. Todos lo años fueron organizados, sin dar cabida a la espontaneidad ni a la flaqueza. Ni tan siquiera con la llegada de Manel sus actitudes cambiaron. Por el contrario, a él también le aplicaron reglas que consideraron convenientes para su futuro. Y cuando Luisa murió, se encerró en ese mundo sin permitir que nadie perturbara su subsistencia; porque creyó que jamás volvería a recuperarse de la pérdida de su compañera de vida.

Pero la llegada de Alondra trastornó ese mundo ideal. Su sola presencia logró que una bocanada de aire fresco le hiciese volver a respirar. Aquella mujer vivaracha e impertinente, con sus discusiones acaloradas, logró que la vida para él comenzase a tener sentido. En realidad, un nuevo sentido. Le gustaba llegar a casa y verla jugar con sus hijos. Oír su voz melodiosa cantándole una nana a su pequeña o reñir dulcemente a Manel cuando lo pillaba en una travesura, o a él mismo reprochándole algún error con esa sinceridad que nunca encontró en otra. Alondra le trajo algo que creyó tener y que en realidad nunca tuvo y era sentir que formaba parte de una verdadera familia. Y desde ese momento no concibió la vida sin su niñera; aunque lo volviese loco. Porque su sola presencia le provocaba taquicardia y su ausencia, un vacío en el corazón. Y se había jurado que nunca se iría de su vida.

Palpó el bolsillo para comprobar, una vez más, que llevaba la cajita. Sonrió al pensar como reaccionaria ella. Se sentiría muy feliz y aceptaría casarse; ya que lo amaba tanto como él a ella. No tenía la menor duda. Alondra era tan transparente que le era imposible ocultar sus sentimientos. En sus ojos ya no existía esa sombra que trajo la pérdida de su marido. Ahora destellaban de felicidad y era gracias a él.

Nervioso e impaciente entró en casa. Fue a la cocina y saludó a

Agustina que estaba con los niños.

—La cena fría que usted me pidió está preparada, señor —le comunicó.

—¡Estupendo! En ese caso, hoy ya puedes irte.

—¿Cuidará usted de los niños? Alondra no está.

—¿Cómo que no está? —inquirió Jan.

—Me llamó. Dijo que estaba en casa de su amiga Irene y que llegaría un poco tarde. ¿No sabía nada, señor?

Jan se rascó la barba con gesto inquieto. No lo había llamado tras salir de la clínica. ¿Habría recibido malas noticias y estaría Irene consolándola? Aquella sola idea le cortó la respiración.

—¿Se…? ¿Se la veía preocupada? —balbució.

—No. ¿Por qué? ¿Ocurre algo? —preguntó, con preocupación, la mujer.

—No. Nada. ¿Antes de irte puede ir a acostar a los niños?

—Lo haré encantada, señor.

Media hora después de que ella se marchara, sin dejar de mirar el reloj, su templanza innata comenzó a descomponerse. El miedo lo invadió. Aquel silencio por parte de Alondra no podía significar nada bueno. Temblando, decidió llamarla. Pero antes de marcar el último número, la puerta se abrió.

—¡Alondra! —exclamó avanzando hacia ella a grandes zancadas. Aliviado, notando como sus ojos se humedecían, la abrazó.—¿Por qué no me has llamado? ¿Qué ha dicho el doctor? ¿Estás bien? No te pasa nada, ¿verdad? Dime que no.

Ella cerró los ojos y aspiró su aroma. Quería recordar cada uno de sus detalles y de las sensaciones que le provocaba cuando la estrechaba entre sus brazos. Porque cuando conociese su estado la despreciaría. Aunque no tenía que ser en ese instante. Podía ocultar su embarazo y así continuar siendo feliz hasta que fuese imposible callar. Pero la agonía sería mucho más dolorosa después. Tenía que ser valiente y enfrentarse al destino que le aguardaba. A renunciar a su verdadero amor. Conteniendo las ganas de llorar, se apartó.

—No estoy enferma —dijo en apenas un murmullo.

Él suspiró aliviado y le besó la frente.

—Me has tenido muy preocupado, cariño. A partir de ahora, yo también quiero que cuando diga que me llames, me llamas. ¿De acuerdo?

Alondra sonrió con tristeza. Ya no habría un a partir de ahora. El embarazo la apartaría de Jan. Pero al mismo tiempo, le quedaría el consuelo de que el bebé mitigaría el sufrimiento por la pérdida de esa felicidad que fue tan efímera.

—¿Dónde están los niños? —preguntó, sintiendo como el corazón se le partía. La vida era muy injusta. Perdería el amor y a los niños

que adoraba como si fuesen suyos.

—Los acostó Agustina. A partir de ahora la noche es nuestra —dijo Jan buscando su boca.

Alondra se apartó. Él la miró extrañado.

—¿Qué pasa?

Ella, nerviosa, se mordió el labio.

—Jan… Yo… He de decirte que…

—Dime, cielo.

—Tengo que comunicarte algo muy… importante.

—Bien. Adelante, amor —la animó él, sonriéndole.

Alondra se frotó las manos.

—Has dicho que estás bien, pero estoy comenzando a inquietarme. Dilo ya, por favor —le pidió él.

Ella se sentó en el diván. Jan lo hizo junto a ella y la miró expectante.

—Ya te… he dicho que… no estoy enferma. Pero, estoy… —Alondra calló y bajó la mirada. Y sin apenas voz, dijo: Estoy embarazada.

Jan parpadeó con desconcierto.

—¿Embarazada, dices?

Ella asintió.

La respiración de Jan se aceleró. No era posible. No podía estar ocurriéndole algo tan atroz.

—Dijiste que no podías tener hijos. ¿Y ahora me vienes con esas? —siseó.

Alondra alzó la mirada.

—Nunca afirmé tal cosa —refutó asustada ante el rostro contraído de Jan.

Él aseveró varias veces mostrando una sonrisa tensa.

—Lo hiciste.

Ella estrujó el bajo del vestido entre las manos.

—Dije que durante mi matrimonio no quedé embarazada. Y creí que era infértil. ¡Lo creí de veras! Pero pudo ser a causa de un problema de mi marido. Jan, es la verdad.

Él soltó aire por la nariz, se levantó y la fulminó con la mirada.

—Una excusa que podría resultar muy convincente. ¡Bravo! Eres más lista de lo qué pensaba. Durante meses me has hecho creer que eras distinta a las demás. Te presentaste ante mí como una mujer ingenua e incluso honrada. Pero como todas desplegaste tus artes de embaucadora y caí en tú trampa. Me enamoré como un adolescente de una mentirosa. ¡Soy un imbécil! ¿Cómo no me di cuenta?

—No se porqué dices algo tan horrible. Yo jamás de haría sufrir —dijo Alondra con ojos húmedos.

—No me creo el cuento de que ignorabas que podías tener hijos. Lo

has hecho aposta. Has quedado preñada con la esperanza de que me viera obligado a casarme contigo y así convertirse en la señora Balaguer y disfrutar de todas las ventajas de un matrimonio muy ventajoso.

—No. No… —se desesperó Alondra.

Él comenzó a pasear de un lado a otro del salón frotándose la barba con ambas manos; mortificado por un nuevo pensamiento aterrador. Se paró ante ella e inclinó el torso. Su semblante mostraba ira contenida.

—¿En serio? Incluso estoy pensando en la posibilidad de qué esa criatura no sea mía. ¿Podría ser de Andrés? Claro que sí. Y si no, da lo mismo. Una mujer cómo tú es capaz de todo para conseguir su objetivo. ¿Por qué no pruebas a endosárselo a él? Es muy rico, atractivo y conseguirías un título nobiliario. Bueno. Eso ya lo sabes, ¿verdad, querida?

Alondra, llorando amargamente, sacudió la cabeza.

—¡Eso no es verdad! Nunca te he engañado. El bebé es tuyo, Jan. Es tuyo.

—Si lo es o no, no es la cuestión. ¿Crees en verdad que podría querer a un niño que me recordase la traición de su madre?

—No te he engañado en ningún momento. Yo te amo mucho. Eres lo qué más me importa —insistió ella.

—Pues tú ya no me importas en absoluto. Y en cuanto al embarazo, haz lo que creas más conveniente.

Alondra lo miró horrorizada.

—¿Cómo puedes sugerir algo tan espantoso? ¡Jamás podría deshacerme de mí hijo! Puede que tú no lo desees, pero yo lo quiero con toda el alma.

Jan, en ningún momento, quiso algo tan repugnante. Pero deseaba lastimarla en lo más hondo. Y no había nada más malvado que sugerir un aborto a una mujer. Debía pagar por el sufrimiento que le estaba provocando.

—Tuya es la decisión. Pero no esperes ninguna ayuda por mí parte. Ya te he dicho que dudo que sea el padre. Ya no te creo. Ya no. Y quiero que desaparezcas de mí vida —dijo con total insensibilidad.

La respiración de Alondra se tornó dificultosa. Hasta el momento tuvo una leve esperanza de que él estallase de alegría al saber que iba a ser padre. Pero como pensó desde un principio la despreciaba al pensar que lo había traicionado.

—¿Qué…? ¿Qué dices? ¿Y los niños? ¿Qué será de ellos? —jadeó.

En el rostro de él se reflejó una infinita tristeza.

—Si hay alguna verdad en ti es tú cariño hacia mis hijos. No te preocupes. Sufrirán, pero con el tiempo superarán tú pérdida, como lo hicieron con su madre.

—Jan, por favor…

—Cómo he dicho, quiero que te marches de esta casa. Si puede ser, cuanto antes mejor. Por el finiquito no te preocupes. Se te pagará lo justo. Pero no esperes una carta de recomendación. Jamás permitiré que vuelvas a inyectar tu veneno en ningún otro hogar —sentenció.

—¿Puedo despedirme de ellos? —le pidió ella.

—No.

—Jan, te lo suplico.

—Tus mentiras te han privado de ese derecho. Y vete cuanto antes. Tú presencia me repugna —dijo Jan con desprecio. Dio media vuelta y dejó a Alondra llorando sin consuelo.

Ella cogió el teléfono y llamó a Irene.

—Ven. Por… favor, ven… a buscarme —hipó.

Apenas media hora después, su amiga llegaba.

—¡Maldito cabrón! Vayámonos de aquí, cariño —masculló.

—La ropa, mis cosas…

—No te preocupes por eso ahora. Vamos.

El eco del portazo fue como una flecha directa al corazón de Jan. Lo partió en mil pedazos. Miró a través de la ventana cómo Alondra se alejaba de su vida al cruzar la verja y subía al coche de Irene.

Derrotado se dejó caer en la cama. Nunca sintió tanto dolor. Las punzadas no dejaban de lacerarlo. La infinita pena se transformó en lágrimas y las dejó escapar junto a un grito cargado de amargura.

Jan se miró en el espejo. Su semblante ofrecía una imagen penosa a causa de las ojeras. Llevaba noches sin dormir ni un segundo. No podía conciliar el sueño. En cuanto cerraba los ojos la imagen de Alondra se apoderaba de sus delirios. Esa mujer se había instalado en su vida y era incapaz de echarla. De nada le sirvió recurrir a las actitudes del pasado. Con ella eran inútiles.

Sus hijos tampoco se habituaban a su ausencia. Una ausencia mucho más dolorosa que con la muerte de su madre. Llamaban a Alondra a todas horas e incluso se negaban a comer. Era una situación desesperada.

—Señor. El señor Alquezar está aquí —le comunicó Agustina.

Jan dejó escapar un largo suspiro. Abrió la puerta y bajó al salón.

—¡Demonios! Cada vez que vengo tienes un aspecto más lamentable. ¿Dónde ha quedado el caballero cuidadoso? Si te viese en la calle te daría caridad —exclamó al ver a su amigo despeinado, con barba de semanas y con la camisa apenas abrochada.

—Se perdió hace dos meses.

Andrés ratificó con un leve movimiento de cabeza.

—Tienes que hacer algo. Has descuidado el trabajo y vas a enfermar. No puedes seguir así —le dijo Andrés.

—¿Cómo quieres qué esté? He echado por la borda todo lo bueno que tenía en la vida. Ya no me importa nada más que no sea Alondra y mis niños.

—Pues, deja de regodearte en tú desdicha y reacciona. ¡Por Dios!

—Lo intenté y Alondra se negó a escucharme. ¡Es testaruda!

—¿Y te extraña? ¡Te pasaste, Jan! Tuvo que oír de tu boca barbaridades. No podías esperar que te recibiera como si nada.

Jan hizo rodar el bolígrafo entre los dedos. Tras asimilar lo ocurrido, más sereno, meditó sobre lo que había pasado. Y se avergonzó de si mismo. Acusó a la mujer que más amaba de engañarlo por su intransigencia irracional. Se negó a analizar los hechos y provocó el desastre. Ahora ella lo odiaba.

—Y ella que yo tuviese dudas. ¿Qué podía pensar? ¿Di?

—Pues que la explicación médica era factible. Pero lo peor fue acusarla de que su hijo no es tuyo. ¡Idiota! ¿Acaso no viste como era? —le echó en cara su amigo.

—Sí. Alondra es la mujer más honesta y bondadosa que he conocido.

—¿Entonces? ¿Qué mierda se te cruzó en la cabeza?

—No sé… Pensé que me engañó. Y ya sabes como reacciono cuando creo que me han traicionado. Pero ella además, me hizo

mucho daño. Por primera vez amaba a una mujer incondicionalmente, sin cuestionarme si era conveniente o no para mí vida. Lo único que sabía era que la necesitaba para ser feliz. Llevaba el anillo en el bolsillo para pedirle que se casara conmigo. Y de repente, me dice que está esperando un hijo, cuando ella misma insinuó que no podía tenerlos. ¡Maldita sea, Andrés! Me volví loco. ¿No podéis comprenderlo?

—Yo sí, pero ellas no.

Jan inspiró hondo.

—Irene me está poniendo en contra de Alondra. Y cuanto más tiempo pase, menos oportunidad tendré para recuperarla.

—No es necesario que te ponga cómo un trapo, amigo. Tú solito te has cavado la tumba.

—Será difícil que la convenza. Pero no imposible. Haré lo que sea para que me perdone. Sólo necesito que acepte hablar conmigo.

—Por ahora es una meta inútil.

—¡Han pasado dos meses! Tendría que estar más calmada. Debería haber reflexionado como yo lo he hecho e intentar conocer como está nuestra situación. Andrés, los niños siguen añorándola. Ya he contratado a cinco niñeras y ninguna consigue calmarlos. Manel tiene pesadillas y mi pequeña apenas come. Ella… —Calló. Una idea cruzó por su mente. Poco a poco su boca se curvó en una sonrisa—. ¡Ya lo tengo, amigo! Ya tengo la manera de que Alondra acepte venir a casa. Y si viene, podré llegar hasta ella.

—¿De qué modo?

—Adora a mis hijos. Si alguien le habla de cómo están, no dudará en acudir.

Andrés preparó dos vasos de brandy. Le ofreció uno a Jan y tras tomar un sorbo, dijo:

—¿Estás exagerando o es la verdad?

Jan reclinó la espalda en la butaca con semblante preocupado.

—Están muy mal, Andrés. Y yo no puedo ayudarlos.

Él lo examinó con atención.

—Contesta a mí pregunta y espero que seas sincero. ¿Quieres reconciliarte con Alondra por ellos?

—Amo a Alondra. Me estoy muriendo sin tenerla al lado. Y mis hijos, también. La necesitamos. Tienes que ayudarnos, Andrés —dijo Jan con desesperación.

—Está bien. Lo intentaré. Pero no te garantizo nada. Alondra está dolida. Le insinuaste que abortara. Eso no es fácil de perdonar.

—Me conoces. Jamás me negaría a ser responsable de mis actos y mucho menos a pedir algo semejante. Lo hice porque me sentía herido.

—Un año atrás hubiese sido impensable que soltases una palabra

sin meditarla antes.
—Un año atrás no había sido mordido por el veneno del amor. Estoy emponzoñado y Alondra es la única que tiene el antídoto.
Andrés alzó el vaso.
—Bienvenido al club.
—Perdona, amigo. Inmerso en mí problema me olvidado que tú también los tienes. ¿Cómo van las cosas con Irene? —se disculpó Jan.
—No han avanzado ni un milímetro. Ya ves como son las mujeres. Diez años y no me ha perdonado.
—Eso significa que no le eres indiferente.
Andrés sonrió.
—Cierto. Dónde hay fuego hay brasas.
—Creo recordar que no hubo nada entre vosotros. ¿O si?
—Absolutamente nada. Porque fui un estúpido. Pero ahora… No se… Creo que ya es muy tarde.
—No pierdas la esperanza. Aún tienes posibilidades. Al igual que yo. Alondra, muy pronto, se dará cuenta de que estamos destinados a estar juntos y que lo que ha pasado ha sido un desafortunado error.
—Te veo muy confiado.
—Lo estoy. Porque sé que ella me ama y me amará siempre. Y porque soy el padre de los niños que adora y el de su futuro hijo. Si todos le decís que estamos enfermos sin ella, su testarudez se ablandará.
—No soy santo de su confianza, por ser tú amigo. Solo se apoya en Irene.
Jan, por primera vez en muchas semanas, sonrió ampliamente.
—Te equivocas. Rafael, su cuñado, es una parte fundamental de su vida. Él será el caballo de Troya.
Andrés frunció los labios en señal de desacuerdo.
—Alondra ya le habrá explicado como está la situación. Dudo que acepte hablar contigo.
—Lo hará contigo.
—¿Conmigo? Perdona, amigo, pero no piensas con lógica. ¡Ni tan siquiera lo conozco! ¿Por qué confiaría en un extraño?
—Tengo un proyecto de decoración que me ofreció. Lo contrataremos. Y antes de que protestes, diré que el trabajo es muy bueno. Encaja con la línea de la empresa. Así que lo llamarás y lo citarás ahora mismo aquí.
—¿Crees que acudirá cómo un perrito? Esperas demasiado.
Jan buscó el teléfono de Rafael y se lo mostró a Andrés.
—El hombre está sobre un andamio, cuando posee un gran potencial. No dudará ni un segundo en venir cuando le hables de un contrato muy suculento. Marca.

45

Rafael se detuvo ante la verja. Alondra no había exagerado. La casa era maravillosa. Una joya del Modernismo. Pero exagerada sería su reacción si supiese lo que estaba a punto de hacer. No comprendería su traición. Pero el hombre que tanto la había lastimado era esencial para su futuro. Era el que tenía el poder de ofrecerle lo que tanto soñó. Y no desperdiciaría esta oportunidad.

Nervioso se ajustó la camisa y llamó al timbre.

Agustina abrió.

—¿Si?

—Soy Rafael Ruiz. El señor Alquezar me espera —dijo.

—Pase.

Agustina lo llevó hasta el salón. Los dos socios le estrecharon la mano.

—Por favor, tome asiento. ¿Desea tomar algo? —le pidió Jan.

—No, gracias —dijo Rafael sin poder evitar estremecerse al ver su rostro. Era la sombra de ese hombre enérgico y elegante. Parecía haber envejecido diez años.

—Ante todo le pedimos disculpas por tanta precipitación. Nos interesa su proyecto y queremos llevarlo a cabo en nuestro próximo hotel. No queríamos que la competencia se nos adelantase y nos quedáramos sin su talento —dijo Andrés.

Rafael parpadeó incrédulo. ¿Hablaban de talento? ¿De ser objetivo de varias empresas? Estuvo a punto de negar tal probabilidad, pero tuvo un momento de lucidez. Carraspeó y dijo:

—Han hecho bien. Desde hace unas semanas no he parado de recibir propuestas.

Jan no lo creyó en absoluto. Mentía. De todos modos, no lo consideró un acto deleznable. Al fin y al cabo, era una mentira que no perjudicaba a nadie y que podía ser beneficiosa para su futuro. Una estrategia inteligente por su parte.

—Por ello le ofreceremos un contrato que no podrá rechazar.

Andrés pasó a enumerarle las condiciones, mientras Jan no dejaba de consultar el reloj; haciéndole señas a su amigo de que alargase la conversación.

—¿Qué le parece, Rafael?

Él se removió intentado amarrar las ganas de gritar de pura alegría. Le habían ofrecido un acuerdo insuperable. Sueldo astronómico, horario flexible y estudiar los futuros proyectos in situ. ¡Qué más podía pedir! Alondra era una buena persona y reconocería que no podía negarse a trabajar con Jan. Tras esta oferta era de idiotas regresar al andamio jugándose la vida.

Jan suspiró aliviado al escuchar el llanto habitual a esas horas de Carla. El momento más idóneo para llegar hasta su adorada Alondra había llegado.

—Otra vez. Como cada día. No sé que voy a hacer. ¡Señora Vázquez!

La niñera, una mujerona de unos cincuenta años, de semblante tosco y antipático, bajó con los niños al salón.

—Señor. Debería hablar con sus hijos. Se niegan a obedecerme. Manel no quiere dormir y la niña se niega a comer la papilla. No se qué niñera han tenido antes, pero los ha malcriado. ¡Los ha convertido en unos niños muy caprichosos y desobedientes!

—¡Quiero a Alondra! —gritó Manel echando a correr para ir junto a su padre. Él lo sentó en su regazo y el niño se echó a llorar.

—Cariño. Ya te he dicho que ella se ha marchado y no volverá.

La nana se acercó a ellos e intentó coger al crío.

—¡No te… quiero…no ! ¡Yo quiero que venga Alondra! —insistió Manel, hipando.

—Señora Vázquez. Déjelo. Ya me encargo yo. Puede retirarse.

Andrés cogió a su ahijada y la intentó consolar. La niñera, con gesto altivo, se marchó.

—Papi. ¿Dónde está Alondra? —preguntó Manel.

—Lejos.

—¿Es qué ya no nos quiere? ¿Es qué he sido malo? Dile que me comeré el pescado y la sopa, y que no volveré a dejar los juguetes sin recoger; así volverá. Díselo, papi. Llámala y dile que yo la quiero mucho. Y también Carla. Dile que los dos la queremos mucho, papi.

Jan, con ojos húmedos, hundió la barbilla en el cabello de su hijo.

—Intentaré decírselo, cariño. Lo probaré una vez más. Te lo prometo.

Rafael, con un nudo en la garganta, luchó por no emocionarse.

—No hubiese tenido que presenciar esto. Perdone. Pero no podía desatender a mis hijos. Ya han pasado dos meses desde… Ya sabe. Y aún están sufriendo mucho. No pueden olvidarse de ella. Manel apenas duerme y mi pequeña no come. Se me está quedando en los huesos. Me siento impotente —dijo Jan con tono desesperado.

Rafael se aclaró la garganta.

—Sí. Le parten el alma a uno. ¡Con lo felices que eran hace poco!

—Rafael, sabe que he intentado hablar con Alondra, pero se niega a verme. Y lo comprendo. Fui muy duro con ella. En ese momento me ofusqué y le dije cosas terribles.

—Lo hizo —convino Rafael.

—No intento justificarme, pero sepa que esa noche llevaba en el bolsillo un anillo de compromiso. Pensaba pedirle que se casara conmigo. Y cuando me dijo que estaba embarazada, pensé que me

había engañado; ya sabe la razón. Y mi mundo se derrumbó. Me hizo tanto daño que quise pagarle con la misma moneda y de mi boca salieron palabras que no sentía. Alondra no me perdonará. Y tampoco podré perdonarme. Los niños son inocentes de mi crueldad y están pagando mi terrible error. Ya lo ve usted mismo. No tienen consuelo.

—Jan. Deberías llevar a los niños con Agustina —le aconsejó Andrés.

Jan asintió. Bajó a Manel, cogió a Carla y fue a la cocina. Andrés preparó dos vasos de oporto y le ofreció uno a Rafael.

—Cada día que pasa es peor. Jan los ha llevado al doctor y no tienen nada físico. Es mental. Añoran demasiado a Alondra —dijo con expresión preocupada.

—¿Y qué ha aconsejado?

—¿Usted qué cree? Pero eso es imposible. No si su cuñada no da su brazo a torcer.

—Él la despreció del modo más vil. La acusó de ser una mujerzuela ambiciosa y perversa; y de llevar en su vientre un hijo que no era suyo. Si estuviese en su lugar, reaccionaría igual. Y usted también.

—Y ha escuchado la razón de su desprecio. Mire. Jan ha sido un hombre, que a pesar de las apariencias, ha sufrido mucho. La pérdida de sus padres de niño, la de sus abuelos y después la de su esposa. La llegada de Alondra trastornó su mundo perfecto y le descubrió otro muy distinto. Ella le reveló lo que era el verdadero amor. Y puedo asegurarle que se nunca lo vi tan feliz. Amaba Alondra con toda su alma. Por ello, al creerse traicionado, el dolor lo trastornó. Su cuñada debería entenderlo y saber que Jan sigue furiosamente enamorado de ella. ¿No se ha fijado cómo está? Es la sombra del hombre que fue y se consume poco a poco. Con sinceridad, le diré que me tiene muy preocupado. He de confesarle que está descuidando el negocio. Si no fuese por mí, la empresa se hundiría. Por eso le he llamado, para que se implique en un nuevo proyecto. Y espero que nos de resultado o me temo que algún día cometa una insensatez.

—¡No, por Dios! —exclamó Rafael.

—Pues, si no hacemos algo…

Rafael no quería ni pensar en Jan pudiese quitarse la vida. Alondra juraba a todas horas que lo odiaba. Sin embargo, él sabía que no era cierto. Ella continuaba enamorada profundamente de Jan. Si lo perdía, no podría continuar viviendo.

—Estoy dispuesto a evitar un desastre mayor. ¿Qué podemos hacer?

—Cuente a Alondra el estado de los niños. Estoy convencido que lo último que desea es hacerlos sufrir. Puede, que si viene a verlos, su corazón se ablande.

Rafael chasqueó la lengua.

—Juro no pisar esta casa nunca más. Debería ser en un terreno neutral y sin la presencia de su padre.

—Ese sería un error fatal. Tenemos que hacer lo necesario para que ella perdone a Jan. Si ve su estado, su testarudez se ablandará.

—Lo intentaré. No obstante, no le auguro un buen resultado. En cuanto le cuente la razón por la que he venido, se enfurecerá. Puede que ni me escuche.

—A Irene la escucharía. Si encuentra dificultades, consiga que ella venga a ver a los niños. ¿De acuerdo?

Irene entró en casa aún impactada. No creyó, al igual que Alondra, a Rafael cuando les contó el estado en el que se encontraba Jan y sus hijos. Pero ante su insistencia, junto a la de Andrés optó por comprobarlo con sus propios ojos.

No mintieron. Jan había adelgazado peligrosamente, Manel había ocultado su dolor no queriendo hablar y Carla lloraba muy a menudo.

—¿Y bien? ¿Ya te has convencido de qué eran patrañas? Te dije que ese hombre es capaz de cualquier cosa para obtener lo que desea. A mí me utilizó y cuando consideró que le complicaba la vida, me echó como a un perro sarnoso. Ahora ha visto que los niños no se adaptan a la nueva tata y quiere que regrese. ¡Oh! ¡Maldito egoísta! ¡No sabes cuánto lo odio! ¡Ojala se muera! —exclamó Alondra con el rostro arrebatado por la ira.

Irene se sirvió una copa de licor.

—Ten cuidado. Hay deseos que pueden hacerse realidad —musitó.

Alondra sonrió con amargura.

—Ya veo. Te ha ido con el cuento de que aún me ama y que sin mí no puede vivir; y te lo has creído. ¿Y qué hay de los niños? Seguro que te ha sacado una excusa para que no pudieses verlos. ¿Me equivoco?

Su amiga inhaló hondamente y tras tomar de golpe el licor, con semblante sombrío, dijo:

—Del todo. Los he visto. Por desgracia, los he visto.

Alondra se tensó.

—¿Qué quieres decir?

—Rafael no mintió. No están bien. Nada bien.

—¿Qué les ocurre? ¿Están enfermos? ¡Por el amor de Dios, Irene! ¡Di que les pasa! —jadeó Alondra.

Irene la miró con dureza.

—Ve a comprobarlo tú misma.

—Pero… ¿Qué dices? Sabes que no puedo volver a esa casa. Jan me trató como a una mujerzuela. Me insinuó cosas espantosas y me echó de su vida. Tengo dignidad, ¿sabes? —objetó Alondra.

—¿Dignidad o miedo?

Alondra tensó el cuello.

—Porqué iba a tener miedo. Aborrezco a ese hombre. Ya no tiene poder sobre mí.

—En ese caso, no veo el problema de que vayas a ver a tus adorados niños. ¿O es qué a ellos también los has aborrecido por los pecados de su padre?

Alondra se dejó caer lentamente en el sillón.

—Manel y Carla son seres inocentes. Y… los quiero con toda el

alma. Los echo mucho de menos. No hay un segundo que no piense en ellos. Me pregunto que harán, si comerán, si duermen, si ríen o si me añoran —susurró sintiendo como las lágrimas le quemaban los ojos.

Irene se arrodilló frente a ella y la miró con dulzura.

—Te extrañan mucho. Y ese es su mal. Por eso tienes que ir a verlos. Además, son los hermanos de tú futuro hijo. No puedes privarlos de conocer a tu pequeño. Son familia. No debes apartarte de sus vidas.

—Jan negó que fuese suyo. No quiero volver a verlo.

—Pues no lo veas. Pero debes ir a ver a sus hijos sin perder un minuto. Cariño. Soy tú mejor amiga. Nunca podría mentirte. Te necesitan. Ve ahora mismo.

Alondra, indecisa, se frotó las manos. Miró el reloj. Eran las cuatro.

—Sí. Jan estará en la oficina —dijo levantándose.

—Lávate la cara y vístete. Llamaré a un taxi.

Media hora después, Alondra, con el corazón bombeándole con fuerza, pulsó el timbre. Agustina abrió.

—Alondra —musitó.

—Buenas tardes, señora Agustina.

La mujer, emocionada, la abrazó.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó sin poder evitar que sus ojos se encaminaran hacia la incipiente barriga de Alondra. No habló con su señor de lo ocurrido, pero no era sorda y estaba al tanto de la situación.

Ella le dedicó una tenue sonrisa.

—Bien. He venido a ver a los niños. Los echo mucho de menos.

—¡Oh! Se pondrán muy contentos. Ellos también te extrañan mucho. ¿Sabes? En verdad, todos te echamos de menos. Pasa, por favor. Pasa.

Alondra, temblando, cruzó el umbral, sin poder evitar que los recuerdos la golpeasen sin misericordia. Apretó con fuerza los ojos para no llorar, para apartar las crueles palabras que Jan le escupió.

—Están arriba. Ya sabes que es la hora de la merienda. Ven.

Subieron y se pararon ante la habitación de los niños. En el estómago de Alondra se aposentó la desazón al ver a Jan que sostenía en brazos a su hija.

—Señor Balaguer. Sus hijos deben aprender a comportarse y a comer cuando se debe. No te resistas, Manel —decía la niñera forzándolo a abrir la boca.

Alondra amarró las ganas de saltar sobre esa horrible mujer que estaba torturando a su niño.

—¡Le he dicho que no debe intimarlo! ¡Maldita sea! —bramó Jan.

Manel y Carla se echaron a llorar con desgarro. Jan la miró con ojos encendidos.

—¿Lo ve? ¡Otra vez los ha hecho llorar! No tiene ni idea de cómo cuidar a un niño.

—Se equivoca. Sé como educar a un pequeño maleducado como su hijo. Venga, abre la boca —dijo la mujer aferrando de nuevo las mejillas de Manel.

Alondra, iracunda, entró en el cuarto y en un arrebato, aferró el brazo de la mujer.

—Suéltelo ahora mismo —siseó.

Jan, al verla, se le cortó la respiración.

—¿Qué hace? ¿Cómo se atreve? ¡Suélteme de inmediato! —se indignó la mujer intentando deshacerse de la mano de Alondra.

—Aún hago poco. No se merece ni un poco de respeto. ¡Está maltratando a un niño! ¿Y dice que es institutriz? ¡Y una mierda! ¡Lárguese ahora mismo de esta casa! ¿No me ha oído? ¡Largo! Y de gracias que no la denunciemos. ¡Váyase! —dijo Alondra soltándola.

—¿Y quién es usted para darme órdenes? No me iré hasta que no lo diga el señor Balaguer —se negó la mujer.

—Ya ha escuchado a la señora. No queremos volver a verla en nuestra casa. ¡Está despedida! —siseó él.

Agustina, sonriendo, miró a la institutriz cómo salía a toda prisa. Alondra acudió junto al pequeño. Estaba muy desmejorado. Ojeras y pérdida de peso. Sobrecogida, le dio un montón de besos.

—No llores, mi amor. Ya se ha ido esa bruja. Ya estoy aquí. Ya no volverán a lastimarte. Cálmate.

El niño se aferró a ella.

—¿No te irás más? ¿Te quedas?

—No puedo, cariño.

—Alondra…

Ella, temblando, se volvió lentamente. Miró a Jan. Lo estudió con más atención y la angustia la invadió. Estaba muy delgado y sus hermosos ojos quedaban velados por sombras oscuras. El hombre arrogante, atractivo y seguro había dado paso a una piltrafa. Carla no ofrecía tan mal aspecto, pero también acusaba perdida de peso. La niña tendió las manos hacia Alondra y ella la cogió y la besó con ternura.

—Hola, preciosa. Mi niña bonita.

La niña dejó de llorar.

Jan observó a Alondra. Su rostro reflejaba tristeza, pero se la veía saludable. Supuso que se cuidaba por el bien de su futuro hijo. Un hijo que él repudió.

—¿Podemos hablar? —le pidió.

—He venido por los niños. De ti no quiero nada —rechazó Alondra, sin mirarlo.

—Lo comprendo. Pero no quiero hablar de mí. Es de ellos. Por

favor. Necesito que me escuches —insistió él mirándola con desolación.

—Está bien —dijo ella perturbada por el estado de los pequeños. Entregó a Agustina a la niña y la mujer se llevó a Manel.

Jan, nervioso, se frotó las manos.

—Sé que te he hecho mucho daño y no tengo esperanza de que me perdones; ni que quieras volver a verme. Aún así, espero que no te niegues a lo que voy a rogarte. Alondra. Mis niños están enfermos de nostalgia y sólo tú puedes curarlos. Por favor, vuelve con ellos.

—¿Pretendes qué regrese cómo si nada hubiese pasado? ¿Cómo si no me hubieses insultado del modo más vil? Me rompiste el corazón y aún no he podido recomponerlo. Lo único que deseo es olvidarme de ti —negó ella con énfasis.

—No podrás hacerlo. Nuestro hijo te recordará siempre a mí —dijo él.

—¿Ahora es nuestro hijo? —inquirió ella con tono mordaz.

—Todo lo que dije fue para lastimarte, porque supuse que tú lo estabas haciendo conmigo. ¿No puedes entender que era lógico que tuviese dudas?

—Lo que entiendo es qué eres capaz de todo para que vuelva a cuidar de tus hijos. Esta vez no me engañarás. No puedo creer en un farsante —replicó ella con dureza.

Él la miró con desesperación.

—Insúltame, despréciame, ódiame; no me importa sufrir tus agravios, pero los niños te necesitan. Tienes que volver o enfermarán más. Te lo suplico. Por favor.

—No —decidió Alondra.

Jan, impotente, la vio marcharse. Pero no se dio por vencido. Bajó tras ella.

—Alondra, espera. Escucha.

No se detuvo. Pasó ante Agustina y los niños.

—¡Alondra! ¿Vienes a jugar? —gritó Manel.

Ella ladeó el rostro y dijo:

—No puedo, cariño. Tengo que marcharme.

Ella, con todo el dolor, al escuchar de nuevo el llanto del pequeño, continuó hasta la puerta. No podía regresar con ellos; porque a pesar de todo, seguía amando a Jan. Y no quería sufrir de nuevo.

—Alondra…

El golpe y el grito de Agustina, la paralizó. Se giró. Jan estaba tendido en el suelo y parecía estar inconsciente.

Agustina corrió hacia él. Ella hizo lo mismo. Se inclinó e intentó reanimarlo dándole unas palmadas en las mejillas. Él continuó desmayado y le entró el pánico. Estaba lívido y respiraba con dificultad. Y ella, en un momento de rabia, deseó su muerte. Pero no

era verdad. Lo único que quiso fue herirlo.

—Jan, por favor, mírame. Por favor, mí amor. No te atrevas a morirte o yo moriré también —le pidió sollozando.

—¿Qué hacemos? —musitó Agustina, muy asustada.

—Llame a una ambulancia. ¡Corra! —gritó Alondra, fuera de si.

Alondra estaba a punto de estallar. No le permitieron ir al hospital debido a su embarazo y para asegurase de que no cometería una insensatez, la dejaron a cargo de los niños. Y ya habían pasado dos horas desde que Agustina le informara de qué estaba siendo atendido y no había vuelto a llamarla para informarla de su estado.

—Me moriré de angustia. Por favor, Señor. Qué esté bien —jadeó yendo de un lado a otro del salón.

El sonido de la puerta la hizo correr. Jan, acompañado por Agustina, Irene y Andrés, entró. Continuaba pálido, pero caminaba por su propio pie. Él la miró y en sus ojos se reflejó un halo de sorpresa. No esperó verla en casa ni que su semblante mostrara tanta preocupación. Y su corazón enfermo recibió un soplo de vida. Ella mintió. No le era indiferente.

—Alondra, cariño. No te quedes ahí parada. Ven conmigo a la cocina. Prepararemos café —le dijo Irene.

Una vez allí, Alondra, la miró anhelante.

—¿Qué han dicho?

—Anemia.

—¿Qué? No es posible. Jan siempre se cuida mucho.

Irene preparó la máquina y las tazas.

—Pues, ahora, por lo visto nada. Y sabes la razón.

—Esto no es por mí causa. Jan es um hombre de hierro. Se repone enseguida de las desdichas —refutó Alondra.

Irene se puso de jarras y la miró enojada.

—¿Y por qué está así? ¿Por qué de repente ha decidido hacer dieta y quedarse en los huesos? ¡Maldita sea, mujer! Deja ya de enmascarar lo que está ocurriendo.

Alondra apretó los dientes.

—Yo no tengo la culpa. Fue Jan quien destrozó nuestro amor; o al menos el que yo sí sentía por él. Porque tras lo ocurrido, me di cuenta que para él tan sólo fui una aventura y cuando pensó que debía comprometerse por el embarazo, se deshizo de mí sin sentir la menor piedad.

—No puedes decir que él nunca te amó. Lo vimos todos y tú también. Hay sentimientos que no pueden esconderse. Jan se moría de amor y sigue muriéndose. Ya has visto como está. Cariño. Tú actitud es absurda. Lo amas, él te ama. Deja el pasado atrás y sé feliz.

—¿Así de fácil? Jan dice que se equivocó, Alondra lo perdona y todos tan contentos. Pues no. Me rompió el alma. Y sigue desmenuzándose. Aun retumba en mi cabeza sus palabras crueles y despiadadas. No puedo perdonarlo.

Irene bufó.
—¿Por qué eres tan testaruda? En el fondo, sabes, que lo harás tarde o temprano. Estáis destinados a estar juntos. Además, si no me falla la memoria, el otro día deseaste que se muriera. ¿Cierto?
Alondra, abochornada, bajó la mirada.
—Son cosas que se dicen sin pensar. Estaba muy enojada.
—¡Aja! ¿Y a él no pudo ocurrirle lo mismo cuando le fuiste con la noticia del embarazo? Me contaste que en la entrevista te preguntó por los hijos y le dijiste que nunca quedaste embarazada. Por tú respuesta, es fácil que dedujese que tú vientre era yermo. No es extraño que reaccionase con tanta rabia al creerse engañado por la mujer que más amaba.
—No se…
Irene llenó las tazas, un vaso de agua y lo puso todo en la bandeja.
—Sí qué lo sabes. Pero eres muy testaruda y ya me estás enervando con tu estupidez. ¡Haz lo que te dé la gana! Ya no pienso preocuparme por ti.
—Irene…
Su amiga cogió la bandeja y salió de la cocina. Alondra permaneció unos segundos paralizada. Tenía razón. Era inútil intentar apartarse de Jan. Lo amaba demasiado. Se había tatuado en su corazón para siempre. Y si era consecuente, debería reconocer que la reacción de él fue debida al terrible dolor que sintió al pensar que se había aprovechado de él; de igual modo que hizo ella al desear su muerte. Pero no le convenía ceder tan pronto. No hasta que Jan aprendiese que ella jamás lo traicionaría y que se había comportado como el peor de los hombres.
Determinada a no ponerle las cosas tan fáciles como en el pasado, regresó al salón.
—Nos hemos asustado mucho al verlo sin sentido, señor —decía Agustina.
Jan miró a Alondra.
—No exagere —dijo en apenas un murmullo.
—¿Qué no exagere? Usted no ha visto como se ha puesto Alondra.
—Me he asustado, como lo hubiese hecho con cualquiera, Agustina. No le dé más importancia de la que tiene. La que me preocupa es usted. Se la ve agotada. Debería irse a casa.
—No puedo dejar solo al señor en este estado y recuerda que has echado a la niñera.
Andrés miró con aire burlón a su amigo.
—¿En serio? ¡Vaya! Estás perdiendo autoridad en esta casa.
—Si no lo hubiese hecho ella, lo habría hecho yo. Esa mujer estaba maltratando a mis niños. No podía consentirlo ni un minuto más.
—Hablando de sus hijos. ¿Tengo que pedir una nueva tata? No sé

cómo lo haré. Usted ya no confía en esa agencia y no está bien para efectuar entrevistas. El médico ha dicho que tiene que descansar varias semanas y comer cono es debido. Por otro lado, los niños no quieren a ninguna extraña y yo, aunque quisiera no puedo con todo. Podría contratar a una ayudante para la casa y así podría atender a sus hijos. Pero ya ve cómo están y… Estoy muy angustiada, señor —dijo Agustina.

Jan miró a Alondra. En sus ojos había una súplica. Ella, pensativa, se mordió el labio.

—Cálmese, por favor. Mientras no encuentren a otra niñera, atenderé yo a los niños. Pero insisto, solo hasta entonces. ¿Entendido?

—¡Claro que sí, mujer! —suspiró Agustina.

El corazón de Jan saltó. La vida le estaba dando otra oportunidad para arreglar el desastre que había ocasionado. Y no la desaprovecharía. Haría lo indecible para recuperar el amor de Alondra.

—Te lo agradezco —dijo.

—Me sentiría agradecida si come algo y después se acuesta. Por lo que han dicho, el doctor le ha recetado reposo y comer como Dios manda. Así que obedezca.

Él sonrió.

—No se alegre tanto. Mi único interés es que no entorpezca mi trabajo como niñera. No me quedo para hacer de enfermera —dijo Alondra, intentando dar un tono de insensibilidad a su voz.

—De todos modos, gracias.

Ella le dio la espalda y se dirigió a Irene.

—Agustina está exhausta. Debe marcharse. Si no te importa, deberías prepararme algo esencial para salir del paso y traérmelo.

—Yo te llevo y te traeré —dijo Andrés.

—No te molestes —rechazó ella.

—No es molestia. Aquí estamos para ayudar. Vamos. Cuídate, amigo.

—Estoy en buenas manos —dijo Jan sin poder apartar los ojos de Alondra.

Ella carraspeó nerviosa y se acercó a él.

—Túmbese. La haré algo para cenar.

—Gracias.

Ella lo miró como una maestra de escuela.

—¿No sabe decir otra cosa?

—¿Cómo qué? —dijo él recordando la primera vez que discutieron.

—Eres muy amable. No deberías molestarte… En realidad no hay muchas variantes. ¡Da igual! No es momento para debates. Iré a hacerle la comida. ¿Qué le apetece? —dijo.

—Lo que tú quieras.

—Deberá ser algo ligero. Acaba de salir de la clínica. ¿Le parece bien un puré con mi toque personal y una rodaja de mero a la plancha?

—Estupendo —aceptó él.

—No permitiré que deje nada en el plato. ¿Entendido?

—¿Por qué tantos cuidados? Dijiste que me odias.

Ella tomó aire por la nariz.

—Ya le he dicho que no estoy aquí para cuidarlo. Lo hago hoy por las circunstancias. No busque otra explicación —dijo. Dio media vuelta con aire digno y se marchó.

Jan reclinó la cabeza sobre el cojín sin poder borrar la sonrisa. Eso no se lo creía nadie.

Alondra se detuvo en el umbral para observar a los niños. Una sonrisa se delineó en su rostro al ver como mejoraron en una semana. Carla y Manel volvían a reír y a comportarse con total normalidad; pero lo más importante es que recuperaron la salud. Ahora se veían unos niños sanos y felices. En cambio Jan, aún seguía sumido en una tristeza infinita y a pesar de los cuidados de Agustina y de ella misma, apenas había recuperado peso.

—Hora de acostarse —dijo entrando en el jardín.

—No tengo sueño —protestó Manel.

—Pues tienes que acostarte o ya sabes lo que haré.

Él la miró espantado.

—¿Te irás? No. Dormiré, lo prometo.

—Bien. Vamos.

Alondra se llevó a los niños, los acostó y bajo a la cocina para prepararle la cena a Jan. Él, antes de cruzar la puerta, la contempló embelesado. No podía ni imaginar cuanto la amaba. Alondra había terminado convirtiéndose en una parte de él. Era la mitad de su corazón. Un corazón que no latió acompasado hasta que regresó. Y a ella le ocurrió lo mismo; porque a pesar de su actitud distante no podía ocultar que lo amaba. Sus ojos eran incapaces de mentir y lo miraban a escondidas con un halo de ternura.

—Manel es sólo un niño. No deberías amenazarlo con algo tan espantoso. Es cruel —la amonestó.

—Tarde o temprano tendré que irme.

—¿Por qué?

—Lo sabe muy bien, señor Balaguer. ¿Cenará aquí o en el comedor?

—No eludas la pregunta. Dime la razón de no querer quedarte.

Ella se enfrentó a su mirada.

—¿De verdad es necesario qué se lo explique?

—Te he pedido mil veces perdón y qué me dejes formar parte de la vida de nuestro hijo.

—Y yo se lo he negado otras tantas. Me causó un gran sufrimiento. No puedo olvidar por ahora. Puede que con el tiempo llegue a hacerlo.

—¿Y entonces, podrás amarme de nuevo? —preguntó él, esperanzado.

—¿Amor? No creo —dijo Alondra. Le dio la espalda y puso en el plato la verdura.

Jan se acercó a ella y hundió la cara en su nuca.

—No quiero ser tú amigo, ni el hombre que pasa por la vida de su hijo de puntillas. Quiero que seamos una familia, quiero que me ames

como antes, quiero que hagamos el amor como locos y te vea al despertar junto a mí. Te amo, Alondra. Si desapareces de mí vida de nuevo, moriré. Por favor, perdóname. Vuelve conmigo. Vuelve con nosotros.

Ella, estremecida, cerró los ojos e intentó controlar el impulso de echarse en sus brazos y decirle que también lo amaba. Pero aún no. Aún debía expiar el padecimiento que le causó. Se apartó, se dio la vuelta y dijo:

—Si me quedo, volveré a sufrir.

—Juro que no, Alondra. Prometo hacerte feliz y nunca cuestionarte.

—Sé que está dispuesto, pero no puedo confiar. Es demasiado intransigente y tarde o temprano, estallará de nuevo.

—He cambiado. En realidad, no. No lo he hecho. Tú has sacado a la luz al verdadero Jan. Un Jan que no sabía que sus metas reales eran simples, cómo las de los demás mortales. Amor, familia. Una familia que quiero formar contigo.

—Y yo quiero una vida sin altibajos. Y sé que usted no podrá dármela.

Él alzó la mano para acariciarle la mejilla y ella se apartó.

—Recuerde sus normas. Nada de intimidad con los empleados.

—Después de lo que hemos compartido, esto es ridículo.

—Usted lo ha dicho. Ya no compartimos nada. Lo qué teníamos se acabó. Ahora no soy más que su niñera.

Jan levantó los ojos hacia arriba en un gesto de impotencia.

—¡Por el amor de Dios, eres muy terca! Lo nuestro no se ha acabado. Tú y yo nos queremos. Y quieras o no, terminarás aceptándolo. Nos casaremos y tendremos la familia que nos merecemos. ¿Entendido? —siseó.

Alondra lo miró con tristeza.

—¿Lo ves? No puedes evitar que te contradigan. Siempre se ha de hacer tu santa voluntad. ¡El señor tiene un capricho y debe ser complacido al instante!

Jan se revolvió el cabello con gesto nervioso.

—¿A mí petición de matrimonio le llamas capricho? ¿De verdad piensas que un hombre cómo yo puede ser frívolo? Pensé que me conocías.

—Por supuesto que te conozco.

Él soltó una risa nerviosa.

—¿En serio? Desear casarme contigo no ha sido un arrebato. En realidad, hace mucho que lo medité y pensaba pedírtelo la noche que me comunicaste que esperabas un hijo mío. Hasta tenía el anillo. Así que no me digas que sabes como soy.

Alondra se aferró a la encimera. Ahora podía comprender la ira que

escupió al sentirse engañado por la mujer que quería como esposa. Sin embargo, no justificar que él creyese que era una arpía.

—Y al menor contratiempo salió el hombre intransigente.

—¿A qué pensara que el hijo que llevabas en las entrañas era de otro le llamas contratiempo? Si fueses razonable, comprenderías mis dudas y te pondrías en mí lugar —dijo él con enojo.

—Si hubiese estado en la misma situación no habría dudado del hombre que amaba —replicó ella.

—¡Oh, por supuesto! Lo dice la mujer que me echó en cara durante días mi relación con Virginia. ¡Nunca vi tantos celos ni suspicacias! Estoy convencido que si te hubiese dicho que no pasó nada entre nosotros, no lo hubieses creído.

Los ojos de Alondra echaron chispas.

—¡Claro que no! Era evidente lo que pasaba.

Él soltó una risita.

—¿Ah, sí? ¿No me digas?

—¿Sabes qué? Hablar del pasado no nos llevará a ninguna parte. Entre nosotros todo terminó. Ya no hay vuelta atrás.

—No estoy de acuerdo.

—Me da igual. ¿Cenas aquí o en el comedor?

Jan hizo oscilar la cabeza levemente.

—No tengo hambre. Buenas noches —dijo. Se dio la vuelta y salió de la cocina.

Alondra fue tras él.

—¿Cómo qué no cenas? El médico dijo que tienes que comer y coger fuerzas. Aún tienes anemia y…

Jan se giró hacia ella y la miró encolerizado.

—¿En serio, Alondra? Me pregunto a qué viene esa preocupación por el hombre que desprecias. ¿Es real? ¿O estás jugando conmigo?

—¿Cómo puedes pensar algo semejante? Yo jamás me burlaría de la salud de nadie —se escandalizó Alondra.

Jan elevó el lado izquierdo de la boca con aire socarrón.

—El pensamiento es libre. Tú sueles usarlo a menudo. Piensas, deduces y en consecuencia, procedes.

—¿Ahora resulta que la culpable de esta situación soy yo? ¡Esa sí que es buena! —explotó Alondra.

—Pues sí. Y me resulta incomprensible. En serio. Eres lo suficiente lista para entender qué nos ha pasado. Pero no. El maldito orgullo no da su brazo a torcer. La señora Rovira prefiere pasar el resto de su vida sola y lejos del hombre que ama.

Ella juntó las cejas.

—Yo no te amo.

—Claro, claro.

—¡No te amo! ¿Me oyes? ¡Ya no significas nada para mí! —explotó

Alondra, sofocándose.

Él la miró con ojos brillantes. Ella, al comprender su intención, dio unos pasos hacia atrás. Jan no la dejó escapar. La aferró de la cintura y la llevó hasta él. La envolvió con sus brazos, buscó su boca y la besó con hambruna. Alondra intentó oponer resistencia. No pudo. Aquel hombre continuaba ejerciendo un extraño poder sobre ella. Un poder que le impedía realizar su voluntad. La resistencia se tornó de gelatina bajo esos labios expertos y enloquecedores.

—Mientes —dijo él ronco.

—Por favor, déjame —le suplicó ella.

—Admite que sigues amándome —insistió Jan.

—Nunca lo he admitido. Ninguno de los dos lo hemos hecho —le recordó Alondra.

—Ya es hora. ¿No te parece?

—Ya es tarde. Suéltame —forcejeó ella.

—Alondra…

—Por favor…

Jan la liberó y ella se marchó a toda prisa.

—Ahora escapas, pero muy pronto caerás en mi red —musitó él.

Andrés miró a su amigo con semblante disgustado.

—Sigues tan asqueroso como hace unas semanas. ¿Qué demonios te pasa? Has conseguido que Alondra esté con vosotros. Deberías estar ya recuperado y al pie del cañón.

Jan suspiró con aire cansado.

—Sigue rechazándome. No atiende a razones.

—¿Y te extraña después de lo qué ha pasado?

—Nadie me ha contado nada.

—No era necesario. Podías imaginar como reaccionó ante tu ultraje. Alondra se quebrantó de tal manera que estuvo días sin salir de la cama, sin reaccionar, sin comer; hasta que le recordamos que llevaba en su vientre a su hijo, que debía ser fuerte por él y finalmente, se sobrepuso. En cambio tú, te estás hundiendo cada vez más.

—No tengo motivaciones —musitó Jan.

Andrés resopló.

—¿Cómo qué no? ¡Tienes dos hijos! Mejor dicho. Pronto serán tres.

Jan soltó una carcajada llena de amargura.

—Alondra dice que el niño es sólo suyo.

—Y tiene razón. Lo repudiaste.

—¡Y le he perdido cientos de disculpas!

—Debes tener paciencia. Alondra te quiere. Terminará perdonándote.

—Pero la testarudez y el orgullo puede que ganen la batalla. ¿Y qué haré? ¿Di? Con el tiempo puede que el dolor mengue, pero los niños… Ya viste como estaban.

—Tus hijos son una gran baza para doblegarla. Sé que no suena bien, pero debes utilizarlos para tú beneficio.

A Jan se le tensó el nervio de la frente.

—Eso es repugnante.

—En el amor y en la guerra todo vale. ¿Tú no quieres recuperar a Alondra? Pues, haz lo que sea. Y comienza por ti mismo. Ya está bien de hacerte el mártir.

—Si me pongo bien, ella se irá.

—Así que piensas consumirte poco a poco… ¡Tú estás mal de la cabeza! Mira. Está locura se ha terminado. ¿Queda claro? —exclamó Andrés. Se levantó y gritó: ¡Alondra! ¡Alondra!

—¿Qué haces? ¿Para qué quieres que venga? Cómo se te ocurra decirle algo, juro que...

Ella entró en el salón. Al ver a Andrés sonrió ampliamente.

—Me alegro de verte.

Andrés la abrazó y al notar su vientre abultado, en un impulso, posó la mano sobre él. Jan se tensó y lanzó una mirada incendiaria a su amigo. Éste lo ignoró.

—¿Todo va bien? ¿Ningún contratiempo?

—Estoy perfectamente. ¿Y tú? Hace semanas que no vienes.

—Ya sabes. Cómo éste no pone de su parte, me he de encargar de todo. Y ya estoy harto, Jan. Recuerda que tan sólo soy un proveedor, no tú socio. Así que, este es el último trabajo que hago en tú nombre.

—Pero… Aún no puedo. El médico ha dicho…

Andrés alzó la mano mandándole callar y se levantó.

—En vista de los resultados, lo que diga parece que te entra por una oreja y te sale por la otra. En vista de lo cuál, apáñatelas solito. Yo me marcho.

—No puedes hacerme esto —le echó en cara Jan.

—¡Oh, sí que puedo! Incluso te informo que no estaré disponible en unos días. Me voy de viaje de placer. Le diré a Rafael que se ponga en contacto contigo y ultimáis el proyecto. Nos vemos en una semana. Buenas noches.

—Andrés…

Su amigo le dio la espalda y alzó la mano en señal de despedida.

—Bien, señor Balaguer. Al parecer tiene que comenzar a tomar las riendas de su vida. Así que, le pondré la cena.

Él soltó un gruñido.

—Se la comerá sin rechistar. ¿Entendido?

Jan la siguió hasta la cocina y se sentó. Alondra le puso la comida, él dio un bocado y apartó el plato.

—Está asqueroso —masculló.

—No es verdad. Lo ha hecho Agustina porque es su plato preferido. Lo dice para no comer. Pero, ¿sabe qué? Si no se lo termina, este será mí último día en esta casa —lo amenazó Alondra.

El chasqueó la lengua.

—No puedes irte. Prometiste quedarte hasta que me recuperase.

—Así es. Sin embargo, usted no pone de su parte. Después de un mes apenas ha engordado un kilo.

—Tú eres la culpable. Te niegas a entrar en razón y eso me enferma. Es imposible que sane.

—Si piensa que con este chantaje cambiaré de opinión, no lo conseguirá. Por el contrario, he comprendido que no me siento obligada a seguir. Llamaré a la agencia para que busquen candidatas —dijo Alondra buscando el contacto en el teléfono.

—No lo harás —se crispó Jan.

—Por supuesto que sí.

Él le arrebató el móvil.

—¡Señor Balaguer! —se indignó ella.

—No tienes derecho a inmiscuirte en mis asuntos laborales. Si quiero contratar a una nueva niñera, seré yo quién lo decida. ¡Y no necesito ninguna!

Alondra se levantó.

—Pues, apáñeselas solito. ¡Ya estoy harta de tener que lidiar con un adulto que se comporta como un crío. ¡Yo me largo! Y...

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? ¿Le ocurre algo al bebé? —jadeó Jan al ver como se contraía.

—No… Él… ¡Se ha movido! —farfulló emocionada Alondra, posando la mano sobre su vientre.

—¿Puedo? —le pidió Jan.

Ella se sentó. Con semblante circunspecto sacudió la cabeza de un lado hacia otro.

—Cuando alguien a mí cuidado se comporta mal, no recibe recompensa. A no ser que… Se coma la cena.

—¿Y eres tú quién habla de chantajes?

—Hablo con el único idioma que conoce. Coma.

Él la miró irritado y soltó un sonoro bufido. Pero volvió a coger el tenedor. Lo clavó en el trozo de sepia y se la llevó a la boca.

—¿Satisfecha?

—En absoluto. El caldo —dijo Alondra entregándole una cuchara.

Jan se tragó el improperio y obedeció.

—¿Y ahora?

Ella se levantó y le sirvió un pedazo de pudín.

—¡Ni hablar! —se negó él.

—¿En serio está pensando en la calorías?

—El doctor dijo que he de recuperar vitaminas. Esto es puro azúcar. No me beneficiará.

—Está cocinado con nueces, almendras y avellanas. Frutos secos muy favorables para fortalecer la salud.

—¿Y por qué no se han limitado a ofrecérmelos al natural?

Alondra dejó escapar una enorme exhalación.

—¡Uf! Es a mí a quién esta situación me perjudicará. Mi estado no me permite alterarme. Lo dejo.

—No lo harás —aseguró Jan con expresión altiva.

—No lo estoy amenazando, señor. Me voy —sentenció Alondra. Dejó caer el trapo sobre la encimera, se quitó el delantal y comenzó a caminar.

Jan, al ver su determinación, apartó la silla de una patada y la aferró del brazo.

—Por favor. No…

—Estoy cansada de esforzarme y no recibir ninguna recompensa —dijo Alondra.

—Te juro que no escucharás ninguna protesta más de mí boca.

Haré todo lo que quieras. Por favor. No nos dejes —le suplicó.

Ella intentó mantenerse firme. Pero su corazón no pudo. Se dio la vuelta e indicándole con la mano la mesa, dijo:

—Está bien. Pero sólo le daré una oportunidad más.

Jan volvió a sentarse y devoró el pudín.

—Delicioso. ¿Me preparas un té y tú te tomas un café? —dijo dedicándole su mejor sonrisa.

—El té le quitará el sueño y en mi estado, me han prohibido café.

—¿En serio? Ahora comprendo la razón de tú irritabilidad.

—¿En verdad piensa que es por esa causa? ¡Increíble! —exclamó Alondra abandonando la cocina.

—No, por supuesto. Es una de ellas. Pienso que…

Alondra alzó la mano pidiéndole que callase.

—Estoy muy cansada para mantener una discusión absurda y que no nos llevará a ninguna parte. Buenas noches.

—No puedes acostarte. Me hiciste una promesa —le recordó Jan.

—Y la he cumplido. Sigo aquí —dijo Alondra.

Él se sentó y encaminó la mirada hacia su vientre.

—Sabes que es impredecible.

—Por supuesto. No es el primer hijo que voy a tener. Ven —le pidió indicándole que se sentase junto a él.

—Es tarde y…

Jan insistió dando unos golpecitos en el sofá. Alondra dudo unos segundos, para finalmente complacerlo.

—Es la primera vez que no me has corregido.

—No te emociones. Ello no significa que te perdone.

Jan inclinó la cabeza y clavó sus ojos oscuros cargados de tristeza en los de ella.

—Eres una mujer inteligente. Sé que has comprendido que mí reacción fue producto del dolor; que no sentía las barbaridades que dije. Pero tú virtud más importante es la bondad. ¿Por qué te niegas a ser buena conmigo?

—Estoy harta de luchar contra una pared.

—Pues deja de hacerlo y aférrate a la felicidad que podemos tener los dos juntos.

—Tú eres ese muro, Jan. Sé que tienes buenas intenciones, pero no podrás amarrar a ese hombre suspicaz y exigente. Eres agotador y yo no me siento con fuerzas para soportar una nueva decepción.

Él tomó sus manos entre las suyas.

—Cariño. Juro que eso no sucederá. Te amo. Te amo como nunca he amado a nadie. Y no puedo concebir la vida sin ti. Créeme.

—Jan…

—Alondra. Por favor. El orgullo no es compatible con el amor. Destruye la felicidad que podríamos alcanzar. Apártalo y deja que sea

el corazón quien sea tu dueño.

Ella bajó el rostro.

—Me ha costado mucho ignorar sus lamentos. No quiero volver a sufrir. No lo soportaría. Y debo pensar en mí hijo.

—En nuestro hijo —la rectificó él.

—Él no…

—¡Déjalo ya, Alondra! —Se exasperó Jan. Tomó aire para intentar calmarse y dijo: Cielo. Cometí una injusticia. Espantosa, cierto. Pero, ¿acaso no tengo derecho a ser perdonado por la mujer que sabe que habló la rabia y no mi corazón? Te lo suplico. No permitas que perdamos un futuro que puede ser maravilloso. Tú, yo y los niños. Podemos formar una familia dichosa. Haré lo que sea. Si quieres que deje los negocios para pasar todo el tiempo con vosotros, lo haré. Solamente deseo vivir este amor loco y libre. No me importa el dinero, ni el prestigio, ni las malditas normas. Os quiero a vosotros y si no estamos todos juntos, la vida no tendrá ningún sentido para mí.

Alondra alzó la cabeza.

—No, cariño. No llores —le pidió Jan al ver su llanto.

—Es que tengo miedo.

Él le limpió las lágrimas con la yema de los dedos.

—¿Acaso piensas que yo no? Esto también es nuevo para mí. Ninguno de los dos habíamos experimentado el amor. Un amor que ha trastocado nuestras vidas plácidas y disciplinadas. Pero eso no era vivir. Ahora sí lo estamos haciendo. Porque la vida se compone de alegrías, penas, dolor o felicidad. Y seríamos unos cobardes si renunciáramos a ello. Yo ya no quiero que mi corazón vuelva a secarse. No quiero, Alondra. No quiero. ¿Tú sí? ¿Tú deseas entregarte a la soledad para protegerte? ¿De verdad estás dispuesta a perdernos? Sería un tremendo error. Sufrirías mucho más; pues nos amas demasiado.

—Sí. Quiero mucho a tus hijos —musitó ella.

Él la tomó del mentón.

—Y a mí. Confiésalo de una vez.

—Yo…

Jan la acalló apoderándose de su boca. Alondra quiso combatir el amor que luchaba por sobrevivir, pero él tenia razón. Era inútil negar lo evidente. Amaba a ese hombre hasta las últimas consecuencias y ya no quería cuestionarse si sería conveniente o insensato unir sus vidas. Se aferró a Jan con todas sus fuerzas y correspondió a sus besos con la misma ansiedad.

—Te amo. Te quiero mucho —susurró él.

—Yo también te amo, Jan. Tanto que estoy dispuesta a arriesgarme.

—Tú único riesgo a mí lado será no dejar de ser feliz nunca. Porque

yo, nunca haré nada que te cause dolor. Jamás.

Ella le acarició la nuca sutilmente.

—En ese caso, puedes comenzar ahora mismo.

—¿Qué es lo que desea la señora Rovira?

Alondra le susurró unas palabras al oído. Él la miró indeciso.

—¿Es conveniente?

—Tienes experiencia. Este será tú tercer hijo.

—Pero aún no he participado de este embarazo. No se si estás bien, necesitas reposo o te han pedido que no practiques sexo.

Ella se levantó y le tomó las manos.

—Estoy sana como una rosa, pero un poco más gorda y con más estrías. Si eso te molesta…

Jan la cogió y la cargó en brazos.

—Para mí eres y serás siempre la mujer más maravillosa del mundo.

Alondra observó lo que estaba ocurriendo en la playa con la felicidad reflejada en el rostro. Una felicidad que en ningún momento se truncó durante los cuatro años que llevaban juntos como marido y mujer. Unos años donde la familia creció. A Manel y Carla se unió Nil y después los gemelos Gavina y Arán.

—¿Alguna vez pensaste que esto sería posible?

—Por supuesto —dijo Jan abrazándola.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Tengo que confesar que yo no.

—¿Por qué?

—Nunca me creí merecedora de ser la amada de un hombre como tú. Eras el gran Jan Balaguer. El hombre acostumbrado a rodearse de las mujeres más hermosas y sofisticadas. Yo no era más que una mujer sencilla, nada espectacular y sin clase.

Jan besó su cuello con ternura.

—Para mí eras la mujer más maravillosa del mundo. Inteligente, buena y preciosa. Una joya inalcanzable para alguien cómo yo.

—¿Yo inalcanzable? ¡Bromeas! —exclamó Alondra.

—No, cielo. Pensé que una mujer tan excepcional no pondría su corazón a merced de un personaje como yo. Expuesto en las revistas, rodeado de un mundo banal y falso. Un tipo cuya mayor inquietud era mantener su status y reputación.

—Nunca te vi así. Al contrario. Me pareciste un hombre único —aseguró ella.

—Y también malhumorado, exigente y cruel con mis hijos. Un hombre que congeló los sentimientos para seguir con su estricta existencia.

Ella le dedicó una hermosa sonrisa.

—Por suerte, eso lo cambié. Pero… ¿Por qué has dicho entonces que no dudaste nunca de qué conseguirías mí amor?

—¿Es qué no me conoces? Soy tenaz y si creo que estoy en el camino correcto, nada ni nadie me desvía de él.

—Hemos sido afortunados. ¿Somos felices, verdad?

—Mucho. Hemos formado una familia extraordinaria.

Alondra rió suavemente.

—Y numerosa.

—Yo no lo veo así —opinó Jan.

Ella se volvió hacia él.

—No puedes hablar en serio. ¡Por el amor de Dios! ¡Tenemos cinco hijos!

Jan enredó un mechón de fuego en el dedo y la miró con ojos

chispeantes.

—Lo sé, preciosa. Pero no me importaría tener cinco más. ¿Qué te parece si nos ponemos a ello ahora mismo?

Alondra levantó la palma de la mano.

—Esto debe analizarse con profundidad.

Él aseveró con una gran sonrisa.

—Estoy de acuerdo. Adelante. Inicia el debate.

—Hoy estás de muy buen humor. ¿Cuál es la razón?

—Mi humor, querida, es el de siempre desde que dijiste “si quiero”.

—Te conozco y sé que hay algo especial que intentas no revelar. Venga. Desembucha.

—No hay nada —dijo Jan mirando hacia la playa. El cuñado de Alondra estaba intentando enseñar a Manel a mantenerse a flote sobre la tabla.

—¿Es sobre él?

—No insistas.

—¿Tiene que ver con Irene y Andrés?

—No.

Ella paseó el dorso de la mano por su barba.

—Mientes. Te ha temblado el nervio. ¿Qué pasa con ellos?

—No puedo decirlo… No me presiones, por favor.

—¿Quién quiere presionarte? —dijo Alondra besándole el pulso latente de su cuello.

—Alondra…

—¿Qué?

—No conseguirás sonsacarme nada con tus argucias —jadeó Jan.

Ella se separó de él.

—Pues, si no me lo dices… De mi tampoco sacarás nada.

—¿Me estás chantajeando?

—Por supuesto que sí.

—Te has convertido en una mujer muy perversa.

Alondra ladeó la cabeza y lo miró seductoramente.

—Moviéndome en tú círculo, he aprendido. Ya sabes que soy una chica muy lista. Así que, no desistiré hasta que me digas qué pasa o te aseguro que no disfrutarás de lo que he pensado para esta noche.

—¿Algo muy especial? —inquirió Jan paseándole el dedo por los labios.

—Ni te imaginas —susurró ella.

Él sintió ese relámpago que su esposa seguía provocándole. Lanzó un gemido profundo y masculló:

—¡Maldita sea! No hay hombre que pueda resistirse a esa promesa. Te lo diré. Pero nada debe indicar que estás al corriente o Andrés me matará. Por favor.

—No temas. Soy una actriz excelente. Cuenta qué ocurre con esos

dos. ¿Tal vez ya están pensando en divorciarse? ¡Ay, Virgen Santa! Dime que no. Irene ya ha soportado una ruptura y su corazón no lo resistirá —jadeó Alondra.

—Serénate. Todo está bien. Más que bien, dría yo. En realidad, es una noticia magnífica.

—¡Ay, Jan! Déjate de ir con rodeos y habla de una vez. ¡Venga!

—Ahí va la bomba. Irene y Andrés serán padres. Sí. Van a tener un hijo.

Alondra se volvió hacia su marido muy emocionada.

—¿De verdad? ¡Dios mío! Irene debe estar loca de alegría. Siempre quiso ser madre. ¡Qué alegría!

—Ocurrió durante su luna de miel. Esta casa es mágica. Otorga los deseos de quienes la habitan —dijo Jan guiñando un ojo.

Alondra miró el mar turquesa rememorando la primera vez que lo vio, sin saber cómo su vida iba a cambiar por completo.

—¿Tú deseaste ser padre?

—Yo deseé conquistar a la mujer que me volvió loco de amor. ¿Y tú?

Ella posó la mano sobre su pecho.

—Yo pedí que dejaras libre al verdadero Jan y que me permitieras que te acariciase el corazón.

—Y lo conseguiste, cariño. Nunca antes sentí tanto amor. No dejes de acariciarlo jamás, ni de amarme cómo sólo tú sabes hacerlo; de esa manera tan enloquecedora y salvaje —le pidió Jan buscando su boca.

—¿Es ese tú deseo? —le preguntó Alondra.

—Éste ya fue concedido. Ahora debo pensar en otro. ¿Qué sugieres? —respondió él mordisqueándole el lóbulo.

—No hay… que ser ambiciosos. Tenemos… lo suficiente para vivir dichosos —farfulló ella notando como la seducción de su marido comenzaba a derretirla como si fuese de mantequilla.

Jan apartó el tirante del vestido y besó su hombro.

—Ya sabes que me gusta el equilibrio. Tenemos tres chicos y dos chicas. Sería feliz por completo si me concediera volver a ser padre de una niña.

—Pensé que esa faceta tan estructurada la había borrado de tú vida.

—Falta ese detalle para eliminarla del todo.

Alondra lo miró llena de amor.

—Yo lo único a lo que aspiro es a hacerte el hombre más dichoso. Espero que la casa sea generosa y te conceda lo que pides.

Jan le bajó la cremallera.

—Yo también lo espero, querida. Aunque, deberemos poner de nuestra parte.

Alondra aferró el borde de la camiseta de su marido y la deslizó

hacia arriba.

—Esto muy dispuesta a colaborar.

—Y después, deberemos debatir el nombre que elegiremos para nuestra próxima hija.

—Nunca quieres ceder ante mis sugerencias. Así que será una discusión my acalorada —dijo Alondra.

—Cómo siempre, mí amor. Cómo siempre. Pero ahora acaricia mí corazón y hazme feliz.

F I N